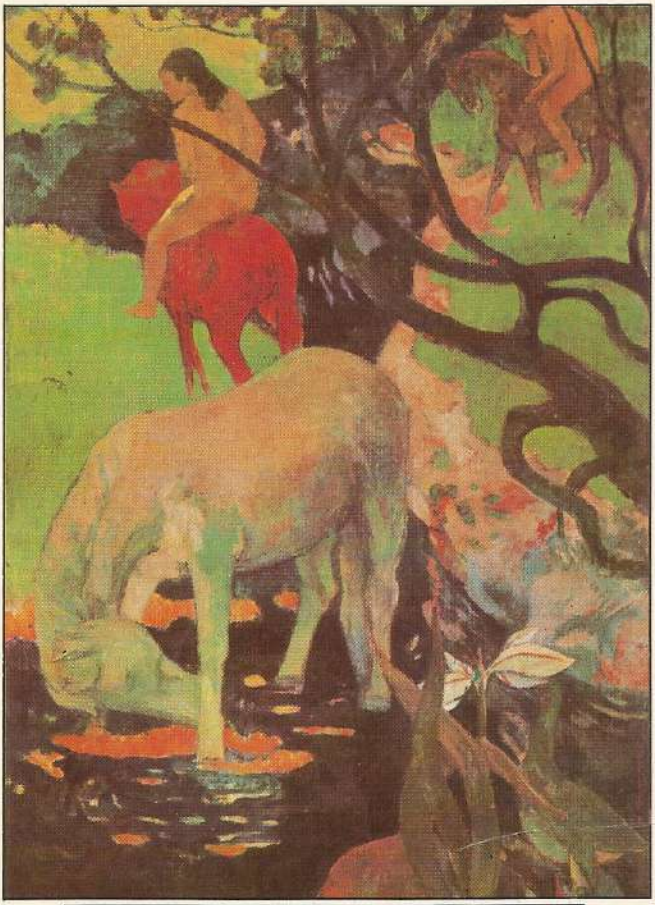
Margaret Mead

CARTAS DE UNA ANTROPOLOGA



BRUGUERA · EMECE · LIBRO BLANCO

Margaret Mead

CARTAS DE UNA ANTROPOLOGA

BRUGUERA·EMECE

Título original:
LETTERS FROM THE FIELD

Traducción: *Lucrecia Moreno de Sáenz*

1.ª edición: octubre, 1983
La presente edición es propiedad de Editorial Bruguera, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)
© 1977 by Margaret Mead
© Emecé Editores, S. A. - Buenos Aires - 1981
Traducción: © Emecé Editores, S. A. - 1981
Diseño de cubierta: Neslé Soulé

Printed in Spain
ISBN 84-02-09288-8 / Depósito legal: B. 334 - 1983
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Vallès (Barcelona) - 1983

Introducción

Estas cartas, enviadas desde los diferentes lugares donde realicé mis investigaciones, son una historia íntegra y enteramente personal de lo que significó en mi vida ser antropóloga experimental durante los últimos cincuenta años.

El trabajo «in situ» o «de campo» es tan sólo un aspecto de la experiencia del antropólogo. Las circunstancias en que se desarrolla, circunstancias peculiares a cada investigación, nunca son idénticas, así como tampoco pueden ser idénticos dos antropólogos abocados al estudio de un mismo problema. Asimismo, el trabajo de campo es una experiencia única, pero a la vez acumulativa, de sumergirse en la vida cotidiana de otra cultura, con la consiguiente suspensión temporal de las propias opiniones, o de la falta de ellas, que, sumada al intento simultáneo de captar mental y físicamente otra versión de la realidad, resulta decisiva para la formación de cualquier antropólogo y para el desarrollo de un sistema de teoría antropológica. El trabajo experimental ha proporcionado la materia vital de la que surgió la Antropología como ciencia y que la distingue de todas las demás.

Sin duda, desde la más remota antigüedad, ya existía el trabajo de campo, dado que los viajeros, los explora-

dores y los naturalistas, movidos por la curiosidad, se internaron en lugares desconocidos con el fin de buscar y llevar a sus países de origen la descripción de formas de flora y de fauna desconocidas, y de costumbres de pueblos exóticos. Los anales más antiguos aluden a la conducta insólita de los extranjeros. Durante milenios los artistas trataron de reproducir algún aspecto vivo de los pueblos y de los seres evocados en los relatos de viajeros, o bien de la mitología sagrada de algún pueblo lejano y poco conocido. Hace una generación, los estudiosos consultaban textos griegos y latinos, y a través de ellos adquirían no solamente el conocimiento de las civilizaciones del pasado, sino también la visión de pueblos exóticos descritos por los griegos y los romanos en sus respectivas épocas. De hecho, en cada generación los filósofos y los educadores, los historiadores y los naturalistas, los polemistas y los revolucionarios, así como también los poetas, artistas y narradores se han nutrido de los relatos sobre pueblos cuya vida vieron como más idílica, más salvaje o más civilizada que la propia.

No obstante, sólo en este siglo hemos intentado en forma sistemática explorar y comprender la naturaleza de la relación establecida entre el observador y aquello que observa, se trate de un astro, una partícula microscópica, un hormiguero, un animal que se adiestra, un experimento de física o un grupo humano que, durante cientos o tal vez miles de años, ha permanecido aislado de la corriente histórica del mundo, tal como la conocemos. Durante toda mi vida las implicaciones que como observador me incluyeron dentro del círculo estudiado adquirieron cada vez mayor amplitud y profundidad. Einstein dictaba conferencias en la Universidad de Columbia cuando yo era estudiante en la facultad femenina de Barnard, en dicha Universidad. Leí *La ciencia y el temperamento humano* de Schrödinger cuando se publicó en inglés en 1935. Como cabe suponer, pertenezco, además, a la generación que aprendió de Freud que los observadores de la conducta humana deben adquirir la

conciencia de cómo llegaron a ser personas, para responder frente a aquellos a quienes observan o tratan. Este tipo de conciencia se sistematizó en la teoría y la práctica psicoanalíticas como transferencia positiva y transferencia negativa. Los analistas, al prestar máxima atención al menor cambio en el ritmo del discurso o en los movimientos del analizado, aprendieron al mismo tiempo a escuchar el propio fluir de imágenes y a comprender la relación entre analista y analizado.

A medida que estos conocimientos adquirían mayor difusión y se incorporaban al pensamiento y la práctica científicos, se desarrolló en forma concomitante una tendencia opuesta. Una vez establecido hasta qué punto el observador se deja atrapar por lo que está observando, se realizaron renovados esfuerzos para asegurar una mayor objetividad y para sistematizar métodos de observación que redujesen a un mínimo la actitud preconcebida. Se perfeccionaron métodos de estadística más complejos, que eliminan eficazmente la observación individual, así como el observador individual. Se realizaron experimentos basados en métodos de doble control y se proporcionó a los observadores listas formales de control en las cuales podían consignar, por ejemplo, la conducta de los lactantes, de tal manera que no figurase el menor asomo de reacción intuitiva en los resultados finalmente obtenidos.

Se formó con esmero a los estudiantes de ciencias naturales para que planteasen cada experimento dentro de un rígido marco de referencia que controlase el desarrollo de las hipótesis; para que usasen métodos para registrar y analizar datos y para que fijasen los alcances de las conclusiones. Durante largo tiempo esta forma de registrar las investigaciones logró ocultar casi completamente la verdadera complejidad del progreso científico bajo una máscara de orden y uniformidad. Siguiendo este precedente, los especialistas en ciencias sociales elaboraron una estructura aplicable a las ciencias sociales objetivas. Sus métodos, identificados como

«ciencia» fueron contrapuestos a lo que se denominaba «impresionismo». Según esto, los datos registrados por el observador carecían de un proceso de depuración, y en consecuencia el observador parecía estar fuera de la escena.

En este conflicto entre quienes pretendían mecanizar la inteligencia y las aptitudes del observador, y quienes intentaban obtener el máximo provecho ampliando y profundizando el conocimiento de sí mismo, el antropólogo tomó una posición equidistante.

De modo gradual logramos crear procedimientos para aumentar la objetividad de nuestros informes sobre la cultura de un pueblo primitivo, de manera que otro antropólogo con una formación equivalente pudiese obtener el mismo género de datos entre los miembros de la misma cultura. Tal fue el caso, en particular, en la lingüística, ya que los métodos para el registro fonético uniforme permiten reproducir las irregularidades de un idioma carente de escritura de tal manera que les es posible a otros lingüistas analizar y utilizar los datos obtenidos, con fines de comparación. En esta tarea se recurre a la sensibilidad del oído humano individual, tanto en el caso del hablante nativo, al que el lingüista de campo debe ofrecer series fonológicas alternativas, como en el del investigador, que registra el idioma. Hoy en día es posible complementar ese material con cintas magnetofónicas que permiten a un tercer observador oír y comparar.

Con menos precisión en los comienzos —ya que una lengua tiene la ventaja especial de ser codificada de idéntico modo por el hablante y el observador, los antropólogos culturales aprendieron a registrar los usos en el sistema de parentesco de un pueblo, adaptando los términos a los fenómenos biológicos de la reproducción, de modo que los términos para «hermano de la madre», por ejemplo, o «hijo de la hija» pudiesen determinarse sin equívocos, de igual manera que es posible describir y diagramar la forma en que se fija el aparejo exterior de una canoa.

Con estas técnicas, y con la formación de estudiantes en el uso de las mismas, de manera fiable y segura, el estudio etnológico llegó a adquirir un gran volumen de datos ordenados y relativamente libres de observaciones subjetivas, ya fuesen debidas a la etnocentricidad, a diferencias de temperamento, a intereses creados dentro de la investigación o a objetivos buscados. Nuestros métodos para la descripción de una ceremonia, o del intercambio económico, o de los complejos detalles de un proceso agrícola, y también los métodos de registrar textos de leyendas autóctonas o mitos han alcanzado hoy una formalización suficiente como para que, en el caso de dividir por la mitad una cantidad considerable de los datos diversificados, otros investigadores adiestrados según los mismos paradigmas puedan llegar, presumiblemente, a través de un análisis cuidadoso, a resultados comparables.

Al mismo tiempo, empezamos a desarrollar un enfoque especial del trabajo de campo en su conjunto. En otros términos, mientras aprendíamos a aplicar las diversas técnicas formales en el campo de estudio: consignar por escrito textos lingüísticos en símbolos fonéticos, aprender una lengua y registrarla, determinar el origen de las relaciones sociales a través de las ramificaciones derivadas del elemento biológico, relacionar las clasificaciones de color propias de un pueblo con un espectro de colores basados en nuestros actuales conocimientos de la psicofisiología de la percepción del color y, especialmente, enseñar a nuestros informantes a informarnos, aprendíamos también a vivir en el campo de nuestras investigaciones. Se dio a esto el nombre de «observación participante» y comenzaba tan pronto como el observador abandonaba el ámbito de la vida europea, o la mecedora de un hotel, o la oficina de un administrador colonial, para dirigirse al lugar donde residía el pueblo estudiado.

Sin embargo, éste es sólo el comienzo. Al vivir en una aldea día y noche y durante meses sin interrupción, el antropólogo de campo es testigo de infinidad de hechos menores que nunca habrían resultado de otro modo visi-

bles y, menos aún, inteligibles desde una distancia mayor. Existe, en realidad, una situación curiosa, ya que mientras el antropólogo «participa» en la vida cotidiana, observa al mismo tiempo dicha participación. Entabla, pues, relaciones significativas y durables con los individuos y descubre por medio de estas relaciones la forma de «relacionarse» en esa sociedad.

Suele suponerse que la observación participante significa adquirir una especie de mimetismo protector, o aun asumir un papel ficticio o disimulado —entablar una relación de «hagamos como si yo...» con la gente entre quien se vive— como medio para observarla. En realidad esto raya en el absurdo, porque el trabajador de campo está siempre presente con un cuaderno en la mano, formulando preguntas y tratando de aprender y comprender. Su trabajo se enriquece y es fructífero en la medida en que el grupo humano bajo estudio acepte la legitimidad de la tarea y algunos de sus individuos, por lo menos, comiencen a desarrollar la conciencia de sí mismos en este segundo nivel.

Este nuevo género de investigación de campo, en el cual los antropólogos viven durante extensos períodos en medio del pueblo cuyas costumbres desean conocer, comenzaba a experimentarse cuando inicié mis estudios de Antropología. Durante la década siguiente cobró desarrollo, en forma casi independiente, en Inglaterra, con Bronislaw Malinowski y sus discípulos, y en los Estados Unidos, con los alumnos enviados por Franz Boas a estudiar nuevos tipos de problemas que exigían un conocimiento íntimo de un gran número de miembros de una sociedad primitiva. Nuestros métodos, surgidos de las condiciones en las que debimos trabajar, se basaban, como hoy, en ciertos fundamentos teóricos sobre la unidad psíquica de toda la humanidad y sobre el deber del hombre de ciencia de respetar todas las culturas, por simples o exóticas que sean, y de apreciar el valor de los individuos estudiados, con el fin de acrecentar el conocimiento sistematizado de las aptitudes y potencialidad del Homo sapiens.

Sabíamos que, por haber crecido dentro de nuestra propia cultura, nunca perderíamos la propia identidad cultural. Sólo podríamos conocer a otros si reconocíamos que la pertenencia de ellos a su cultura y la de nosotros a la nuestra, aunque diferentes en su esencia, eran hechos semejantes. Ignorábamos, en cambio, que cada detalle de nuestra inmersión en el campo de estudio y del intercambio con quienes intentaban ponernos obstáculos, o bien facilitarnos el camino, formaba, asimismo, parte de la experiencia total de nuestro trabajo de campo Aprendimos esto con gran lentitud, así como aprendimos a sacar provecho de una actitud subjetiva, pero a la vez disciplinada, en el curso de una prolongada estadía entre pueblos lejanos, tanto en el tiempo como en la distancia. Aprendimos que cada parte de nuestra experiencia en el campo estudiado pasa a integrar nuestra propia conciencia en evolución. Cabe mencionar, en este sentido, las impresiones obtenidas en el viaje, nuestro intercambio con personal de gobierno en distintos niveles, con misioneros, maestros y comerciantes, la información exacta o inexacta recogida de otros viajeraos, la luz brillante o tenue que ilumina por primera vez la aldea donde pensamos trabajar, las cartas que recibimos, los libros que leemos, los escalofríos y la fiebre que acompañan nuestro trabajo en selvas tropicales.

Cuando empecé a escribir estas cartas, no tenía la menor noción de que estaba creando un método. Al tratar de hacer inteligible mi trabajo para mí y para mis familiares y amigos estaba registrando pasos sucesivos en el desarrollo de un nuevo tipo de enfoque integral. Sin embargo, regresé de mi primer viaje de estudio a Samoa para considerar las relaciones entre los nativos de Samoa y la Armada de los Estados Unidos no en términos de una separación ideológicamente definida, en imperialistas explotadores y pueblo explotado, sino bajo la luz de mi propia experiencia basada en la forma en que ambos grupos, a través de sus percepciones recíprocas, comenzaban a formar parte de un todo mayor. Sólo

veinticinco años más tarde —después del Proyecto de Manhattan para la fabricación de la bomba atómica— comprendí la diferencia fundamental entre un proyecto como el mencionado, cuyo desarrollo fue factible en una situación de aislamiento del resto de la sociedad, y las aplicaciones de los conocimientos antropológicos. Dichas aplicaciones se apoyan en la difusión, a través de sectores más amplios de la sociedad, de las comprobaciones especiales en cuanto a las aptitudes de nuestra naturaleza humana y a las restricciones impuestas por esta naturaleza humana que compartimos.

Desde mi primera excursión a Samoa, la participación implicó introducirme en las múltiples facetas de la vida de los pueblos que estudiaba: comer sus alimentos, aprender a tejer una estera, o a hacer un gesto de respeto, o preparar una ofrenda, o recitar una invocación mágica tal como me habían enseñado. En cada una de las situaciones señaladas, debí recurrir a una conciencia disciplinada de mis propios sentimientos, como medio adicional de llegar a comprender a los individuos que eran mis maestros, a la vez que el objeto de mi estudios.

Para el antropólogo que vive en el interior de una aldea y despierta con el cantar del gallo o el ritmo de los tambores, que permanece despierto toda la noche cuando el pueblo se divierte, que llora por un hecho luctuoso y aprende a percibir el más leve cambio en la conversación, en el grito de un niño, el trabajo de campo se convierte en actividad permanente durante las veinticuatro horas del día. Todo lo que ocurre, desde la hosca negativa de un hombre a llevarnos en su bote a la orilla opuesta del río, hasta los propios sueños, se transforma en datos, una vez registrados los hechos por medio de la escritura, la fotografía o la cinta magnetofónica.

A medida que la inmersión del observador en la escena observada es más profunda, sus observaciones se vuelven únicas. Por ello la experiencia de cada antropólogo de campo en cada expedición en particular se

diferencia de toda otra experiencia parecida. También esto forma parte de la conciencia de nosotros mismos. Y cuanto más precisos y sensibles son los métodos de registro —cabe señalar aquí que me tocó vivir toda la evolución, desde el lápiz y libreta, pasando por la fotografía, hasta la cinta video—, tanto más completa resulta la incorporación provechosa de los datos científicos derivados de nuestras experiencias únicas. Provistos de instrumentos de precisión y de respuesta perfeccionados con el fin de llenar las exigencias de los naturalistas en cuanto a objetividad y a observaciones susceptibles de respuesta, los investigadores de las ciencias humanas pueden hoy traer, del campo de estudio, material basado en experiencias únicas y de una subjetividad controlada que es posible analizar y volver a analizar al aparecer cualquier cambio en la teoría.

Pero el proceso de obtener los datos es curioso y de gran rigor. Los psicoanalistas, obligados a prestar una atención intensa y sostenida a los menores matices en el proceso de comunicación, pueden al final del día cerrar la puerta, interrumpir la atención concentrada y salir al mundo para transformarse, cabría suponer, en individuos tan poco conscientes del prójimo como la menos analizada de sus relaciones. El antropólogo de campo no puede dedicar el mismo tipo de atención concentrada a todo el caleidoscopio de los hechos que habrán de convertirse en la experiencia ambiental expresada en forma de datos, como la conducta de una mujer que vende un pescado, la de dos niños que escuchan a un anciano cuando éste se dispone a contar un cuento, la expresión de un adolescente que muestra una herida para que se la venden. Por otra parte, nunca puede dejar de prestar atención en forma total. Los visitantes, ajenos al círculo cerrado de su atención, constituyen a la vez una tentación y una interrupción. Las cartas que le llegan de su país provocan asimismo el desvío de las ideas propias y de los sentimientos de los cauces de su estudio.

A pesar de ello, las cartas que se escriben y que se

reciben durante el trabajo de campo tienen un significado muy especial. Sumergirse en la vida del pueblo estudiado es positivo, pero al mismo tiempo hay que evitar ahogarse. De alguna manera es necesario mantener el delicado equilibrio entre la participación comprensiva y la conciencia de uno mismo como individuo, ya que de ello depende todo el proceso de investigación. Las cartas pueden ser un medio de restablecer el equilibrio, pues, durante una hora o dos, entablamos relación con personas que forman parte de nuestro otro mundo e intentamos brindarles una mejor realidad del mundo que nos absorbe día y noche.

A través de los años he llegado a convencerme de que cada generación de antropólogos puede construir tan sólo dentro de su presente. No les es posible retroceder, ni tampoco repetir sus experiencias. Deben proseguir dentro de un mundo que ha cambiado, efectuando nuevas observaciones y desarrollando teorías según métodos que no eran posibles antes de que sus propios maestros se internasen en el campo investigado y que, por otra parte, no serán del todo satisfactorios para sus propios discípulos cuando ellos, a su vez, emprendan sus investigaciones de campo. Los libros y las monografías registran los resultados de estas experiencias. Contamos, en cambio, con poco material, que otros puedan leer, sobre el proceso mismo del trabajo de campo.

Estas cartas proporcionan ese material. Desde la primera de ellas, escrita cuando toda la aventura de mis estudios pertenecía aún al futuro, hasta las más recientes, que en cierto sentido incluyen todos los cambios vividos dentro de mi experiencia como investigadora de campo, han tenido por objeto ser leídas por un grupo de personas, dicho sea de paso, sumamente variado, ante quienes, por diversos motivos, quería explicar mis actividades. Escribí esa primera carta durante el verano de 1925, en el transcurso del largo viaje por mar que me llevaba por etapas a Samoa, lugar al cual nunca habían ido mi familia ni mis amigos, ni irían, tampoco,

casi con seguridad. No había forma de saber qué me aguardaba en los muchos meses que habría de pasar en aquellas lejanas islas del Pacífico, pero quería hacerles participar de algún modo de mis aventuras para que, cuando volviera, me conocieran mejor y no me vieran como una extraña, sino como yo misma.

Sabía que mis padres comprenderían perfectamente la idea de realizar estudios en el campo mismo. Mi madre, diplomada en Sociología, había realizado un estudio de los inmigrantes italianos, y mi padre se ocupaba de las dificultades de los pequeños comerciantes que sus estudiantes en finanzas corporativas le señalaban con fines de consulta; todas estas actividades eran verdaderas incursiones breves en los campos a investigar. Sin embargo, mi padre y mi madre nunca habían salido de los Estados Unidos, ni viajado más al oeste del estado de Iowa. Mi abuela me dio el sentido de las ciencias naturales y me enseñó Botánica, pero no tenía inclinación alguna hacia el estudio de pueblos extraños y exóticos, de quienes se formaba un estereotipo cuya imagen mental era el «salvaje de Borneo». Creo, asimismo, que al principio visualicé a mi abuela como el centro de mi auditorio, la persona que yo quería que comprendiese mejor mi trabajo y a quien costaría más convencer de que mi elección de ser antropóloga era excelente.

Mis amigos conformaban un grupo pequeño y cerrado. Nos unía un interés común por la poesía y el teatro, así como la importancia que dábamos a nuestras relaciones personales, a nuestras intensas amistades, a nuestra vida sentimental y a nuestra lucha por relacionarnos con hombres y mujeres de la generación que nos antecedía, cuya mentalidad estaba próxima a la nuestra, pero muy lejos en la vida práctica. Lo que escribía cada uno de nosotros, sobre quién se había enamorado de quién, sobre cómo encarábamos los misterios que nos mantenían unidos, todo esto representaba nuestra preocupación común. Un segundo grupo estaba formado por mi marido, un estudiante graduado llamado Luther Cress-

man, que estaba viajando por Europa y me escribía describiéndome obras de arte y lugares que le habían atraído en especial, y mi ex compañera de cuarto en la universidad, Louise Rosenblatt, que me escribía desde Grenoble, donde se preparaba para redactar su tesis, *L'idée de l'art pour l'art dans la littérature Anglaise pendant la période Victorienne*. El tercer grupo incluía a mis suegros, un médico rural con su mujer música, y mis cinco cuñados, cuyos intereses en aquel momento, o bien más tarde, se concentraron en las ciencias naturales.

Cada uno de los corresponsales a quienes dirigía mis cartas desde Samoa estaba claramente identificado en mi mente, como si le escribiese en forma exclusiva. Imaginaba su aspecto, sus sentimientos y adivinaba lo que me habrían preguntado de haber estado presentes. En realidad, no tenía necesidad de preguntármelo, pues durante mi permanencia en Samoa, cada seis semanas llegaba el barco con el correo, un enorme paquete de setenta u ochenta cartas, que yo, muda de asombro, miraba dispersas sobre mi cama, tratando de cobrar valor para recibir las noticias y las preguntas que contenían, cualquiera que fuese su naturaleza.

Entre mis primeras cartas desde el campo de mis estudios hay un grupo de ellas dirigidas a personas con quienes me unía una amistad profesional además de personal, como Franz Boas, que era aún mi profesor cuando yo estaba en Samoa; Ruth Benedict, que organizó mi trabajo de campo durante el verano que pasé en la reserva de indios Omaha y sobre el cual debía escribirle; William Fielding Ogburn, del que fui ayudante antes de graduarme, y Clark Wissler, jefe de mi departamento en el Museo Americano de Historia Natural. He incluido en este libro estas pocas cartas personales, tanto por el valor de su contenido como por el hecho de que se refieren a inquietudes que compartíamos como profesionales.

Como escribía mis cartas a máquina, siempre hacía

varias copias y me esforzaba al máximo porque fueran inteligibles a todo este variado grupo, conocido y amado. Lo que no supe hasta mi regreso del primer viaje de estudios, hacia fines de 1926, fue que una cantidad de personas —parientes de parientes, miembros del intelectual grupo de lectura de mi madre, vecinos, amigos de amigos y amantes de amigos— leían mis cartas, o bien las copias escritas a máquina por mi madre, entre otras personas, para que pasaran de mano en mano.

De esta manera se estableció una costumbre durante ese primer viaje de estudios en el cual escribí para un auditorio íntimo y personalmente conocido, pero que se amplió sin mi conocimiento. Al transcurrir el tiempo fui adaptando mi estilo para incluir como probables lectores a desconocidos próximos a las personas que, a su vez, estaban próximas a mí, auditorio alejado de mi intimidad en lo que cabría denominar un primer grado. La práctica continuó hasta los años de la guerra.

Terminada ésta, cuando volví a Nueva Guinea en 1953, los nuevos métodos de reproducción gráfica me dieron la posibilidad de hacer preparar veinticinco, cincuenta o cien copias en mi país para enviar a un círculo que no cesaba de agrandarse. Entonces, al crecer este círculo, el material que trataba en mis cartas se volvió algo más formal en su presentación. Después, se publicó periódicamente una carta aislada que se utilizaba como base para un artículo, o bien era tomada por un biógrafo para dirigirse a los niños. Yo misma publiqué partes de varias cartas enviadas desde mis lugares de investigación en un capítulo de la obra *Women in the Field*, editada por Peggy Golde, cuyo propósito era proporcionar a las mujeres y también a los hombres una noción sobre la naturaleza del trabajo de campo.

A través de los años, con la muerte de muchos de quienes leyeron mis primeras cartas y el interés de otros que los reemplazaron, el trabajo de campo se convirtió en práctica común entre los antropólogos jóvenes, que experimentaron rigores comparados con los cuales mis

propias dificultades o falta de comodidades parecen ínfimas. Durante estos años, la aventura del trabajo de campo, de la tentativa de adentrarse profundamente en otra cultura, se tornó más apasionante todavía que antes, contrariamente a lo que cabría suponer. Más aún, el conocimiento de la relación entre lo que hace el antropólogo en el campo de estudio y los resultados de tales investigaciones adquirió nuevas dimensiones, a medida que se publicaban libros, libros que, por otra parte, atraían a un vasto auditorio y que con el tiempo pasaron a ser parte del programa de estudios de no graduados en muchas universidades. Me refiero a obras como *Argonauts of the Western Pacific*, de Malinowski; *Sorcerers of Doba*, de Reo Fortune; *Language*, de Edward Sapir; mi libro *Coming of Age in Samoa*; *Patterns of Culture*, de Ruth Benedict, y *The Pueblo Potter*, de Ruth Bunzel.

En la década de 1920, cuando tan poca gente sabía algo sobre la naturaleza del trabajo de campo, consideré indispensable describir en mis cartas cada uno de los pasos seguidos al abrirme camino, un poco a tientas, por territorio desconocido. En otras cartas escritas en época posterior desde Nueva Guinea, pensé que era más importante documentar la serie de hechos que determinaban la elección de un lugar determinado como campo a investigar. Se trataba de una respuesta a la acusación que comenzaba a hacerse a los antropólogos, de que hallábamos sólo lo que buscábamos encontrar. Quienes han tenido y siguen teniendo poco sentido de las considerables y profundas variantes en las pautas culturales de distintos pueblos no podían, a la sazón, ni pueden aún hoy imaginar cuán diferente hubiera sido el énfasis sobre ciertos aspectos de nuestras investigaciones, de haber descargado los porteadores, o bien los tripulantes de nuestras canoas, todo nuestro equipo entre los habitantes de un pueblo distante del elegido unos pocos kilómetros más lejos, tan cerca, y al mismo tiempo tan difícil de alcanzar como si estuviese en la luna.

Si bien el número de personas que leyeron mis cartas de campo aumentó en forma considerable con el correr de los años y mis connacionales educados cambiaron su actitud frente a la Antropología, permitiéndome encaminar mis intereses hacia otros patrones relativamente distintos, dichas cartas seguían teniendo como destinatarias a personas que me conocían, como yo a ellas, muy bien o, por lo menos, a lectores que las recibían de alguien capacitado para describirme como individuo. En contraste con los diarios personales, nunca fueron apuntes íntimos que luego pasase a otros. Tampoco son el tipo de material poco espontáneo que bajo el nombre de diario «íntimo» suelen redactar algunos autores para la posteridad, para un auditorio de lectores desconocidos que no han nacido todavía y a quienes, cabe suponer, les interesará profundamente el sufrimiento y el éxtasis de tales creaciones.

De hecho, yo llevaba un diario completo, pero despojado de comentarios, como punto de referencia de los hechos y observaciones. Veía en ello un acto responsable para la eventualidad de que mi trabajo de campo se interrumpiese y otra persona tuviese que extraer algún sentido de lo realizado hasta entonces. También escribía a máquina un informe completo sobre el material recolectado para permitir que otros lo utilizasen. Para este fin me habitué a usar el mejor papel, con base de tela, de tal manera que hoy, años más tarde, cada una de las páginas está intacta. Mantuve, además, actualizado mi sistema individual de código, por si acaso se registrase un huracán un día o bien un terremoto al siguiente. Mis cartas desde los lugares de estudio nunca fueron sustitutos de los apuntes de investigación convencionales, ni tampoco tenían por objeto orientar a algún infortunado sucesor que hubiese asumido la tarea de ordenar mis escritos. El fin era otro.

Rara vez he encontrado un comentario en una carta que de alguna manera haya dejado de figurar en mis notas. El comentario era, pues, un suplemento útil del

grado de mi conocimiento de la cultura estudiada en la fecha en que registraba la observación. Por otra parte, de vez en cuando describía un hecho en una carta en términos mucho más vívidos, como habría de hacerlo también posteriormente, al escribir un libro, con el fin de transmitir su sentido particular, fijándolo al mismo tiempo en mi mente.

Generalmente, el objeto de las cartas era expresar a las personas a quienes apreciaba y, años más tarde, a gente con quien había trabajado en diversas comisiones, conferencias y publicaciones, en colaboración o en proyectos compartidos, así como a mi familia y a viejos amigos, cómo marchaban las cosas aquel año durante aquella permanencia. En contraste con la autobiografía, en la cual se busca hacerse comprensible frente a un auditorio desconocido, las cartas eran, en esencia, un medio de mantenerme en contacto con la gente que mejor me conocía y con quien deseaba compartir algunas de mis preocupaciones del momento. En posesión de estos elementos de juicio, el lector de hoy podrá intuir en ellas el tipo de intimidad que quien las escribe suele experimentar sólo cuando se comunica con otro individuo conocido y, en especial, con quien el escritor ha mantenido una relación larga y compleja. Cada palabra era elegida para cada destinatario, que estaba, de alguna manera, muy próximo a mí. Los otros, aquellos a quienes no conocía, fueron siempre lectores fortuitos que escuchaban un diálogo no dirigido especialmente a ellos.

Existían, sin embargo, límites que yo misma me impuse. Esta colección de cartas podría llamarse también «lo que dije a mis amigos que significaba realizar trabajo de campo». En modo alguno lo decía todo. Sufría accesos de nostalgia de mi tierra, o la súbita convicción de que nos habíamos impuesto un campo de estudio equivocado, o dificultades enormes tanto cuando no me identificaba como cuando me identificaba con la gente que estaba estudiando, o amargas discusiones y, a veces, en especial en los años que precedieron a la

guerra, la frustración de estar alejada de los hechos que estaban cambiando el mundo. Los largos guiones en los diarios de Ruth Benedict, publicados bajo el título de *An Anthropologist at Work*, dan alguna idea de las imágenes que concibió sobre la base de las cartas que le envié desde Samoa. Es mejor, sin embargo, reservar los temas de esta clase para las cartas dirigidas a esa única persona con cuya comprensión y simpatía contamos, frente a un pesar determinado. No habría tenido mucho sentido divulgar los pesares individuales arrojando mensajes a las aguas del Pacífico, con la esperanza de recibir una respuesta constructiva tres o cuatro meses más tarde. Tampoco lo habría tenido escribir en forma detallada sobre la complejidad cotidiana del trabajo de campo. ¿Quién, salvo el número reducido de investigadores que hayan compartido criterios en cuanto a teoría y método, o en cuanto a las exigencias del trabajo de campo podría reaccionar en forma que resultase provechosa? Debo señalar enfáticamente, en fin, que estas cartas no ofrecen el cuadro total y completo de lo que siente el investigador de campo, ni siquiera respecto a su trabajo de investigación. Sin duda, no son tampoco un cuadro retocado para conferirle colores más vivos. Existen, en cambio, omisiones relacionadas con el hecho de que lo que escribí fue seleccionado para quienes estaban interesados y preocupados por la marcha de mi trabajo, pero no en el grado en que podría haberlo estado un profesional.

En muchos aspectos el trabajo de campo es, en la actualidad, parte de nuestra vida diaria. Imágenes del nacimiento y de la muerte, y la cirugía de corazón abierto se presentan al público en la pantalla televisiva; en el Congreso tienen lugar debates sobre si los alumnos de quinto grado deben contemplar o no una película que muestra a niños esquimales observando la matanza de una foca; y en muchos ambientes se producen calurosas discusiones en cuanto a si es lícito permitir a alguien tomar notas sobre otras personas, notas que estas personas nunca podrán ver. En fotografías y en televisión vemos coronaciones y funerales, conmemoraciones polí-

ticas y ejecuciones públicas, desastres naturales y batallas en el momento en que tienen lugar, enviadas por vía satélite. A veces debemos reconciliar mentalmente nuestras propias ciencias e inclinaciones con los conocimientos que poseemos ya y con las imágenes presentadas ante nuestros ojos por las personas que controlan el objetivo de la cámara y el micrófono.

Durante la Segunda Guerra Mundial adquirimos conciencia de que cualquiera, en cualquier parte del mundo, podía estar escuchándonos. Desde ese momento, el antropólogo tuvo que asumir una nueva responsabilidad, la de hablar y, desde luego, escribir, sobre todos los pueblos del mundo, en términos que resultasen aceptables e inteligibles para ellos mismos, sus allegados y sus descendientes.

Tal expectativa de apertura en las actitudes no existía antes de la guerra. Muy pocos norteamericanos habían descubierto que su correspondencia podía ser revisada por un gobierno interesado en enterarse de sus afiliaciones o actividades políticas. Es verdad que en Samoa los cables estaban sujetos al escrutinio de la Armada, con fines de información. En una oportunidad recibí la orden de volver a redactar en inglés «común» un mensaje que había escrito incluyendo el término «reiteración».

Aun entonces, la mayoría de los antropólogos cuidaban mucho, en sus libros y artículos, disfrazar las identidades y proteger a quienes pudiesen, de otro modo, entrar en conflicto con el mundo oficial, o con la reglamentación vigente en los países coloniales. En las cartas personales, por el contrario, el respeto o la irritación, el afecto o el franco disgusto tenían carácter privado, en el sentido de que no era la intención, al expresarlos, que llegasen alguna vez a otros ojos que a los de su destinatario. Este era igualmente el caso en el diario privado del investigador de campo, en el cual, cuando no tenía a nadie con quien dialogar en momentos de enojo, cansancio o depresión, podía volcarse por lo menos hasta el día siguiente. Una vez expresados tales senti-

mientos, era capaz de proseguir su trabajo en un estado de ánimo más razonable.

Tuve la suerte de no haber necesitado nunca escribir un diario de este género. Existieron, en cambio, otras situaciones. Recuerdo que un fotógrafo me preguntó en una oportunidad: «¿Por qué no lleva con usted alguna marca de jabón conocida y saca fotografías de esa gente usándolo? Podría volver con la fotografía y venderla. ¡Ellos nunca se enterarán!» Es verdad que quizá no se habrían enterado entonces, pero es muy probable que se enterasen hoy día. No es necesario decir que este tipo de actividad era algo que no me atraía, como no le atraía a ningún antropólogo de mi generación. En 1925, no obstante, al escribir un libro nunca me detuve a pensar, mientras alteraba los nombres de las muchachas samoanas cuya vida amorosa analizaba, qué pensarían sus nietos cincuenta años más tarde de la conducta de sus abuelas. A veces nos llegaba el toque de alarma de algunas caricaturas cómicas, pero siempre denigrantes, de alguna revista como el *New Yorker*. Con mayor frecuencia, nos enterábamos de malas interpretaciones y de nuevas formas de resentimiento, a través de las calurosas controversias de los años de la guerra y por los hechos registrados en los años que siguieron.

A pesar de todo esto, he dejado en mis cartas declaraciones expresadas en términos que no utilizaría en el presente, salvo cuando a raíz de ellas algún individuo pudiese ser perjudicado. En formas diversas, reflejan los cambios sucesivos en la sensibilidad. Y cuando hay razones válidas para callar, no hay cartas. En 1955, durante mi breve viaje de regreso a Bali, acompañada por Ken Heyman, en medio del torbellino de la política holandesa, indonesia y balinesa, no escribí cartas y no me arriesgué a transcribir mis notas hasta que volví a los Estados Unidos.

Vivimos en un mundo en el que la menor indiscreción verbal cometida por algún importante candidato político, e igualmente cualquier comentario imprudente enviado a su país, aun en una tarjeta postal, por un miem-

bro del Peace Corps que actúe en el Tercer Mundo, puedes desencadenar un incidente internacional. En los años anteriores a la guerra, cuando escribí la mayoría de mis cartas, el principal riesgo era que un aburrido miembro de patrulla interceptase a un mensajero portador de un saco de correspondencia, leyese una carta y olvidase despacharla. Todo esto, no obstante, sucedió hace mucho tiempo. Hoy, frente al orgullo desplegado por un flamante país como Nueva Guinea Papúa, conviene estar preparados para asumir la responsabilidad total de todo lo que decimos en este momento, o bien dijimos ayer o, en fin, se afirme que dijimos alguna vez, en un pasado que sobrevive hasta tocar el presente.

Recuerdo haber oído comentar a una vieja prima de mi madre, de lengua cáustica y sutil, que prefería leer los apéndices de mis libros al texto en sí. «Efectivamente dicen mucho», decía. Del mismo modo, si para algunos resulta difícil comprender el hecho de que mis cartas den por sobreentendida la relación que me unía con mis amistades, pueden leer otras obras mías, como mi autobiografía, *Blackberry Winter,* en la que aludo a circunstancias de mi infancia que hicieron posible, más tarde, mi trabajo de investigación entre gentes sumamente alejadas de nosotros en la dimensión evolucionaria. Existen, además, mis obras de divulgación y, por último, monografías y trabajos especializados sobre todos los pueblos entre los que realicé investigaciones de campo, con ejemplos de apuntes, del proceso de transformación de dichos apuntes en proposiciones generales y con modelos del material registrado en mi diario en un día determinado.

He recopilado estas cartas porque creo que el trabajo de campo —esos largos e intensivos meses en los que uno trata de penetrar lo más posible en la realidad de otra cultura— es una aventura singular y tremendamente ardua. No he publicado la totalidad de las mismas y en algunos casos he suprimido partes. En Samoa, por ejemplo, donde realicé mi primera investigación de campo y en donde trabajé sola, escribí cartas largas y

detalladas: sólo un fragmento de las mismas está incluido en este libro. En aquellos lugares en los que las condiciones de trabajo eran particularmente difíciles, como en Mundugumor, no me explayé demasiado. En casi todos los viajes de estudios, a medida que el ritmo de trabajo se aceleraba y los datos registrados aumentaban debido a que adquiríamos mayores conocimientos, las cartas se hicieron más espaciadas. Es una lástima que sea así, pero es también el reflejo auténtico de la situación del trabajo de campo.

En resumen, entonces, mi correspondencia registra la forma moderna en que se desarrolló el trabajo de campo en Antropología, con observaciones basadas en mi propia existencia como investigadora. Se consideran, además, los requisitos profesionales del antropólogo moderno y los elementos de la teoría antropológica, que es, a la vez, total y se basa en el análisis de los más ínfimos detalles de una cultura. Cuando escribí estas cartas carecíamos aún de nombres para describir lo que estábamos haciendo, salvo el término general de «trabajo de campo». El cambio principal se produjo cuando los antropólogos se internaron en las aldeas y compartieron durante las veinticuatro horas del día las imágenes y sonidos, los sabores y olores, la velocidad y el ritmo de una realidad, en la cual cada uno de los pormenores era no sólo diferente en sí, sino, además, estaba organizado dentro de un esquema perceptivo distinto.

Con suma lentitud comenzamos a percibir entonces que también nosotros cambiamos con cada etapa de nuestra permanencia en el campo de estudio, con cada nueva imagen que se nos presenta, con un comentario sin importancia y con cada día vivido en el medio estudiado, a medida que vamos adquiriendo el idioma, y que sílabas y gestos sin aparente sentido se plasman en pautas de conducta de suma complejidad. El desarrollo intensivo de la fotografía hizo que pudiésemos registrar algunos de estos cambios en nuestra habilidad para ver y comprender, cambios que se observan al comparar las

fotografías y los filmes tomados el primer y el último día.

Salvo una o dos excepciones, nunca pude enviar fotografías a casa y por lo tanto mi familia y amigos, para quienes las islas del Pacífico eran mucho más extrañas y lejanas entonces de lo que lo son ahora, tenían que crearse una imagen propia para seguir mis cartas. Otros investigadores de campo leyendo entre líneas sabrán «lo que vale el chiste».

He comido tu pan y tu sal,
he bebido tu agua y tu vino,
he velado las muertes que tú moriste
y fueron mías las vidas que tú viviste.

He escrito la historia de nuestra vida
para gloria de un pueblo protegido
en broma festiva, pero tú eres sagaz
y sabes lo que vale el chiste.

Ya han muerto todos los adultos y gran parte de los jóvenes que conocí en el campo de estudio. Fa'amotu, mi «hermana» samoana en Vaitogi, murió en San Diego en la primavera de 1976. Pero I Madé Kaler, nuestro diligente e infatigable secretario durante toda nuestra estadía en Bali, quien luego se convirtió en director de un colegio en Den Pasar, vive aún y continúa trabajando.

Al cabo de un intervalo de veinte años, cuando volví a reunirme con los habitantes de la aldea de Arapesh en Hoskins Bay de la Nueva Bretaña, donde participamos de las actividades de una moderna empresa para la manufactura de aceite de palmera, había solamente dos mujeres que me habían conocido siendo ya adultas. Los otros, niños cuando trabajábamos en Alitoa, me conocían tan sólo como un mito. En mi propia memoria, en fotografías y en palabras, aquellos a quienes nunca volví a ver siguen con vida, inmovilizados en el tiempo. En la mente de alguien que los estudió cuando eran niños, llegaron a ser mucho más que amigos, mucho más que

niñitos tratados y cuidados hasta serles devuelta la salud. Aún hoy estos niñitos figuran como colaboradores en una empresa que trascendió más allá de ellos y de mí misma, la de conocer tanto de su propia cultura como para que todos quienes formamos la humanidad podamos comprendernos mutuamente y tomar en nuestras manos nuestro futuro y el futuro de nuestros descendientes.

1. *Samoa, 1925-1926*

Durante el verano de 1925, cuando me despedí de mi familia y de mi marido estudiante, Luther Cressman, para tomar en Filadelfia el tren que habría de dejarme en San Francisco, contaba con el valor que da la total ignorancia. Había leído todo lo que se había escrito sobre los pueblos de las islas del Pacífico, conocidos por el mundo occidental a través de los viajes del capitán Cook, y me interesaban profundamente los procesos de cambio cultural. Nunca había viajado en barco, hablado un idioma extranjero o permanecido sola en un hotel. En realidad, no había estado sola ni un solo día de mi vida. El Consejo de Investigaciones Sociales se había negado a concederme una beca porque yo era demasiado joven. El Consejo Nacional de Investigaciones, que me había dado una beca en Ciencias Biológicas, no confiaba tanto en mí como para proporcionarme más dinero del que era necesario para un mes de gastos, es decir, ciento cincuenta dólares.

La beca de viaje que Luther había obtenido debía llevarlo a Europa, y la mía, a Samoa. Debía cumplir la misión de estudio encomendada por mi profesor, Franz Boas. Debía investigar hasta qué punto en nuestra cultura las conmociones y tensiones de la adolescencia son

biológicamente determinadas y hasta qué punto puede modificarlas la cultura en la que se crían los adolescentes. Supongo que mi edad y mi físico —a los veintitrés años medía un metro y medio y pesaba cuarenta y seis kilos— tuvieron algo que ver con esta elección. Había deseado realizar mi primera investigación de campo en un lugar «virgen» y mucho más apartado de los mares del Sur. Samoa resultó ser, sin embargo, una elección ideal. De ninguna otra cultura que no fuera la polinesia habría yo podido obtener los resultados que cuestionasen la creencia aceptada de que la conducta tumultuosa del adolescente está determinada en su totalidad por factores biológicos y es, por lo tanto, inevitable.

En Samoa conté con la entera colaboración del cuerpo médico de la Armada de los Estados Unidos. Mi suegro, médico, había sido compañero de estudios del cirujano general, máxima autoridad médica en mi país. Esto hizo posible que yo pudiera aprender el idioma, pudiera residir con la familia de Edward Holt, farmacéutico naval, y tuviera derecho a adquirir artículos que necesitaba, en calidad de regalos, en la intendencia naval.

Los samoanos apreciaron mi seriedad y mi conocimiento de los métodos que utilicé para estudiar su oratoria y sus danzas. Durante las pocas semanas en que trabajé en el tema de la etnología formal, establecimos un intercambio provechoso, en el curso del cual me informé sobre los complejos aspectos de la etiqueta en Samoa. Mis instructores se beneficiaron con los numerosos regalos que la cortesía me exigía hacerles. Durante el resto del tiempo, por el hecho de vivir como vivía, gocé de plena libertad para trabajar con los niños, sin necesidad de preocuparme por mi categoría social.

Durante el viaje de regreso a mi país, en 1926, el barco en el que me trasladé desde Pago Pago hasta Australia se enfrentó a una de las peores tormentas del siglo, que causó muchos naufragios. Desde Sidney fui a Marsella en el viaje inaugural del *Chitral*. Reo For-

tune, un joven psicólogo neozelandés, era uno de mis compañeros de viaje. Su trabajo sobre las teorías de los sueños elaboradas por Freud y Rivers lo habían hecho acreedor a una beca para estudiar en Inglaterra. Durante seis semanas conversamos sin interrupción, tratando de adaptar lo que cada uno había aprendido dentro de un nuevo enfoque en el estudio de los pueblos primitivos.

Al finalizar el verano conocí a Ruth Benedict en reuniones del Congreso de Americanistas, celebrado en Roma, y volví a los Estados Unidos para iniciar una nueva vida en el Museo Americano de Historia Natural.

S. S. Matsonia
Ultimo día a bordo
10 de agosto de 1925

El viaje ha sido aburrido y sin peripecias. Hasta la fosforescencia rehuyó nuestra compañía y sólo muy pocos peces voladores de alas rojas accedieron a bailar en nuestro honor. La gente a bordo es heterogénea y se relaciona poco: gente trabajadora que pasa de este modo tres semanas de vacaciones y a quien preocupa los volcanes; mujeres y niños que viajan para reunirse con maridos y padres; nativos de las islas que vuelven para el invierno; gran cantidad de niños nativos que gritan por toda la cubierta; tres sacerdotes católicos y un pastor disidente; una familia del Ejército de Salvación que fue despedida por muchos miembros del grupo en San Francisco, y una Sadie Thomson bastante gordita, a la que despidió toda la Armada de los Estados Unidos, y, en fin, otros viajeros aislados...

Mi mesa es divertida. Primero me colocaron con los tres sacerdotes y una piadosa y alegre señora católica. La conversación versó sobre las diversas dispensas eclesiásticas en asuntos menores y sobre los veintiún primos católicos que la señora tiene en Washington, donde uno de los sacerdotes es profesor de Teología moral en

la Universidad Católica. Por la mañana juego al bridge con ellos. En una ocasión hice un *grand slam*. Aunque estoy lejos de ser una experta en bridge ya que me cuesta mucho fijar la atención, ahora soy capaz de encarar una partida sin excesiva aprensión.

La tercera noche pasé de esta mesa a la de Eleanor Dillingham y su padre, profesor de Química en la Universidad de Hawai y hombre muy bondadoso. Eleanor es regordeta, tiene catorce años y vive llena de entusiasmo. Para la fiesta de disfraces la vestí como mi madre, con un vestido de organdí de mamá que todavía no estaba cortado, mi sombrero negro transformado en capota, la gran corbata negra del señor Banks y la rosa rosada de la señora católica. Nunca había ido a un baile de disfraces y, como cabía esperar, se hallaba en el colmo del entusiasmo. Yo me disfracé de hija, con el vestido de dama de honor, que en verdad me quedaba demasiado corto, medias cortas, una muñeca que me prestaron y una hermosa cinta en el pelo, improvisada con un pañuelo rosado...

Honolulú
11 de agosto de 1925

Hoy nos hemos despertado a las cinco de la mañana con tierra a la vista y todos estaban exaltados, salvo yo. Me sentía triste y disgustada por sentirme triste. Sabía que no era un modo muy positivo de saludar al Paraíso del Pacífico.

Eleanor Dillingham y yo contemplamos el barco que entraba en la rada, sorteando un promontorio tras otro de montañas de color arcilla. No había color en el paisaje, salvo una que otra mancha de vegetación que no era verde sino de un gris pálido. La ciudad no está sobre el mar, ni mucho menos, y los bancos de niebla, que parecían extensiones de las nubes que cubren las cimas de las montañas, ocultaban todo indicio de civili-

zación industrial. Dos enormes chimeneas se transformaron, por ejemplo, en torres de plata, con reflejos blancos en un costado.

Es usual recibir a los viajeros con flores, *leis* y collares de flores de distinto largo que caen sobre el pecho. Me esperaban la señora Frear, el profesor Gregory, director del Museo, y la señorita Jones, su secretaria. Además, me alojo en casa de la señora Frear, en un cuarto amplio y elegante, con un anaquel lleno de mis libros favoritos y con un parque espacioso y agradable a la vista. La señora Frear no está casi nunca, vive en las montañas, a veinte minutos en automóvil de la ciudad. Otra chica y yo, y los sirvientes japoneses, disponemos de esta gran casa para nosotros. Es como si nos invitaran al cielo, sin darle mayor importancia, ya que yo esperaba alojarme primero en un hotel, y más tarde, en un cuarto amueblado, ambas perspectivas bastante poco atrayentes. Pueden imaginarme, entonces, durante las próximas semanas, como la más feliz de las mortales, en un ambiente encantador, en el que se satisfacen todas mis necesidades en el mayor silencio...

Almorcé con el doctor Gregory y con el redactor oficial de las actividades del Museo. Después el doctor Gregory nos llevó, a la señorita Winnie, cuya familia vive aquí desde hace cuatro generaciones y quien ha trabajado muchísimo sobre música polinesia, al doctor Shafer, un geólogo austríaco, y a mí, en una excursión de unos sesenta kilómetros a través de la isla. Innumerables pliegues rizan su relieve; pliegues de roca y pliegues de tierra rojiza, con montañas perpendiculares que hacen pensar en terciopelo verde también doblado en rígidos pliegues. Las carreteras son sinuosas y con cada curva surgen infinitas perspectivas de cultivos de arroz verdes y transparentes, plantaciones de bananas, plantaciones de caña de azúcar o cultivos de ananás. Recibí mis primeras lecciones de botánica hawaiana y ahora soy capaz de identificar muchas especies locales. Por lo menos, es un comienzo. El habla de la gente de la isla

está llena de términos nativos y por ahora me defiendo, aunque me es necesario atrapar la palabra, guardarla cuidadosamente y añadir reglas con cada pronunciación, así como la ortografía que debo fijar. La cabeza me da vueltas un poco con las sutilezas de la botánica local, y con los datos de la industria y la geología con que me bombardearon. Es difícil dar a todo esto su verdadera importancia sin traducirlo a marcos de referencia extranjeros o, por lo menos, a analogías. Es como un atavío cubierto de joyas que estuviese allí, muy solo, esperando que aparezca quien va a usarlo...

S. S. Sonoma
Quinto día a bordo
Cerca del Ecuador

Es inútil, queridos amigos, no puedo escribirles una larga carta en este barco, porque rola demasiado. En resumen, pasé días perfectos en Honolulú, donde me despidió un gran grupo de amigos y me adornaron con tantos *leis* que avancé por la planchada tambaleándome. Capté la estructura del idioma, conocí a cuantos debía conocer y me abrumaron con cartas de presentación y regalos que comprenden desde una fotografía de la estatua de Duke Kahanamoku, campeón de los Juegos Olímpicos, que llevo como regalo a Tufele, jefe máximo de los manus, hasta un corte de una palmera que llevo al capitán del *Lady Roberts*...

Pago Pago, Tutuila, Samoa
31 de agosto de 1925

Llegamos esta mañana al amanecer, un amanecer nuboso, en el que el sol apareció malhumorado sólo unos instantes y con la espuma blanca a lo largo de la costa de rocas negras. Nos internamos en lo que fue en otra época el cráter de un volcán, cuyas paredes son casi

perpendiculares. La selva es espesa y baja casi hasta el mar, y la angosta playa está limitada por un arco de palmeras. En realidad, la Armada ha estado espléndida al preservar la atmósfera nativa. Las casas son construcciones bajas con tejados verdes y están agrupadas bajo los árboles, tal como las viviendas nativas. Lo único que malogra el panorama son las estaciones de radio y una chimenea.

Hoy la presencia de la flota deforma bastante la perspectiva. Hay numerosas embarcaciones de guerra en la rada y en todos los sectores de la isla, la mayoría fuera del puerto, porque ensucian el agua con petróleo y malogran los baños de mar del gobernador. Los aviones rugen sobre nuestras cabezas y la banda de uno u otro barco no cesa de tocar música de jazz. Todos los nativos de la isla y muchos de Manu'a y de Apia están aquí, cargados de recipientes de *kava, tapa,* faldas de rafia, modelos de canoas con aparejo exterior, collares de cuentas y canastas. Están dispersos en el *malae,* o mercado abierto, con familias enteras masticando muy felices su almuerzo. Tengo ya planeados todos mis regalos de Navidad.

Conocí al señor Waltera, director del Banco y jefe de la Aduana. Cuando desembarqué, me llevó hasta el hotel (EL HOTEL, sí, donde se filmó *Lluvia*) donde dejé mi equipaje. Volví a desayunar a bordo. Después la señorita Hodgson, directora de la escuela de enfermeras nativas, que había venido al barco a recibirme, pero no me encontró a bordo, me invitó a la escuela a almorzar. Fue un almuerzo nutrido y alegre, en honor de las enfermeras del barco hospital. El cirujano general Stitt dispuso que la superintendente de Enfermería escribiese a la señorita Hodgson y le pidiera que me preste toda la ayuda posible. Prometió guardarme los vestidos de noche en su guardarropa, protegido contra la humedad. Es la mejor ayuda de todas. De otro modo, los vestidos se pudren, o aparecen manchas de herrumbre, cuando no se los comen las cucarachas...

Las ceremonias en el *malae*, o mercado al aire libre, me resultaron deprimentes. Tufele, gobernador de Manu'a; Mauga, gobernador de Tutuila, y un jefe que había venido de visita de Apia presidieron el *talolo*, o intercambio formal de regalos. Tenían un aspecto magnífico, con atavío completo, enormes tocados de paja, complicadas faldas de rafia y el torso desnudo y tan aceitado que parecía de charol. El *malae* estaba repleto de marineros de la flota, de nativos visitantes y de viajeros del *Sierra*, que atracó a mediodía y permaneció en puerto hasta las cinco. Con excepción de los tres jefes y de los nativos vestidos para la danza *siva* y de una reina que también estaba de visita, la hija de Maletoa, último rey de Upolu, los demás nativos llevaban la vestimenta indefinida que suelen usar todos, las mujeres descalzas y con vestidos de tela fina y sin forma, algunas con blusas sueltas sobre la cintura, pero retenidas debajo del pecho de un modo totalmente falto de gracia; los hombres con camisas de algodón blanco y *lavalavas*, paños asegurados en la cintura con un cinturón y sueltos hasta las rodillas, de estampados horribles y confeccionados en diversos materiales norteamericanos. Además, casi todos esgrimían paraguas de algodón negro, que hacía la escena más absurda aún. Traté de tomar algunas fotografías, pero sé que no saldrán bien. Los atavíos más vistosos se desdibujan bajo ese fondo de paraguas negros, hasta los niños los llevaban, de modo que aparecen a corta distancia del suelo.

Tufele, esgrimiendo el bastón del orador, pronunció un discurso estupendo, con sus súbditos sentados detrás, protegidos por paraguas, y presentó al almirante un regalo compuesto de cocos, finas esteras, sartas de cuentas y trozos de *tapa*. El almirante replicó por medio de un intérprete, y dijo cuán bonito era el puerto, qué bien se portaban los samoanos, cuánto habían mejorado desde su última visita, que se lo diría al presidente y al

secretario de Marina y que les contaría lo bien que lo había pasado y cómo, por ser especialmente aficionado a los cocos, pensaba comérselos todos él solo...

4 de setiembre de 1925

Ayer comencé mis lecciones de samoano. Mi maestra es una de las jefes de enfermeras nativas. Se llama G. F. Pepe. Pertenece a una familia de jefes y es prima de Tufele. Me dicta material en samoano y yo trato de repetírselo con la pronunciación, fraseo y entonación correctos. Su inglés es perfecto y, si bien no tiene conocimientos de gramática, me proporciona casi todo lo que necesito aprender. Lo mejor, gracias a la carta del cirujano general que decía que las enfermeras debían prestarme ayuda, es que sus servicios son gratuitos. El hotel me cuesta veintiocho dólares por semana y no me queda mucho dinero para gastar en intérpretes. De esta manera, puedo permitirme permanecer aquí, en el puerto, hasta lograr un dominio aceptable del idioma. He aprendido ya unas doscientas palabras y unas cuantas oraciones y sé escribir al dictado casi sin cometer errores. (Esto no es jactancia excesiva, porque la ortografía de estilo misionero hace muy pocos distingos sutiles.)

En este momento soy el único huésped del hotel y me sirven las comidas en una soledad de reina. Hoy me mudé a otro cuarto. Tiene ventilación casi en los cuatro lados, pues en dos se abre con puertas-ventanas correderas de tela metálica y en los otros dos hay ventanas. En el piso tengo alfombritas samoanas, y además hay un escritorio, una mesa, un sillón, un lavabo y una cama. Louise Borgan me mandó un *International Studio* con grabados excelentes, y con ellos en las paredes, libros sobre la mesa y mi manta de viaje verde sobre la cama, me siento muy civilizada. Debo añadir que dar un aspecto confortable a un cuarto de hotel no deja de

ser una hazaña. Mi cocinero, Falavi, está muy orgulloso de mis progresos en el idioma y se jacta de mi capacidad de decir «gracias» y «por favor»...

Tutuila, Samoa
27 de setiembre de 1925

Si los viajeros contemporáneos aspiran a experimentar las intensas sensaciones que tuvieron los de otra época, deberán cultivar los sentidos del gusto y del olfato, tan poco apreciados hoy. Las películas y el fonógrafo han eliminado la vista y el oído con toda eficacia y aquí el tacto no parece jugar un gran papel. El gusto y el olfato, en cambio, siguen incontaminados por *Asia* y por el *Noticiario Pathé*. Solamente en este punto tengo la verdadera sensación de estar en una tierra extraña. La mañana que desembarqué en Honolulú, me desayuné con papaya, y para mí Honolulú siempre tendrá gusto a esta fruta tropical, mezclada con naranja china, mientras que Samoa sabe a papaya, pero sin naranjas chinas. Hay una gran diferencia. La papaya, el aceite de coco y el *taro*, hidrato de carbono sin sabor, pero a la vez característico, sirven al gusto, y las flores del jazmín rojo, con su aroma intenso y opresivo al olfato, apareciendo este aroma mezclado al de bananas un poco fermentadas y que a su vez recuerda el de uvas picadas por abejas.

El jueves pasado asistí a mi primer *malaga*, o viaje, a mi primera fiesta, ofrecida por el internado para niñas que sostiene la Sociedad de Obras de Misiones de Londres. Nos llevaron en dos autocares, gentilmente proporcionados por la Armada, hasta Leone, a unos tres kilómetros, y debimos caminar el resto del trayecto. La fiesta fue complicada, cuidadosamente preparada y aburrida. En una gran terraza al pie del edificio del colegio se marcó un cuadrado por medio de hojas de palmera dispuestas verticalmente. Al pie de este enrejado verde

desparramaron hojas verdes que contenían las «cubiertas»: un coco, un pedazo de taro asado, un gran trozo de cerdo casi crudo y unas bananas hervidas. En un extremo levantaron una pequeña glorieta, cargada de guirnaldas de flores. Debajo de este cobertizo los norteamericanos se instalaron a comer comida exótica. Hubo luego interminables discursos y los niños cantaron y bailaron, vestidos con sus túnicas de muselina blanca, mal cortadas y que caían hasta las rodillas con una total falta de gracia...

11 de octubre

Ayer fui a Leone a visitar a la señora Wilson, una mestiza. El autobús es un artefacto que parece hecho de lata y que se desplaza por carreteras infernales. Cuando está cargado de samoanos, canastas llenas de alimentos y pollos dentro de sacos o de más canastos, viajar en él es bastante molesto. Me habían dicho que la señora Wilson estaba casada con un blanco; que su madre, la señora Ripley, era muy vieja y probablemente podría darme muchos detalles de las costumbres de antes. Además la señora Wilson hablaba bien el inglés y vivía en un gran *papalagi*, o casa extranjera. Eso era todo. No estaba preparada, ni mucho menos, para lo que encontré.

Cuando bajé del autobús me recibió un muchacho mestizo esbelto y simpático. Me dijo que era el sobrino de la señora Wilson y se hizo cargo de mis cosas con gestos de gran cortesía. La señora Wilson resultó encantadora. Es una mujer de unos treinta y cinco años, esposa de un ex miembro de la Armada, capitán de la marina mercante durante la guerra. Fue educada en Honolulú y pasó dos años en la base naval, como dama de compañía de la esposa de un ex gobernador. Su conocimiento de las normas de los blancos es tan preciso y tan aguda la forma en que cataloga a la gente en cuan-

to a su origen y educación, que en cualquier parte del mundo sus comentarios sobre la sociedad serían una delicia. Con todo, sigue siendo samoana por afinidad afectiva, aunque con «formación europea», como ella misma dice. Prepara comida samoana y vive en una gran casa patriarcal con todos sus parientes, mucho más nativos que ella.

Su madre, una samoana pura de origen noble que huyó de los pesados deberes de una *taupou*, o muchacha de la aldea a quien se confiere un elevado título ceremonial, es una anciana diminuta que besa la mano y cuyo beso asegura su bendición. Comimos un almuerzo samoano en la casa samoana de esta anciana, vivienda mucho más grande que la nuestra, de dos pisos, con separaciones hechas con enormes cortinas *tapa* de magníficos diseños. La madre de la señora Wilson ha sido la creadora de las *tapas* coloreadas, y basa sus diseños en una cuidadosa estilización de flores y frutas de la isla. Nuestro almuerzo fue servido sobre hojas de banano, alrededor de las que nos sentamos con las piernas cruzadas y sobre las que comimos con los dedos un exquisito pollo asado.

La señora Wilson me habló de los comentarios de que fue objeto cuando vivía en Michigan con su marido, y de que la habían llamado «india», «morena», y otros nombres. Sus sentimientos son aún de pena y rencor por los insultos recibidos de los blancos, a la vez que expresa vergüenza por la forma en que se ha comercializado la cultura de su propio pueblo. Sus tres hijos, con tres cuartas partes de sangre blanca, resultan un problema casi imposible de solucionar. Son muy pobres, a pesar de sus extensas tierras, porque no hay un hombre en la familia que dirija el trabajo en las plantaciones de copra.

Por otra parte, con esos modales perfectos y esa agudeza en cuanto a los matices sociales de los blancos, hablaba un increíble lenguaje popular norteamericano, lleno de modismos locales. Causa pena ver cómo la bue-

na educación del samoano se confunde al combinarse la diferencia de nivel cultural existente entre el hombre blanco y el nativo, de tal manera que las samoanas de origen noble se casan con miembros de las tripulaciones de barcos, carentes de toda educación. Así, una mujer que jamás se equivocaría en el uso de la palabra apropiada para la comida de un jefe de tribu, de un orador o de un miembro común de dicha tribu, usa términos vulgares para describir la comida en inglés. Es inteligente, excelente intérprete y profundamente versada en las costumbres de Samoa. Es capaz de responder a casi cualquier pregunta por sí sola y contamos siempre con la presencia de su madre, como garantía en la confirmación de puntos que plantean dudas.

13 de octubre
Día que zarpa el vapor

Durante las cuatro o cinco semanas próximas estaré, probablemente, alejada del puerto de esta isla. La idea es practicar un poco el idioma y recolectar algunos datos etnológicos. En noviembre pienso ir a Tau, una de las islas del grupo Manu'a, donde hay una estación de radio. Mi dirección cablegráfica será Tau Samoa y bastará dirigirse a Mead. Mandaré un cable a mi familia cuando parta, y no traten de comunicarse por cable hasta que sepan que estoy allá.

Tau es la única isla con aldeas donde hay cantidad suficiente de adolescentes con un nivel primitivo y donde me será posible convivir con norteamericanos. Soy capaz de comer comida nativa, pero no puedo comerla durante seis meses seguidos, pues es demasiado rica en hidratos de carbono. En Tau viviré en el dispensario con los únicos blancos de la isla y en el centro mismo de una aldea. Podré entrar y salir de las viviendas nativas desde la mañana temprano hasta tarde en la noche y, al mismo tiempo, dormiré en una cama y comeré comida

saludable. Será mucho mejor que la del hotel, porque la gente de la Armada tiene privilegios para la compra de artículos en las proveedurías. La señora Holt es muy simpática. En una época fue maestra, y creo que me gustará vivir allí. Probablemente no vuelva a Pago Pago hasta que prepare el regreso la primavera próxima. La situación es óptima en todo sentido, ya que me encontraré infinitamente más protegida que en una de las aldeas apartadas de Tutuila.

La señora Holt tiene dos hijitos, o por lo menos uno de dos años y otro que probablemente nacerá en la próxima semana. Pienso volver con ella en el *Tanager*. Le gusta leer y por lo tanto agradeceré el envío de novelas viejas y revistas, también para ella. No tenéis por qué mandarme ropa. No la necesitaré. Pienso dejar mi mejor ropa en la residencia de enfermeras de la Base. En cambio aceptaré cualquier tipo de alimentos con envases sólidos.

De una carta a Franz Boas
Pago Pago, Tutuila, Samoa
11 de octubre de 1925

He visitado, en este punto, casi todas las aldeas de la isla. Se dividen en dos grupos, las situadas a lo largo de la línea de ómnibus y las que son prácticamente inaccesibles, salvo a través de senderos de montaña sumamente accidentados, o bien por mar. Las aldeas a lo largo de la línea de autobuses han caído bajo la influencia de los bienes de consumo norteamericanos, así como de los visitantes estadounidenses y no presentan un cuadro típico de la cultura original. Las aldeas apartadas de la línea de autobuses ofrecen dos desventajas: es muy difícil llegar a ellas y son muy pequeñas. En ninguna hay más de cuatro o cinco adolescentes y por ello la dificultad de trasladarse de una a otra crea condiciones de trabajo imposibles. Para encontrar un número suficien-

te de adolescentes tendría que pasarme la vida trepando montañas y siendo sacudida por la corriente en un bote abierto, actividades ambas sumamente agotadoras, aparte de la pérdida de tiempo que implicarían...

En vista de estas desventajas decidí ir a Tau, una de las tres islas pequeñas del grupo Manu'a, a unos ciento cincuenta kilómetros de aquí. Las islas Manu'a están comprendidas en la Concesión Norteamericana, y el vapor del gobierno va y viene de allí cada tres semanas. Los nativos son mucho más primitivos y han sido menos afectados por el contacto con los blancos que en Samoa. Sólo en partes de las Savai'i occidentales se ven grupos parecidos. No hay blancos en la isla, salvo el miembro del personal de la Armada a cargo del dispensario, su familia y dos hombres de tropa. Hay una aldea grande, o mejor dicho, un grupo de cuatro aldeas a pocos minutos de marcha una de otra. El jefe Tufele, gobernador del distrito de Manu'a, se educó en Honolulú, habla excelente inglés y es, quizá, el jefe de tribu que mayor colaboración presta en Samoa norteamericana.

Como le dije, éste es el único lugar donde me es posible residir en una casa de blancos y, al mismo tiempo, en el centro de todas estas aldeas. Quiero consultarle acerca de esto: si vivo en una casa samoana con una familia de nativos, es posible que logre un contacto más íntimo con esa familia en particular. Considero, no obstante, que las ventajas derivadas de esta situación se perderían al trabajar con menor eficacia, a causa de la alimentación poco familiar y de las condiciones agotadoras para el sistema nervioso de vivir con media docena de personas más en un solo cuarto, en una casa sin paredes, sentándome siempre en el suelo y durmiendo siempre con el temor de que aparezca un cerdo o un pollo y se me meta en la cama. El clima no es aquí propicio para trabajar. Aun en condiciones normales, trabajo con la mitad de la energía habitual y creo que este nivel bajaría a la mitad si tuviese que vivir durante semanas sin interrupción en una casa samoana. No me

es posible obtener una casa propia; desde luego sería el ideal.

Cuando viaje a Tau habré realizado ya un estudio más o menos completo de la adolescente samoana, de las ceremonias y reglas que rodean el nacimiento y el matrimonio, de su funcionamiento teórico dentro de la comunidad y del código de conducta que rige su vida. Al reunir este material he recogido, sin duda, muchos datos de valor etnológico, aunque no tienen relación directa con mi propia investigación. La mayoría de las prácticas que estoy registrando se observan aún hoy. Mis informantes son miembros de la clase de los jefes y están bien versados en la materia. ¿Cuántos controles considera usted necesario y válido que lleve a cabo?

Mis conocimientos del idioma avanzan con un ritmo más lento que al principio. Tomo dictado durante varias horas al día, doy una lección formal y luego busco oportunidades de dialogar. En las próximas cinco o seis semanas espero dividir mi tiempo entre un internado para niñas samoanas donde no se habla inglés y una familia de mestizos en Leone, donde podré oír hablar en samoano la mayor parte del tiempo. Estos dos lugares están a sólo cinco kilómetros de distancia el uno del otro. No tengo, sin embargo, la seguridad de poder ir al internado hasta que la maestra regrese de Australia la semana próxima.

Estoy muy bien y soporto el clima con una fortaleza encomiable.

Tutuila, Samoa
31 de octubre de 1925

Lo primero que diré a manera de noticia es que el hijo de la señora Holt nació sin inconvenientes, que llegó la nueva cañonera de la base naval y que partiremos para Manu'a el 9 de noviembre.

Una persona conocida, mestiza, me contó que había

llevado a unos norteamericanos a visitar una aldea y que lloraron cuando debieron dejarla. Sentí bastante escepticismo en cuanto a la posibilidad de que hubiesen llorado, pero quitándole algunos adornos y reduciendo la explicación a lo factible, no parecía mal lugar para vivir, aparte de que yo estaba decidida a alejarme del puerto y a internarme en la selva, donde pudiese hablar samoano todo el tiempo. La aldea en cuestión es Vaitogi, la famosa aldea de la Tortuga y el Tiburón, uno de los pocos puntos que la Armada se toma el trabajo de visitar. Se encuentra a unos cinco kilómetros de la línea de autobuses y a unos quince de la base naval. Según la leyenda, una anciana y un niño, abandonados por sus familiares en una época de hambre, se transformaron en una tortuga y en un tiburón, respectivamente. Los niños de la aldea se instalan en unos salientes rocosos de la costa y cantan a la tortuga y al tiburón, y no cabe la menor duda de que siempre aparece uno de ellos, cuando no ambos. Vi a los dos el mismo día.

Vaitogi se encuentra en lo que se conoce como «la costa de hierro», por estar bordeada de lava enfriada en época reciente, contra la cual baten olas de a veces hasta cinco metros de altura, formando cuevas y huecos de erosión. No hay *papalagi*, o casas extranjeras. El pueblo se extiende frente al mar en un espacio abierto con escasos cocoteros. A lo largo de la costa se encuentran cinco grandes *faleteles*, casas circulares para huéspedes de los diferentes jefes de tribu. Más arriba de éstas se hallan las casas de los jefes, y las viviendas más pobres de sus numerosos familiares están dispuestas hacia el interior, sobre el terreno levemente ondulado. Estoy anticipándome, ya que nunca había visto Vaitogi, aunque lo conocía por su fama. Cuando fui a recoger una carta de presentación del secretario de Asuntos Nativos, éste me dijo que Ufuti, el jefe regional que sería mi anfitrión, era uno de los más inteligentes en la isla. También me dijo que el *taupou* de Ufuti, Fa'amotu, hablaba algo de inglés. Contaba sólo con estos datos cuando llegué allá.

Nunca pasé diez días más felices y apacibles en toda mi vida. Lina, la sobrina de Ufuti, me recibió sin mayor ceremonia en la casa. Anunció que había ido para permanecer con ellos una semana y en seguida se retiró y me dejó sola. De inmediato, una gran cortina *tapa*, de unos cuatro metros por seis, se extendió a través de un extremo de la casa ovalada, para reservarme mi lugar para dormir y allí prepararon mi cama y la de Fa'amotu. Mi cama se tendió con una manta cubierta con una sábana como colchón, colocado sobre las finas esteras que en número de veinte extendieron en el suelo. Las esteras provenían de las islas Ellice, Gilbert y Tokelaus, y cada una de ellas lleva un año de tiempo para su confección. La cama de Fa'amotu estaba junto a la mia y por la noche bajaban un gran mosquitero sobre ambas, asegurando las esquinas con piedras redondeadas y alisadas. De este modo los perros, los gatos y los pollos, que andaban por toda la casa durante el día, se mantenían alejados. Había un armario, construido como una nevera, con las patas dentro de latas llenas de agua, a unos treinta centímetros de mi cabeza. Todos los animales bebían de esas latas.

Al llegar entregué a Ufuti tela para un *lavalava* y a su mujer, Savai'i, tela para un vestido. A Fa'amotu le regalé perfume. Ufuti tiene unos cuarenta años y es un hombre apuesto, delgado y de rasgos delicados, sumamente inteligente y de una extraordinaria dulzura de carácter. No habla inglés, y tampoco lo habla su mujer. Tienen tres hijos. El mayor, Alo, es un muchacho encantador que estudia y aspira a ser pastor. Está luego la hija *taupou* y el hijo de diecinueve años, Liu. Completan la familia dos primos menores, Tulipa, de nueve años, un niño de cinco y una hermana de Ufuti. Esta hermana se llama Pupa, y es gruesa, alegre y un poco tímida. Hace la mayor parte del trabajo pesado. La primera noche, cuando nos acostamos, pregunté a Fa'amotu si Pupa era casada. La voz más triste y suave del mundo me contestó en un susurro: «*Ua uma*» (todo terminó), y

añadió que su marido se fue a Upolu y no volvió y que sus tres hijos habían muerto. Esta gente, sumada a la abuelita hermana de la anciana señora Ripley en Leone que mencioné en mi última carta y que es, además, una famosa tejedora de *tapa*, dos primas, numerosos parientes de ambos sexos, un jefe que estaba de visita, llamado Fuimaono y dos *tulafales*, o jefes oradores, Lolo y Ofoio, eran mi principal compañía.

Lolo no hablaba inglés, pero emprendió la tarea de enseñarme a hablar la lengua de los jefes y a actuar como una dama samoana. Ufuti me confirió el nombre de *taupou*, que me convierte en miembro de la familia y *taupou* de la aldea. Cuando los demás jefes se enteraron de que yo sabía hablar con cortesía, lo cual significa dominar tres series de sustantivos y verbos y utilizar los términos correctos al dirigirse a personas de distinto rango, todos vinieron a verificar si era verdad. Con gran solemnidad me dirigieron preguntas de gran peso, llamándome «alteza real», y yo repuse a cada señor o duquesa de la mejor manera posible bajo la vigilancia de Lolo, que para prever errores me miraba con ojos de lince.

La comida era exquisita. Fa'amotu se había adiestrado bajo la dirección de la señora Wilson y de todos modos era la época de la fruta-pan. Todos los días mataban dos pollos en mi honor y había además mangos, limas, papayas, y una especie de ananá áspero y algo leñoso. El lunes por la mañana, muy temprano, Ufuti se dirigió a pie a Leone a comprarme té, café y pan. En una ocasión, uno de los miembros menores de la familia ampliada, pescó un *i'a sa*, pez sagrado, para el jefe máximo y me lo trajo en mi calidad de *taupou* de la aldea.

Los jefes estaban halagados por el hecho de que me hubiese tomado el trabajo de aprender sus costumbres y, para celebrarlo, organizaron un *talolo*, ofertorio ceremonial de comida, en mi honor, y bailaron tres *fiafias*, o bailes. Mi estado de salud era óptimo. Me levantaba

a las cinco de la mañana, descansaba durante las horas calurosas del día, dormía virtualmente al aire libre, me bañaba con un tela asegurada precariamente debajo de las axilas, bajo la ducha comunal, o bien en la playa. En conjunto, mi vida era idílica. No llovió en los diez días de mi permanencia allí. Fue una gran suerte, pues la entrada de animales mojados en la casa es muy molesta. Les regalé una lámpara colgante como presente de despedida, o *tofa*, y toda la familia lloró cuando pronuncié mi discurso de adiós. Como quizá les divierta saber cómo marchan mis conocimientos lingüísticos, quiero reproducir el discurso, en inglés. Lo escribí en inglés y Liu me lo tradujo. Lo aprendí textualmente en media hora.

«Su Majestad Ufuti y su noble esposa y toda la familia del jefe. Hoy es el día en que debemos separarnos. Quiero expresar mi gratitud por las bondades y el afecto que me han demostrado. Quiero añadir unas pocas palabras para hacerles conocer mi gran felicidad en este lugar. Mi país se destaca en la fabricación de máquinas. Francia se destaca en la confección de ropa. De Italia provienen los más grandes cantantes. Mas el pueblo de Samoa supera a todos los otros del mundo en hospitalidad. Recordaré estos diez días en Vaitogi y la amabilidad de Ufuti y Savai'i y a toda la familia del jefe hasta que sea muy vieja, y esté muy encorvada y arrugada mi piel...»

El discurso resulta fatigoso ya. Era tres veces más largo de lo que acabo de citar. Hay que pronunciar estos discursos en toda ocasión y no resulta tan fácil. ¿Imaginan ustedes tener que decir en un idioma extraño, en el cual un desliz en la acentuación puede cambiar el significado, y cuando toda nuestra familia ampliada samoana está orgullosa de nosotros y quiere exhibirnos?

No obstante haberme sentido tan cómoda y feliz, no me era posible seguir viviendo así y trabajar en mi investigación, ya que el ambiente era de sobreprotección. Como *taupou*, no podía ir a ninguna parte, ni tampoco

entrar en las casas de la gente común. Con todo, la experiencia fue semejante a una visita a una corte real y me ofreció una excelente oportunidad de practicar el idioma.

Carta a Franz Boas
Pago Pago, Tutuila, Samoa
3 de noviembre de 1925

Unas pocas líneas para informarle que parto el próximo lunes, 9 de noviembre, para Tau. La mayor parte del intervalo hasta el arribo del vapor ha transcurrido en una aldea nativa, donde he tenido oportunidad de probar mi fluidez en el idioma y practicar mucho. Creo que podré desenvolverme.

Tau, Manu'a
14 de noviembre de 1925

Dentro de mis planes actuales, creo que permaneceré aquí el resto de mi estadía en Samoa. La ubicación es ideal para mi estudio en particular. Tau es una isla de unos doce kilómetros de ancho por diecisiete de largo, con un perímetro de cuarenta y ocho. Se encuentra a unos dieciocho kilómetros de distancia de las otras dos islas del grupo, Ofu y Olesega, que se levantan a pico del mar y dan la impresión de estar a poco más de un kilómetro de distancia. Hay cuatro aldeas en Tau: Fitiuta, a diez kilómetros de distancia en un extremo de la isla; y otras tres aquí mismo: Luma, en la cual resido, y Siufaga y Faleasao. Las dos primeras son adyacentes, con una iglesia común en el límite, y Faleasao está a menos de un kilómetro, por un sendero bastante empinado. El dispensario es el único *papalagi* o casa extranjera aquí. Hasta la iglesia está construida en el estilo samoano, con la adición de paredes de madera blan-

queadas con cal. Hay un almacén que cobra precios exorbitantes por alimentos de mala calidad y eso es todo. En estas aldeas la población es de 900 a 1.000 habitantes y todas están casi junto a mi propia puerta.

Nuestra pequeña familia consiste en el matrimonio Holt, su hijo Arthur, de dos años, que chapurrea samoano e inglés con una alegre negligencia, y la recién nacida, Moana, que llora bastante, pero por suerte es una adición no muy visible al grupo. Está, por último, Sparks, el radiotelegrafista, un marinero joven cuya única preocupación es haber frecuentado la escuela sólo hasta el tercer grado. Pasa su tiempo manipulando nuevos tipos de material de radio y leyendo revistas de la especialidad, y aparece solamente para el desayuno y para la cena. El señor Holt es un hombre alto y rubio —me recuerda mucho a Dick en su aspecto—, inteligente, lleno de buen humor y muy competente. Sigue ocupándose de casi toda la preparación de comida y el tiempo que no dedica a esto, o bien a sus obligaciones en el dispensario, lo destina a disciplinar a Arthur, que algún día será un hombre de carácter..., y hoy es ya una presencia bien visible. Luego está la doméstica samoana actual, Leauala. Arthur la llama a gritos todo el día y esta llamada puede ser igualmente una petición de ayuda, una maldición o bien un ruego. El marido la ha abandonado y su hijito murió. Se arrolla el pelo en un rodete descuidado y hace muecas a espaldas del *fo ma'i* (el doctor). El lavado está a cargo de la esposa de un jefe, llamada To'aga, quien junta cantidades de prendas dentro de una sábana y se aleja hacia Faleasao, para golpear cada una por separado, como si quisiera destrozarla contra el muro de piedra de la ducha comunal. No hay agua en esta aldea, salvo la que recogemos en el tanque del dispensario. Hay un manantial de agua salobre que queda al descubierto cuando baja la marea y con el que cuentan los nativos para obtener agua dulce. Ocurre que casi nunca beben agua, sino la de un coco de vez en cuando, y en el caso de los nobles, *kava*.

Esta isla fue arrasada por un huracán hace diez años. Cuando volvieron a plantar cocoteros, los plantaron en hileras, de tal modo que hay un sendero arenoso bordeado de piedras a todo lo largo de las dos aldeas, con filas de palmeras en ambos lados. El bosque bajo no se eleva con tanta inclinación aquí como en Tutuila y en consecuencia, no existe la sensación de estar encerrado junto a un mar hosco, sensación que se experimenta los días lluviosos en Pago Pago, cuando las nubes quedan suspendidas muy bajas sobre el puerto.

Mi cuarto es la mitad del porche del fondo en el edificio del dispensario. Hay una mampara tejida de bambú que lo divide del porche cubierto que hay delante del dispensario y allí los niños samoanos se reúnen para espiarme por los resquicios del bambú, muy orgullosos de sus pocas palabras de inglés, o bien charlando sin cesar sobre los numerosos bienes de Makelita. La verdad es que es un sistema perfecto. De noche descorro la mampara que separa mi cuarto en el otro extremo, empujo las sillas contra la pared, aparto las mesas y quedamos con espacio suficiente para un pequeño baile, una *siva-siva*. Los jóvenes traen sus guitarras y ukeleles y bailan en mi honor. Todas las noches llegan algunos nuevos y esto me da una oportunidad excelente para aprender sus nombres... Los muchachos se pintan barbas y bigotes azules o rojos, se atan hojas de *ti* en las muñecas, se ponen un *ula* (collar) o dos en el pecho desnudo y bien aceitado, y bailan sin cansarse. Esto parece ser prácticamente su única diversión. En Vaitogi celebraban una gran *siva* en la casa del jefe, donde una caja enorme servía como depósito de disfraces y de ella salían *tapas* y faldas de *siva* para los visitantes de importancia; se tenía a mano una botella de aceite de coco y se colgaba un surtido de *ulas* en una cuerda en el centro de la casa. El bailarín salía afuera a arreglarse el *lavalava*, a frotarse con aceite de coco y luego volvía a elegir un collar. Si bien la danza en sí suele ser algo bonito y bien preparado, por lo general sazonado con muecas y gritos salvajes, el comienzo y el fin dan la impresión de ser

improvisados, en la medida en que el bailarín es vencido por la timidez y de pronto se retira con apenas una reverencia y una sonrisita forzada.

Solomona, pastor y caudillo político de Faleasao, me ha facilitado una de sus «buenas muchachas cristianas» para que me sirva. Aparece puntualmente a las ocho de la mañana. Como no habla inglés me viene muy bien. En este momento estoy registrando la historia familiar y los parentescos de cada una de las familias de Faleasao. Se queda hasta las once aproximadamente, hora en que yo caigo extenuada, y se interrumpe el trabajo hasta las tres y media de la tarde. Aquí hace mucho más calor que en Tutuila y es prácticamente imposible pensar en hacer nada en horas del mediodía. Almorzamos a las doce, y de paso diré que la comida es excelente, y después, durante un par de horas, reina un silencio total. La cena es a las cinco y, pasada ésta, es bastante habitual que trabaje sin interrupción hasta cerca de medianoche. Es un horario bastante curioso, pero el único posible aquí. Como ve, me deja bastante poco tiempo libre para leer o para escribir cartas. Todas esas gratas horas extra se dedican a una especie de sueño soporífero.

Hoy es domingo y por lo tanto el horario varía un poco. Me despertaron a las seis de la mañana dos muchachas, que insistieron en que era hora de ir a la iglesia. En realidad comienza a las siete y media. Después de la iglesia, desayuno dominical, más tarde que de costumbre, y ahora son las doce y media, la hora cero en cuanto a temperatura tórrida. A la una y media mi «buena muchacha cristiana», Felofiaina, llegará para acompañarme al servicio religioso en Faleasao, lo cual significará una marcha con todo el calor. ¡Solomona me advirtió que partiera temprano, porque estaríamos mojadísimos cuando llegáramos allá!

Estoy escribiendo en el porche delantero. Una procesión entera de muchachas con sus *lavalavas* dispuestos como *sarongs* bajo los brazos y con baldes de agua suspendidos de cañas que llevan al hombro vuelve de

su baño en el mar. El problema de la vestimenta tiene, gracias a Dios, fácil solución aquí. Yo uso solamente una prenda de algodón, combinación, vestido y un par de zapatillas de tenis sólo para salir, pues en casa ando descalza. Acaban de llegar dos niñitas y veo que se acercan otras dos. Por ahora se acabó la tarea de escribir cartas y es hora de dialogar.

Tau, Manu'a
11 de diciembre de 1925

Probablemente llegue un barco la semana próxima, pero no habrá otro hasta después de Navidad o, quizá, hasta que llegue el próximo correo. De todos modos, tengo que actuar según esta suposición. Debí esperar cinco semanas la correspondencia que llegó la semana pasada y cuando por fin llegó, dispusimos sólo de un par de horas para contestar las cartas que pudiésemos, desembalar paquetes y preparar regalos de Navidad para gente de Tutuila, buscando frenéticamente, en fin, los cheques que tenía que mandar el Banco, así como las estampillas de correo. Por este motivo espero que haya otro vapor, pues hace más de un mes que no renovamos nuestras provisiones. En el último no llegó nada. Ese día fue el más caluroso del año, día de lavado, además, con millones de moscas.

Hay una sensación rarísima que se experimenta aquí cuando se pasa aunque sea unas pocas horas en una casa nativa. Es un gusto distinto en la boca, una sensación de calor opresivo, casi pegajoso, una impresión como si la piel estuviese por salir volando en capas tenues, además del curioso zumbido de oídos, debido en gran parte a la tensión de escuchar atentamente. No sé con exactitud cuál es la causa, pero es posible que sea el tipo de comida y el hecho de permanecer sentada con las piernas cruzadas en medio de una nube de moscas.

La hora más agradable del día es el crepúsculo. Entonces, seguida por unas quince adolescentes y niños,

atravieso la aldea hasta el extremo de Siufaga, donde nos detenemos en un saliente de roca negra y dejamos que las olas nos salpiquen la cara, mientras el sol se pone en el mar y en las colinas sembradas de cocoteros. La mayoría de la población adulta se dirige al mar a bañarse, vistiendo *lavalavas* y llevando baldes de agua en los extremos de un palo. Todos los jefes de familia se sientan en el *faletele* a preparar *kava*, el licor de moras nativo. Las mujeres llenan una canoa pequeña con una solución del almidón local, nuestro *arrowroot*.

Y tal vez, al llegar a la tienda de ramos generales, el ángelus nos hará detenernos, con su campana de madera repicando suavemente en toda la aldea. Si estamos cerca de la tienda, los niños deben correr todos a esconderse bajo los escalones, hasta que vuelva a sonar la campana. Entonces hay que recitar el Padrenuestro en inglés, mientras se les quita las flores del pelo. La canción *siva* se detiene de pronto. Pero cuando vuelve a sonar la campana, la solemnidad, que nunca se tomó con demasiada seriedad, desaparece, las muchachas se ponen otra vez las flores en el pelo, y reemplazando el himno religioso por el tema *siva*, todos comienzan a bailar. Diré que no lo hacen como puritanos.

Cenan a las ocho de la noche. A veces tengo unos momentos de tregua, pero en general las horas destinadas a la cena no me dejan este respiro. Bailan mucho en mi presencia. Les encanta bailar y ello me proporciona excelentes elementos de juicio sobre el temperamento nativo, ya que la danza es individualista y el auditorio considera su deber hacer incesantes comentarios. Entre las danzas, miran mis fotografías. Tendré que colocar a mi maestro, el doctor Boas, mucho más alto en la pared, pues su retrato los fascina. Entretanto, todos conversan sobre innumerables temas.

He debido escribir a máquina el final de esta carta, de pie, apoyada en el aparador, pues me expulsaron del dispensario. Y ahora está listo el desayuno.

Tau, Manu'a
10 de enero de 1926

La Navidad fue un torbellino. Toda la Nochebuena, mientras Sparks me ayudaba a envolver jabones y peines, espejitos y horquillas, en paquetitos azules, verdes y rojos asegurados con bandas elásticas, que gozan de gran aceptación aquí, la procesión de gente que venía a cambiar presentes iba y venía. En el cuarto delantero el señor y la señora Holt también se dedicaban a envolver, envolver, deteniéndose a decir «*Lelei tele, fá'afetai*» (muy bonito, muchas gracias), anotando nombres nuevos y preguntándose, desesperados, de dónde sacar más regalos. Los *ulas* y los collares de caracoles y conchas son como tarjetas de Navidad, pero los samoanos se diferencian de nosotros en que esperan de inmediato un regalo, a su vez. Sin embargo, cada presente más importante venía siempre acompañado por un *ula* y cuando una persona que yo no conocía traía a los Holt un presente, traía para mí un *ula*. Son adornos muy frágiles, pues están ensartados en cuerdas débiles y demasiado cortas y se enredan y cortan con facilidad. A pesar de eso, dejé que media docena de ellos se juntaran en mi cuello, después de lo cual pasaron a colgar de la cuerda en un extremo de mi cuarto. Formaban así una especie de cortina y todos los visitantes se detenían a admirarlos. Para Nochebuena, el tráfico cobró un ritmo febril. Los amigos me enviaron una guirnalda de papel rojo con la leyenda «Hogar es donde cuelgas tu halo», y la colgué contra mi mampara de tela metálica con una bujía eléctrica que me mandó Deb. Este arreglo era un punto de partida ideal para conversar, pues todos cuantos venían me preguntaban acerca de él. Mi mesa estaba cubierta de *tapas*, faldas de *siva* y abanicos, y cada visitante quería saber quién me había regalado cada cosa, hasta que me quedé mareada...

Terminada la Navidad, los samoanos comenzaron los preparativos para el Año Nuevo, festividad mucho más

popular, conocida bajo el nombre del «año de comer». Sentados en el suelo de mi cuarto, se volvieron líricos, diría, al pensar en el ruido que se produciría más tarde. Y la verdad es que fue ensordecedor. Cantidades de niños llevaban latas colgadas del cuello y las golpeaban con un ritmo monótono, pero perfecto. Me paseé por el cuarto hasta las dos de la madrugada. El paisaje era curioso a medianoche, a la orilla de un mar inquieto, con llovizna, una luna melancólica, a veces, la arena blanda y viscosa bajo el pie, los niños de corta edad escapados de casa corriendo de un lado a otro, los adultos, el rostro pintado de negro, en grupos inusitadamente dispersos que se desparramaban apenas se acercaba alguien, para retirarse con aire indeciso detrás de los cocoteros. Debí brincar, arte desconocido en Samoa, al compás de las ensordecedoras latas en esa arena esponjosa y después, desde luego, se cambiaron millares de saludos, algunos respetuosos y otros no, por ser la Víspera del Año Nuevo. El corte de mi vestido delataba mi identidad, aun de noche.

La madrugada de Año Nuevo apareció húmeda y amenazadora. Interpretamos estas amenazas como una intervención especial del Sumo Ser en nuestro favor, pues después de la ceremonia en la iglesia las tres aldeas habían planeado reunirse y bailar para propiciar la abundancia de alimento. Es necesario bastante alimento para satisfacer a tres aldeas. El señor Holt se puso firme y dijo que este año no les daría alimentos, pero circulaba el rumor de que los nativos bailarían hasta que se los proporcionara. Sin embargo, al verlos marchar acurrucados debajo de sus paraguas, con sus vestidos adornados con flecos y sus collares de papel patéticamente ajados ya, tuve la impresión de que ese año no tendría lugar la fiesta habitual. Me senté, pues, en el dispensario y redacté mi informe para el Consejo de Investigaciones. Después de la iglesia tuve visitas de Faleasao, pues esa noche había prometido dormir allí. En lugar de ir, no obstante, preparé unos regalos de tabaco, salmón y ex-

tracto de carne para Solomona y se los envié, junto con mis excusas. Al saberlo, me colgaron del cuello una guirnalda de semillas de naranja y de trocitos de papel azul del Departamento Médico y se retiraron. Leauala entraba y salía y como la tormenta era cada vez más intensa, comenzó a murmurar sobre posibles huracanes, pero yo la oía sólo a medias.

La tormenta se volvía demasiado ruidosa para que pudiera seguir trabajando. Las chapas de cinc golpeaban en el techo y la palmera sobre el cobertizo de la máquina sacudía el techo de cinc en un acceso de furia punitiva. El cuarto comenzaba a inundarse poco a poco y debía hacer excursiones periódicas para apilar los objetos. Por fin fuimos a nadar con Sparks, pero la corriente bajo la superficie era violenta y el aire parecía una sustancia sólida, pues estaba cargado de arena. En esta excursión se me mojó el impermeable; fue una lástima.

Después cenamos y yo preparé la crema para la torta de frutas secas, mientras los Holt, llenos de ansiedad, no cesaban de encender una y otra vez la cocina de petróleo, que se apagaba continuamente. Había muchísima manteca que hacía semanas que ignoraba lo que era hielo y con ella hicimos una salta exquisita para la torta. En realidad teníamos más salsa que torta, hecho que no dejó de entusiasmarme, pues era una experiencia nueva en mi vida. Comimos a las cuatro de la tarde. Había demasiado ruido para poder conversar, el agua se colaba por varios puntos del techo y la lluvia caía directamente en dos lugares. A pesar de ello, nadie mostró mayor preocupación, salvo Leauala, que tenía un hijo en la cima de la colina de Faleasao. Esta aldea fue la más afectada por la última tormenta y el jefe vino a comunicarle al señor Holt que estaban todos muy alarmados. El viento aumentaba. ¿Qué hacer? La tormenta se había intensificado durante la cena y nosotros, absortos en saborear la crema de manteca, no reparamos en ello.

Después de la cena fuimos al porche delantero y allí el señor Holt comenzó a masticar fósforos, señal de que estaba preocupado. El viento soplaba contra nuestras espaldas. Una colina enorme atenuaba algo su violencia. Aun así, el hospital, una simple casa samoana donde la semana anterior habíamos levantado el árbol de Navidad, comenzó a sacudirse con violencia y por fin se derrumbó. Minutos más tarde cayeron las construcciones de la escuela y la casa de los coros. La iglesia en el otro extremo de la aldea había caído ya y aparecía en una decorosa posición de techos de paja arrodillados. Estos edificios, diré, estaban un poco más cerca del mar que el nuestro. Si el viento no cambiaba...

Y de pronto llegó la calma. Duró tan sólo un minuto, pero el aire daba la sensación de estar embozado con hojas de cocotero rígidas, como si estuviesen armadas con alambre. Hasta la arena quedó suspendida en el abrazo de aquella calma. Y entonces el otro extremo de la tormenta, al cargar directamente desde Ofu, nos golpeó y desgarró en mil pedazos la efímera calma. Desde entonces, sólo cabía calcular cuánto tiempo más quedaría en pie nuestra casa. Lo importante era proteger al bebé de dos meses. Estaríamos bastante seguros en los espacios abiertos entre las casas, pero la lluvia era torrencial y el aire estaba lleno de arena, cocos, partes de techos de cinc y otros fragmentos.

Wiezorek, el inspector sanitario polaco, estaba muerto de miedo y salió al patio del fondo, donde todavía se asustó más al contemplar los pedazos de techo que se lanzaban hacia él. Sparks hizo rápidas excursiones a su oficina de radio para estudiar el barómetro, cuyas lecturas comunicaba con tono monótono y solemne al señor Holt. Yo saqué linternas eléctricas, velas, fósforos, medias de lana y suéters para Arthur y abrigos para la señora Holt y para mí, mientras entretenía al niño. Para entonces nos habíamos refugiado todos en el comedor. El porche había desaparecido y todas las puertas estaban caídas. Lo único que ofrecía seguridad como medio

de iluminación era la linterna eléctrica tubular. El señor Holt entregó un hacha a Sparks, con un gesto de gran dramatismo, y salió con un botella de alguna bebida alcohólica para reanimar a Wiezorek. La puerta de tela metálica del fondo estaba abierta y asegurada. Así permanecimos los cuatro, cubriendo con ropa adicional a Arthur de vez en cuando, o agregando un abrelatas a lo que teníamos ya dentro de una lata. La presencia del bebé hacía que contemplásemos la situación con bastante seriedad. Afuera, en las tinieblas llenas de agua y de bramidos, Sparks y Wiezorek se abrieron camino hasta el tanque de agua, una construcción de cemento de algo más de un metro de lado, y dejaron salir el agua.

Nos enteramos entonces de que la idea era meternos todos dentro del tanque. Yo debía entrar primero y recibir al bebé. El señor Holt me entregó su bañera para meterlo allí. El tanque tenía un techo de cinc que se había doblado formando una media luna. Trepé por el costado del tanque y me metí en varios centímetros de agua, en una oscuridad total y sin tener idea de mi ubicación. El tanque está en un rincón del patio trasero del dispensario, detrás del retrete. Nunca lo había mirado y, por lo tanto, no tenía ninguna idea de sus dimensiones. Por suerte habían metido dentro un par de cajones, donde pude apoyar la bañera del bebé. Oí decir entonces al señor Holt: «Aquí va el bebé y va cabeza abajo», dicho lo cual me puso en los brazos un gran bulto envuelto en frazadas. Lo metí en la bañera, derecho esta vez, después de haberle buscado frenéticamente la cabeza. Era demasiado grande para la bañera, de modo que tuve que sostenerle la nuca con una mano Después oí: ««Y aquí va Arthur», y en medio de las tinieblas vino Arthur, quien debió quedarse de pie en una palangana vuelta hacia abajo, mientras yo lo sostenía con mi otra mano. Fue el único momento del huracán que me preocupó, tenía a mi cuidado a esos dos niños pequeños, sin contar con luz alguna y con la lluvia cayendo a torrentes dentro del tanque. Después llegaron

la señora Holt y Sparks con una linterna y Wiezorek con su botella. A cada instante el señor Holt aparecía por el borde del tanque con algún objeto más que yo debía guardar, ropa seca para los hombres, un pollo asado entero que un samoano nos había enviado, un pan y otros artículos. Por fin estuvimos todos adentro, el bebé en la bañera bajo el único sector seco y un cajón en el centro para que todos pusiéramos los pies dentro de él. La señora Holt tenía en brazos a Arthur, yo al pollo, además de una gruesa vela roja, baterías de repuesto y la linterna tubular, un pan y una palangana grande para recoger parte de la lluvia que caía desde el techo doblado del tanque. Wiezorek se disculpaba todo el tiempo por beber, pero repetía que «Dios, me pondría enfermo si no bebiera...».

Cuando hubo amainado el viento, parte de un costado de la casa estaba aún en pie, de modo que nos metimos debajo de las frazadas húmedas y dormimos un poco, pero durante la noche, o mejor dicho, la mañana, entraron samoanos para preguntarnos cómo estábamos y lamentarse por nuestra suerte. En Luma sólo cinco viviendas habían quedado en pie.

Esta mañana hemos hecho un recorrido para ver las ruinas, y la gente que estaba ocupada rescatando sus pertenencias ha interrumpido su tarea apenas lo suficiente para ofrecernos un presente ceremonial consistente en alimentos. Ahora toda la aldea está construyendo y tejiendo con furia; sin embargo, la mujer que he visitado esta mañana, por contar con un techo sobre su cabeza, estaba dedicada a tejer abanicos de intrincado diseño. En este momento la situación entorpece algo la marcha de mi trabajo, pero más tarde resultará útil que no haya copra que cosechar y, por consiguiente, más tiempo libre para todos. Acaban de colocar un techo nuevo en mi cuarto y, además, me he comprometido a ir a nadar y a pescar.

Tau, Manu'a
16 de enero de 1926

Ha pasado ya la mitad del tiempo que debo permanecer en Samoa.

He dedicado estas últimas dos semanas, después del memorable huracán, a la etnología de la actividad. Toda la aldea está ocupada, construyendo viviendas nuevas o tejiendo mamparas y esteras, según el sexo de los tejedores. No consigo quién me informe sobre nada a ningún precio y por ello me paseo por todas partes, dedicándome a veces a actividades provechosas y, otras, sentándome en el suelo y tomando apuntes sobre el punto en que coloca el pie la mujer cuando teje un abanico, y cosas por el estilo. Ayudo asimismo a barrer el suelo de la aldea. Qué bien suena esto, ¿no? Es como si barriese las telarañas del cielo... Se toma una escoba magnífica, de las que los *papalagis* llamamos de bruja y que, por otra parte, merecen este nombre, con un mango de bambú de un metro setenta y cinco de largo y con un extremo hecho de hojas espinosas de cocotero. Cada hoja tiene una longitud diferente y actúa como arte de magia. Cuando una barre el piso de una casa, un piso cubierto de pequeños trozos de coral, o bien el patio que es mitad piedrecitas y mitad césped, la escoba elimina toda la basura sin tocar, en cambio, las piedrecitas ni el césped.

El miércoles pasado fui a pescar al banco de coral con ayuda de una linterna. Valía la pena el espectáculo aun cuando no pescase nada. El borde del banco, una línea blanca y lejana, toda la costa curvada con sus puntos luminosos de linternas, el banco mismo, un mundo asombroso de formas extrañas y de diferentes densidades en la oscuridad. Además, hay cangrejos que no esperan más que ser tomados con la mano, y peces que se cortan en dos con un rápido golpe del cuchillo, y objetos mullidos y arrugados como alfileteros, todo ello para meter dentro de nuestra canasta. El banco está sembra-

do asimismo de *vannas*, negras esferas gigantescas y erizadas de púas, que a veces tienen una banda blanca en la punta de dichas púas. Hay seres aplanados y elásticos, desparramados en todas partes, y gusanos gruesos y oscuros adheridos a las rocas. La pesca es totalmente ineficiente, pero muy divertida. Algunos tienen cuchillos y otros no, de modo que cuando se ve un pez se oyen grandes gritos y los peces, muy pequeños, de sólo unos diez centímetros de largo, están, por lo general, a un kilómetro de distancia cuando llega el chico-con-cuchillo. Lo mismo ocurre con la canasta. Es necesario golpear repetidamente a los cangrejos para que dejen de luchar y a los peces se les corta la cabeza de un rápido mordiscón. Después está el chico de las antorchas. Consisten en varios trozos de corteza seca de un metro de largo, atados juntos. El chico de las antorchas es bastante avaro, pues se aferra a las que tiene y hay que tirar mucho para sacarle una. Las chispas de la antorcha caen sobre el agua con un suave chirrido. Hemos olvidado del todo dónde está la tierra, pero el rugido de las olas contra el banco nos advierte que debemos retroceder hacia la costa, porque si nos internamos demasiado...

Los dos chicos con quienes fui a pescar son mis principales camaradas masculinos, íntimos amigos entre ellos y se llaman Falepogisa, o sea Casa de las Tinieblas de Medianoche, y Vimotu, Arbol de Vi Quebrado. Fale pertenece a una familia de jefes y Vimotu a una de jefes oradores. El grado de parentesco se duplica entre ambos. Es Vimotu quien debe declarar la propuesta matrimonial si Fale decidiese casarse, y cuando Fale me hace un abanico, Vimotu trenza parte de él y recibe como recompensa de Fale una lata de salmón, requisito del *tulafale*. Es curioso ver a estos muchachos y a otros, cubiertos sólo por sus *lavalava*, con flores de hibisco detrás de las orejas o una graciosa red de hojas en el pelo, sentados en el suelo de mi cuarto, completamente a sus anchas, en medio de todos los atributos de mi propia civilización. El juguete predilecto es el Papá Noel

con un peso en los pies, o bien se entretienen hojeando con aire de tolerancia algún número de *Dial* o de *Mercury*. En cambio, cuando uno de ellos descubrió una carta de Louise Bogan sobre el estilo de Henry James, bien escrita a máquina y enteramente legible, debió confesar que estaba desconcertado...

El jueves fui a nadar con los niños más jóvenes. El único lugar apropiado para nadar está a unos tres kilómetros de distancia, donde brota un manantial de agua dulce que corre hacia el mar. Hay un largo sendero bordeado de cocoteros, pero hay que correr de prisa porque, de lo contrario, puede caernos un coco en la cabeza. Los chicos prefieren sobre todo lo que llaman el «pozo de zambullirse», un pozo de unos cuatro metros de circunferencia, con lados resbaladizos de lava que el mar moja a través de una entrada angosta, provocando un cambio de nivel de unos tres metros con cada oleada. Los más osados, de nueve años o más, permanecen en el pozo todo el tiempo, flotando como corchos y alternativamente llegan a la superficie, o bien son arrastrados hacia el fondo. Los más chicos se zambullen en brazos de sus hermanas, permanecen dentro el tiempo de una oleada o dos y luego son arrastrados sobre las rocas, cuando el nivel vuelve a subir. Hasta los de dos años se zambullen allí. Después nos bañamos en el manantial de agua dulce y las muchachas nos arrojan agua con mitades de coco y nos lavan la ropa, trayéndonos los zapatos y secándonos el pelo. Resulta demasiado complicado para hacerlo a menudo, pero es muy divertido. Me siento más feliz que nunca cuando estoy a solas con los nativos, bañándome, o tendida en el suelo de una casa samoana contemplando el mar o bien pronunciando floridos discursos ante algún anciano jefe...

Poco a poco estoy llegando a formar parte de la comunidad. ¿Acaso no tengo ya tres manchas oscuras en mi vestido blanco, sangre del cerdo sacrificado durante la fiesta para el nacimiento del décimo hijo de Mealeaga? ¿No he tejido *polas* para la gran casa para huéspe-

des de Siufaga y discutido con los miembros del *Aumaga*[1] sobre la conveniencia de quemar lo que queda en pie de Ofu, pues la gente de Ofu ha arrojado piedras al entrometido pastor de Tau hasta expulsarlo de la aldea? ¿Y acaso Talala, la real madre de Tufele, la única mujer *matai* (jefe) de todo Samoa, no me ha apoyado cariñosamente el brazo en el hombro, además de haberme hecho Pal un vestido de tela estampada sobre su tablero de estampar que tanto aprecia? ¿Y acaso no sabe todo el mundo estas cosas, así como otras? Y ya cuando yo paso dicen: «¡Que Dios te ame siempre! ¡Te vas!»

Y ahora me encuentro prisionera entre las redes del rango real. Me imagino que debería mostrarme agradecida por haber escapado a él durante dos meses. Vaitogi me enseñó las desventajas del rango y cuando vine aquí, deliberadamente disimulé mi categoría de *taupou* para poder ser simplemente Makelita y vagar a mi antojo por la aldea. Destaqué el hecho de que el señor Holt era el jefe de nuestra familia *papalagi* y por lo tanto le debía obediencia, de tal manera que cualquier capricho que yo evidenciase pudiese ser atribuido a órdenes de él. En cierto modo, no resultó tan divertido, pero era un procedimiento mucho más práctico y menos costoso.

Ahora, por desgracia, todo terminó. Ha llegado un grupo de visita ceremonial, o *malaga*, enviado por Upolu, la madre de Tufele, que es jefe por derecho propio, la única jefe de sexo femenino en todas las islas, por el momento. Ha llegado para el nacimiento, inminente ya, del primogénito de Tufele. Trajo consigo sus jefes oradores, un hombre y una mujer (aunque esta función debería corresponder a viejas oficiosas), su *taupou* y varias mujeres de su edad. El *malaga*, o visita ceremonial, tiene en Samoa gran importancia. Este grupo ocupa una amplia casa, la de Siufaga, y todos los hombres acuden allí para rendir homenaje. Talala tiene la gran ventaja de haber sido esposa del último Tefule, que fue un per-

1. Grupo de los jóvenes. (N. del T.)

sonaje destacado en Manu'a. Por ser la madre del actual goza, además, de todas las prerrogativas de un jefe de elevado rango cuando realiza visitas oficiales.

Como corresponde, voy a visitarla, portadora de un presente de cuatro metros de tela de algodón rosado vivo, y le dirijo todas las frases de cortesía que no he pronunciado desde Vaitogi sobre el motivo de mi visita a Samoa. Se muestra halagada y complacida. No se le ocurre otra cosa que concederme rango real, o de *taupou*, con privilegios en la aldea de Mulivaesafalo, en el distrito de Tuamasagasafata. Tengo un bonito nombre *taupou*, Fuailelagi, Flor de los Cielos, y asimismo han dado nombre a la copa real donde beberé, durante la ceremonia *kava*. Después deberé intentar bailar, con un jefe orador *(tufalale)* a cada lado. Y después Talala le regalará un trozo de *tapa* (tela) al jefe orador.

La dificultad surge del hecho de que por razones de ceremonial, soy yo quien debe ofrecer los regalos, uno a cada uno de los jefes presentes. Todos responden con largas frases ceremoniales, en las que ensalzan a gritos mi generosidad.

La complejidad del intercambio de presentes en Samoa tiene a la vez elegancia y misterios para el extranjero. El jefe paga al *tulafale* o jefe orador, una especie de bardo, que es responsable de todas las actividades ceremoniales y personales. Yo, por ser ahora *taupou*, debo entregar presentes a todos los servidores del jefe que nos visita. Estos presentes son entregados a su vez al jefe orador de los huéspedes y a su familia, en este caso, Tufele. Seguidamente ellos me ofrecen un gran banquete de pollo, uno entero, y como saben que es probable que no quiera comérmelo todo, sugieren con gran tacto que lo envíe como *alofa* (regalo) a mi *matai* (dueño de casa) y a nuestro visitante, el capellán Edel. Es así como la comida llega, por fin, a la casa de los Holt, por estos tortuosos caminos.

Todo es complicado y lleva mucho tiempo. El provecho que obtendré de ello será contar con un séquito

cuando desee ir a Fitiuta, aparte de una hospitalidad espléndida allá. Es la aldea natal de Tufele. Como mis motivos para ir a Fitiuta son etnológicos y no los de trabajar con adolescentes, es, como digo, una gran ventaja. Fitiuta es el lugar de origen de la costumbre y se destaca por sus hábitos de cortesía. Es posible, entonces, que allí me confieran otro nombre *taupou*. Es agotador...

Tau, Manu'a
9 de febrero de 1926

No ha habido correspondencia, con la excepción de algunos paquetes que fueron a Apia por error. La señora Holt recibió la primera carta de su familia desde setiembre. La carta recorrió Australia y Apia. En cuanto a mi correspondencia vagabunda, consistía en entradas para una conferencia a celebrarse el 14 de enero en el Museo.

Tengo el cuarto muy adornado, pues he recibido muchas flores hoy. Me cansé de buscar tantos floreros. Por eso la fotografía de papá Boas ostenta una enorme guirnalda de flores rojas. Sobre la cama tengo una preciosa estera que mi *tulafale* acaba de tejerme especialmente. Es muy bonita y está bordeada de lana negra y rosa viejo, según mis indicaciones, pero la tejedora insistió en que la próxima que me hiciera mostraría colores elegidos por ella misma. Aparte de ello, me la trajo al alba.

Los métodos de la Etnología en los mares del Sur son sumamente curiosos. Tal vez sea injusto hablar de métodos, ya que si estuviera dedicada exclusivamente a la Etnología no tendría necesidad de mostrarme tan sociable, ni tampoco tan circunspecta. En el caso especial de este tipo de investigación no es posible confiar en unas pocas fuentes de información, ni en informantes remunerados. Además, cuando utilizo informantes auténticos y nos sentamos a cambiar preguntas y respuestas

durante horas enteras, no me es posible pagarles, pues son demasiado orgullosos. En lugar de ello tengo que hacerles regalos. Y hay un límite, en este sentido, ya que ellos deben darme a su vez un presente, además de información. Este intercambio de presentes llega a convertirse en una forma sutil de volverse pobre, especialmente en mi propio caso. Es así como muchos de mis informantes, tanto nobles como plebeyos, optan por intercambiar pequeños favores.

En las últimas dos semanas he regalado, en forma separada, unos cien sobres y doscientas hojas de papel, docenas de cigarrillos, cajas de fósforos, cebollas ensartadas en tres unidades, agujas, hilo, tinta, lápices que doy sólo en préstamo, papel carbón para calcar diseños de bordado, y tijeras. No termina nunca. En quince minutos pueden entrar doce personas. Esto, aparte de los niños que me traen conchas o flores y a los que debo dar caramelos o pequeños cohetes de papel. Esto se refiere a lo material. Además, existe la serie de encargos. Solomona perdió la alianza matrimonial de su mujer. ¿Puedo encargar otra en Honolulú? Fa'amotu quiere un traje de baño, Fale un lápiz estilográfico del almacén de la Armada. Fa'apua-a me escribe desde Fitiuta para que le envíe polvos y jabón. Alguien más, todos, en realidad, quieren que les saque fotografías, a ellos y a toda su familia. Fale quiere que escriba a máquina una canción de amor dedicada a su novia; Vimotu, que le redacte una larga carta cargada de arrepentimiento dirigida al director del seminario para futuros pastores, del cual lo expulsaron; Lilia quiere que la dirección de la carta para su hija sea escrita a máquina, como también quiere esto Leauala, y Leauala quiere, en fin, una bobina de metal para su máquina de coser de modelo antiquísimo. Me traerá un pollo, pero ¿para qué quiero un pollo? Lole y Avea, por estar casados, son ahora miembros de la Iglesia y necesitan sombreros, aparte de que las esteras para arrodillarse que venden en la tienda son muy caras. Piden que les encargue sombreros en Tutui-

la. A cambio de ellos me tejerán esteras magníficas. El colmo de los colmos: una solicitud hecha el lunes de que me traslade a Faleasao, en pleno sol y en uno de los días más calurosos hasta ahora, para tomar una fotografía de un cadáver...

Ayer llovió a cántaros y durante dos horas no vinieron niños a visitarme. Me dediqué a pasar revista a lo realizado. El resultado fue un sentimiento de intenso alivio, ya que de sucederle algo a mi trabajo de investigación en este punto, tengo muchísimo material recogido durante estos meses. Esto me tranquiliza enormemente, pues este largo viaje implicaba un gran riesgo y mucho tiempo dedicado a aprender el idioma, para aplicarlo a una aventura dudosa que bien podría haber quedado interrumpida para siempre por un huracán, una enfermedad o cualquier otro factor imprevisible. Cuando añado a este hecho el de tener la certeza de que las últimas semanas son siempre las más fructíferas, tengo un motivo más para sentir alegría.

La otra noche tuvimos un hermoso ejemplo de orgullo profesional. Había nacido un niño y una de las enfermeras pidió al señor Holt que fuese a examinarlo. Cuando entró en la casa, la vieja comadrona samoana, quien, dicho sea de paso, es hermana del jefe máximo, le dio la espalda y permaneció sentada lejos, altanera y ofendida, hasta que él se retiró...

Tau, Manu'a
7 de marzo de 1926

Desde que vine a Tau supe que tarde o temprano tendría que hacer el viaje a Fitiuta, la pequeña aldea de unos 350 habitantes en el otro extremo de esta isla. Muchos de los nativos de las aldeas nunca han estado allí. Los inspectores sanitarios y otros funcionarios que deben viajar a ese punto se quejan con una semana de anticipación, y una semana después de regresar son ob-

jeto todavía de cuidados y comprensión en el proceso de recuperarse. Se cree que es uno de los dos peores caminos de tierra en todo Samoa. El viaje por barco llevaría mayor número de horas aún, bajo un sol abrasador y con dos pasos peligrosos entre los bancos de coral. Por estos motivos fui postergando la excursión. En cambio, cuando la madre de Tufele sugirió una *malaga* (visita de ceremonia), hallé que la oportunidad era demasiado buena para perderla. Estaban pasando una semana con nosotros el doctor Cook, el señor Judd y un joven coleccionista de conchas y caracoles para el Bishop Museum. Todos ellos recibieron invitación de Tufele para formar parte del grupo. El sendero se extiende durante kilómetros de barro que llega en algunos sectores hasta las rodillas. Suelo tomar estos senderos en una especie de delirio intencional en el cual sólo me cuido de poner un pie delante del otro, mientras me repito dos o tres oraciones simples, como cuando se sufre una fiebre alta. Llegué, no obstante, con sólo un dolor de cabeza.

La aldea misma es encantadora y la atraviesa un camino alto, empedrado, cubierto de césped y musgo. A lo largo de este camino están las casas, de modo que hacia la izquierda hay que bajar por escalones para llegar al nivel horizontal del terreno y por la derecha, trepar otros tantos escalones a una altura aún mayor. Las casas están construidas sobre dobles plataformas de piedra en el costado más empinado y el círculo formado por la terraza que las rodea asciende en forma muy gradual, hasta llegar a la colina.

En Fitiuta, como en ningún otro punto de la Samoa bajo jurisdicción norteamericana, se observa la tradicional cortesía. Los tres primeros días de una visita transcurren en ceremonias, la *malaga*, con consumo de *kava*, la bebida nativa de moras, tanto en la casa de huéspedes como en cada una de las casas de los jefes. Los discursos se suceden después de cada uno de los complicados brindis. Pasados éstos, se presentó ante la aldea el cajón de latas de salmón que yo había traído como re-

galo y los jóvenes locales nos trajeron, a su vez, sus ofrendas de comida, grandes platos, o bien canastas tejidas con hojas de cocotero, repletas de pollo y pescado, cangrejos, pulpo, trozos de cerdo y de fruta-pan y de taro, todo ello humeante y recién salido del horno...

Por la noche se repetía lo mismo, salvo que yo debí bailar vestida con traje nativo, después de lo cual se cambiaron más presentes, dado que es esencial hacerlo cada vez que baila alguien *toupou*, yo en este caso, piezas de tela, jabón y tabaco. Cuando se retiraron los jefes, los jóvenes de la aldea, la *Aumaga*, llegaron a la casa y debí sentarme con ellos en un extremo, coqueteando y bromeando y jugando a las cartas, al compás de varios ukeleles, mientras en el extremo opuesto las muchachas de la familia preparaban las camas y colgaban los mosquiteros...

Al segundo día, las mujeres casadas de la aldea, esposas de los jefes y de los jefes oradores, llegaron a rendirnos homenaje. Vestidas con sus prendas más vistosas y adornadas con collares y flores, se sentaron con gran solemnidad dentro de la casa de huéspedes circular, en los lugares correspondientes a sus maridos y tuvimos otra ceremonia de beber *kava*. No obstante, ésta fue una fiesta mucho más alegre. Era una especie de juego de charadas, donde determinadas muchachas, entre las que hacían circular el *kava*, eran llamadas a recitar un poema o a bailar. Cuando optaba por recitar, se equivocase o no, el resto golpeaba las esteras con los nudillos y gritaba al unísono: «¡Se equivocó, se equivocó!», y como prenda, la infortunada debía bailar. Las muchachas solteras y las mujeres de hombres sin título, que habían estado sentadas con toda humildad fuera, fueron invitadas a entrar para proveer un coro para los bailes. La primera en bailar fue la *taupou* de la *malaga* [1], y la última la *taupou* de los huéspedes. Y cada baile requi-

1. Persona de rango real del grupo visitante. (N. del T.)

ría la entrega de muchos presentes. Todo desenvolvióse con gran alegría y dignidad a la vez, y fue en verdad una lección para cualquier grupo de nuestras mujeres miembros de un club social. Sin vacilar ni sentir timidez, lograban salvar todos los obstáculos de expresarse en ese estilo ceremonial tan intrincado y ambiguo, y ello era tanto más sorprendente por cuanto no se elegía a las oradoras por sus dotes en la materia, sino por ser esposas de jefes oradores de cierta categoría. Sus maridos habían sido elegidos como jefes oradores al cabo de largas reflexiones y ruegos por parte de todos los jóvenes locales, para llenar puestos que exigían la elocuencia de un Demóstenes, pero las mujeres habían aprendido a expresarse en lenguaje ceremonial sólo después de casarse. Entretanto, las muchachas más jóvenes permanecían sentadas afuera y escuchaban.

Este sistema imperante en Samoa de organizar a los jóvenes varones y mujeres en grupos que guardan una estrecha relación ceremonial con la vida de los adultos es, a mi juicio, un toque maestro desde el punto de vista educativo. Cuando los miembros de la *Aumaga* se reúnen en forma oficial, se tratan mutuamente con una grave urbanidad, y si un jefe se halla en la casa de huéspedes cuando la *Aumaga* viene a saludar al *taupou*, el jefe dice: «Recibe la más honrosa de las acogidas, hijo de jefe, o hijo de jefe orador, invitado de nuestra aldea.» No hay, por lo tanto, un paso abrupto desde la niñita que hace una torpe reverencia hasta la joven que será el centro del salón donde se baila, o desde el niño varón hasta el hombre, como ocurre en nuestra sociedad. Rige asimismo el intercambio de pequeños regalos entre ellos y en esto se observan siempre los distintos rangos.

Todo este ceremonial llevó muchísimo tiempo, pero tuvo especial valor para mí, al proporcionarme datos directos sobre el mecanismo de la visita ceremonial o *malaga*, y también porque me confirió cierta posición y popularidad que me permitió obtener informantes entre los jefes, a quienes nunca podría haber pagado por sus

datos. Ahora Pomele, enorme, indolente y de una sabiduría increíble, con su pelo muy corto y negro con puntas canosas, de modo que su cabeza de león parecía salpicada de escarcha, conversaba durante horas conmigo, sumamente orgulloso de la rapidez con que comprendía mis preguntas extrañas y de la riqueza de detalles con que podía responder a ellas. Otras veces, una media docena de jefes, terminado el trabajo del día, se congregaba en la casa de huéspedes y discutíamos mecanismos judiciales del pasado. En la mayoría de los casos, un grupo de informantes suele ser mejor que algún otro, en especial cuando comprendemos el idioma y somos capaces de seguir correctamente el hilo del diálogo. Y Pomele solía echarse hacia atrás y esperar hasta que el mayor número posible de personas me hubiese asegurado que no existía ningún tabú que fuese característico de Fitiuta y por fin decía, con su voz suave y a la vez sonora: «*E i ai se tasi.*» (Existe uno.)

Sólo en una oportunidad recurrí a una intérprete, la enfermera nativa Mele, para comunicarme con una vieja comadrona. Más tarde la mujer se quedó conmigo para contarme antiguas anécdotas que no quería revelar a Mele, pues ésta provenía de otra aldea. Por esta razón decidí no utilizar intérpretes, sino tratar todos los temas, desde religión hasta medicina, sin ayuda de ellos. No existen aquí conocimientos misteriosos, salvo algunas recetas de remedios y fórmulas mágicas, pero los samoanos prefieren suponer que los hay. Todos los datos que es posible obtener sobre Tutuila son tabú aquí porque «los hombres de Tutuila y Upolu y Savai'i se jactan de sus orígenes, mientras que los de Manu'a, la isla que se formó primero, guardan silencio y no se jactan». Cada aldea cree, pues, conocer historias ignoradas por otra y, del mismo modo, cada miembro de una familia se engaña, de manera que el número de historias que pueden ser o no misteriosas es sorprendente.

La casa samoana es un lugar ideal para realizar estudios etnológicos, pues el suelo está cubierto de piedri-

tas de todos tamaños y características y el informante se limita a disponerlas en hileras para representar jefes, las levanta para describir recipientes, o bien las apila con ceremonia para representar comida. El samoano nunca señala nada en el interior de una casa, sino que arroja una piedrita hacia el poste o la persona a los que se refiere...

He tenido mucha suerte. En esta aldea, por el hecho de permanecer con blancos y por el carácter *papalagi* de los jefes de este extremo de la isla, me he librado de los deberes de pertenecer a un rango elevado. Los niños me llaman Makelita y me tratan como si fuera una de ellos, ni más ni menos, la actitud que requería para mis investigaciones. En Fitiuta, donde es posible que obtenga los elementos más ricos para un estudio etnológico, puedo invocar mi rango y dar órdenes a todos los miembros de la aldea. Me quedan sólo once semanas más en Samoa, cuatro de las cuales deberé pasar, probablemente, en Tutuila, pues los barcos llegan en forma irregular. Como ha empezado la escuela, en cambio, me resulta prácticamente imposible encontrar niños con quienes conversar. De todos modos, mi estudio está casi terminado. Pasaré el resto de mi tiempo completando datos que falten o haciendo estudios etnológicos.

La apertura de las clases me hizo sentir nostalgia de los Estados Unidos. Alguna vez sentí nostalgia de Nueva York, de la granja, o bien de las bañeras y los filetes, pero nunca tuve la nostalgia colectiva de todo mi país. El primer día de clase aquí, el son de la campana y los lápices para pizarras me causaron un sentimiento extraño. Cuando el maestro pregunta a los niños: «¿Han comprendido?», han aprendido a responder: «Sí, señor, pero no mucho.» ¿Qué efectos tendrá esto sobre la psicología del futuro?

Tau, Manu'a
24 de marzo de 1926

Este será mi último boletín desde Manu'a y quizá el último desde Samoa. Seguramente partiré de Manu'a dentro de tres semanas. Y cuántos agujeros me quedan por llenar... El ancho de una canasta, la altura de un poste, el nombre de una festividad, cómo queman cicatrices, cómo se llama, en realidad, el hermano de la madre y cuántas hogueras se encienden en una fiesta fúnebre. En este punto mi trabajo recuerda, ni más ni menos, un vestido bordado con cuentas, pero bordado sólo a medias. No enviaré, por lo tanto, más boletines. La breve tregua de que dispongo para escribir éste se debe a que tuve amigdalitis y me han prohibido salir hasta mañana...

En la madrugada del 8 de marzo llegó un barco a Ofu y atraída por la idea de obtener datos para mis estudios etnológicos decidí volver en él. Es un bote de remos de unos cinco metros. A último momento llegaron corriendo Fa'apua'a, la *taupou* de Tufele, y otra joven de Fitiuta y anunciaron que vendrían conmigo. Decidí que, aunque costoso, resultaría agradable. Partimos bajo un sol abrasador, con una tripulación de unos nueve samoanos. Las muchachas se marearon muchísimo, pero yo apoyé la cabeza en una bolsa llena de productos envasados y con la oreja contra una lata de salmón y la sien sobre otra de ciruelas secas, disfruté del trayecto de tres horas por mar abierto. Las olas son impresionantes cuando se las observa desde una cáscara de nuez como este bote. Los samoanos cantaban y gritaban sin cesar. Al cabo de un rato hubo un aguacero y no vimos ya la tierra firme. Después lloviznó durante una hora y el crepúsculo abrió brechas oblicuas en el horizonte. Por fin llegamos a Olesega y al Maga, un promontorio largo y escabroso, en un extremo del cual se ve la silueta de un hombre con las manos levantadas y, detrás de él, la figura de piedra de un niño. El aspecto de ambos es como el de un obispo británico de

la antigüedad con su acólito. En la elevación rocosa detrás de ellos está su castillo de piedra, al cual se retiran al atardecer, La leyenda dice que es la figura de un hombre que deseaba volver a Tau, pero que el dios Tagaloa se lo impidió y el hombre murió de pie en esa punta, mirando siempre en la dirección de la tierra añorada. Llegamos a Ofu de noche y debimos caminar con trabajo por los bancos de coral para descansar en una aldea desconocida.

La vida en Ofu se reveló complicada, pues había hambre allí y yo tuve que proveer alimento para mi corte, así como para mí. En cambio hay una panadería y durante diez días enteros disfruté del pan hecho con levadura...

El jueves fui a la otra isla, Olesega, en un bote con gente de la Armada, y mientras que ellos regresaron, nosotros, mis jefes oradores y yo pasamos la noche allí. Fue una experiencia penosa. Olesega estaba destruida por un huracán y no se cultivará allí copra en muchos años. Tampoco hay nada que comer, salvo *masi* (fruta de pan podrida, que huele peor que un queso Limburger) y las raciones de arroz y salmón distribuidas en épocas de hambre. Por otra parte, el samoano desconoce toda forma de cortesía que no se exprese mediante alimentos. Por ello toda la aldea se mostró hosca y tomó a mal nuestra breve permanencia, tratando de ocultar la vergüenza de su miseria en ese momento bajo vehementes aseveraciones. Conocí, no obstante, a un anciano bondadoso y sensato, que me dio todos los datos que deseaba y por ello decidimos pasar la noche siguiente en Sili.

Sili es una pequeña aldea llena de encanto, de unos ochenta habitantes, protegida por un enorme saliente rocoso. Tiene la gran desventaja de que de vez en cuando se desprendan trozos de cinco a diez toneladas de peso de esta roca, Además, el mar acostumbra meterse casi dentro de las viviendas. Por suerte no debimos sufrir ninguno de estos desastres. Nuestros corteses anfitriones sacrificaron un cerdo en nuestro honor y toda la

pequeña aldea celebró la visita, mientras los jefes de mayor rango me contaban, ilustrándolas, anécdotas de la época del canibalismo y un orate famélico y lamentable, que imagina ser Tufele, cantó y bailó en nuestro honor.

La marcha de regreso a Ofu al día siguiente fue sumamente agradable. Primero la travesía de isla en isla, en una canoa de 45 cm de ancho, la *poapoa*. Luego una larga caminata bordeando el mar, tratando de evitar las olas y saltando a veces de roca en roca, aunque por lo general seguimos un camino fácil bajo un sol débil y complaciente.

La *malaga* se desarrolló de un modo encantador. Mis dos compañeros eran mis jefes oradores, desde el punto de vista de sus funciones. Hacían todos los discursos, recibían y distribuían presentes y me preparaban la comida. Como expresión de gratitud les compré tres túnicas nuevas a cada uno. La costumbre es que el jefe orador que acompaña a su amo no lleve nada consigo, sea alimento o ropa, ya que está convencido de la verdad del proverbio que dice que el trabajador debe hacerse valer. Es, no obstante, mucho más agradable que tener verdaderos sirvientes. Los míos eran, además, compañeros llenos de buen humor. Aun cuando se alejaban a lavarme la ropa, uno llevaba la ropa, pero el otro llevaba su ukelele. Tenían obligación de tocar por lo menos dos melodías antes de sentarse por la mañana. El pescado era un privilegio especial del que yo gozaba, ya que otros alimentos escaseaban y se produjeron escenas hermosas cuando un costado de la casa quedó oculto casi bajo una pila de flores, de las cuales las muchachas tejían collares, mientras que sobre una estera en el otro lado, mi anfitrión desparramaba un montón de pescados multicolores. Hubo algunas pequeñas dificultades. En una oportunidad maté treinta y cinco mosquitos *dentro* de mi mosquitero *por la mañana*, y todos estos insectos cenaron opíparamente. Una forma inusitada de mancharse las manos en la propia sangre. Hubo asimismo disputas en cuanto a la casa que honraríamos con nuestra presencia. Nos llevó mucho tiempo, en fin, sacar to-

das las hormigas del pan. El colmo de los desastres fue que soñé que Fa'apua tenía mellizos, la noche antes de nuestra partida. Se trata de un sueño de los llamados de «pulpo». De haber salido a pescar, nuestra recompensa hubiese sido una cantidad enorme de pez diablo En lugar de ello, nos alejamos a bordo del barco de la base...

2. Manus: Aldea Peré. Islas del Almirantazgo, 1928-1929

En Samoa comprobé que no era posible conocer a los adolescentes sin estudiar antes la preadolescencia. Decidí, entonces, dedicar mi próximo viaje al estudio de niños de menos edad. El problema que quería investigar estaba relacionado con el pensamiento animista en los niños pequeños. Más concretamente, me preguntaba si Freud, Levy-Bruhl, Piaget y otros estaban en lo cierto al afirmar que los pueblos primitivos, los niños civilizados y los individuos neuróticos son semejantes en la estructura de sus ideas. ¿Cuál era la naturaleza del pensamiento de los niños *primitivos*?

Como asistente de Etnología del Museo Americano de Historia Natural, tenía a mi cargo todas las culturas de la zona del Pacífico y deseaba hacer mi próxima excursión a Melanesia. Como mi proyecto de investigación no requería ningún pueblo o situación ecológica en especial, dejé la elección de mi campo de estudio a Reo Fortune, con quien pensaba casarme. Reo estaba ya en Melanesia, trabajando con A. R. Radcliffe-Brown, como becario del Consejo Nacional de Investigaciones de Australia. Luego de consultar con Radcliffe-Brown, Reo eligió las islas del Almirantazgo, porque no se había llevado a cabo allí ningún tipo de investigación etnológica con cri-

terio moderno. Luego, como consecuencia de un intercambio de impresiones con un funcionario que trabajaba en Nueva Guinea, a quien conoció en Sidney, eligió el pueblo Manus, grupo marítimo de la costa sur. Consecutivamente elegimos Peré porque Banyalo, intérprete de edad escolar que nos prestaron en Rabaul, provenía de esa aldea.

Viajé sola a través del Pacífico. Reo vino a esperarme en Auckland, donde nos casamos. Desde aquel momento, mi vida intelectual se transformó en una actividad en colaboración; el intenso intercambio de ideas pasó a formar parte de mi vida misma, en lugar de ser algo compartido por medio de cartas, o bien mucho después de producidos los hechos. Nuestra primera tarea de campo en colaboración fue aprender a la vez manus y «pidgin», usado como *lingua franca* en todas partes, con Banyalo como maestro, pues él hablaba poco inglés.

Al regresar a Rabaul, una vez finalizado nuestro trabajo de investigación de campo, F. B. Phillips nos invitó a almorzar. Gobernador en ejercicio, más tarde pasaría a ser presidente de la Corte Suprema de los territorios de Papúa y Nueva Guinea. Reo tenía proyectado volver a Dobu para tomar fotografías, pues se le había roto la cámara durante el primer viaje. El juez Phillips me persuadió de que permaneciese en Rabaul y pasase las seis semanas siguientes trabajando en la biografía de uno de los primeros colonizadores importantes de Nueva Guinea, Phoebe Parkinson, esposa mitad samoana de Richard Parkinson, autor alemán de *Treinta años en los Mares del Sur*. La historia de la señora Parkinson me proporcionó vívidos datos sobre las costumbres tanto de Samoa como de Nueva Guinea, a las cuales nadie de mi generación podría haber tenido acceso.

Volvimos a los Estados Unidos vía San Francisco. Reo comenzó a trabajar en estudios de posgraduado en la Universidad de Columbia y yo reanudé mi trabajo en el Museo.

Lorengau, Manus
Islas del Almirantazgo
22 de noviembre de 1928

El *Marsina*, barco que viajaba a Rabaul desde Sidney en un trayecto que llevó doce días, era un cascarón diminuto y maloliente. El menú exhibía con orgullo veinte tipos de *curry*, diferentes sólo en cuanto al nombre. Hicimos escala una tarde en Samarai, donde Reo recogió a un grupo de nativos e investigó sobre el sistema de parentesco en Dobua.

De Samarai partimos para remolcar un barco encallado en un banco de coral. Pasamos un día monótono en una bahía frente a la costa de Nueva Guinea, esperando la subida de la marea. Los nativos flotaban un poco a la deriva en canoas planas, atadas una junto a la otra. Durante la noche encendían fuego en el centro de las embarcaciones y se cubrían con las velas, tendidos en círculo y con los pies hacia el centro. Estaban amarrados al costado del barco. Por accidente un torrente de agua de una manguera cayó sobre ellos. Fue desastroso para los veinte hombres que dormían. Sacamos al *Morinda* del banco, fuimos a un concierto en el *Montura*, que navegaba en las inmediaciones, trepamos la barandilla del *Morinda*, que había amarrado junto a nuestro barco para llenar sus tanques de agua con nuestra provisión, y volvimos lentamente a Samarai. Desde allí proseguimos hacia Port Moresby y Rabaul.

Chinnery, el antropólogo del gobierno, se encargó de nosotros en Rabaul. Nos alojamos en casa del vicegobernador, un caballero simpatiquísimo con una pierna lisiada y grandes dotes de mímica y de economía doméstica. Nos quedamos allí, porque había que ocuparse de numerosos documentos oficiales. Por suerte todo estaba en regla, ya que en este lugar éramos huéspedes de un funcionario de distrito, no debimos pagar aranceles aduaneros y tuvimos, además, acceso a todos los archivos. Olvidaba señalar que el gobierno de Rabaul nos prestó

un chico manus de la escuela oficial que sabía leer y escribir a mano y a máquina. Se llama Banyalo.

Durante un año nuestro cuartel general será Lorengau, sede del gobierno. Viven allí unas dos docenas de blancos. Todo el mundo habla con todo el mundo y parece que hay intensos odios. En realidad, las cosas iban mejor en Pago Pago, donde nadie dirigía la palabra a nadie. El oficial de distrito, el señor Mantle, es un inglés austero y reservado. Tiene una gran casa, heredada de la época de los alemanes, con extensas galerías. Su mujer está ausente y él vive en una soledad majestuosa y resentida, repitiendo sin cesar cuánto prefiere su pipa y sus libros al contacto con gente vulgar. Vive además un oficial patrullero que está en el Territorio desde hace nueve años y acaba de traer a su mujer australiana. Está también Charlie Munster, en una época famoso traficante de esclavos. Al estallar la guerra, sacó de no sé dónde documentos de identidad australiana y ello le permitió quedarse en una plantación improductiva. Por otra parte mantiene un comercio de perlas, con el que gana tanto que puede permitirse tener una nevera, la única de la isla. Munster vive a tres kilómetros de la población. En este momento, el gobernador quiere prisioneros para construir una buena carretera hasta la propiedad de Munster y poder así hacer una agradable caminata por la tarde, después de jugar al tenis, para beber buena cerveza.

El señor Burroughs, dueño del comercio local, gana el ciento por ciento en cada venta y tiene una mujer australiana que habla como un gramófono. El socio de Burroughs, Kramer, negocia con carey y nácar. Está además el pomposo pero simpático «mediquito» local, que casi ha completado sus estudios de Medicina y sabe muchísimo de medicina tropical. Su ayudante, Dunstan, pregunta si es más fácil navegar río arriba que río abajo. Y el *kuskus*, empleado administrativo, nos está enseñando a revelar películas. A una hora de navegación, en línea recta, vive el padre Borchard, que lleva aquí quince años seguidos y cuyo gran interés es la preparación de un diccionario

en la versión nativa del inglés, el llamado «pidgin». En el lado opuesto está radicada una desteñida misión protestante alemana, compuesta de seis adultos y dos niños, que viven con quince dólares por mes y no han convertido a muchos nativos. Están, en fin, los propietarios de plantaciones distribuidos aquí y allí y los gerentes de dichas plantaciones, chinos o japoneses.

He aquí la frágil estructura de un centenar de hombres blancos que gobierna y explota un territorio tan vasto, que encuentra oro, cultiva grandes plantaciones, comercia en carey, oculta sus fracasos en otras tierras, bebe en exceso, contrae deudas, se quita mutuamente las mujeres, se arruina, se suicida, o bien se enriquece... si sabe cómo lograrlo.

El sistema de reclutamiento, que en su origen fue de servidumbre, consistente en secuestro por medios violentos y venta de esclavos, es ahora una forma algo menos rígida de persuasión por la fuerza y de largos contratos de tres a cinco años, que la ley obliga a cumplir. Es posible contratar a muchachos a partir de los doce años de edad. La política consiste en obtener muchachos provenientes de islas lejanas y de tantas como sea posible. En estas circunstancias no podrán robar ni guardarse cosas para sus parientes, según reza la teoría, o bien conspirar en su propio idioma, o enamorarse de muchachas de su propia tribu. El reclutador gana de quince a veinte libras por muchacho que proporciona. El muchacho recibe cuatro o cinco por año y su alimento, consistente en arroz, *bulmakau* (carne de vacuno) y tabaco.

Los nativos viajan bastante. Muchos sirvientes domésticos son llevados a Sidney para cuidar a los niños cuando los patrones vuelven a su país de origen durante las vacaciones. No se les permite tener barcas de motor o automóviles, ni usar camisa o portar armas de fuego. A pesar de ello, deben saber manipular todas estas cosas. Sirven licores del sur de Francia, lavan porcelana fina, cuidan a los niños y comprenden lo que están haciendo sólo en términos humanos, aunque siempre con la re-

serva infaltable de que todos los blancos son *longlong* (locos) y un encogimiento de hombros ante el misterio total de las costumbres de los europeos. Por otra parte, han perfeccionado una perfecta *lingua franca*, el pidgin, un lenguaje flexible y fácil, con cadencias propias, que hoy todos los nativos hablan para comunicarse entre sí, con preferencia a su propia lengua materna.

De hecho, Melanesia está dividida en centenares de comunidades muy pequeñas. Cada una de ellas habla un idioma incomprensible para el resto, practica diferentes costumbres y vive aterrorizada de todos sus vecinos, así como de sus enemigos ostensibles. En esta isla de unos sesenta kilómetros de largo por treinta de ancho, con una población de unos 14.800 nativos, hay, por lo menos, ocho grupos lingüísticos en los islotes que la bordean. Las islas más pequeñas se vuelven especializadas según su cultura material: algunas fabrican recipientes tallados, otras, palos de betel o puntas de flecha de obsidiana, o bien grandes cocodrilos esculpidos y pintados de rojo y de blanco. No hay grandes grupos lingüísticos ni grupos políticamente integrados capaces de soportar las influencias de otras formas de vida. Cincuenta personas aquí, doscientas más allá, se desintegran como grupo y desaparecen del todo, porque el gobierno, o bien la misión, ha prohibido alguna costumbre en particular. A pocos kilómetros, trescientos nativos trastabillan bajo el ataque. Decrece la natalidad y luego, lentamente, antes de que se extinga totalmente el grupo, aumenta.

Entretanto comienza a desarrollarse una nueva estructura social, en la que casi todos los jóvenes físicamente aptos parten por dos o tres años a trabajar para el hombre blanco. El joven se aleja con relativa frecuencia para ganar el precio de compra de su novia y vuelve, después de haberse mezclado con nativos de todo el Territorio, con una magia negra nueva, nuevas pociones de amor, nuevas drogas para provocar la esterilidad y el aborto, y un nuevo idioma con el cual puede conversar con jóvenes de otras tribus. Por otra parte, las mu-

jeres —en pidgin, todas las mujeres se llaman *maries*—, rara vez se alejan de sus aldeas y hablan muy poco pidgin. Unas pocas mujeres blancas tienen *maries* como servidoras, pues se dice que es virtualmente imposible tener sirvientes de ambos sexos a la vez. Es interesante hacer conjeturas sobre la posición que ocuparán las mujeres cuando todos los hombres hablen un idioma común y ellas continúen hablando una cantidad de lenguas mutuamente incomprensibles...

Así pues, en el pidgin es posible visualizar un nuevo idioma, eficaz, perfectamente adecuado y en proceso de formación, adaptado a media docena de sistemas gramaticales de los pueblos melanesios y con un vocabulario obtenido de todas estas fuentes.

El lunes, Gizikuk, jefe de los chicos *sodawater* o marineros, vendrá a buscarnos para transportarnos con nuestro equipaje en una flotilla de canoas. Haremos una excursión de un día entero a lo largo de la costa. Para cuando envíe la próxima carta estaré en pleno viaje. He comenzado ya a comprender algo del idioma. Hay un barco cada tres semanas.

Kwe bo kwa[1].

Peré
16 de diciembre de 1928

Estoy escribiendo en la galería cubierta de la casa de huéspedes del gobierno en Peré, la aldea más grande de las propiamente manus. A mi lado tengo un flamante padre, vestido sólo con un taparrabo, brazaletes y aros en las piernas, un cinturón trenzado con una bolsita donde guarda la nuez de betel que mastica y unas hojas de pimienta. No ha visto todavía a su bebé, y no lo verá hasta que el hermano de la madre haya organizado una gran fiesta. Sólo entonces podrá volver junto a su fa-

1. Puedes irte.

milia. Entretanto, él y otro compañero, que también acaba de ser padre, no tienen nada que hacer, salvo vagar ociosos, arrojar flechas a un blanco o tallar canoas de juguete para los niños.

La aldea parece una Venecia primitiva, pues las calles son canales y las casas están asentadas en pilotes sobre el agua. La única tierra firme consiste en unos islotes diminutos, que se inundan con la marea, otras islitas volcánicas y la tierra de la isla en sí, a un kilómetro de distancia. Toda la vida se desenvuelve por medio de la canoa. Los niños de tres o cuatro años, utilizando palos de más de tres metros de alto, saben ya empujar canoas diez veces más grandes que ellos. También suelen tener pequeñas canoas propias, en las que se deslizan semisumergidos, pues estas embarcaciones vuelcan a menudo, aunque parecen estar a sus anchas en ellas. En los extremos de los islotes cuelgan columpios de los árboles y los chicos se mecen sobre el agua. Los pisos de las viviendas son de tablones cortos y alisados, colocados desparejos, de tal manera que hay resquicios. Los niños deben adquirir desde muy temprano suficiente destreza para caminar sobre ellos, como si vivieran en árboles sobre el agua.

Cuando nos trasladamos en canoa de un lado a otro es frecuente que de pronto aparezca en el agua la cabeza de una mujer, con un niño de dos meses de edad cargado en los hombros y que sobresale del agua donde ella está de pie, sumergida hasta el mentón. Hasta los cerdos se han hecho animales acuáticos. Durante el día los encierran en corrales pequeños apoyados en pilotes, pero de noche los sueltan y los animales se revuelcan o nadan apaciblemente en aguas poco profundas. Al amanecer los llevan nuevamente a los corrales, con muchos gruñidos de su parte y muchos gritos de parte de los hombres.

Las viviendas tienen de quince a veinte metros de largo y galerías pequeñas con ventanas en los extremos. Son anchas y altas, pero el interior es oscuro, lleno de humo, y está repleto de estantes con recipientes, canas-

tas y alimentos. Delante de la casa hay una plataforma, a un nivel inferior, donde deben aguardar las visitas antes de que se las invite a entrar y donde se guarda la leña, se hace alfarería y se secan las redes. Las mujeres usan largas colas de paja delante y detrás, aseguradas por cinturones tejidos. Cuando estas colas son nuevas, son de color verde vivo y ofrecen un colorido grato contra el panorama pardusco y grisáceo de toda la aldea. La paja del techo es de un marrón rojizo cuando es nueva, pero también pardusca cuando envejece. Las largas tiras de tela con que las mujeres se envuelven la cabeza en el estilo oriental, están, por lo general, tan desteñidas que no tienen ningún color visible. Hasta los pececillos son de color gris pálido. De vez en cuando, una canoa cargada de *sagú*, embalado en fardos de color verde intenso, rompe un poco estos tintes monótonos, o bien alguien suele colocar una hilera de cocos a lo largo de la fachada de una casa para que broten y decoren la ventana al crecer.

Esto es un verdadero paraíso para los niños. No tienen que trabajar, aparte de llevar y traer mensajes, lo cual implica desplazarse en canoa por el agua. Las mujeres cuidan de sus hijos de corta edad, de manera que los mayores gozan de total libertad. Cuando baja la marea en las primeras horas de la mañana, van de un lado a otro, atrapando peces con diminutos arcos y flechas, dragan el agua con un trozo de corteza con la que imitan una red, o bien dan puntapiés a un trozo de coral por debajo del agua. Si bien las niñas también usan las dos largas colas de paja, como las mujeres adultas, no les molestan demasiado. Cuando la marea está baja, caminan sosteniéndoselas por encima de la cabeza para que no se les mojen. Cuando la marea sube, se las quitan.

Las casas están tan juntas que las voces se oyen bien entre una y otra y hay una comunicación constante entre las familias. Las riñas por un poco de *sagú*, mantenidas entre un hombre en una canoa y otro en una casa,

resuenan por toda la aldea. El batir codificado del tambor anuncia todos los acontecimientos importantes.

Hay cuarenta y tres casas en total, incluida una para hombres y dos, bastante grandes, destinadas al juego de los niños, en especial de las niñas de corta edad. Esto hace que la colectividad sea suficientemente grande como para que todo el tiempo esté sucediendo algo. Desde nuestro arribo, hace tres semanas, hemos presenciado una ceremonia destinada a devolver el conocimiento a una mujer inconsciente, mediante el envío de espíritus buenos que capturen al de ella, robado por un antepasado ancestral ofendido; una para hacer de un muchacho, adulto hoy, un miembro respetado de la comunidad; una para asegurar el éxito de un embarazo primíparo, en la cual se arroja *sagú* al espíritu ancestral; otras dos en las que se retribuyó a dos parientes que pasaron la noche durmiendo junto a un cadáver, y una danza de la tortuga en la casa del jefe de la aldea. A veces, en una noche cualquiera pueden resonar, sobre la superficie del agua, seis o siete disputas o quejas. El tambor bate para anunciar que un hombre enfermo está llamando al espíritu de su padre, una multitud se congrega con rapidez para escuchar a una mujer que si bien manifiesta no saber pidgin, lo habla con toda fluidez en medio de su delirio, mientras una canoa se desliza silenciosa, distribuyendo trozos de una pesca reciente de tortugas entre las mujeres que lavaron los huesos del padre del pescador.

Nuestra casa está situada en el borde de una isla muy pequeña que se enorgullece de tener dos árboles y una pagoda. Aquí llegan los habitantes de un sector de la aldea a hacer fogatas para enderezar sus antorchas de bambú, a chamuscar una zarigüeya, o a tallar un tablón para una casa. Aquí se reúnen los niños a jugar, o a mirar cómo un hombre de edad talla una canoa de juguete. Existen dos «centros sociales» como éste en la aldea. El jefe del otro sector está construyéndome una casa en él, para que podamos observar ambos centros en actividad. Estas casitas, que han aprendido a cons-

truir para los funcionarios de patrullas, son muy confortables, con porche en todos los lados y la cocina algo apartada en un extremo de dicho porche. La parte superior de las paredes consiste en un espacio abierto, protegido por el techo inclinado y hay, además, cuatro ventanas y dos puertas. La casa está en este momento llena de armarios destinados a contener provisiones; sin embargo, la mía, preparada para recibir la invasión de niños, contendrá tan sólo cajas cerradas de madera de cedro y canastos suspendidos del techo.

La comida ha resultado mucho mejor de lo que esperábamos. Compramos el pescado a los habitantes de la aldea, la papaya, ananá, taro y otros frutos que se utilizan como legumbres, a la gente de tierra firme. De vez en cuando Reo sale a cazar un pato salvaje o unas palomas. Por algún tiempo un cocinero que era un gran ladrón perturbó la paz de la casa, pero dentro de poco tiempo tendremos otro.

Hace aproximadamente una semana llegó el equipo de primeros auxilios de Marie. Un niño que se cayó se lastimó la cabeza contra una piedra y se desmayó. Cuando llegamos con nuestra canoa frente a la casa, el ruido en el interior era increíble. Era una combinación de lamento de mujeres —«¡Mi madre, mi madre, mi madre!»—, el grito de siempre para expresar desesperación o sorpresa; de voces de hombres dando órdenes a sus espíritus ancestrales en particular; del ruido de palos al batir contra los recipientes de madera. Todo ello indicaba que el niño estaba sin conocimiento. Entró Reo, llevando tintura de yodo y vendas, mientras Manuwai y yo fuimos a buscar la botellita de amoníaco olvidada en el botiquín. Cuando volvimos, me metí en la casa repleta de gente y encontré a Reo sumamente irritado. El niño estaba rodeado por un espeso grupo de personas, el calor era sofocante y nadie quería saber nada de sus cuidados. Rompimos, entonces, el cuello de la botella de amoníaco y Reo se abrió paso hasta el niño para ponérselo debajo de la nariz. De inmediato éste, que no estaba gravemente herido, recobró el conocimiento. El

efecto fue tan instantáneo que no era posible ignorarlo y se permitió a Reo desinfectar y vendar la herida. Más tarde pedimos urgentemente a Lorengau otra botella de amoníaco, rezando con fervor por que nadie se desmayase entretanto.

Toda la sociedad está regida por los espíritus de los antepasados inmediatos, que conservan rasgos sumamente humanos, pues se enojan y se complacen con gran facilidad. Cada casa tiene su propio espíritu guardián, el del padre del dueño de la casa, o el de su tío, y este espíritu castiga y también protege. Si el hombre desobedece a su hermano mayor, el espíritu de su difunto padre hace que se enferme y es necesario, entonces, que el hermano mayor celebre una sesión y pida al espíritu que se aleje. Son verdaderas sesiones de espiritismo, con silbidos y llamadas, hasta que el médium convoca al espíritu del familiar muerto, siempre el mismo, según parece, un verdadero «control». La hechicería ocupa el segundo lugar, si bien de vez en cuando se celebran pruebas de competencia entre los hechiceros de varias aldeas.

Son gente alegre y espontánea, con una tez casi tan clara como la de los samoanos y de un espíritu cordial, aunque tosco. La conversación superficial gira alrededor de la nuez de betel. Quienes tienen bastante en su bolsa la ocultan y la piden a otros que tienen también bastante cantidad. Estos arguyen a su vez que no tienen betel. Los pedigüeños replican entonces: «¡Mentiroso!», y los otros insisten: «No, es verdad.» Suele seguir a esto un poco de agresividad amistosa, en la cual se revisa la bolsa y se descubre la nuez de betel. Los chicos están presentes en toda ocasión, bailan en las fiestas, se aferran con amor a la pierna del padre empeñado en luchar con otro para atraer a un espíritu ancestral, o bien espían por debajo del brazo de una comadrona que está dando masaje a una mujer durante el parto. Los adultos están siempre dispuestos a participar en el juego de los niños, a llevarlos en andas en el agua o a dirigir sus juegos.

El idioma es muy difícil, con una fonética compleja,

una masa de sonidos que ocupan posiciones intermedias respecto de los que nos son familiares y muchas variantes de un individuo a otro, de tal modo que uno pronuncia una palabra, *worol*, mientras que otro la pronuncia *wolor*, y cada uno defiende su propia versión del término. He aprendido un poco de diálogo sencillo, pero no puedo aún seguir una conversación. Es mucho más difícil que el dobuano o el samoano...

Diré, con todo, que no podría haber hallado un lugar más agradable en Nueva Guinea, ni un pueblo con tan buena cultura material o con una economía más desarrollada. Sus leyendas terminan con el comentario siguiente: «Esto pertenece a la leyenda. Ha descendido, descendido, se ha vuelto humano. Desciende, aparece en la escena y se vuelve mortal.»

Peré
10 de enero de 1929

Por primera vez me encuentro sola. Lograrlo fue mucho más complicado que en Samoa, por cuanto tenemos aquí tantos bienes materiales que no era posible trasladarlos con facilidad. Tengo la casa cubierta de estantes llenos de latas, papel de escribir y material fotográfico. No podía dejar todo esto e ir a dormir a una casa nativa, porque ningún nativo habría estado dispuesto a venir a dormir aquí y proteger mis bienes. Tienen mucho miedo de las casas carentes de espíritus guardianes ancestrales.

Entretanto, Reo debió partir inesperadamente para ser testigo de un litigio entre aldeas de una isla cercana. Creo haber mencionado los compromisos matrimoniales entre niños de cuatro y cinco años, por los que la familia recibe dinero en el momento del compromiso. El punto esencial es el «pago». Los matrimonios se arreglan generalmente entre primos cruzados. Por ejemplo, el hijo de la hermana tiene derecho a pedir al hijo del hermano una niña con quien casar a su propio hijo. Las relaciones

entre primos cruzados son siempre muy complicadas. Es una relación expuesta a muchas bromas, pero en cada ocasión solemne se traban en riña.

El hijo del jefe de Patusi, aldea próxima a ésta, estaba comprometido con una niña, y un primo cruzado, por el otro lado de la familia, la había seducido. En el pasado, las alternativas eran una pelea, o bien un pago propiciatorio. Hoy, en cambio, se impone un juicio, o bien exigir el pago propiciatorio. El muchacho Patusi estaba hosco y furioso y exigía un juicio legal contra su primo cruzado. Pero como él, al igual que todos los muchachos manus, había sido ya «pagado» por un pariente varón mayor, no tenía voz ni voto en la cuestión. Los parientes se pronunciaban en favor del pago propiciatorio o *kano*.

Reo y su principal informante, el jefe de Pontchal, pequeñísima aldea casi pegada a Peré, partieron con representantes de Patusi y de varias aldeas más para cobrar el pago, o bien prestar ayuda en el caso de una riña, según fuera el caso.

Debí, pues, quedarme a vigilar mi propia casa y mi servidumbre. Tenemos a Banyalo, el escolar de Rabaul, que la mayor parte del tiempo es un metro con setenta entero de malhumor y holgazanería. Con todo, lo retenemos porque nos sirve para descifrar textos. Podemos disponer de él como no podríamos hacerlo en el caso de hombres mayores y tiene responsabilidad suficiente para que podamos dejarlo a cargo de la casa cuando salimos durante el día. Banyalo usa camisa y pantalones cortos de color oliva, lo que contribuye a agriarle aún más el carácter. Banyalo, no obstante, quiso acompañar a Reo a Taui, de manera que no cuento con él. El cocinero principal era Manuai, muchacho simpático e indolente que fue antes nuestro sirviente. Desde que pasó a ser cocinero, su *laplap* se volvió notablemente más largo, su dignidad, extraordinaria y su altanería, incomparable. Hace tres días le agujerearon las orejas y por ello quedó fuera de combate por cinco. Han llegado cinco mujeres de Loitcha para prepararle la comida en un fuego espe-

cial. Tiene las orejas cubiertas con hojas y se muestra muy solemne e impresionado por el hecho de que estén en peligro. Cualquier desvío de los tabúes puede significar una oreja deformada, futuro inconcebible para alguien tan vanidoso como él. Los niños menores lo llevan de un lado a otro en canoa muy solemnes frente a su invalidez, y llega hasta mi casa sólo una vez al día a pedir papel de diario para liar cigarrillos. Después de la ceremonia de agujerear orejas, tengo como cocinero a Kilipak. un muchacho de unos quince años, muy listo, hijo de una familia de jefes, líder nato. El ascenso de Kilipak a cocinero significó el de Sotoan, hasta entonces un simple esclavo de cocina que trabajaba sólo por la comida. Es ahora camarero y asistente a la vez. Tiene unos doce años, pero carece de autoridad y su actitud es humilde. Un *monito*, o niño de corta edad, que nunca había venido antes, ha pasado a ser segundo asistente. Son todos tan pequeños que hacen falta dos para doblar una frazada. Hay, en fin, otro *monito*, más pequeño aún. Así es como todo mi personal, encabezado por un chico de trece años, ha comenzado a desempeñarse. Los procedimientos del ausente Manuai fueron fielmente seguidos por Kilipak, que, además, organizó una banda de niñas para traer la leña que él y sus compañeros *monitos* debían buscar antes para Manuai. Cinco niñitas, con sus colas de paja delante y atrás, salen en dos canoas atadas juntas para poder cargar la leña. Cuando vuelven se las recompensa con un poquito de tabaco y luego Kilipak pide papel de diarios para todos. Cuando partió Reo, mi personal doméstico infantil marchaba bien. Nadie tenía más que un mínimo de deberes que cumplir, todos estaban alegres y felices, todos realizaban sus tareas con empeño y todos escapaban a correr carreras en las canoas mientras yo dormía la siesta. Sólo me faltaba la compañera para dormir.

Las mujeres de nuestra servidumbre son tres, dos *maries* lavanderas y mi pobre viuda Main. Las lavanderas tienen unos dieciséis años, las dos van a casarse pronto y dedican sólo una fracción de su tiempo a su trabajo,

ya que invariablemente pasa en su canoa un hombre que es tabú para ellas, o desembarca en la islita, o entra en la casa. Todas llevan un tocado de tela con el que se cubren cuando pasa un familiar que es tabú. Las casadas deben cuidarse de cuñados y suegros, pero las solteras son tabú para todos los hombres del clan en el cual habrán de casarse. Mis dos muchachas han trabajado con muy poco entusiasmo y a veces no han venido. He tardado mucho en lograr algo de ellas y fue necesario que una me cortase el pelo y la otra recibiera una buena reprimenda antes de que se comportasen correctamente. Antes de esta crisis no hacían más que permanecer inmóviles con expresión hosca, murmurando entre dientes: «Betel, betel.» Una de ellas, Ngaleap, se lastimó al caer de un columpio un día que le di asueto, pues no había ropa para lavar. Decidí entonces recurrir a Main, mi viuda. Está especialmente triste porque enterró ya a cinco maridos, a pesar de no tener todavía cincuenta años. Le pago tres raciones de tabaco por semana y tiene la obligación de venir a llamarme cuando ocurre algo referente a la actividad artesanal de las mujeres, o bien hay una fiesta. Al principio se resistió a dormir en casa, pero por fin consintió, cuando le permití que la acompañasen una de mis lavanderas y otra muchacha más. Todo quedó, pues, solucionado. Anoche, no obstante, fui a un banquete de tortuga y hubo una gran tormenta. Mis *monitos* me cuidaron la casa a la perfección, bajando las lonas y fijando las puertas con una tabla de planchar. Descubrí que estaban todos muy domésticos y dispuestos a quedarse a dormir. Me dijeron entonces que la causa del miedo de Main era que uno de sus maridos pertenecía a este sector de la aldea y podría cogerla. Mandé decir a Main que no tenía necesidad de venir a pasar la noche. Por fin apareció Ngaoli y durmió a mi lado. Los cinco *monitos* se instalaron en la galería, después de hacer una separación con lonas. Cantaron, muertos de miedo, hasta dormirse, pero de vez en cuando alguno despertaba y decía que había un fantasma cerca. Por la noche les di lápices y papel e hicieron sus pri-

meros dibujos. He comenzado por los mayores, para que los más pequeños dibujen en condiciones semejantes a las de los niños que dibujan espontáneamente en nuestra propia cultura, es decir, después de haber visto dibujar a los mayores. Pidieron llevarse los lápices y el papel a la cama y desde el alba estuvieron despiertos, dibujando con entusiasmo. La llegada de un hombre con pescado fresco recordó al cocinero sus obligaciones y así comenzó la jornada. Tengo una casa feliz, infantil, satisfecha, con Kilipak, genio en cuanto a organización, dirigiendo todo. Me siento una dueña de casa tan nominal como una reina inglesa en cuanto a la organización práctica.

16 de enero de 1929

Volvió Reo, después de un largo viaje que terminó en un fracaso. El hombre que pagó por la niña como novia de un niño de su familia se acobardó, porque en una oportunidad había ya aceptado *kano*, o pago, de la misma familia y se le murió un cerdo. Era obvio que su espíritu guardián, y antepasado común a ambas familias, estaba enojado. Esta vez bien podría matar a un niño. En vista de ello, Reo y su séquito volvieron, dejando a Pokanau, representante del gobierno en la aldea, furioso por no poder participar en el *kano* como había previsto.

Este representante, o *kukerai*, es la mano derecha de Reo, informante óptimo, introvertido, escéptico, desdeñoso, con gran memoria y una mente despierta. Reo lo lleva consigo a las fiestas o las disputas, y a su regreso el hombre le dicta todos los discursos pronunciados. Su familiaridad con el sistema de parentesco es incomparable. No es muy aficionado al trabajo y prefiere pasearse, orgulloso de su cargo de informante principal. Se ofende con facilidad cuando le tocan el amor propio y todo el tiempo está en conflicto con Main.

Se ha incorporado a nuestro grupo Paleao, *tultul* o intérprete oficial de Peré, quien está construyéndonos la

nueva casa, caza nuestros patos, lleva la correspondencia a Lorengau y trae las provisiones. Su mujer está haciéndome un brazalete de cuentas. Es el gran extrovertido, el hombre de negocios, que siempre compra *sagú* a precios locales y lo revende a un negociante, que alquila la canoa de su primo por una ración de tabaco e insiste en que le paguemos las treinta raciones por sus viajes de canoa en la oscuridad, o cuando se aventura con ella al mar abierto. Siente tanto desprecio por los aspectos ceremoniales de su cultura como el *kukerai* siente respeto por la estructura social y desprecio por los individuos que la integran. Cuando Paleao recibe una gran suma en pago por la muchacha con quien habrá de casarse uno de sus «hijos», critica acerbamente el sistema nativo de mover sin cesar peones en el tablero y comenta en su discurso más formal: «Esta comida irá mañana a Patusi para pagar por alguien más en mi familia.» En el texto de este comentario, que el *kukerai* entrega a Reo, vemos que Paleao no se ha molestado en invocar al espíritu guardián, ante lo cual el *kukerai* comenta que Paleao «habla como un niño, sin comprender».

En un aparte, Paleao dice a Reo que es el espíritu guardián del *kukerai* el culpable de que estén muriendo todos los hombres de Pontchal, y que todos comienzan a evitar su presencia. En cambio, cuando el *kukerai* está presente, Paleao afirma que los hombres de Pontchal mueren porque todos tuvieron a Main como amante. (Aquí, si alguien comete adulterio y no confiesa, se muere, destruido por los espíritus ofendidos. Si confiesa su culpa, se hacen pagos propiciatorios. Cabe señalar la excelente organización que posee esta cultura para los espíritus y las situaciones cotidianas.)

Ayer resonó un alarido en la aldea. Cuando pregunté qué ocurría, me dijeron:

—Es una lavandera. Se le muere el niño. Creo que no tardará en morir.

Era un niño de la familia de Main. Corrimos allá con sales aromáticas y descubrimos que el niño sufría delirio causado por un ataque de paludismo. Reo volvió a

casa a buscar quinina. Según el *kukerai*, el niño no está enfermo, sino que la dificultad tiene que ver con los espíritus. Según parece, el padre piensa hacer un importante pago de mil dientes de perro a los parientes de su mujer, sin esperar a que el hermano menor de ésta vuelva de trabajar en Rabaul. ¡La abuela del niño está enojada y, por ello, provocándole la muerte! Sin embargo, suministramos al niño la quinina por la fuerza y esta mañana estaba bien.

Hemos perdido a algunos miembros de mi personal infantil. Uno de nuestros *monos* tomó parte en una pelea y todas las cacerolas fueron a caer al mar. Esa noche cenamos tarde y el cocinero jefe estaba muy perturbado. No obstante, en general viven muy contentos. Como vivimos contentos nosotros.

Peré
14 de febrero de 1929
Día de San Valentín

Como dicen los nativos, «*Kor e palit*», hay que tener cautela, pues el lugar está lleno de espíritus. Este período de tres semanas comenzó con una boda, pero terminó con dos muertes y un moribundo.

El casamiento fue una ocasión alegre, pero malograda, en parte, por una tormenta de lluvia. En las corridas para guarecerse, me encontré en casa del novio, y Reo en la de la novia, resultado de los tabúes que observan nuestros diversos informantes. Sin embargo todo salió bien, pues todos los hombres huyeron de la casa del novio, una vez que éste estuvo preparado para la ceremonia con grandes cantidades de pintura roja. El padre titular del novio permaneció en la casa tan sólo para entregar a la joven. Seguidamente partió en la canoa de boda en la que la había traído. La noviecita, cargada de conchas, dientes de perro, cuentas y plumas a tal punto que apenas era visible, permanecía sentada en lo alto de la escalera, de espaldas al novio, quien esperó un ins-

tante y de pronto huyó corriendo hacia la puerta del fondo de la casa. Entonces todas las tías paternas del novio corrieron hacia la novia, le quitaron los peines con plumas del pelo y buscaron en sus brazaletes las pipas que llevaba ocultas allí.

La chica estaba muerta de vergüenza. Comprometida en matrimonio años atrás, nunca había podido entrar en la aldea de su futuro marido. Cuando se topaba con una canoa de Peré, se veía obligada a ocultar el rostro. Ahora, a los diecisiete años, la habían traído a la casa de unos parientes en el otro extremo de la aldea, para vestirla con todos esos adornos, colgándole aros de cuentas en las orejas y un pendiente hecho de un largo diente de perro en la nariz. Luego, por la noche, todas las mujeres del clan de su prometido vinieron a buscarla y se la llevaron en una gran canoa para que durmiera con ellas esa última noche de soltera. Hablaban sin cesar, pero ella estaba silenciosa. Al día siguiente fue devuelta a sus parientes, volvieron a adornarla y la llevaron junto al novio.

Después de que éste huyera volvieron a sacarla, la colocaron sobre la gran mesa tallada que forma parte de todos estos ritos y la llevaron al islote que sobresale hacia nuestra nueva casa. Allí desplegaron las telas, los bordados de cuentas, los recipientes de aceite y las faldas de paja que forman su dote. La banda de la aldea, reunida en la plataforma sin techar de nuestra nueva casa, comenzó a hacer un ruido ensordecedor con tambores de todos tamaños. Entonces se produjo el aguacero. Todos corrieron a protegerse salvo los miembros del cortejo nupcial, que permanecieron amontonados bajo el cobertizo para canoas, pues les estaba prohibido entrar en ninguna casa.

Durante la fiesta con que al día siguiente celebramos el hecho de tener nuestra nueva casa, hubo muchos comentarios sobre la novia. Decían que tenía pies de palmípedo y senos de vieja. Todos los hombres de la aldea merodeaban cerca de la casa, con la esperanza de verla. Reinaba una alegría general en la aldea, matizada por

murmuraciones indignadas relativas a una intriga cuya existencia sospechaban todos, pero que ninguno de los implicados quería reconocer.

El lunes mi viuda alegre vino a llevarme a una ceremonia por la que su sobrino adquiriría poder mágico para sacarles bienes a sus parientes. Con gran solemnidad el hechicero principal lo pintó, metió su *wanke*, hecho de huesos humanos, en pintura roja y se lo puso alrededor del cuello, y luego estiró la canasta de rafia del muchacho en todos sentidos, para que tuviese mayor capacidad. Terminada la ceremonia, Nane, el sobrino y su mujer se sentaron en la plataforma de la canoa con un gran recipiente tallado. Detrás íbamos Main y yo. Fuimos de casa en casa, dondequiera que hubiese parientes, y en todas partes la magia actuó con eficacia, porque el recipiente se llenó de dientes de perro, conchas y tabaco. Fue la primera de las excursiones que Nane hizo con el fin de recolectar bienes suficientes para hacer un *metcha*, importante pago ceremonial a los familiares de su mujer.

A la mañana siguiente, la excursión emprendida por Nane a otra aldea se interrumpió a raíz de una serie de lamentos. Su segundo hijo, un varón de diez años, sufría un ataque. Durante dos días lo tratamos con quinina y amoníaco, pero nunca recobró el conocimiento más allá de abrir los ojos, pero sin ver. Entretanto, trabajaban también los videntes, los adivinos y los magos. Las ceremonias por las que se invocaba al espíritu ausente del niño para que volviera a él se prolongaron hasta la noche, cuando los médiums entraron a actuar con sus silbidos lentos y siseantes por toda la aldea. De vez en cuando se elaboraba una nueva hipótesis sobre su mal y se hacía un pago propiciatorio al sector ofendido. Al día siguiente se habían rechazado media docena de teorías, porque el niño parecía reanimarse o bien porque no daban resultado.

Las sospechas en cuanto al causante de la enfermedad se concentraron sobre Noan, el pillo de nuestro ex cocinero, y sobre Lauwiyan, la bonita muchacha de quien

se decía que había tenido relaciones con él. Los nativos creen firmemente que la enfermedad es consecuencia inevitable del adulterio y que la muerte puede producirse cuando los culpables se niegan a confesar. La semana anterior se había acusado de ello a los dos jóvenes y ambos lo rechazaron. Ahora la víctima era el pequeño Popitch, primo de ambos. El joven *kukerai* de Peré, primo cruzado de la muchacha, decidió obtener una confesión. Se encaró primero con la muchacha, que insistió en su inocencia. La dejó sola entonces, llevó su canoa algo más lejos y al cabo de media hora volvió, diciéndole que Noan había confesado. Al oír esto la muchacha confesó y dio todos los pormenores. El padre de Noan debió pagar al padre de ella una multa consistente en una caja de cedro y en otros objetos. Sin embargo, el chico no mejoró.

Se cambió de hipótesis. Si no se trataba de adulterio en este mundo, tenía que ser adulterio en el cielo. Así fue. La médium, quien dicho sea de paso es la madre de la muchacha culpable, reveló que el hermano muerto del chico había cometido adulterio con la difunta esposa del difunto hermano del padre del chico, espíritu guardián del abuelo de éste. En verdad esto era causa suficiente para una muerte: adulterio, sumado a incesto.

Entretanto se propuso otra teoría. El viejo abuelo, aparentemente tan viejo que ya nada le importaba, mató un pez tabú llamado *pitch* y lo llevó al mercado, arrastrándolo debajo de su canoa para que nadie lo viera. Lo cambió, no obstante, por betel en la forma acostumbrada y parte del betel llegó a manos del hermano de la viuda de un hombre cuyo espíritu guardián era Popitch. Las sesiones consecutivas revelaron que no se trataba de este Popitch, sino de un hijo de éste engendrado con una esposa ánima después de su muerte, también llamado Popitch, quien vengaba el insulto a su nombre. Este segundo, o mejor dicho, tercer Popitch es el espíritu guardián, de ocho años de edad, de Kilipak, nuestro mejor *mono*. En vista de la situación, el desesperado padre se preparó para efectuar pagos propiciatorios a su

padre, cuyo espíritu había sido ofendido por el adulterio espiritual, y para ayudar a su padre, asimismo, a hacer un pago a la familia de nuestro *mono*, es decir, al hermano de la médium y padre de Lauwiyan, la muchacha pecadora. Pero durante la noche Popitch murió y los pagos debieron ser devueltos a sus pagadores.

Y mientras las mujeres lamentaban su duelo sin cesar y por turno se tendían sobre el cadáver y gemían con lamentos estereotipados, proseguía la investigación de la causa de la muerte. Ninguna de las hipótesis anteriores podía ser la correcta. Se había encarado todo y, a pesar de ello, el niño había muerto. El viejo padre de Noan partió en una marcha de un día hacia el paraje de Usiai, donde pagó a un soñador para que le revelase la verdad. Entretanto, en las conversaciones sostenidas después de la muerte del niño, Lorengau, amigo ceremonial de Nane, declaró oficialmente su intención de donar un plantío de cocoteros a los hijos sobrevivientes de Nane, solicitando, además, que se enterrase allí a Popitch. Probablemente el Usiai se enteró de esta conversación, ya que su sueño reveló que Nane había comido en exceso los cocos de Lorengau y el espíritu de Lorengau estaba enojado.

En forma hostil y solapada, surgió otra acusación. El verdadero asesino era el espíritu de Panau, ex médico juvenil de Peré que ahora era el espíritu guardián de Paleao. Se tenía seguridad de esto, porque ahora el abuelo recordaba que el niño muerto había señalado su nuca, indicio de que el espíritu lo había cortado en ese punto. Además, la médium aludió en términos macabros a la sangre que había aparecido ese día en el suelo de la casa de Paleao, sangre traída, sin duda, por el espíritu ensangrentado que se arrastraba a un lugar de reposo, junto a su propia calavera, en el recipiente ubicado entre las vigas. ¿Y por qué el médico joven cometió el asesinato? Porque había muerto antes de haber hecho un *metcha* y tenía celos de que Nane pudiese hacer uno. Todo esto surgió de la casa mortuoria, adonde habían ido a dormir muchas personas. La médium creía que toda la gente

de Paleao dormía, pero la viuda del acusado permanecía despierta. Después de despertar a sus hijos, huyó de la casa.

En este momento toda la aldea está dividida en dos facciones. Nane y su hermano piensan derribar las casas y alejarse de la vecindad del doctor joven. Los cargos efectuados en vida de una persona enferma son más o menos inofensivos, pues el titular mortal de dicho espíritu corre de un lado a otro rogándole que desista de sus intenciones, o bien efectúa pagos propiciatorios. Si la persona se recupera, el mérito es del espíritu. Si muere, es obvio, no se trataba de ese espíritu. En cambio, no es fácil ser declarado inocente de un cargo hecho después de una muerte.

Por entonces, el temor y el miedo generalizados que se propagaban por toda la aldea comenzaban a afectar aspectos prácticos de nuestra propia vida, aparte de la depresión que nos causaban. Yo me resfrié y me sentí tan mal que debí permanecer en cama. Después, Kilipak cayó enfermo con fiebre. A la noche siguiente vino a visitarnos una solemne delegación de tres personas, encabezada por Paleao, quien estaba sumamente preocupado por el temor de que no fuera posible trasladar nuestras cosas a la casa nueva que había construido. Habían estado adivinando. Habían celebrado una sesión espiritista. Era el espíritu de Sori, guardián de nuestro amigo el *kukerai* de Pontchal, principal enemigo de Paleao, quien nos había hecho enfermarnos, a mí y a Kilipak. No nos curaríamos hasta mudarnos de aquí.

Pero la casa nueva no tenía escalones y la cocina carecía de paredes y de suelo, aparte de que la galería era sólo una serie de andamios. Como me sentía enferma, no me agradaba mucho la idea de mudarme, ya que la mudanza era sinónimo de una reorganización radical de mis provisiones y elementos domésticos. Traté de contemporizar; dije que en mi propio país era sumamente peligroso mudarse durante la noche; que si no mejoraba al día siguiente, nos mudaríamos. Al día siguiente me vestí y comí sentada a una mesa en la gale-

ría. Paleao partió a hacer sus propias tareas y las cosas quedaron así.

A la noche siguiente Loponiu, otro de mis *monos*, cayó enfermo con fiebre. Y al día siguiente el tercero, Kapeli. Tanto Kapeli como Loponiu habían realizado un largo y caluroso viaje a Bunal, a presenciar el entierro de Popitch. Habían conducido sus canoas en pleno sol, con el estómago vacío y llenos de terror, ya que los espíritus acechan en especial a los muchachos de la misma edad del muerto, antes de que éste se haya acostumbrado a su vida de espíritu y reconciliado con ella. Cualesquiera que fuesen nuestras propias opiniones acerca de la enfermedad de los niños, los nativos estaban convencidos de que se debía a Sori, de modo que al día siguiente debimos mudarnos en cuanto nos avisaron.

La casa nueva es encantadora. Tiene un dormitorio lleno de estantes y es posible dejar las camas hechas todo el día, en lugar de tener que plegarlas. En este dormitorio es posible refugiarse para abrir los cofres y examinar su contenido o bien darse un baño de esponja. Hay, además, un gran salón que he decorado con objetos nativos. Cántaros negros de forma redondeada y colocados a pares junto a las puertas, dos cocodrilos esculpidos descansan sentados allá arriba junto a la viga central y conversan, según afirman los nativos, cada vez que nosotros abandonamos la casa. En los estantes de bambú verde están dispuestos los cuencos de madera tallada. Los estantes están cerrados por esteras de paja, así como las puertas. Los únicos elementos exóticos son unos cuantos libros, nuestras mesas y sillas, que por ser de madera natural combinan muy bien con el resto, una lámpara y un tintineante gong chino que agita el viento y cuya música deleita a los nativos. Les decimos que este gong corresponde a sus fetiches de colmillos de cerdo y que les garantiza el alimento abundante y la seguridad. La galería es ancha y está flanqueada por enormes tambores calados. El piso es de troncos de madera partidos a lo largo, con la parte redondeada hacia arriba, de unos ocho centímetros de ancho. Todos los desperdicios se

cuelan por los intersticios y cuando cae algo de vidrio, rebota y no se quiebra. Tenemos arcones de cedro, sobre los cuales los niños dibujan. En mi estante tengo una canasta, propiedad de los niños, pues contiene sus lápices, lápices pastel de colores, gomas para borrar, tijeras y papel para liar cigarrillos (el tan valorado papel de diarios para los mayores y las hojas usadas de papel blanco para los menores). El niño de edad preescolar fuma como una chimenea. Reo trabaja en la casa vieja, que ahora está vacía y limpia. Resulta fácil cargar mesa y silla en una canoa y cruzar hasta ella.

De la mañana a la noche la casa está repleta de niños que dibujan, charlan, riñen y se piden cigarrillos mutuamente hasta que un cigarrillo pasa por veinte manos. Cuando terminan de dibujar, me traen los dibujos para que les ponga nombre y fecha y seguidamente los guardan todos dentro de un gran cuenco de madera que está ya casi totalmente lleno. A veces al atardecer hago pan, o bien aso un pollo al aire libre en el islote, con unos veinte ayudantes entusiastas que chillan, lanzan exclamaciones, corren a arrojar huevos podridos al mar y van a traer más leña para el fuego que amenaza apagarse.

Peré
27 de marzo de 1929

Esta será la última de mis cartas con características de boletín, pues el trabajo es cada vez más intenso y urgente, a medida que se aproxima el fin de nuestra estadía. Por otra parte, comprar material cultural lleva mucho tiempo. Este pueblo ama el trueque más que nada en el mundo. Todo se plantea en términos de economía. Si se pide a una adolescente que relate la ceremonia para celebrar su pubertad, responde: «Toda mi familia hizo graves aspavientos, arrojando cocos al mar. Después mandaron una canoa cargada de comida caliente a la familia de mi prometido. Y al cabo de cinco días hubo otra gran fiesta y mis parientes mandaron

grandes recipientes de comida preparada a sus parientes», etc., etc. Si se pregunta a alguien si determinada muchacha es su hermana, responde: «Sí, yo le doy comida y ella me da trabajo hecho con cuentas.»

Las riñas más feroces de la aldea son las ruidosas peleas entre dos esposas de un hombre, cuando él ha dado mayor cantidad de pescado a una que a la otra, y las silenciosas y amargas disputas entre la esposa y la hermana de un hombre cuando éste da más pescado a su hermana.

Los espíritus muestran un constante interés en la propiedad y mandan muerte y enfermedad cada vez que el trueque no es correcto, o que se hace mal uso de algún bien. Hace cinco semanas que una pobre mujer agoniza con fiebre puerperal. Como si su enfermedad no fuese ya penitencia suficiente, uno de sus hermanos tuvo un acceso de paludismo cerebral, toda la familia fue arrastrada mar adentro a la deriva en una canoa con el mástil roto y no volvió sino al cabo de días de sufrir penalidades y de subsistir con huevos de aves. Durante el trayecto tomaron unos cocos de la isla de la tribu Taui y dos días más, después de haber vuelto los náufragos a esta aldea, mientras tenían lugar los festejos y los gemidos en su honor, llegaron los habitantes de Taui a exigir el pago de sesenta cocos. Una semana después, otro hermano perdió la razón y trató de entrar por la fuerza en la casa de un comerciante de Lorengau.

Todas estas calamidades tienen dos causas básicas, según la teoría nativa, ya que en la familia había división de opiniones acerca del nuevo matrimonio de una hija viuda por la cual había pagado ya Pataliyan, el hechicero principal de la aldea. La mujer no estaba de acuerdo con el matrimonio y huyó en mitad de la noche. Entretanto, el pago seguía en manos de la familia de Kalo. El padre muerto se indignó ante tal conducta y procedió a castigar a todos los miembros de la familia que ayudó a la hija a huir. Su castigo, no obstante, consistió en hacer que otra hija enfermara, lo cual ablandó el corazón del jefe de la familia, quien se apresuró

a perdonar a las jóvenes rebeldes por haber ayudado a la mujer a huir. Con esto el padre muerto se enojó más aún y de aquí el naufragio que alcanzó al jefe de la familia.

Para colmo, el jefe de la familia se apoderó de muchos bienes y los entregó como pago a los parientes de su mujer, en lugar de pagar, en nombre de su hermano menor, el precio de boda por la muchacha cuya seducción fue causa de la muerte de Popitch, que relaté en mi última carta. Este hermano menor había «entablado juicio» contra el seductor de su prometida y todos mintieron con gran nobleza para salvar al seductor (nuestro ex cocinero ladrón). El ultrajado novio debió pagar una multa por haber hecho una falsa acusación, perdió la razón y entró por la fuerza dentro de la casa del comerciante.

He presentado aquí tan sólo una teoría del desastre. Otra de las teorías lo achaca en su totalidad a Pataliyan, mi hechicero predilecto y, en realidad, el único importante de la aldea. En la aldea no contaban con magia propia; la importan los muchachos que han ido a trabajar en tierras extranjeras. Hace mucho tiempo Pataliyan, cuando era muy joven, fue seducido por la madre viuda de esta familia Kalo. Huyó para no tener que casarse con ella y permaneció diez años ausente, trabajando primero con alemanes y después con ingleses en la isla principal de Nueva Guinea. Economizó su paga y con ella adquirió amuletos para alejar el mal, amuletos para matar a una mujer embarazada, amuletos generales para todo tipo de perjuicio, amuletos para mantener sano a un niño de corta edad. Cuando luchaba junto a los alemanes perdió un ojo y por fin, pasados diez años, volvió a la aldea siendo un personaje bastante extraño, con una espesa cabellera que siempre se tiñe de rojo. Se casó y casi de inmediato enviudó. Entonces pidió en matrimonio a la hija de la mujer de quien había escapado años antes. De aquí la ruptura en la familia, ya que la vieja viuda insistía con una risita lasciva y hueca en que quien la había rechazado no podía casarse

con su hija. Y según algunos, los amuletos de Pataliyan causaron la enfermedad de Alupwa, la mujer moribunda de fiebre puerperal, la de su hermano, la de la hermana que escapó, la de otra mujer que acompañó a ésta y por fin hizo perder la razón al muchacho en Lorengau. En vista de ello, Pataliyan corría de un lado a otro, utilizando sus amuletos contra el mal, lleno de un gran sentido de su propia importancia y cobrando recipientes de madera y sartas de dinero de conchas y de dientes de perro por sus servicios médicos. Los recipientes de madera terminan en nuestras manos...

Pataliyan descubrió otras cosas durante su ausencia, por ejemplo, que el hombre blanco afirmaba que Nueva Guinea y Australia fueron en una época una misma masa terrestre. Cuando volvió dijo esto a todos los jóvenes y algunos le creyeron y otros no, pero dos de ellos lucharon a puñetazos para determinar la verdad o inexactitud del cuento de Pataliyan.

Pataliyan siente un gran respeto por el hombre blanco. «Usted —dice— escribe algo en un papel blanco y queda para siempre. Nosotros no sabemos hacerlo. Somos tontos, o ignorantes. Usted enseña al perro, al caballo, al gato, a los *monos* (niños menores) y todos deben aprender a hacer algún tipo de trabajo, trabajar en la carretera o trabajar sobre el papel. Y si el amo dice algo, hay que escucharlo. En cambio nosotros somos demasiado ignorantes. No sabemos enseñar como ustedes. ¡Aquí, nosotros, los cerdos, los perros, los gatos, todos, vivimos sin hacer nada! ¡Ustedes son gente número uno!»

Son hábiles dialécticos y capaces de discutir una hora la diferencia entre una palabra que significa «pedir un préstamo para devolver el mismo objeto» y otra que significa pedir un préstamo para devolver otra cosa de la misma clase», o si un pez tiene dientes o no. Después se mostrará la mandíbula del pez en cuestión. En este momento existe un gran debate sobre si las redes para pescar tienen alma. El *kukerai* afirma que si no la tuvieran, los espíritus tendrían que apoderarse de

toda la red, mientras que por ahora los espíritus pueden hacer impotente a la red, así como los espíritus pueden hacer que un hombre caiga enfermo. La facción contraria considera que las redes no deberían tener alma y ponen la decisión de la disputa en manos de los espíritus.

Cuando Reo estaba en Lorengau presentando testimonio en cuanto a la locura hereditaria en la familia Kalo, Paleao y su familia vinieron a vivir conmigo y esta casa se convirtió en una vivienda nativa, llena de tabúes. Había que alimentar a una niña en el dormitorio, pues no podía comer con el hermano menor de su futuro esposo en la cocina, ni con la tía paterna del mismo en el salón, ni con el marido de la tía paterna de su novio en la galería. Pataliyan no podía poner los pies en la casa porque hace mucho tiempo lo acusaron de haber tenido algún asunto amoroso con la mujer de Paleao. Llegó nuestro nuevo cocinero, pero no pudo empezar a trabajar porque la mujer de su hermano adoptivo vive aquí.

Ahora que volvió Reo, este nuevo cocinero está con nosotros, pero es cuñado de tres de nuestros niños, de modo que no es posible mencionar su nombre y hay que referirse a él como el «yerno de Kemai», o bien como el «marido de Pondret». Estos complicados rodeos llegan a utilizarse de forma maquinal, como los verdaderos nombres. Uno de mis niños de edad preescolar llama a su madre «Nieta de una mujer Usiai», el mismo término utilizado por su propio padre. Si un grupo de adolescentes pintados y con plumas en el cabello aparece en el islote, nuestras lavanderas huyen despavoridas, ya que, ¿quién sabe qué terrible poción mágica pueden hacer llegar hacia ellas por medio del viento, o del humo de sus cigarrillos? Además, una muchacha realmente buena no quiere que la seduzcan con magia de amor. Aspira a casarse con su «marido», a quien probablemente no vio nunca, pero quien ha pagado debidamente por ella.

Los niños de edad preescolar vagan felices por toda la casa, dibujando, peleando, llorando, suplicando, impo-

niendo su voluntad en esto o en aquello. Una madre no se atreverá a quitarle de la mano una fruta malsana a su hijo de dos años. La tiranía impuesta por la infancia es absoluta y las virtudes del niño son reveladoras: el niño bueno es el que no destruye bienes, no pide comida ni tabaco de otras casas y habla bien. No se mencionan las riñas, la cortesía ni la obediencia. Hasta el momento de su matrimonio, los muchachos trabajan solamente si el espíritu les mueve a hacerlo. El resto del tiempo holgazanean en la casa de los varones, cantando y haciendo chistes. Los niños a quienes un adulto solicita algún dato responden: «¿Quién es adulto aquí? ¿Quién tiene que saberlo? ¿Acaso soy un adulto para que me molestes?»

Partiremos de aquí en julio, de manera que envíen todas las cartas al Departamento de Antropología, Universidad de Sidney, Sidney.

«Que el viento les sea propicio.»

3. Reserva de los indios Omaha. Verano, 1930

Como todos los antropólogos norteamericanos, me formé estudiando nuestros indígenas: su pasado, sus costumbres, sus mitos y ceremonias. No obstante, muy joven aún comencé mi trabajo de campo con la investigación de culturas vigorosas y activas de los mares del Sur. Poco después de mi matrimonio con Reo Fortune propuse a Boas que nos permitiese trabajar en un estudio conjunto entre los indios navajos, una de las pocas culturas autóctonas vigorosas y activas de mi país. Boas no accedió. Los navajos «pertenecían» a Gladys Reichard y a Pliny Goddard.

En cambio, en el invierno de 1930, cuando estábamos preparando un nuevo viaje a Nueva Guinea, el doctor Wissler, jefe de mi departamento en el Museo, me propuso que durante el verano llevase a cabo un breve estudio sobre los cambios registrados en la vida de las mujeres indias en los Estados Unidos. En 1929 una comisión encabezada por la señora L. Elmhirst había concedido una pequeña suma a nuestro departamento, para la investigación de la vida familiar y del ambiente social en una tribu de indios norteamericanos y —cosa poco habitual en aquella época— no había nadie dispuesto a realizar esta investigación. A la razón, muy pocos an-

tropólogos estaban interesados en estudios, ya fuese sobre mujeres o bien sobre cambios. Entonces, Ruth Benedict ofreció a Reo Fortune fondos para trabajar en un problema especial y complejo entre los indios Omahas.

Este hecho determinó nuestra elección de la Reserva Omaha en Nebraska, donde pasamos tres meses activos y laboriosos, llevando a cabo un trabajo al cual no estábamos habituados, sin conocer el idioma de este pueblo y contemplando las penurias de una cultura en proceso de desaparición. En mi *Cultura en proceso de cambio de una tribu indígena* utilicé el seudónimo «Cornamenta» con el fin de proteger al pueblo que habíamos estudiado. El renovado orgullo observado en años recientes entre los indios norteamericanos con respecto a su identidad individual hace necesario y conveniente que me identifique como autora de ese trabajo.

Extracto de una carta a Ruth Benedict
Reserva Omaha
21 de julio de 1930

Esta es una tarea desalentadora desde el punto de vista etnológico. Localizamos a un hombre cuyo padre, o tío, tuvo una visión. Acompañada por el intérprete, voy a entrevistarlo cuatro veces, recorriendo diez o doce kilómetros. La primera vez no está en casa, la segunda está borracho, la siguiente su mujer está enferma y la cuarta, por consejo del intérprete, debo comenzar la entrevista con un billete de cinco dólares, dinero que agradece a Wakabda, rogando a éste que le dé *a él* una larga vida. Durante las cuatro horas siguientes, miente sin interrupción. Este es el procedimiento más habitual, combinado con el de pedir con insistencia que se agasaje a un centenar de personas, antes de que nadie se disponga a abrir la boca. Existen uno o dos casos en los cuales la gente habla, pero mediante el soborno. Lo que ocurre es que saben muy poco. Prácticamente todo terminó en la época de los padres de los hombres de

hoy. No hubo ningún ritual prolongado que pudiese conservarse intacto, a pesar de no ponerse nunca en práctica. Los únicos puntos interesantes, como el mecanismo según el cual un hombre tiene la misma experiencia en sus visiones que su progenitor, no pueden ser probados. Si los que saben algo hablasen, las condiciones seguirían siendo sumamente aberrantes en muchos de los casos, y aún el número de ellos no sería suficiente para probar nada. Reina la creencia de que la muerte sobreviene cuando se divulgan cosas sagradas: Joseph La Flesche murió diez días después de haberle contado a Alice Fletcher acerca de la túnica de búfalo blanco. Lo peor que, cuando hablan, no dicen nada. Ofrecen tan sólo canciones con una sola frase, como «Yo soy el tabaco, éste soy yo.»

Habría sido una cultura de gran interés para el estudio en cuanto a su aspecto dinámico, en vista del predominio de la forma sobre el contenido, lo cual habría resultado bien obvio. El caso es que no existe una cultura que sea posible investigar en profundidad. Lo que *un único anciano* nos diga no tiene ningún valor... Son ricos, saben muy poco y temen morir si lo revelan. Y, por otra parte, no es una información que valga la pena obtener. El jefe de la Sociedad llamada de los Guijarros se ha graduado en la Universidad de Carlisle. Tiene unos setenta años... Le ruego que nos escriba y nos asesore en cuanto a los aspectos que convendría investigar para economizar tiempo y dinero. Las fiestas son muy costosas y hacen perder mucho tiempo, aparte del gasto, pues requieren todo el día. Lo convencional es agasajar *cuatro* veces a cada persona de quien se quiere obtener datos. Y no hay garantía de que los proporcionen, ni manera de determinar si dicen la verdad, como tampoco de dar al material cierta coherencia y armonía.

Sé que usted pensará que estamos mal acostumbrados. Por ello sus condiciones serán más exigentes que las impuestas por otros. Mas esto puede ser un arma de dos filos. Tenemos capacidad para estimar lo mucho que nos acercamos a algo que en una cultura viva sería

digno de aprecio. Sin embargo, si fuese mi intención ser americanista, pasaría la mayor parte de mi tiempo en las bibliotecas y sólo las abandonaría para verificar los aspectos más decisivos, una vez efectuada una minuciosa investigación bibliográfica. Por ejemplo, existe un lugar en el estado de Texas al que los indígenas concurren para buscar peyote. Si alguien muy capacitado como usted misma pudiese ir y acampar allí durante cuatro o cinco semanas, obtendría información de todas las tribus del centro de los Estados Unidos, según lo que nos cuentan aquí.

No veo la forma de controlar un material obtenido de informantes tan apáticos, reticentes o asustados, a los que hay que dar dinero por información que recibieron de sus padres o sus abuelos. No se trata de un tipo de material que tenga todos los visos de la autenticidad, como ocurre con el que se obtendría de ritos descritos en forma verbal por gente que los haya presenciado. En general el método consiste en preguntar a alguien: «¿Perteneces a la misma sociedad que tu padre?» «Sí.» «¿Tuviste una visión de esa sociedad?» «No, nadie tuvo visiones cuando yo era un muchacho. El país estaba ya todo poblado y no había espacio para tener visiones.» «¿Quién es más viejo, tú o S. W.?» «Yo.» «Sin embargo, S. W. salió y buscó una visión.» El informante no responde.

Esta es una cultura en la cual muchos se negaron a comunicar sus visiones a su propio hijo y murieron sin pasarlas, donde se comprometió a los miembros de la familia, bajo amenaza de muerte, a que nunca repitiesen la visión que les trasmitió el hechicero cuando los curó. Tampoco son lo suficientemente pobres para que les tienten sumas inferiores a veinticinco dólares, no habiendo forma de controlar si dicen la verdad o no... Puede que sea éste el problema que encaran todos los americanistas, y que superen estas dificultades invencibles y obtengan algo, pero no estoy segura de ello. De todas maneras, si es éste el material que pueden proporcionar, no vale mucho. Después de todo, es posible in-

vestigar el parentesco y la organización social, palpar concretamente la cultura material cuando queda lo suficiente de ella, mientras que no puede ser posible conocer debidamente una religión de este género sin obtener un gran volumen de material detallado, sin contar, digamos, con un centenar de visiones de padres e hijos, además de material referente a su conducta frente a dichas visiones...

Más tarde. Más luz sobre la situación. Estuvo aquí Gilmore, financiado por el Museo Heye, quien pagó cincuenta dólares por todo el «lote», insistiendo en obtener tanto cantos como visiones. Se negó a comprar el «lote» de no ir acompañado de cantos y visiones, de modo que todos calculan que tienen valor. Ahora usted podría verificar si esa información fue debidamente registrada en el Museo Heye...

Le ruego que no me considere un ser desagradecido. Repréndame si cree que lo merezco y que estoy exagerando las dificultades. Aquí cuesta cien dólares tomar parte en el peyote. ¿Considera que vale la pena hacerlo? Diría que no es interesante. Hemos presenciado el rito fúnebre del peyote. Cuando trato de evaluar la tarea realizada, tengo la sensación de haber perdido todo sentido de los valores. Al cabo de un mes de sequía, ha comenzado a llover. Esto es una de las pocas cosas buenas.

4. *Nueva Guinea: Arapesh, Mundugumor y Tchambuli, 1931-1933*

Cuando volvimos de nuestra breve estadía en la reserva indígena de los Omaha, escribí *Cultura en proceso de cambio de una tribu indígena*. Reo escribió *Las sociedades secretas de los Omaha* y la versión preparatoria de *La religión Manus*. Habíamos planeado viajar a Nueva Guinea durante la primavera de 1931, pero en ese momento apareció un comentario sobre *El proceso de crecer en Nueva Guinea*, en la revista *Saturday Review of Literature*, en el que se afirmaba que yo no conocía el sistema de parentesco Manus. Esto me provocó tanta indignación que decidí postergar el viaje hasta haber escrito mi trabajo *El parentesco en las Islas del Almirantazgo*, la monografía más completa sobre el tema publicada hasta esa fecha.

Como el dinero con que contaba provenía del Fondo Antropológico y Arqueológico «Frederick F. Voss» del Museo Americano de Historia Natural, me era posible presentar los objetivos de mi investigación de campo en términos amplios, en lugar de limitarme a postular un problema de investigación específico y restringido. Había planeado realizar una investigación sobre la forma en que se estilizan los roles sexuales en diferentes culturas, como requisito previo a cualquier estudio de las diferen-

cias biológicas innatas entre los sexos. En esta oportunidad tenía la intención de cubrir todo el ciclo vital, comenzando por el nacimiento.

En el mes de setiembre de 1931, partimos desde Nueva York.

Como campo de estudio elegimos al principio el pueblo Plains, que posteriormente habría de ser conocido como el de los Abelam, a dos días de marcha hacia el interior de la costa noroeste de Nueva Guinea, detrás de la cordillera Torricelli. Habíamos visto fotografías de las magníficas casas ceremoniales y abrigábamos la esperanza de encontrar una cultura compleja. Los porteadores que Reo había contratado durante la primera incursión al interior desde la plantación Karawop provenían de aldeas situadas en el otro lado de las montañas y se negaron a transportar nuestro equipo entre gente de un pueblo al que más tarde llamamos Arapesh Montañés; sólo irían hasta la aldea de Alitoa. Nos encontramos, entonces, en presencia de una cultura sumamente rudimentaria, en la que la personalidad y los papeles de los hombres y las mujeres se estilizaban como paternos y maternos, de crianza y de sexo poco marcado.

Para la segunda parte de nuestro estudio decidimos remontar el río Sepik y elegir el primer grupo sobre el río, en el primer tributario arriba del río Keram, donde había trabajado Richard Thurnwald antes de la Primera Guerra Mundial. Este grupo era el que estaba sobre el río Yuat y al que llamamos Mundugumor, sobre el cual carecíamos de datos etnológicos. Si bien llevaba muy poco tiempo bajo la jurisdicción del gobierno, la suya era una cultura ya desbaratada. A pesar de ello, ofrecía un contraste con los montañeses de Arapesh, ya que mientras se exigía de mujeres y hombres rasgos de personalidad semejantes, ellos podían caracterizarse como intensamente agresivos, altamente sexuados y con poca afectividad hacia los niños.

En este punto decidí que no estaba avanzando en mi investigación principal, a pesar de que continuamente

surgían problemas apasionantes. Por fortuna, contábamos aún con fondos suficientes para varios meses y elegimos un lugar sobre el lago Tchambuli, donde descubrí un fenómeno totalmente opuesto al esperado en la personalidad de los dos sexos. Las mujeres eran ágiles, activas y con espíritu de colaboración, y vestían a los hombres y a los niños. Los hombres ofrecían características femeninas de celos y de tendencia al chisme; eran exhibicionistas y realizaban actividades decorativas y artísticas.

Gregory Bateson estaba trabajando en la aldea Iatmul de Kankanamum y ocasionalmente también en Aibaum, sobre el lago Tchambuli. Los hombres de Iatmul eran activos, dominantes y orgullosos, mientras que las mujeres eran tímidas, sumisas y dóciles.

La combinación de estas distintas comprobaciones me proporcionó el tema de *Sexualidad y temperamento en tres sociedades primitivas*, estudio sobre la forma en que el temperamento trasciende la sexualidad y las distintas sociedades enfatizan temperamentos iguales o bien opuestos como base de la personalidad previsible en hombres y mujeres.

Al final de este viaje cada uno de nosotros siguió su camino. Yo volví a los Estados Unidos y al Museo. Reo Fortune fue al London School of Economics. Gregory Bateson volvió a Cambridge.

Alitoa
15 de enero de 1932

Nuestro itinerario era el siguiente: Nueva York, Panamá, Nueva Zelanda, Sidney y Madang, donde debíamos transbordar y donde nos alojamos en casa del jefe del Distrito. Desde Madang proseguimos a Wewak, remontamos el río Sepik hasta Marienberg, pasamos una noche asediados por los mosquitos caníbales. Luego estuvimos una semana en el destacamento del gobierno en Wewak, leyendo informes y trazando mapas. De allí

fuimos en barca a Karawop, la plantación de los Cobb. Cobb es inglés, graduado en la Universidad de Leeds como especialista en lanas, pero en este momento aprovecha el buen precio de la copra.

Permanecí allí mientras Reo se internaba a explorar la región. Las perspectivas de que transportasen nuestras pertenencias eran muy pocas. La región es montañosa y sólo hay senderos primitivos que remontan rocas casi perpendiculares, o bien costean el lecho de los arroyos. Los nativos cuentan con casi todos los artículos de los blancos que necesitan, como cuchillos, frazadas y recipientes para la cocina. No es posible obligarlos a transportar carga, y por otra parte, no les gusta transportarla. Al principio Reo no tenía muchas esperanzas, pero recorrió aldea tras aldea y descubrió los secretos más recónditos, que deseaban ocultar al gobierno. Entonces les ordenó que vinieran a transportar la carga.

Esto dio resultado en algunas aldeas y el ejemplo cundió en otras. Reo volvió a casa de los Cobb sin saber si los hombres vendrían o no, pero al día siguiente llegaron ochenta y siete. En total debimos utilizar a doscientos cincuenta para llevar nuestras cosas desde aquí hasta Aitoa, a unos tres días de marcha de Wewak, el destacamento del gobierno, y a dos de la plantación de Cobb. Cobb nos prestó seis muchachos vigorosos de su plantación para transportarme. Habíamos traído una hamaca de cuerdas trenzadas, que suspendieron de un palo y en ella me ataron como un cerdo, cubriéndome con hojas de banano para protegerme del sol y de la lluvia. Cuando me subían y me bajaban por las laderas, tuve algunos mareos como los que se sufren en alta mar, pero resultó muchísimo mejor que caminar.

Reo había pernoctado en la aldea. Pronunció un discurso, diciéndoles que aprobaba todas sus antiguas costumbres y que si llegásemos a vivir allí, la aldea contaría siempre con fósforos y con sal, dos grandes tesoros para ellos. Dijeron entonces que nos construirían una casa y Reo les marcó en el lugar que nos habían asig-

nado las dimensiones que deseaba. Luego partió a buscarme. Dejó a un muchacho a cargo de todas las provisiones, apiladas en las casas de dos nativos. No teníamos la menor idea de si encontraríamos la casa o no, pero cuando llegamos tenían ya levantada la armazón y colocado el piso, habían puesto un extenso cerco alrededor de todo el terreno y cubierto los senderos hacia la aldea de tejuelas hechas con hoja de *sagú*. Durante una semana vivimos en una casa nativa mientras terminaban la nuestra.

El método que utilizaban para construir la casa resultaba divertido pero difícil de realizar. Vinieron por lo menos cien hombres. La mayoría de ellos de las aldeas de las inmediaciones; cada uno trabajó un poco, levantando un poste o colocando parte del techo de paja, pero después de hacer esto se alejó, a menudo para no volver ni pedir remuneración alguna. Si uno visitaba la obra con intervalos de una hora encontraba caras enteramente nuevas entre los obreros. Nadie dirigía los trabajos, pero había un hombre, el *tultul* (que usaba el sombrero del gobierno y era el intérprete oficial), que había ayudado a construir el puesto del gobierno. El realizaba los trabajos más complicados; sin embargo, cuando había que dirigir la obra, se limitaba a comentar en términos vagos: «Necesitamos más madera ligera.» Luego, si al cabo de unas horas nadie la había traído, él mismo iba a buscarla. Nosotros contribuimos con media bolsa de arroz, a condición de que enviasen porteadores para traer la bolsa entera, y nuestro joven cazador mató un cerdo justo antes del día en que se terminó de construir el techo de paja, hecho que se celebró con una gran fiesta. Todos los que habían trabajado en la construcción durante tres días recibieron un cuchillo. La casa, con su gran galería, cuarto central, dormitorio, depósito y cocina nos costó, según el cambio actual, unos diez dólares. Estamos ya instalados en ella y es sumamente confortable. De noche refresca tanto que hay que cubrirse con dos frazadas. Nunca hace un calor inso-

portable. Nuestra ancha puerta mira hacia las montañas al fondo de un extenso valle...

La sal es nuestra principal moneda. Podemos comprar diez batatas por una cucharada de sal. Los nativos aprecian tanto la comida salada que es suficiente como para que día tras día podamos utilizar la sal como moneda de cambio. Son capaces de marchar dos días para cambiar una gran bolsa de taro o cuatro huevos de gallina local por latas de carne o pescado. Son, además, relativamente hospitalarios, espontáneos y poco exigentes. Nunca llevan la cuenta exacta de los alimentos entregados y recibidos. Cada aldea tiene un *tiempo de hambre*, pero éste varía de una a otra y siempre es posible pedir prestado. Son gente tranquila y poco agresiva y sus sonidos más frecuentes son la risa y unos gritos melodiosos. Estamos en medio de la aldea, en un lugar cercado entre dos sectores, pero a pesar de ello suele haber momentos de silencio total. La noche que terminaron de construir nuestra casa todos se marcharon a sus cabañas en el campo y sólo quedaron tres familias. Es un lugar óptimo para trabajar en el estudio del idioma sin sufrir una presión excesiva de los pobladores, con las consiguientes interrupciones.

El idioma es lo más complicado en este pueblo. Tiene once géneros y veintitrés pronombres de tercera persona, así como una serie de números diferentes para cada género. El plural de por lo menos la mitad de las palabras es completamente irregular e imprevisible. Si usamos una terminación de adjetivo incorrecta, nos miran sin comprender y se niegan a ayudarnos a encontrar el significado que buscamos. Es necesario aprender toda la gramática antes de osar decir más de unas pocas palabras. A pesar de esto, la capacidad inventiva para ampliar el idioma parece haberse agotado. Tienen grandes casas llamadas *tambaran*, o casas ceremoniales para hombres y a veces celebran ceremonias de iniciación, pero si no tienen ganas de llevarlas a cabo se limitan a circuncidar a un muchacho o dos.

Si esta carta da una impresión fragmentada, se debe a que la escribo en los intervalos del estudio lingüístico, cuando Jack, nuestro especialista en lingüística y capataz, se aleja a masticar betel, o bien llega algún muchacho a decirle a Reo que hay una paloma en un árbol cercano. Los muchachos que tenemos se resisten a que les llamemos por su nombre nativo y por eso insisten en llevar nombres de blancos. Permítanme, entonces, que les presente a Jack, grande, gordo, incansable e inteligente, siempre esponjándose las plumas, pero esponjándoselas con razón, invariablemente de buen humor cuando se le pide que pronuncie alguna palabra veinte veces. Hace falta tener muy buen carácter para soportar que le pregunten primero una palabra, después su plural, y para decir de inmediato «lo veo» y «los veo». Es necesario hacer esto en el caso de cada sustantivo para determinar todas las formas del mismo. Jack es, además de capataz, carpintero jefe y factótum general. Tiene una hermosa energía animal que, combinada con su inteligencia, resulta sumamente simpática. Es una grata tarea trabajar con él después de haberlo hecho junto a nuestro malhumorado escolar manus.

Entre nuestros servidores domésticos, Tommy le sigue en rango y edad. Está casado con una niña de expresión solemne, de unos diez u once años, que es, según parece, aunque ello no es seguro, su mujer tan sólo teóricamente hablando. Tommy realiza sus tareas con lentitud y con aire abstraído, y siempre que no aparezca algo nuevo o fuera de lo habitual, las lleva a cabo bastante bien.

Tengo luego a mi pequeño *mono* Billy, un delicado muchachito que me mandó Reo a Karawop, donde se quedó profundamente impresionado con los ritos de hacer las camas y poner la mesa. Nos gusta comer en la galería abierta, donde hace demasiado frío para los nativos. Por este motivo hice a Billy una elegante chaqueta de camarero de un pijama viejo. Billy se desplaza alrededor de la mesa con pasos felinos, virtud esencial, dado

el carácter desigual y movedizo de nuestro piso, hecho de troncos aplanados. Sin embargo, en el instante en que se aleja dos pasos de nosotros, huye hacia la cocina como un conejo asustado. Nunca había visto una casa de blancos hasta hace un mes y los esfuerzos que hace por poner la mesa correctamente son casi equivalentes a los nuestros por recordar una serie de palabras en chino.

Tenemos, en fin, a Harry, muchacho alegre y no muy inteligente, que hace recados y trae cosas de la selva. El cazador, Yabinigi, un muchacho malhumorado, trabaja con nosotros porque está aburrido de sus dos mujeres, y además está Gerud, un *monito* que no sabe hablar pidgin, pero es un hermoso chico y muy obediente. Puedo afirmar que tengo todo un ejército de personal doméstico, obsesionado por la comida. Las disputas por obtener la mejor parte de una cacatúa son las únicas tormentas que perturban la armonía algo ruidosa que reina entre ellos.

Este lugar va a ser maravilloso para estudiar el origen de la «conciencia del género» (expresión inventada por una periodista de Sidney), ya que el énfasis en cuanto a la diferencia entre los sexos comienza en la cuna, donde se adorna a las recién nacidas con aros y collares, mientras que los varones no llevan adornos hasta que son bien crecidos. Las niñitas de cuatro y cinco años se contonean y coquetean. Las mujeres llevan la carga, arrancan la maleza, cocinan y viven, según parece, una existencia dura, pero son atrayentes, valoradas y conscientes de ser valoradas. Apartadas de la religión, de la magia y de la vida social de los hombres, logran, a pesar de ello, mantener un firme sentido de su propia importancia y es un espectáculo ver a la joven atravesar contoneándose la plaza de la aldea, donde todos los hombres mayores han estado discutiendo con entusiasmo algún asunto de gobierno local. Existe la segregación menstrual y puerperal. Pero si bien se excluye a las mujeres de la casa ceremonial o *tambaran* y de actividades

semejantes, el hombre pasa alrededor de dos tercios de su tiempo en su casa con su mujer o mujeres y con sus hijos, de modo que la vida familiar está bastante desarrollada. Los maridos y mujeres conversan juntos en forma amigable delante de toda la aldea. Un hombre se mostró tan encantado cuando volvió su mujer, que la abrazó en público. La gente hizo comentarios y se rió, pero eso fue todo. Las mujeres abandonan a su marido cuando una esposa se siente ofendida con una de las otras, o bien duda de la acogida favorable de las demás. El marido nunca tiene un papel importante en esto.

Alitoa
12 de febrero de 1932

Es agradable vivir en medio de la «gran selva», que llega casi hasta el umbral de la puerta trasera de la casa y se mete en el interior en forma de miles de insectos. Las mariposas y los moscardones van y vienen y de vez en cuando un pájaro queda preso entre las vigas. En lugar de cantar los pájaros se llaman entre ellos, con una larga serie de notas quejumbrosas e interrogantes que comienzan antes del alba y siempre después de la lluvia. Durante el día, los loros y las cotorras, con sus voces estridentes, son los dueños del aire. Los nativos tienen imitaciones convencionales de los gritos de los pájaros que se diferencian de las nuestras, de las cuales se ríen, negándose a reconocerlas como tales. La selva consiste en una masa enmarañada de árboles altos y de tronco muy delgado. Casi nunca se ve un árbol de tronco grueso, sino que tienen unos diez centímetros de diámetro y se elevan casi hasta el infinito. Las flores, escasas, se encuentran a gran altura, casi solitarias y siempre inesperadas. El otro día nuestro cazador mató un *kapul*, marsupial pequeño, con piel tupida de color rojo pardusco y manitas patéticamente

humanas. El plumero de la casa, que Billy insiste en esgrimir en exclusiva, está hecho con plumas de casuar, y revelamos nuestras fotografías mezclando los productos químicos mediante un hueso de casuar.

En una ocasión algún funcionario del gobierno, en un impulso de entusiasmo por la agricultura, distribuyó semillas en la región. Otros nativos se habrían negado a plantarlas, o por lo menos a comer los frutos obtenidos. Pero esta gente es epicúrea en sus gustos y le encanta probar nuevos sabores. Plantaron, pues, las judías verdes, calabazas, maíz, pepinos, lechuga picante china, tomates y sandías. Por ello contamos siempre con legumbres frescas. Y sin embargo, ¿quién esperaría encontrar un nativo de la selva, completamente desnudo, muy digno con su collar de conchas y caracoles, trayéndonos a nuestra puerta tomates sobre una hoja de banano? Nuestros cazadores nos mantienen provistos de palomas y por ello comemos muy bien. Hasta ahora éste es el lugar de trabajo más agradable que he conocido. Es más fresco que Samoa. Es más fresco y con gente más simpática que Manus y, dicho sea de paso, que la Reserva Omaha. Nuestras lámparas llegaron con piezas de menos, y por ello contamos tan sólo con linternas. Pero como desayunamos a las seis de la mañana y no dormimos la siesta, estamos listos para acostarnos a las nueve de la noche.

Desde el punto de vista etnológico, esta gente no se aproxima mucho a nosotros. Es conveniente poder adquirir sal, fósforos, cuchillos, pipas y cuentas cada vez que lo desean. Están enteramente dispuestos a conversar con nosotros para entretenernos, ya que aparentemente conversar es lo que queremos. A los niños les gusta sentarse a jugar con mi pelo, acariciarme las manos o escuchar el repiqueteo de la máquina de escribir. Sólo viven de sensaciones, utilizan los cinco sentidos, pero ejercitan bastante poco la vista y el oído. En cuanto al cerebro, nada. Aunque de hecho saben que piensan con él, con los hemisferios cerebrales. En cambio, olvidan con el corazón y es el corazón el que parte cuando dor-

mimos y el que se alimenta con las moras rojas de un árbol especial, de tal modo que cuando dormimos, crecemos.

La hechicería se practica apoderándose de un poco de materia fecal de un enemigo, y llevándola al interior de la selva, donde el hechicero la ahúma. Cuando saben que alguien quiere matarles, se pasan la vida tomando un laxante, la savia roja de un árbol que, al ser cortado, recuerda un trozo de carne herida. De esta manera se consumen, hasta transformarse en una sombra cargada de aprensión. La idea parece ser la conexión con su propia materia fecal eliminada se corte con la mayor frecuencia posible, para que la conexión existente con la porción en poder del hechicero se corte también.

El secreto de la casa *tambaran* y de las flautas sagradas («¿Quién sabe —preguntan los padres católicos— qué significan, en realidad, las flautas?») se reduce a la manera en que los hombres mantienen a las mujeres alejadas del consumo de carne, diciéndoles que el monstruo que habita en su interior se la come, para comérsela luego ellos en secreto. Además, soplan las flautas para ahuyentar a las mujeres mientras esconden la carne. En esto consiste, pues, uno de los grandes secretos de la isla principal de Nueva Guinea.

Nunca se cansan de comentar lo débil que es mi pelo y lo limpias que tengo las manos. Los niños muy pequeños se maravillan de la piel blanca, preguntándome si ellos pueden lavarse las manos para tenerlas blancas como las mías. A pesar de que se supone que ésta es gente papúa primitiva, cuenta con un número de nuestras instituciones, como la familia, el cerebro, el beso y la cadena. Cariños a todos.

De una carta a William Fielding Ogburn
Alitoa
7 de marzo de 1932

Estos nativos son de una sensualidad casi pura. Existe un enorme desarrollo del erotismo oral en los niños, debido, según creo, a la lactancia prolongada, combinada con una tendencia a separar a los niños mayores que se amamantan aún de sus madres por períodos de un par de días. El alimento y las mujeres son el valor principal en esta cultura. Las mujeres, en calidad de esposas, no como amantes o como botín tomado con violencia, como sucede entre los dobus y los manus, respectivamente. Se insiste mucho en el patrilinaje y se trata en forma decidida de separar a la madre de la hija. Por ejemplo, el destete se logra al untarse la madre los pezones con barro, que, según dice a la niña, es excremento. La madre no puede estar presente cuando su hija da a luz, pues ella, la madre, quedaría ciega.

Existe un fuerte lazo entre padre e hija que parece, aunque desde luego mi afirmación es de carácter provisional, que se traduce fácilmente en una relación de dependencia por parte de la esposa, ya que las esposas se adquieren cuando son niñas y van a vivir con la familia del marido —el marido es, generalmente, un adolescente—, y las alimentan y miman sus futuros maridos y sus futuros suegros.

Se subraya mucho el contacto físico. Todo el mundo toca o abraza sin cesar a todos, y cuando no hay un ser humano cerca, se utiliza un perro o un cerdo con este fin. Los cerdos son objeto de tantas caricias y mimos, que desarrollan características semejantes a las del perro: bajan la cabeza cuando los reprendes, se frotan contra una persona para obtener un favor, y así sucesivamente...

Se trata de una cultura de notable coherencia, con metáforas simples y mecanismos más o menos obvios. La lengua, en cambio, es sumamente compleja y rica.

Aprender a hablar utilizando veinticuatro pronombres de tercera persona resulta, además, algo fatigoso, si tenemos en cuenta la simplicidad de los resultados obtenidos. Es semejante a abrir una lata de cigarrillos con un soplete. Cada grupo lingüístico tiene una variedad montañesa, otra costera y otra de llanura. En este momento estamos en la región montañesa con cuatro muchachos de la región costera, y dentro de poco tiempo pasaremos a las feas llanuras, llenas de moscas...

Alitoa
15 de marzo de 1932

Acabamos de pasar la semana más fructífera desde el punto de vista etnológico y al mismo tiempo más agotadora, en general, de toda nuestra experiencia. Balidu, quien es «el padre de todos», un anciano alto y delgado, de carácter avaro y codicioso, con una sonrisa fingidamente cordial y los modales solemnes de un gobernador colonial, ofrecía una fiesta para celebrar la primera iniciación de su hijo, Badui, un vigoroso muchacho de unos dieciocho años, que tiene dos mujercitas de ocho y doce años, respectivamente. Badui, por ser el hijo mayor de Balidu, está ya en camino de ser un personaje de importancia. Esta gran fiesta significaba llevar el *tambaran* a la casa ceremonial y que se congregara en ella un gran número de personas; otras personas tenían la intención de aprovechar la oportunidad para llevar a cabo allí todas sus pequeñas transacciones de menor importancia. Por este motivo tuvo lugar una serie de fiestas menores, riñas, recriminaciones, pagos matrimoniales, vaticinios y demás.

Para apreciar lo que significa tener reunidos aquí a más de doscientos habitantes, es necesario comprender que la aldea tiene apenas algo más de una «cadena», o sea, unos veintidós metros de ancho y la longitud de un bloque de una avenida en Nueva York. Es un trozo de

terreno liso, explanado junto a la cima de una sierra afilada, con el lodo apisonado y duro por años de uso. En cada lado la selva forma una empinada pendiente de varios centenares de pies de profundidad. Hay unas treinta casas en la aldea, algunas de ellas cajitas erigidas en postes, de dos metros y medio por tres de superficie, mientras que otras son cobertizos primitivos apoyados en el suelo. Como la aldea no tiene un suelo llano, ya que está formado por una cantidad de niveles escalonados y ondulaciones, todo el lugar se anega cuando llueve. Cada porción de alimento, cada trozo de leña, las hojas para cocinar y para servir la comida, todo ello debe ser transportado en una red colgada de la frente de las mujeres por los senderos increíblemente empinados y resbaladizos.

Por ello, para poder agasajar a tal cantidad de invitados, todos debieron trabajar durante semanas para traer las provisiones. Partían en pequeños grupos a cultivar el *sagú* y volvían después de haber dormido en los pantanos, con los ojos inflamados y unos kilos de menos. Las batatas son pequeñas este año, por culpa de un culto evangelista que les prometió que se expulsaría a los blancos, que una inundación lavaría a los nativos en agua hirviente hasta volverlos blancos, que los antepasados volverían y que Burns Philip seguiría enviándoles alimentos en abundancia, mientras que los sacerdotes alemanes regresarían para trabajar como cocineros y para llenar los depósitos de las duchas con que contarían todos los nativos. Todos construyeron, pues, casas nuevas y esperaron el momento revelado. Entretanto, crecieron las batatas y se pudrieron. Todos están un poco tristes por la mala cosecha, pero no demasiado, ya que nadie, salvo los niños de corta edad, permanece en el mismo estado de ánimo durante mucho tiempo.

Un grupo salió de caza durante tres semanas y volvió con tres zarigüeyas, unos ositos trepadores y varios canguros, también de la variedad trepadora de árboles, ayudándose en la tarea con unos perritos de caza diminutos

que apenas dan la impresión, a juzgar por su tamaño, de ser capaces de cazar ratas. Seguidamente se ahumó esta carne en la selva y se la trajo en un fardo decorado con cintas rosadas y verdes muy vistosas y largas. A pesar de que la fiesta era un asunto de familia, cada uno de los hombres apiló su presente con gran ceremonia, mientras el resto de la familia trotaba en fila alrededor de la pila, expresando a gritos el hecho de que aceptaban la contribución. Cada vez que cualquier miembro del grupo familiar hacía su contribución, la familia de Balidu, ayudada por los familiares menos cercanos, preparaba una comida de croquetas de taro cubiertas con coco rallado y se las entregaba al donante. A veces había veinticinco hombres que rallaban cocos al mismo tiempo.

Después todos trajeron el *tambaran* y todas nosotras, las simples mujeres y los niños, huimos hacia el límite de la aldea y allí repetimos con aire solemne: «Si lo vemos, moriremos.» Entretanto, Reo iba de un lado a otro con el *tambaran*, que en realidad es un par de flautas —el papá y la mamá— que en forma complaciente engendran hijos, según se informa a los no iniciados, para ser vendidos en otras aldeas que no cuentan con flautas, por un pago en cerdos. Cuando el *tambaran* quedó sano y salvo y ubicado en la casa ceremonial de la aldea, se nos permitió volver a acercarnos. Con todo, más tarde el *tambaran* se enojó porque, según dijo Balidu, no había comido lo suficiente ese día. Comenzó entonces a arrojar palos desde la casa y todos debimos huir por la ladera de la colina y bajar la pendiente en la oscuridad. Los chicos se separaron de sus madres y lloraban amargamente, y un hombre algo más comedido se levantó y comenzó a golpear el costado de la casa ceremonial, para reprochar al *tambaran* por su manera de tratar a las mujeres. Sin embargo, todos hicieron objeciones tan ruidosas frente a esta conducta poco tradicional, que el hombre se puso de muy mal humor y al día siguiente riñó con una de sus mujeres para recobrar el prestigio masculino perdido.

Debí interrumpir mi carta para averiguar por qué lloraba un niño, en este preciso momento parte de un tema de investigación científica. Los chicos se divierten muchísimo sufriendo accesos de mal genio en medio de los cuales se revuelcan en el suelo y muerden el polvo en el sentido literal de la expresión.

Una vez sano y salvo el viejo *tambaran* dentro de la casa, los jóvenes de la aldea le rinden homenaje batiendo con las manos unos tambores con un ritmo profundo, agradable y palpitante, como un tamborileo muy suave, haciendo gemir las flautas, cuyo sonido es también grato, a pesar de ser tembloroso y sin modulaciones, como el de los instrumentos de viento de una orquesta cuando se los afina, y golpeando los grandes bombos, que sólo producen un ruido desagradable. Cantan asimismo, al principio con voz melodiosa, pero ésta se vuelve cada vez más áspera, a medida que pasan las horas y los cantantes se ponen cada vez más roncos.

Cuando esto se ha prolongado durante varios días, el ruido constante, unido al llanto de los niños, los gritos de la gente, el ladrido de los perros y la algarabía y desorden y confusión propios de un gran picnic en un parque, con los asistentes cocinando y comiendo en todas partes y una orquesta desafinada como fondo, puede llegar a ser sobrecogedor. La gente está harta, de haber comido en exceso si se trata de los invitados, y de haber comido demasiado poco si son los dueños de la casa, fatigada por las penurias del viaje y la falta de espacio, cansada de dormir en el suelo, o bien relegada a algún rincón lejos del fuego, cansada de oír acusaciones de hechicería. Todo el mundo está enojado y pronto a pelear. Hubo una refriega con garrotes y palos y una lanza o dos, que seguramente podría haber llegado a ser una pequeña guerra si nosotros no hubiésemos estado aquí.

Inmediatamente después de terminada la pelea, un grupo de seis hombres con la frente pintada de negro y llevando ortigas verdes, señal de que venían para obtener información sobre hechicería, entraron en la aldea.

Se llevaron entonces a Gerud, nuestro ayudante de cocina, para que sufriese un acceso de poseído y Gerud comenzó a correr de un lado a otro, hundiendo las manos en el barro y extrayendo trocitos de bambú podrido que, según decía, contenía excrementos de gente de otros lugares, atrayendo grandes problemas sobre muchos. Un pobre hombre acusado apareció por fin al día siguiente para insistir en su inocencia y se echó a llorar, ante lo cual sus acusadores le regalaron un poco de tabaco y las cosas terminaron allí. Finalmente, el *tambaran* tenía que pasearse de un lado a otro e imponer un tabú sobre todos los cocoteros. Todos huimos corriendo. Desgraciadamente, nuestro cazador cazó un cerdo, que distribuimos entre nuestros amigos y el *tambaran* decidió quedarse y comer también cerdo. Por este motivo sigue con vida, mantenido por los pocos hombres que quedan en la aldea.

Este gran brote de actividad se produjo en el momento más oportuno, después de que logré acumular gran cantidad de detalles preliminares y cuando conocía ya a todo el mundo, de modo que no me sentí tan preocupada como en otras circunstancias por la interrupción de mi trabajo. El hecho era, no obstante, que las cosas se sucedían con tanta rapidez que debí pasar a toda carrera de presentes de boda y riñas hasta asuntos de brujería, sin dejar de escribir ni un instante, a medida que se producían dichos hechos.

En conjunto ha sido un mes bastante tormentoso. Jack se escapó porque, según dicen los rumores, estaba tratando de casarse con una de las muchachas comprometidas ya en matrimonio. Pasamos una semana de ansiedad antes de que volviera, pues temía a los hechiceros de aquí y, por otra parte, nosotros lo necesitamos muchísimo. Por lo menos, el trabajo que hace Reo sobre el idioma se perjudicaría, ya que la inteligencia es un don bastante poco frecuente aquí. Después llegó Chinnery y pasó tres días con nosotros, hablando sobre futuros lugares de estudio. Esto desorganizó algo a mis muchachos y poco

después nos quedamos sin *sagú* para alimentarlos. Para poder obtener arroz es necesario tener constantemente a dos de nuestros muchachos en los caminos, ya que una carga como la que pueden transportar dos hombres dura sólo cinco días. En vista de ello, tuvimos que inventar una serie infinita de estratagemas para obtener *sagú*, que la gente odia elaborar.

El clima es tan agradable, que todas las dificultades se compensan por esta temperatura que nunca llegó a los 30 °C desde que llegamos. Mi salud es mucho mejor que antes del viaje a Manus. En los largos intervalos de paz, cuando hay pocos en la aldea, pasamos días apacibles, que terminan con un partido de ping-pong después de la cena...

Alitoa
20 de abril de 1932

Todavía no hemos decidido cómo vamos a llamar a esta gente de las montañas, ya que no tienen nombre propio, sino simplemente apodos amistosos, o nombres para un sector determinado de una comunidad, como *hombre de la selva* o «víboras venenosas». El tiempo continúa siendo maravilloso, aunque de vez en cuando, ahora que termina el monzón del noroeste, hay tormentas intensas que hacen que la paja del techo se erice como la piel de un gato furioso y que se derrumben las viviendas más viejas de la aldea.

Todos los vientos y las lluvias provienen de seres sobrenaturales llamados *walin*, quienes envían tormentas a toda la comunidad cada vez que algún grupo intruso de otra tribu invade su dominio, o bien cuando llegan miembros de una tribu aceptada, pero no hablan en términos corteses, para recordarles el parentesco... Esta gente ha personificado en el *hombre de la selva* al diablo, el hombre que trafica con las iras pasajeras de sus simpáticos vecinos, el hechicero de profesión. Han localizado a los

fantasmas bajo la tutela del *walin* de cada tribu y no hay por qué encontrarse con ellos si uno se dirige a otro sector para cazar o si tiene cuidado de elegir bien el lugar donde se recoge leña.

En la aldea, por lo tanto, hay libertad para darse buena vida, para fumar, masticar, bostezar y murmurar canciones en voz baja, y repetir incansablemente el nombre de un bebé hermoso, o bien hacerlo dormir cantándole los diferentes nombres de un cerdo predilecto. Si no se tiene un bebé, servirá igualmente un perrito o, mejor aún, un lechón. Si se siente alegría, hay que ponerse flores en el pelo y pintarse la cara de blanco y de rojo. Si se prefiere, se puede usar esta pintura para el bebé o para el lechón. Si se está enojado, se pone la pintura negra de guerra en la frente del hijo de diez años. Si se tiene dolor de cabeza, conviene atarse un trozo de corteza alrededor de la cabeza y sentarse después en el *lugar vacío*, para que todo el mundo pueda apreciar lo mal que se siente uno. Si la mente se inclina hacia algún tipo de fiesta, es posible sacar el tambor de mano y tocarlo alegremente, sin otra compañía que la propia. Si muere el cerdo de alguien, pueden atarse varias lanzas con un trozo de corteza, agregando una batata dulce al atado, que se colocará junto a la puerta de la casa de la propia esposa, para que ella sepa lo que uno piensa de la forma en que cuidó a los cerdos. Entonces *ella* tomará una hoja larga y brillante, le hará un nudo y la atará a la parte superior de la puerta, para anunciar así que no volverá a preparar la comida para la gente que con su charla envidiosa provocó la muerte del cerdo, hasta que esta gente le haya hecho un bonito presente. Si se tiene algo importante que decir, es necesario recorrer a grandes trancos la aldea para que todos sepan, por la forma de erguir los hombros, que sucede algo, después de lo cual irán detrás del interesado para enterarse.

A causa de todo esto, la vida suele ser complicada. Anochece. No hemos encendido aún nuestra lámpara grande (que recibimos hace dos semanas), de modo que el

crepúsculo significa la interrupción del trabajo escrito. Nos sentamos, pues, a descansar un poco antes de la cena. La aldea está a oscuras y sólo se atisba el resplandor aislado de alguna lumbre encendida, entre los resquicios de las paredes de corteza de las casas. De pronto aparece en la entrada de la nuestra un chico tenso y nervioso y se queda allí, mirándonos con ojos muy abiertos. Sabemos que tiene algo importante que decirnos. ¿Está malo el *sagú*, o hubo una pelea, o ha huido alguien? El chico nos explica:

—Esta noche Gerud querría trabajar después de la cena. Myelahai ha perdido un cuchillo grande y quiere que Gerud le diga dónde está.

Gerud es nuestro ayudante de cocina y el único adivino de la aldea. Accedemos. Las actividades de Gerud como adivino siempre aportan excelente y rico material etnológico.

Gerud come unas raspaduras del interior del cráneo de un antepasado, mezcladas con un poco de jengibre. Después corre como loco en la oscuridad, subiendo y bajando por las empinadas pendientes en los dos extremos de la aldea, hasta que desentierra un trozo de bambú lleno de basura, el cual, según puede afirmar, es un poco de la esencia física de alguien que lo colocó en una raíz de taro silvestre para provocar una úlcera. Por último se deja caer cuan largo es en el suelo, los brazos extendidos en posición de crucificado y responde a preguntas, además de hacer comentarios sorprendentes sobre cosas habitualmente inmencionables y una serie de insinuaciones misteriosas sobre desastres futuros.

La verdad es que acogemos con gran favor las adivinanzas de Gerud. Y cuando lo mencionamos, aparece otra cara en la puerta escasamente iluminada. Tommy. Tommy está preocupado y tiene una expresión algo belicosa. Viene a decir que piensa preguntarle a Gerud si el hermano de Yabinigi, nuestro muchacho cazador, escondió ese trozo de hueso de zarigüeya que todo el mundo le vio guardar en su canasta, o bien se deshizo de él. Ahora

no vemos con tan buenos ojos el hecho de que Gerud adivine, ya que Yabinigi tiene una puntería certera y de él depende la obtención de carne para nuestra casa. Si su hermano, un imbécil viejo y débil, escondió en efecto ese trozo de hueso de zarigüeya, tiene la intención de hacer daño a uno de nuestros muchachos. Esto podría significar una querella y la partida de Yabinigi y, con él, la pérdida de todas nuestras posibilidades de consumir carne fresca. Pero aún nos queda la cena.

Gerud está en la cocina, separada por una fina pared, y a media docena de pasos de donde estamos. Sabemos por experiencia que su locura no le priva del uso de sus cinco sentidos, más agudos que nunca. Así pues, durante la cena charlamos con nuestro camarero, en pidgin, para explicarle que, desde luego, el hermano de Yabinigi no tenía intención de hacer víctima de un hechizo a nuestros muchachos.

—¿Cómo podría hechizar a nadie? No tiene anillos para pagar al *hombre de la selva*. ¡Vaya mago es ése!

Además, si esto es verdad, Yabinigi tendrá que irse, ya que no puede permanecer en un lugar donde ha sido acusado su hermano. Y no tenemos quien lo reemplace, de modo que seguramente se acabarán los cerdos salvajes, las zarigüeyas, los pájaros cuyas plumas sirven para hacer tocados tan bonitos. Por último, nos preguntamos en voz alta si en realidad vale la pena conceder a Gerud permiso para adivinar, si ello ha de crear dificultades.

Ha terminado la cena. Gerud corre de un lado a otro y cae, presa de un trance. Tommy se arrodilla muy ansioso junto a él y le pregunta:

—¿Qué hizo el hermano de Yabinigi con ese hueso?

Gerud responde:

—Lo arrojó lejos, porque las zarigüeyas son su tabú, de modo que primero lo ocultó para no ofender a los muchachos.

Suspiramos, llenos de alivio. Nuestra provisión de carne está asegurada hasta la próxima semana, pero sólo hasta entonces.

Poco después, Reo parte hacia el interior y en una aldea Yabinigi mata dos palomas y Reo las reserva para sus porteadores y muchachos. Más tarde Yabinigi mata un cerdo, y un viejo que se había enojado a causa de las palomas se apodera de un huesito del cerdo y lo ata. Gerud informa acerca de esto en medio de un trance, que nosotros habíamos esperado, y Yabinigi, individuo sujeto a cambios de estado de ánimo, deja de cazar durante una semana. Por consiguiente, repartimos callos en lugar de la carne habitual para los muchachos y poco a poco Yabinigi recobra su habilidad para cazar. Nunca se puede prever lo que hará Yabinigi. Con mucha frecuencia solía perder antes los estribos, pero la gente se cansó de verlo correr sin control y le dieron sopa hecha con excrementos de perro. Después le dijeron lo que contenía la sopa y que volverían a dársela sin que él lo supiera, a menos que se curase de sus accesos de locura. Esto sucedió hace un año y no ha tenido ninguno desde entonces. Con todo, no le permitimos tener consigo el arma durante la noche, salvo cuando la pide prestada para llevársela a algún pariente que se ha mostrado irritado por no haber recibido parte de la caza, logrando así que dicho pariente se desdiga de las cosas malas que dijo acerca de su caza en el futuro.

Coleccionar piezas tiene asimismo sus dificultades. En la casa *tambaran*, casa sagrada de los hombres, hay figuras talladas que tienen nombres y sortilegios que les confieren un alto grado de peligrosidad. Cuando Reo estuvo en el interior, seleccionó algunas para comprarlas. Sus dueños las trajeron hasta aquí, envueltas como lechones en trozos de corteza dura. Los hombres llegaron por los pequeños senderos laterales que siguen, en general, las mujeres que son tabú, los cazadores que quieren volver a casa sin ser vistos con las piezas que han cazado y quienes desean comprar cerdos y temen que si otros les ven, digan: «Espero que no encuentre ningún cerdo para comprar.» Llegaron a la aldea. Reo los albergó en el depósito. De inmediato brotó una ola de protestas en-

tre nuestros muchachos. Si comían alimentos de ese cuarto, enflaquecerían hasta morir. El lugar donde estaba emplazada nuestra casa era bastante peligroso, porque allí había estado antes la casa *tambaran*, y las figuras talladas eran muy peligrosas y todos se enfermarían. Después llegó una delegación de la aldea a decirnos que no era saludable conservar esas tallas en una casa donde había mujeres y niños y que era necesario colocarlas en la casa *tambaran*. La verdad es que nosotros estábamos dispuestos a hacerlo, ya que se me había prohibido entrar en el depósito, para evitar el riesgo de que llegase a ver esas figuras misteriosas. Pero ¿quién iba a trasladarlas? Los *hombres de la selva* estaban todavía en la aldea, aunque demasiado cansados y de mal humor, por haber recibido como paga solamente el doble de lo que se les prometió. Nadie estaba dispuesto a tocar esos objetos peligrosos, de modo que Reo debió llevarlos él mismo de un lado a otro de la aldea, cuyo acceso había sido prohibido a todas las mujeres, encerrándolas en sus casas.

Seguidamente se adquirió, por un elevado precio, el secreto de la hoja de exorcizar de los *hombres de la selva* y fue necesario barrer con sumo cuidado toda la casa y el depósito. Todavía nos falta lo peor, pues no tenemos la menor idea de cómo conseguiremos trasladar las figuras a la costa, ni si la servidumbre de los Cobb huirá despavorida si las llevamos a la plantación. Mientras se las trasladaba, debí ocultarme en una casa nativa con una mujer que pasó todo el tiempo mostrándome una droga utilizada para abortar y haciendo comentarios vehementes de que los hombres no debían verla nunca, ni siquiera oír su nombre. Con esto quedó vengado el amor propio femenino.

Y así es nuestra vida. Es un mundo demencial donde se compran por separado trocitos de taro y trocitos de batata por el precio de una cucharadita de cuentas o de fósforos pagados por separado, donde cada desgracia está determinada por la magia y donde uno está siempre

alerta para captar de inmediato la importancia de que pase algún tiempo junto a la puerta con un plato de croquetas. Es magnífico tener una lámpara que funcione bien, ya que las otras que humeaban o se apagaban eran una dificultad constante. Durante la ausencia de Reo la lámpara se estropeó y no pude encenderla, hecho debido, como cabe suponer, a un grupo de *hombres de la selva* que vino a venderme tabaco, que me negué a comprar, pero a quienes ofrecí fósforos a cambio de vocabulario. Cuando encontraron a Reo en la selva le dijeron que yo les había ofendido y que por ello no me vendieron nada. Mostraron gran tacto al dar esta versión de los hechos, ya que creían que Reo se enojaría, al enterarse de que les había dado fósforos sin pedir nada a cambio, salvo un poco de charla.

Debo hablar ahora de una noche de la semana pasada, cuando Amito y yo teñimos unas faldas. Esta es una de las ocasiones en que las mujeres se vengan de los hombres. Estos no pueden acercarse, como tampoco los niños, no puede haber olor a carne asándose, tampoco puede haber cerca un cuchillo que haya tocado carne alguna vez, ni aproximarse ningún tocado de plumas. El solo rumor de las voces de los hombres arruinará la tintura, así como el sonido de las voces de las mujeres hará enojar al *tambaran*, y el contacto con una mano de mujer dañará cualquier instrumento de caza. Nos instalamos en cuclillas en un cobertizo de hojas barrido por el viento y cuidamos allí la gran caldera con la parte superior tapada por capas de grandes hojas verdes, donde el líquido que bullía hasta desbordarse se volvió poco a poco de un color rojo de sangre. Y en un momento dado unos muchachos hablaron y la madeja de fibras de *sagú* que pusieron dentro de la caldera se inflamó. Y el marido de Amito permaneció con Reo hasta la medianoche y, simplemente para reafirmar su superioridad masculina, contó a Reo acerca de la sabrosa sopa de sesos que acostumbraban comer los guerreros, preparada con los sesos extraídos al enemigo, a pesar de que hasta aquel

momento siempre habían negado la menor inclinación al canibalismo. Baimal bailó también por todo el cuarto, ilustrando los salvajes deleites de la guerra, porque cabe señalar que Baimal siempre se muestra ágil y entusiasta, incluso cuando habla de la muerte. Y Amito'a y su cuñada Ilautoa, sentadas en cuclillas mientras vigilaban la olla, decían:

—Alimentamos a los cerdos, hacemos faldas de paja, bailamos, vamos de dos en dos a buscar leña, vamos de dos en dos a traer agua, de dos en dos teñimos nuestras faldas de paja.

El viento aullaba y agitaba el techo de paja y me divertí, a pesar de tener los ojos enrojecidos por el humo.

Las delegaciones de hechiceros que vienen en busca de pedazos de la naturaleza física de sus familiares, llegan a la aldea y conversan entre ellos en términos amenazadores, acerca de lo que piensan hacer a otros (que no están presentes), la misma gente a quien, cuando la encuentren, palmearán cordialmente. Después alguien me pide que saque la muñeca, la culebra o el perrito de juguete. La atmósfera poco cordial desaparece cuando unos viejos llenos de entusiasmo bailan, sosteniendo la muñeca y gritando: «¡Nieta! ¡Nieta!», o los chicos que la sostienen con aire reverente susurran: «Abuela.» Los recién llegados, que no han visto la culebra antes, huyen corriendo por las escaleras de las casas.

La primera vez que vieron la muñeca creyeron que era un niño muerto y se quedaron horrorizados. Les llevó bastante tiempo reponerse.

—¿Crecerá? —me preguntaron entonces, y en seguida—: ¿Toma leche? ¿Por qué no llora?

Y a pesar de que les dije una y otra vez que es una imagen, un *aboril*, las mujeres siguen dando gritos de desaprobación si llego a acostarla con la cabeza más baja que los pies. Y los chicos, muy listos, me preguntan:

—¿Por qué no tienes también un cerdo?

Y Reo rezonga a causa de toda la confusión provo-

cada por la culebra, la muñeca, la rata y el perro, cuando lo que él quiere es estar tranquilo en un rincón con un informante y averiguar si una palabra tiene la «h» final inspirada o no, o bien aprender fórmulas mágicas capaces de hacernos enfermar a todos.

Nuestro conocimiento del mundo exterior es fragmentado. Sabemos que los Estados Unidos han hecho algo parecido a apartarse del patrón oro, aunque no es precisamente eso. Sabemos que secuestraron al hijito de Lindbergh, pero no si lo encontraron. Sabemos que han muerto Edgar Wallace y Thomas Edison y que el Japón está, probablemente, luchando contra China. Ruth me envió unos números del *New Yorker* y del *Time* y son como el maná en este desierto...

En la galería, Reo está preparando textos de leyendas y los viejos que pasan le preguntan:

—¿Qué estás haciendo?

—Leyendas —responde él.

—Cosas de chicos —comentan con desdén y prosiguen su camino.

Las leyendas son sólo para los niños. Se las cuentan a sus hijos y luego suspiran con alivio y olvidan esos disparates, para concentrarse en cosas importantes, como la magia, que se reduce a rimas como las nuestras, algo así como «Mata-rile-rile-rón», pero en versión masculina y femenina. Hay algo de lo cual esta gente está muy segura y es de que «El los creó hombre y mujer». Pero aun así, hasta los más informados en cuanto a los blancos se equivocan a veces, al dirigirse a mí.

Alitoa
12 de julio de 1932

La última vez que escribí, suponía que partiríamos en el *Mirani* de junio. Las posibilidades de esta región parecían haberse agotado. La tribu más próxima a ésta ha sufrido el efecto de las misiones. En otra tribu, una com-

pañía de explotación de petróleo anda merodeando con sus cien muchachos. La zona situada más lejos se considera fuera de control, a causa de una lucha que hubo con una patrulla. Después está Aitape, con una muralla de montañas detrás que es necesario escalar con cuerdas. Hacia el este se encuentra el río Sepik, pero no hay manera de llegar hasta allí. Se dice que existe una sola barca en una extensión de trescientas millas a la redonda y que su propietario y su mujer, que partieron para Hongkong, la han dejado a cargo de un joven primo de Bernard Shaw, recién llegado y muy inexperto, con sólo dos chelines y muy vaga idea de cuándo volverán los dueños de la embarcación. En vista de ello decidimos que no había forma de llegar a ningua parte y que sería mejor ir a Rabaul y dirigirnos desde allá hacia alguna isla.

Finalmente, hacia fines de mayo Reo fue a Karawop y descubrió que la barca del gobierno iba a remontar el río Sepik vacía, para recoger a una patrulla que debía reconocer el terreno desde Aitape, e hizo arreglos para que viajásemos en ella hacia mediados de agosto. Nos sentamos, pues, a preparar sin demora nuestra lista de provisiones para seis meses. La lectura de la lista resultará algo inesperado: seiscientos kilos de arroz, un paquete de agujas, una tienda contra mosquitos, una tetera, veinticuatro docenas de carne en lata y así sucesivamente.

Cuando despachamos la lista, nos llegaron noticias de que había una epidemia de disentería en Aitape y una cuarentena que podía prolongarse durante meses y malograr nuestro viaje. Sin embargo, en un golpe de suerte inesperado, el dueño de la barca volvió de Hongkong con dos maletas, un cajón de whisky y otro de ginebra, y podremos remontar el Sepik el mes que viene. Permaneceremos en esa región seis meses o más. Lo extraordinario es que nos dirigiremos allí directamente, sin necesidad de pasar ningún intervalo durante el cual sea necesario usar ropa civilizada o conversar formalmente con gente que parece creer que los nativos solamente deben ser preservados para que ellos puedan explotarlos.

Reo ha viajado buena parte del tiempo durante los últimos dos meses. Gran parte de la población local ha estado recorriendo la región buscando «anillos», es decir, cambiando tabaco y plumas por canastas y anillos. La mayor parte del tiempo la aldea ha estado casi desierta por ese motivo, convertida en un espacio vacío y barrido, rodeado de casas cerradas en la cima de la montaña. Yo me he dedicado a poner al día mis apuntes escritos a máquina, o bien a copiar sobre corteza pinturas demasiado dañadas para llevarme a los Estados Unidos, así como a estudiar, además, la psicología de los niños abandonados.

A veces circulaba el rumor de que llegaba el gobierno, y los *garamuts*, o gongos calados, resonaban mientras la gente volvía corriendo a la aldea, a sentarse sin tener nada que hacer y a menudo sin nada que comer, hasta que los rumores demostraban ser, como todos, fruto de la imaginación de alguien. Aquí las noticias se divulgan a gritos de la cima de una montaña a la otra, con un aullido prolongado que recuerda el de los perros ladrándole a la luna. Las altas montañas recogen los sonidos y los devuelven una y otra vez hasta que resultan casi ininteligibles. Después oímos decir a alguien:

«El *kiap* (funcionario del gobierno) está por llegar», o bien: «Llegó un policía a Liwo. Los hombres de Liwo han salido a guerrear», o bien: «Creo que un hombre en Liwo mató un cerdo. ¿Crees tú que la mujer de ese anciano de Liwo se ha escapado?» Cualquiera de estas conjeturas puede cristalizarse en la afirmación de un hecho absoluto en cuestión de minutos.

La primera vez que Reo viajó al interior nos gritaron desde una montaña próxima que lo habían atacado y herido y que llegaría un mensajero con una nota. Envié volando a uno de mis muchachos a recibir la nota y Reo y el muchacho llegaron juntos minutos más tarde. Entretanto, la población estaba allí llorando a gritos a Reo, como cuando lloran a los muertos, diciendo que lo habían herido con un hacha de guerra en el hombro y en el

brazo. Abrí entonces la nota, que decía: «Por favor, mándame más té para conservar los negativos expuestos, no tengo bastante.»

Alguien vio pasar la nota de aldea en aldea. El día anterior un nativo fue asesinado. Ocurrió en un lugar más abajo de donde estamos nosotros. Alguien lo atrajo mediante tretas cuando estaba cazando, lo mató, cortó el cadáver en trocitos y lo enterró en un nido de gallina silvestre. Ambas noticias, la de que Reo había ido a ese lugar *a hablar*, sumada a la de que un nativo fue asesinado allí, se aglutinaron por causas misteriosas.

Es curioso, porque esta gente no es mentirosa en el sentido habitual de la palabra. Hemos tenido un solo robo y se redujo a una caja de fósforos sustraída por un ex peón de otra aldea. Yo lo descubrí, y dirigiéndome al extremo de la aldea, pregunté a un grupo sentado allí: «¿Quién tiene esos fósforos?» Se trata de fósforos que canjeo y utilizo como moneda, de modo que hay, en general, centenares de cajas en circulación. De ninguna manera podría yo haber probado nada. Sin embargo, el tonto muchacho los sacó de inmediato de su sucia bolsa, con aire avergonzado, y me dijo en voz baja que no los había robado, que sólo los había metido dentro de su bolsa.

Sin embargo, lo que no hacen en materia de mentiras intencionales, lo compensan mintiendo sin intención. El otro día oí hablar a mucha gente en el extremo más distante de la aldea y me dirigí a un nativo para preguntarle: «¿Qué sucede aquí? «Nada —repuso—. Es Whoiban. Acaba de llegar a ver a Balidu y está diciéndole que si él, Balidu, no deja de hacerle hechizos a Aden, él, Whoiban, no ayudará a Balidu a llevar cerdos a la fiesta de Kobelin.» Fui entonces al extremo opuesto de la aldea. Balidu estaba sentado con aire apacible delante de su casa. «¿Dónde está Whoiban? «Whoiban no está aquí. Está en Liwo.» «¿Estuvo aquí?» «No.» Volví a Wabe y lo enfrenté con esta realidad. El se encogió de hombros. Alguien había dicho que Whoiban vendría hoy y, de haber venido, eso era lo que habría dicho.

A veces, unos grupos de *hombres de la selva*, desnudos, salvo por sus collares y huesos en la nariz, cruzan la aldea. Llegan con gran arrogancia, exigiendo alimentos a las pocas mujeres que están aquí. Si no lo obtienen, más tarde morirá alguien, según insinúan con gran sutileza. Un *hombre de la selva* se paseó de un lado a otro en medio de un grupo que celebraba una fiesta en Kobelin y comentó a gritos: «Estoy cansado de ser hechicero. Harto. Todo el tiempo la gente me pide que mate a alguien. Estoy cansado. Claro, cuando murió un hombre en Dakua, vengué su muerte. Pero estoy cansado de la hechicería. Sin duda éste es mi camino. Siempre voy a la playa por él. Nunca voy por el sendero del *dugong*, sino por el del áspid mortal. Me habría gustado tener una cabeza de cerdo. No me habéis dado una cabeza de cerdo. Os habéis comido todos vuestros cerdos. Bien, me conformaré con un poco de *sagú*.»

Ninguno de los cincuenta hombres que lo escuchaban dijo una palabra, pero varios se apresuraron a traerle un poco de *sagú*. Pues en la casa del *hombre de la selva* y en las de sus amigos, atada en hojas pequeñas, se encuentra la *suciedad* de los hombres de la playa y de los hombres de las montañas, ya sea un pedazo de cinta, uno de tela vieja, un manojo de paja de una falda; en estos objetos sigue descansando la personalidad del dueño. Cuando el *hombre de la selva* cocina esta *suciedad*, el espíritu de la víctima abandona su cuerpo y se arrastra hacia el interior, bajo la apariencia de un insecto o una culebra, y por fin el *hombre de la selva* lo atrapa con un bambú y lo asfixia hasta matarlo.

Casi todos los adultos a este lado de la llanura cubierta de hierba tienen *suciedad* dentro de alguna de las aldeas de la planicie. El enojo de un vecino que se apoderó de la *suciedad* y la envió a algún hechicero del interior ha desaparecido hace mucho tiempo. Pero la *suciedad* queda siempre y la infeliz víctima está sujeta a una extorsión incesante por parte del hechicero. Cuchillos, hachas de mano, anillos, pasan en una corriente

ininterrumpida hacia las llanuras, donde unos viejos horribles, cubiertos de parásitos y muy sucios, ya que el hechicero no puede lavarse mientras mantiene su actividad, se sientan a cocinar la *suciedad* y sólo la retiran del fuego cuando han recibido un pago que juzgan suficiente. Pequeños grupos de dos o tres *hombres de la selva* pueden desplazarse sin peligro por poblaciones de varios centenares de habitantes, ya que los medios para vengar su muerte se encuentran a buen recaudo en el interior.

Al mismo tiempo, las aldeas costeras practican otro tipo de extorsión sobre los infortunados hombres de las montañas, ya que desde la playa provienen todas las modas nuevas, los brazaletes y los tocados, la forma más novedosa de atar piel de zarigüeya en el extremo de una banda de paja para la cabeza, en lugar de liarla alrededor, un brazalete con un colgante de conchas, pendientes de un nuevo estilo hechos con borlas de paja, bagatelas y cosas sin valor, en su mayoría, pero inmensamente apreciadas. Todas estas fruslerías provienen de una población llamada Murik, cerca de la desembocadura del río Sepik. Murik es el París de la costa y los muriks venden muy cara su moda, por el precio de muchos cerdos, anillos o quizá la prostitución de las mujeres del comprador. Una aldea paga por cada serie de objetos de moda y cada una de estas series puede incluir máscaras de gran tamaño, amuletos con poderes de muerte, nuevos pasos de danzas, juegos de adorno más comunes y nuevos estilos en el vestido. Para obtener esta serie completa, cada aldea ubicada en los senderos de la montaña debe pagar con cerdos y con anillos. Así, la costumbre de llevar un taparrabo diminuto se ha introducido poco a poco en el interior, a medida que cada aldea ha pagado por el privilegio de llevarlo.

Es así como esta pobre gente vive entre dos formas de explotación. Por todo aquello de lo cual disfrutan en la vida, sea plumas y adornos para vestir, danzas y canciones nuevas, deben pagar con cerdos y con anillos

a las gentes de la playa, y para conservar su salud y su vida misma, que corren riesgo a causa de los celos, la maldad o la ofensa de sus vecinos, deben pagar eternamente al odiado *hombre de la selva* o hechicero.

Y aun nosotros, si bien adquirimos sus alimentos y sus servicios, debemos viajar al interior para recoger las cosas de verdadero valor, como comentó La'abe después de haber llevado un paquete de cuarenta libras esterlinas en monedas de un chelín desde Karawop y haber estado a punto de ahogarse en los ríos de la costa: «¡Fue un trabajo muy duro para mí, este de llevar dinero solamente para el *hombre de la selva*!» Y ahora Reo ha vuelto a partir al interior, llevando hachas de guerra y cuchillos largos, por los cuales esta gente no tiene nada que dar a cambio, con el fin de adquirir tallas y pinturas de los *hombres de la selva*.

Cada vez nos encontramos más disociados del mundo exterior. Habíamos indicado a Rabaul que no nos transfiriese la correspondencia aquí, pues suponíamos que partiríamos. Por este motivo hace dos meses que no recibimos cartas, ni tampoco las recibiremos durante el próximo mes. Se rompió la cuerda de mi reloj. Las únicas noticias que nos llegan por radio aluden a hechos que en su mayoría no comprendemos. Es como estar a bordo de un barco, condenados a desplazarnos en un radio de unos centenares de metros y sin tener la menor esperanza de que algo vaya a ocurrir. Recientemente el Delegado Regional y el Delegado Sanitario pasaron por aquí y permanecieron dos días con nosotros. Cuando se fueron, los dos nos enfermamos, por el impacto de estar con blancos, de permanecer ociosos, de comer más de lo acostumbrado, entre otras cosas posiblemente cebollas, que hacía seis meses que no probábamos; todo ello fue demasiado para nosotros. Estoy más convencida que nunca de que la forma de realizar estos estudios de campo es no salir a la superficie hasta haberlos terminado, aunque desde luego en nuestro caso tenemos la suerte de estar en un lugar lo bastante saludable como para que ello sea posible.

Repito mis ruegos de que me envíen material de lectura, preferentemente revistas viejas. Las novelas no convienen, ya que uno siente la tentación de terminarlas, lo cual es pésimo. Con una revista, es posible imponerse una especie de racionamiento, de un artículo o un cuento por día.

Comienzo a preguntarme qué fecha es. Esta gente tiene nombres para las lunas, como «la luna cuando obtenemos bananas de la huerta de batatas vacía», pero como todos plantan en diferentes fechas, no hay dos lunas que se parezcan en distintas familias. Como dicen ellos: «Ustedes cuentan las lunas, pero nosotros sabemos sólo sus nombres», cuando lo único que ellos saben, en realidad, son nombres que pueden aplicarse cuando resultan apropiados para la luna que vemos en este momento. No hay dos familias que tengan un calendario idéntico. Hallan muy extraño que nosotros creamos que una luna debería tener un nombre fijo.

Los tres muchachos que dejó Reo aquí y quienes, con tres niños, constituyen la población de la aldea, están todos pintándose y dándome un concierto, con la esperanza de que les compre una flauta nueva, hecha por uno de ellos, por el precio total de una hojita de afeitar. Les dije que la compraría.

De una carta a William Fielding Ogburn
Alitoa
10 de agosto de 1932

Esperamos terminar nuestros ocho meses de estudio de esta cultura dentro de unas pocas semanas, remontar el Sepik y empezar con la cultura del interior. Llegaremos hasta allí por el río, en lugar de hacerlo por las montañas. No obstante, en este momento, una epidemia de disentería se extiende a lo largo de la costa y puede llegar a aislarnos y quitarnos la posibilidad de llevar porteadores nativos, o de utilizarlos para que nos traigan

las provisiones adicionales que necesitamos. En tal caso es probable que debamos llevar con nosotros las provisiones que tenemos, además de bastantes municiones, y cuando nos hayamos internado, contar con subsistir de lo que ofrezca la región. La caza allí es muy escasa, y se agotará pronto. Después del Sepik, es probable que estudiemos alguna tribu australiana, siempre que nos alcancen los fondos. Estamos tratando de alargarlos al máximo.

Hemos podido obtener material excelente sobre los cambios culturales. Es una cultura flexible y receptiva, que importa de continuo nuevas ideas, proceso que se ha acelerado mucho con la habilitación de la Carretera del Rey, de tal manera que «caminar para encontrar cosas», interés en una época altamente circunscrito, se encuentra ahora abierto a todo el mundo. Se trata, asimismo, de una cultura cuyos procesos sociales son sumamente visibles. La teoría del incesto, propuesta por Reo en su artículo de la *Enciclopedia de las Ciencias Sociales*, queda demostrada aquí en forma altamente explícita. Existe la tendencia a que un grupo reducido trate de mantener a sus hijas guardadas en su hogar, o bien se case continuamente dentro de otro grupo igualmente reducido, lo que no tarda en convertirse en lo mismo, así como la tendencia opuesta de forjar alianzas para las tareas en colaboración con otros grupos. Quienes se resisten a casar a sus hijas son considerados como criminales desde el punto de vista social, y llegan otros grupos y las raptan. La única sanción contra el incesto es: «Si te casas con tu hermana, ¿qué cuñados tendrás? ¿Quién te ayudará a conseguir carne y *sagú*? ¿Quién atará a los cerdos?» Guardarse las mujeres para uno mismo es equivalente a guardarse el excedente de batatas o de cerdos.

Dice el refrán: «Otras mujeres, otros cerdos, otras batatas, puedes comer. (Traducción literal.) Tu propia hermana, tu propia madre, tus propios cerdos, tus propias batatas acumuladas (lo cual indica un excedente), todo

esto no puedes comer.» Desde este punto de vista, las prohibiciones contra el incesto pueden considerarse no como misteriosos procesos psicológicos en la mente de un individuo, sino como esenciales a la cooperación social en sociedades que funcionan en un nivel de integración de parentesco.

Kenakatem, Río Yuat
Setiembre de 1932

En la mentalidad del habitante de Rabaul, centro urbano, y en la del nativo más salvaje de la selva, el Sepik es sinónimo de mosquitos, cocodrilos, caníbales y cadáveres flotantes. Puedo asegurar que los he visto todos. No estamos sobre el Sepik mismo ya que éste es territorio de Bateson, sino en un afluente a unos cincuenta kilómetros de la desembocadura del Sepik que corre hacia el este, hacia la zona de Madang. Este río se llama Yuat. Discurre paralelo al Keram, donde trabajó Thurnwald, y está aproximadamente a un día de distancia.

No se ha exagerado acerca de los mosquitos. Se trata de la pandilla más asombrosa, más decidida y más hambrienta que quepa imaginar. Los nativos son capaces de ver con una sola ojeada si han comido ya bien y harán una fea mancha de sangre en las ropas. Pero la mayoría nunca parece haber comido bien y lucha por hacerlo al menos una vez antes de morir. Nos llevó una semana estudiar completamente las diversas ramificaciones del problema de los mosquitos. Es un problema que abarca la vestimenta, la arquitectura y el uso de los armarios. Por ejemplo, no es posible guardar nada en las maletas, porque los mosquitos se introducen por los resquicios y cuando alguien va a buscar algo atacan a millares. Son útiles, en cambio, las cajas con cierre hermético, siempre que se agite bien el aire alrededor de ellas al abrirlas. Lo mejor es diseminar todas las pertenencias en una fina capa sobre estantes, con el fin de localizar todo y asirlo

antes de sufrir más de un centenar de picaduras. Hay que bañarse, salvo a mediodía, provisto de una mosquitera. Desde luego Reo ha debido renunciar a los pantalones cortos y yo me he inventado una vestimenta que recuerda las usadas para exhibirse en la playa, pero resulta muy útil y consiste en un vestido común y pantalones de pijama. Por suerte, Reo tenía muchos pantalones viejos de tonos pastel, así que puedo combinar los colores. Esto, más un gran sombrero de paja, ya que para marchas cortas no hace falta llevar casco tropical, me hace sentirme ridícula en cuanto a mi aspecto, pero muy protegida. Los pantalones de pijama, por ser demasiado largos, forman una especie de bolsa sobre los zapatos.

Tampoco es posible dormir en un cuarto, porque todos los mosquitos acuden a él y se ocultan en los rincones durante el día, por haber sufrido la desilusión de contemplarnos sin poder darse un festín, a través de los mosquiteros que nos cubren durante la noche. Incluso dos cajas que se coloquen una junto a la otra les servirán de escondite. Tenemos entonces, en una galería enorme, el cuarto que llamamos de los mosquitos en el centro y nuestra cama en un costado. En el fondo hay un cuarto de vestir y a un lado está el depósito, pero en general hay mucho espacio abierto para que circule el aire y estar seguros.

El cuarto de los mosquitos consiste en una gran caja de unos tres metros de lado, hecha de alambre tejido de cobre, con soportes verticales remachados. La puerta se cierra con un contrapeso que hicimos con una caja de municiones. Insertada en el alambre tejido hay una caja con bisagras en la base. Así el muchacho fuera de nuestra jaula mete en esta caja con gran cuidado una fuente con comida y el muchacho en el interior abre su lado de la caja y se hace con la fuente. El piso está cubierto por una tela impermeable y es necesario utilizar ceniceros cuando estamos adentro, para depositar en ellos las hojas de té usadas y no dejarlas caer en el suelo, lo cual parece un gesto de excesiva exquisitez en Nueva Guinea.

En el interior de la jaula hay lugar suficiente para una mesa, dos sillas con respaldo recto, dos silloncitos, que tenemos hace tiempo, una caja para guardar papeles, un armarito en miniatura para guardar vasos, mi caja de costura, etc. En las cuatro esquinas cuelgan bolsas nativas de red para guardar nuestros pocos libros, prendas para remendar, etc. Sucede que una vez que hemos entrado, tenemos que evitar salir si es posible. Significa tener que vivir en un ámbito sumamente confinado y tropezar el uno con el otro todo el tiempo, así como despejar el material de trabajo de la mesa cada vez que hay que ponerla para comer. Con todo, la jaula es el cielo.

Tenemos otro cuarto para trabajar, ya que el cuarto contra los mosquitos no resulta seguro cuando hay tanta gente yendo y viniendo. La otra casa está completamente vacía y en general hay a su alrededor muchos observadores que desaniman a los mosquitos.

Es así, pues, que los mosquitos tienen merecida fama. En cuanto al resto, los cocodrilos se comen a alguien con bastante frecuencia, de modo que resulta peligroso sacar agua del río durante la noche. Al mismo tiempo, en cambio, proporcionan un gran motivo para el arte y existe el gran cocodrilo simulado que se come al iniciado durante la ceremonia. Y, lo que es más importante aún, las claras de los huevos de cocodrilo son comestibles. «Haciendo buñuelos de huevos de cocodrilo entre los caníbales.» Todos eran caníbales hasta hace unos cuatro años. Los chicos de doce años han comido, sin duda, carne humana, y todo lo que expresan es una alegría maliciosa al describir su alimentación anterior, mientras que la idea de comer ratas los llena de asco. Hemos visto pasar flotando el cadáver de un recién nacido. Aquí siempre suelen desprenderse de niños recién nacidos, ya que los padres se niegan a observar los tabúes relacionados con el hecho de dejarlos vivir.

El lugar es relativamente bonito, con un río de cauce rápido de unos doscientos metros de ancho, de orillas altas y cubiertas de hierba y unas pocas palmeras. Tiene

el aspecto de cualquier otro río que fluye por cualquier llanura en otro lugar del mundo. En esto se diferencia del Gran Sepik, que se asemeja más al río Limpopo, «grande, grisáceo, grasiento, todo bordeado de árboles de la fiebre». Además está lleno de islas flotantes y cosas «demasiado terribles para describirlas», según dicen los narradores.

Llegamos hasta aquí en una barca diminuta que debió realizar dos viajes para traer todas nuestras pertenencias. No hay ningún fondeadero entre Boram (Wewak) y la desembocadura del Sepik (a setenta y cinco kilómetros de distancia). El sobrino de Bernard Shaw, el ingeniero (aunque Harris afirma que Bernard Shaw no tiene hermanos), estaba muerto de miedo, a causa de lo cual debimos hacer varios intentos antes de zarpar. Finalmente tanto él como Reo pasaron una noche de gran ansiedad. Se debe navegar de noche porque es necesario llegar a la desembocadura del Sepik al amanecer. Boram tiene una máquina para fabricar hielo con 72 cámaras y sacrifica un novillo por día, de manera que allí nos trataron como reyes. Pasamos, además, otro día en Marienberg, con un joven oficial patrullero que mostró gran preocupación por lo costosos que son los visitantes, expresó su preferencia por latas de alimentos en conserva en lugar de dinero y apenas pudo ocultar su alivio cuando permanecimos con él una sola noche y suministramos la mitad de la comida que se consumió.

El estudio rápido del mapa y otros factores nos resolvieron a elegir como tribu de estudio la de la población llamada Mundugumor río arriba, por ser un grupo relativamente numeroso y próximo al Sepik, que estaba todavía fuera de las garras de las misiones. Aquí estamos, pues, desde hace tres semanas. Resultó mucho más sencillo instalarse aquí, porque teníamos la totalidad de nuestro equipo y, aparte de esto, encontramos dos casas parcialmente construidas en las cuales tuvimos que hacer sólo algunos cambios.

Los nativos son simpáticos, en apariencia, pero... practican el canibalismo, la caza de cabezas, el infanticidio,

el incesto las relaciones frívolas y el hábito de matar los piojos con los dientes. Además su lenguaje es ridículamente simple. Apenas tienen algún rudimento de gramática. Es tan simple que casi no tuve que aprenderlo. En cambio, las faldas de hierba de las mujeres son espléndidas. Al atardecer y al amanecer, cuando aparecen grandes sombras en el agua y todos salen a dar un paseo, resultan muy atrayentes. La aldea se extiende a lo largo de la orilla del río y se encuentra bajo el agua durante la estación lluviosa. En un extremo reside el jefe de la tribu con diez esposas, mientras que su rival, en el extremo opuesto, tiene nueve. Estos harenes no tienen por objeto fundamental saciar la lujuria, sino que se trata más bien de prósperas empresas para el cultivo del tabaco, ya que las mujeres realizan todo el trabajo. Ninguna de ellas había visto antes a una mujer blanca y estoy segura de que podré iniciar un movimiento en favor del sufragio femenino en las aldeas más apartadas. Hallan que el hecho de que les hable en el idioma nativo es una hazaña de la cual sin duda no pudo jactarse el primer hombre blanco que vieron.

Trajimos con nosotros a los dos muchachos más capaces que teníamos: a Jack, quien es en este momento un ser radiante, obstinado, rápido y olvidadizo, como cocinero, y a Billy, que cada día adquiere más aires de importancia y autoridad, pero sigue siendo una joya. Vinimos también cargados con un niño a quien Jack llama «abuelo» y que nos resulta enteramente inútil, pero vino para hacerle compañía a Billy y en definitiva fue causa de que trajésemos a Jack, por sentirse éste preocupado por sus dos pobres compañeros *monos*, según dijo. No pueden creer que esta gente tan amistosa que les regala nueces de betel sea en realidad caníbal, y todos los días vienen a preguntarme si esto es, en efecto, verdad.

Cuanto más tiempo permanecemos en Nueva Guinea, más elementos gratos acumulamos. Ahora contamos con vasos de vidrio, un horno para cocer pan y un rallador hecho de una lata de manteca. Además nuestras reservas nos permiten el consumo de dos latas de espárragos por mes, dos latas de coliflor y dos de galletitas... Un factor

local que no resulta una compensación es que, por haber un río por el cual es fácil circular, hay demasiada gente blanca que va y viene. Así el *kiap* estuvo aquí una vez y metió en el calabozo a la mitad de la población masculina, a raíz de una riña con palos. Una barca que ha pasado hoy nos ha anunciado que el hombre volverá la semana próxima... para apresar a la otra mitad de los hombres, me imagino En un lugar donde es posible transportar aún dos latas de espárragos, es lógico que encontremos al *kiap* metiendo la nariz en nuestras actividades.

Kenakatem
2 de diciembre de 1932

Ha sido un día largo y lleno de tierra. Me siento tan sucia que me doy asco, pero no vale la pena bañarse hasta dentro de una hora, pues si lo hago ahora, tendré que bañarme otra vez más tarde. He estado estudiando los métodos de trabajar el *sagú*, pescar y cazar, lo que implica hacer infinidad de diagramas. Reo ha trabajado con varios extraños modelos de *tambarans*, lo que ha dado lugar a que cantidades de nativos se metiesen dentro de nuestro cuarto interior para abrir sus canastitas y mostrar diferentes trocitos misteriosos de madera.

Esta gente se ha mostrado encantadora en muchos sentidos. Incluso han postergado sus riñas hasta nuestra partida, homenaje que, desde el punto de vista científico, por supuesto, no les agradecemos mucho. Es necesario ser muy versado en hipocresía para tener suficiente conciencia de la comedia que representan estos nativos ante el hombre blanco. Los samoanos dominan este arte, pero los manus, en cambio, no, por ser demasiado sinceros, ni tampoco los arapesh, por ser demasiado ingenuos, ni los dobuanos, a quienes podría habérseles ocurrido, pero eran demasiado malévolos.

¿No tenemos acaso un buen surtido de pueblos distintos para destacar bien las diferencias? Dentro de dos semanas dejaremos a éste y descubriremos otros grupos.

La verdad es que resulta más apasionante conocer muchas culturas diferentes que conocer a personalidades aisladas. El impacto resulta más concreto y cautivante.

De esta gente hemos solicitado muy poco en materia de alimentos y servicios, y todo ha resultado muy agradable. Además, Reo encontró a un informante excelente, un hombre con una mente tan superior y analítica que llegamos a sentir que es una tragedia para él haber nacido en un medio tan primitivo, por el cual sus aptitudes de objetividad, razonamiento lógico y concentración están totalmente desperdiciadas...

3 de diciembre de 1932

La semana próxima cumpliré treinta y un años. No me desanima la idea, ya que creo haber logrado bastante hasta ahora y la verdad es que no tengo un aspecto envejecido, a pesar de que el clima es pésimo para la piel. Estoy un poco más delgada y juego bastante bien al pingpong.

¡Quién iba a imaginar que alguien como yo practicase más o menos bien cualquier tipo de deporte!

Tchambuli
1 de febrero de 1932

En este momento estamos enfrascados en el estudio de nuestra tercera cultura de Nueva Guinea, si bien por ahora hemos suspendido toda actividad para lograr que nos construyan una casa. Terminamos el estudio de Mundugumor con toda felicidad y nos despidieron con los adioses más cordiales y amistosos que nunca hemos recibido hasta ahora de gentes primitivas. Les habíamos molestado tan poco y por su parte ellos se comportaron tan bien, llegando a hacernos una flauta sagrada especial con unas tallas sumamente intrincadas en la parte superior, que bautizamos con el nombre de Kenakatem «nuestra aldea» y que ellos nos entregaron en una importante ceremonia.

La flauta sagrada es un bebé cocodrilo; su madre, un tambor de agua. Llevaron el tambor de agua hasta el río, donde dio a luz la flauta sagrada, que al principio lloró con una débil voz de recién nacido, pero después, con mucha mayor fuerza a medida que iba emergiendo, y fue trasladada hasta la orilla del río y por fin ubicada con gran solemnidad en nuestra casa, donde alguien venía a alimentarla todos los días. Nuestros *monos* comían los alimentos sagrados que le traían y se sentían muy felices. Por su parte el río, muy comedido, creció en el momento preciso de nuestra partida, de modo que no fue necesario trasladar nuestros cajones hasta la orilla. Los pobladores nos dedicaron sonrisas de gran afecto. Hasta habían hecho la solemne promesa de no reñir mientras estuviésemos entre ellos...

Todas nuestras posesiones, muy numerosas todavía porque comenzamos el viaje con provisiones suficientes para seis a ocho meses, fueron cargadas en nuestra lenta barca y aguardamos en Yuaramo, la aldea en la confluencia del Yuat y del Sepik, la llegada de la barca del gobierno. Pasamos un día en Yuaramo, sentados en el borde de nuestro mosquitero sacudido por el viento, hasta que por fin llegó el *Osprey* con el oficial patrullero, un joven serio y, al mismo tiempo, de una locuacidad increíble, llamado Thomas. Afortunadamente le agrada el bridge y jugamos los tres con la determinación de no cambiar de tema en todo aquel día. Resulta aplastante y agotador viajar en estas barcas bajo el intenso calor tropical, encerrados, sin posibilidad de salir, en una cabina de un metro por un metro y medio.

Esa noche pernoctamos en una aldea sobre el curso medio del Sepik, el sector que se conoce generalmente como el Gran Sepik entre las gentes de las inmediaciones. Fue como internarse en un nuevo mundo nativo, ver las casas grandes y bien construidas, con sus pilotes enormes, los imponentes tejados con cuernos en las viviendas de los hombres, con sus caras inmensas de rafia en cada ángulo y los senderos de ceremonia que serpentean entre grandes montículos artificiales. El señor Thomas ha-

bía traído consigo dos gatitos y uno de ellos quedó encerrado en la casa *tambaran* y el otro se perdió entre la maleza. Los dos se llamaban a gritos toda la noche, salvo durante los intervalos en que se enviaron a grupos de muchachos policías furiosos a buscarlos en medio de la lluvia. Thomas lo tomó todo con mucho buen humor y todo el tiempo proponía títulos para el episodio, como «Caza de Gatos en un Campamento Caníbal», pero de hecho fue una noche perdida tontamente, pues nadie durmió.

Al amanecer atrapamos al gato, nos frotamos los ojos y, seguidos por nubes de mosquitos, subimos a bordo de la barca e hicimos un desvío en arco para conocer el lugar donde el señor Thomas sueña con desarrollar un centro de turismo, con él mismo como guía principal. Fue por ello que le perdonamos el asunto de los gatos, el bridge obligatorio y el hecho de que hubiese metido a la mitad de los hombres de Mundugumor en el calabozo tan pronto llegamos nosotros. Por otra parte, nos llevó a ver nuestra primera «agua negra», lo más hermoso que puede ofrecer el Sepik. El Sepik es un río ancho y amarillo, monótono y bastante sucio, notable tan sólo por una serie de islas flotantes que se han desprendido de las tierras pantanosas semisumergidas y desplazadas por algún afluente, hasta que por fin van hacia el mar. A estos pantanos se llega por lo que los nativos llaman *barets*. Deberán familiarizarse con el término, ya que no hay palabra en nuestro idioma para describirlos. Son una especie de canales. A menudo los nativos los han excavado en su totalidad, ensanchado, o bien alterado su curso. Fluyen desde lagunas interiores hacia el Sepik, cuando el cauce de éste está bajo. A veces, cuando el río crece mucho con los torrentes que bajan de las montañas, a centenares de kilómetros de distancia los *barets* fluyen al revés, en dirección a las lagunas interiores. Sus aguas, a menos que se hayan mezclado demasiado con las del Sepik, son negras, de un negro azabache y con un brillo opaco, y su sabor es de tallos de plantas acuáticas y de aceite calentado por el sol. La laguna a la que

llegamos por un *baret* era completamente negra y brillante como un espejo, rodeada por un círculo de montañas lejanas. Sobre esta superficie reluciente flotaban los lotos blancos y rosados, centenares de flores fijas e inmóviles que parecían manchas en el agua negra, mientras sobre ellas había, en poses que sugerían las de un retrato, águilas y garzas reales.

Todo presentaba un orden tan perfecto, tan simple, con sus pocos temas contrastantes, como un grabado japonés. La falta de toda nota heterogénea, o imperfectamente integrada al conjunto, daba un sello de irrealidad a todo el cuadro. Estaba por amanecer cuando entramos suavemente en el centro de la laguna. Los brazos negros e irregulares del agua se extendían hacia lo lejos, entre manchas cada vez más distantes de lotos que parecían llegar hasta las montañas. No había un solo ser humano allí, salvo nosotros. Es lo mejor que ofrece esta región. Excelente, excelente.

Sin embargo, el *baret* que debía llevarnos al Sepik había quedado obstruido por una isla flotante que había iniciado su viaje hacia el mar y se había atascado en la desembocadura. Debimos retroceder y atravesar el lago, salir al Sepik y al cabo de otro día abrasador, recogimos a Gregory Bateson por la tarde y pasamos esa noche en su aldea. O mejor dicho, yo dormí, y él y Reo conversaron una vez que logré apartar al señor Thomas lejos de ellos. Gregory estuvo en Cambridge con Reo y hace cerca de un año que está trabajando en el curso medio del Sepik, aparte de que ha estado ya aquí en otra oportunidad. Más tarde surgió un fuerte debate en la cabina de la barca en cuanto a si los tres hablaríamos de Antropología o bien el señor Thomas, fortalecido con su año de conferencias oídas a Radcliffe y Brown cuando era cadete, también tenía derecho a hablar de esta ciencia. Reo y Gregory, desesperados, se refugiaron en el techo, que hervía, mientras yo escuchaba con toda paciencia al señor Thomas y para mis adentros hacía juramentos solemnes de no enseñar Antropología a gente que, de no tratarse ese tema, resultaría inofensiva.

En Ambunti nos alojamos en casa de un simpatiquísimo funcionario de Distrito, Robbie, quien quiere a todos y es querido a su vez por todos. Tenía como invitada, llegada en forma fortuita en la barca de un reclutador, a una mujer de aspecto sumamente ambiguo, con una boca como un tajo, ojos pintados con exageración y una actitud totalmente sospechosa, por lo contenida e impasible. Según creo, esta mujer estaba fingiendo fingir que no era periodista ni espía de la Liga de las Naciones. A veces tomaba parte en la comedia de la vida, pero no lo hacía muy convencida. No llegué a disfrutar realmente de su presencia hasta el día en que bebimos champaña antes del desayuno, sin duda la única bebida alcohólica en el mundo que cabe degustar al amanecer. El hecho de que el champaña no fuera nuestro, sino de unos exploradores que estaban a unos cuatrocientos kilómetros río arriba y contaban con beberlo cuando volvieran con los bolsillos repletos de pepitas de oro, no malogró en absoluto su exquisito sabor.

Había, además, reclutadores de mano de obra y propietarios de barcas y un capitán de barco que sabía hablar el arapesh, y que había reventado todos los tambores de una de las aldeas cuando actuó allí como funcionario del gobierno. Había un reclutador loco y soberbio, y otro bajito y algo belicoso, así como otros funcionarios, algunos de ellos buenas personas y otros, no. En conjunto éramos un grupo bastante extraño. Jugamos al bridge, Reo y Gregory jugaron al ajedrez, en los intervalos discutimos el método funcional en la Antropología o algún otro tópico igualmente especializado, y de vez en cuando Robbie interrumpía diciendo: «¡Basta, les digo, basta!»

Por fin Gregory nos llevó en su canoa con motor fuera borda —tenemos encargada la nuestra, que nos permitirá ser ciudadanos libres en este mundo del Sepik, por lo menos en la medida de dos cargas de provisiones— a explorar el curso superior del río, en busca de una nueva tribu. Robbie nos persuadió de que hiciéramos llevar nuestras provisiones hasta Ambunti, porque

tenía interés en que estudiáramos a los washkuk, gente de la región montañosa que habita el lugar con el panorama más bello de esta parte de Nueva Guinea. El gobierno les ha hecho sufrir bastante, después de que ellos asesinaran a dos miembros de la patrulla policial que se mezclaron con sus mujeres. Robbie deseaba que fuéramos y reanudáramos las buenas relaciones mediante un despliegue de bondad, cuentas y cuchillos. Fuimos a conocerles.

Debimos permanecer una noche en una aldea sobre el Sepik, Jambon, y hallamos a la gente sumamente hostil y, además, loca, pues toda la noche nos impidieron dormir mientras tomaban precauciones contra algún tipo de ataque, según ellos, sobrenatural. Pensamos que podía tratarse de un ataque real, pero era sólo una creación demencial de su propia imaginación, una especie de ansiedad colectiva debida a que en ese mismo lugar un cazador de cabezas de las inmediaciones mató una vez a un policía. Estaban tan enojados que decidí no confiarles el traslado de mi persona y caminé por las laderas de las sierras Washkuk descalza y sin que me ocurriera nada. Estoy, por consiguiente, emancipada en este momento. Soy capaz de ir andando a cualquier parte, me pongo morena y cubierta de pecas al sol y me siento como si me hubiesen sacado de una prisión.

Los washkuks son gente amable, alegre y orgullosa, y tan ingenua que caen en la tontería. Hablan una lengua con géneros y viven dispersos en un total desorden en toda su hermosa montaña. Decidimos que aquello se parecía demasiado a Alitoa y nos despedimos, con el consiguiente alivio de su parte, pues deseaban salir de caza por un período de varias semanas y temían que les causásemos muchísimas molestias. Después de haber juntado bastantes piezas de estudio bajamos hasta Kankanamun, la aldea donde estaba Gregory, embarcados en el *Osprey*. Permanecimos allí para presenciar un *singsing* y después Gregory nos condujo a Tchambuli en su canoa. Todas nuestras provisiones y equipo llegaron la semana pasada.

Aquí estamos en la orilla de un hermoso lago, no del todo negro, pero lleno de lotos. La gente es de temperamento manso y muy cortés, pero se nos escurre entre los dedos. Poseen parte de la complejidad de las tribus del Gran Sepik, pero como el grupo anterior, tienen un idioma con géneros y puede que todo no sea más que una capa superficial. Hay cuatrocientos nativos y viven a distancias de una hora de marcha entre sí. Tienen unas trece casas *tambaran* y hemos presenciado ya una gran fiesta.

Como las tres localidades tienen tantos celos mutuos, la única manera de lograr que nos construyesen una casa fue encargar dos, de modo que ahora tenemos dos casas que están terminando con toda calma, pero estrictamente a la par. El dilema siguiente será en cuál de ellas habremos de vivir. Una tiene mejor vista, pero la otra cuenta con otras construcciones utilizables. Una tiene el techo más alto, la otra un suelo más llano. Les dijimos que cuando haya una gran fiesta en un sector de la aldea, viviremos allí, y viceversa. Entretanto, cada aldea envía espías para cuidar de que el trabajo se realice a la par en las dos casas, mientras yo me preocupo sin cesar por la demora en la tarea de organizarlo todo e instalarnos definitivamente.

El lugar es verdaderamente bellísimo, el más hermoso donde hayamos vivido hasta ahora. Podemos nadar y navegar en canoa por el lago, los senderos no son tan abruptos que me impidan caminar por ellos con toda facilidad, aun durante la noche. En muchos sentidos, los nativos se parecen a los samoanos y, por lo tanto, me resultan fáciles de comprender y muy simpáticos. Es divertido poder comparar nuestro material con el obtenido por Gregory a medida que avanzan nuestras investigaciones y poder asimismo controlar el probable significado de ciertas cosas. Nuestros muchachos trabajan con diligencia fabricando una cerca para nuestra huerta. Mañana tendré, seguramente, todas las semillas plantadas. Y un día, no tan lejano, tendremos lechugas y rábanos. Todos los días hay pescado fresco y una provi-

sión constante de pato frío para consumir en rápidos tentempiés durante los intervalos de las ceremonias. En suma, es un lugar excelente y creo que nos sentiremos muy a gusto en él.

De una carta a William Fielding Ogburn
Tchambuli
27 de febrero de 1933

Como no cuento con papel carbón para copias, no puedo recordar si le conté que los mundugumor nos proporcionaron un perfecto material para el estudio de la patología del incesto. Se trata de un pueblo con un sistema de clases sumamente intrincado e inestable, que se había desintegrado de diversas maneras en las distintas aldeas. La teoría de que la única manera de obtener una esposa es canjear a la propia hermana por una mujer, produjo entre hermanos y entre padre e hijo una situación que sería aplicable en el caso del verdadero incesto, si hubiese un número impar de hermanos y hermanas en la familia, o si el padre entrase en la lidia por las hijas.

Desde hace mucho tiempo, Reo está muy interesado en la sociología del incesto; en consecuencia todo el material le resultó de inapreciable valor. El gran énfasis de Freud en el amor del hijo hacia la madre es, a mi juicio, un punto de partida errado en cuanto a una comprensión de la sociedad, ya que pertenece básicamente a a un período en el cual el hijo varón es socialmente débil y de poca importancia. En cambio el deseo del padre hacia su hija y el del hermano hacia su hermana pueden ser poderosos factores sociales cuando los hombres tienen edad suficiente para obtener lo que exigen. Cuando el hombre viejo de una familia de Mundugumor trama robar a su hijo —es decir, canjear a una hija por una esposa joven para sí, en lugar de que su hijo cambie a esta hermana por una mujer para él—, el padre provoca una riña con el hijo y, si es posible, lo expulsa de la

casa. La psicología de reñir por una hermana, como manera de asegurarse una esposa, nace a una edad muy precoz. Se observa así el espectáculo de niños de siete años rebelándose y exigiendo con agresividad que se les dé el *back*, o trueque, por sus hermanas de quince años y que éste no sea tomado por el padre o por algún medio hermano.

Todo esto se desenvuelve dentro de un fantástico sistema de descendencia, según el cual el varón pertenece a la línea de su madre, el padre de su madre, la madre del padre de su madr y la muchacha a la de su padre, la madre de su padre, el padre de la madre de su padre, o sea, líneas de descendencia en las que se alterna el sexo, y cada línea tiene sus tótems propios. Todas las niñas en una familia polígama pertenecen a su padre, aceptan los términos de parentesco que él impone, etc., mientras que los hijos varones forman dos ramas, la de su padre y la de sus medios hermanos, quienes, a su vez, pertenecen a líneas diferentes. El material que recogimos es excelente.

Ahora bien, en Tchambuli tenemos el tipo opuesto de sociedad. Se trata de una sociedad versada en el arte de ser feliz y de evitar todo tipo de conflicto. Existe la organización dual y el matrimonio cruzado entre primos. Las dos esposas de un hombre provienen, si ello es posible, del mismo clan, lo que significa que no existen grupos familiares contrarios detrás de los medio hermanos. Comienzo a creer, además, que puede surgir algo de sumo interés en cuanto a la correlación entre un sentido de distancia hacia los parientes políticos —con la correspondiente actitud de desapego y de superficialidad en el trato— y un sentido de respeto hacia los parientes consanguíneos, con quienes se cambian ligeras bromas y no se observa ninguna de las tensiones frecuentes en las relaciones cargadas de burla y de bromas recíprocas. Por el momento esto es tan sólo una hipótesis. Estos tchambuli pertenecen a las capas de población más primitivas de Nueva Guinea, al tipo más australoide, y tienen otra lengua que utiliza los géneros. Básicamente

son demasiado felices para permitir que la propia cultura les lleve a tomar actitudes trágicas.

Estamos aquí en un lugar hermosísimo, sobre un gran lago lleno de lotos blancos y rosados. Acaba de aparecer en el horizonte una preciosa islita que se ha detenido delante de nuestra casa en el espacio de tiempo que me ha llevado escribir esta carta. Los tchambuli han sido perseguidos durante medio siglo por los sepik, mucho más guerreros que ellos. Actualmente, merced al control del gobierno, vuelven a disfrutar una vez más de sus tierras ancestrales y trabajan como abejas para reconstruir su cultura dañada. Ello nos indica la necesidad de estudiar al pueblo sometido en los tiempos primitivos una vez que surge el control del gobierno. Hace unos cinco años que esta gente está bajo el control de las autoridades. Hace tres los mundugumor lanzaban todavía flechas a las barcas que pasaban por el río, pero como tenían predominio en el río Yuat, ahora están tan aburridos con la paz que no hacen otra cosa todo el día que disfrutar de sus esposas mal adquiridas.

De una carta a Clark Wissler
Tchambuli
26 de marzo de 1933

Nos hemos instalado en medio de una de las culturas lacustres sobre el lago Tchambuli, contigua a la del curso medio del Sepik (Iatmul). Esta cultura tchambuli presenta un cuadro complejo, pues también habla una lengua con géneros. Muchos rasgos distinguen a estas gentes de la cultura del Sepik medio tal como es hoy, aunque existen rasgos comunes a ambas. En algunos aspectos tienen semejanzas con los mundugumor, cuyo estudio hicimos el otoño pasado, que a su vez poseen características en común con los banaro de Thurnwald. Toda esta margen meridional del Sepik conserva características culturales decididamente distintas a las de la margen septentrional, representada, por ejemplo, por los arapesh.

Estamos trabajando en estrecho contacto con Bateson, quien ha pasado ya un año y medio en el curso medio del Sepik. Esto permite un estudio comparativo riguroso y parecería que el valle del Sepik habrá de convertirse en una de esas áreas donde es posible efectuar delicadas comparaciones culturales, porque se ha investigado en forma detenida y profunda varias tribus vecinas. Los sistemas de parentesco, la personificación de los elementos sobrenaturales que habitan los pozos de agua y que se materializan en las flautas, así como muchos otros aspectos de la cultura material, muestran importantes semejanzas en toda la región. El temperamento puede ser calificado como de una incapacidad fundamental de observar reglas fijas, una constante tendencia a humanizar las relaciones culturales, bastante severas, y a veces a humanizarlas hasta tal punto que toda forma desaparece para ser reemplazada por el caos. La margen meridional ha tendido a desarrollar formas matrimoniales fijas y sistemas de clase rudimentarios, que a su vez son parcialmente desvirtuados por factores de orden humano. En contraste, la orilla septentrional, tal como aparece representada por los arapesh y las tribus próximas a ellos, presenta el desarrollo de actitudes de temperamento, más bien que formas culturales. Estas actitudes han logrado resistir y aun alterar con éxito los aspectos más desagradables de la cultura importada de la margen meridional. Como usted comprenderá, este planteo es apenas esquemático, dentro de una situación de gran complejidad. Muchos detalles quedan aún por ser estudiados, pero servirá para darle una idea del tipo de problema que debemos encarar.

El valle del Sepik es, quizá, el más rico en cultura material de Nueva Guinea propiamente dicha. He podido reunir ya una colección de objetos de las inmediaciones de un tributario del Yuat (Mundugumor) y de la región de praderas entre el Yuat y el Keram. El arte yuat es marcadamente individualista, aunque es probable que sea sólo una consecuencia del desarrollo estilístico complejo y bien definido de todo el valle del Sepik.

El lago Tchambuli es otro importante centro de arte sepik.

Las colecciones del Museo clasificadas bajo el título de «Río Sepik» provienen de unos siete u ocho centros locales. Sólo una parte reducida de ellos, el trabajo en madera más notable, proviene del curso medio del Sepik mismo, que es primordialmente una cultura importante de canje que hace valer sus necesidades económicas por su superioridad numérica y su capacidad bélica. Estaré, pues, en condiciones de formar la colección y de registrar las técnicas y las convenciones relacionadas con el arte en uno de los centros de exportación y manufactura.

La tribu tchambuli es lo que Rivers ha descrito como «grupo cerrado». La integran unas quinientas cincuenta personas que hablan una lengua que no es comprendida fuera del grupo y con una vida social autosuficiente. Para comerciar dependen de la jerga especial utilizada por los habitantes del Sepik medio. Las quince casas para hombres, cada una de ellas el centro de un grupo patrilíneo local, están desparramadas en una línea continua al pie de la montaña. Los jardines durante la estación de las lluvias y las viviendas están situados detrás de la casa de los hombres, sobre la ladera. Para las ceremonias importantes todo el grupo actúa como una unidad; para las ceremonias menores hay tres grupos de población que desarrollan sus actividades privadas dentro de su propio ámbito. Si bien son gente que utiliza la canoa y se dedica a la pesca, su capacidad bélica resultó inferior a la de los nativos del Sepik medio, y hace aproximadamente diez años sufrieron tantos reveses en las incursiones de éstos que se dispersaron hacia lugares más apartados en las montañas. Con la implantación del control del gobierno y la prohibición de la caza de cabezas, los tchambuli volvieron a la antigua sede de su aldea, expulsaron de ella a los intrusos sepik y comenzaron a reconstruir su cultura. Todo lo que poseían había sido destruido o saqueado, y los bancos de ceremonia, grandes gongos con ranuras y otros artículos, llevados a la región del Sepik medio. (En la obtención de viejos

elementos tchambuli tengo la suerte de contar con la colaboración de Bateson, quien poco a poco logra adquirirlos en las aldeas adonde fueron llevados como botín y donde no son particularmente apreciados.)

Por estas razones especiales los tchambuli presentan una cultura especialmente interesante. Si bien la prohibición de cazar cabezas desanimó y deprimió a pueblos conquistadores como los iatmul y los mundugumor, dio una nueva oportunidad de sobrevivir a las víctimas asediadas por las tribus más guerreras. Este nuevo estímulo para la vida de los tchambuli se produjo bajo los auspicios del control de los blancos, pero a pesar de ello es, a mi juicio, muy acertado suponer que en los días de supremacía aborigen reinaron condiciones muy semejantes cada vez que la atención de los pueblos conquistadores se desplazaba hacia el combate con enemigos en otras fronteras. Sea como fuere, esta cultura se encuentra en un punto de actividad floreciente. Los tchambuli están construyendo complicadas casas para hombres, viviendas y canoas para trabajo y para afirmación territorial, a la vez que efectúan ceremonias de iniciación de niños y manufacturan objetos ceremoniales y prácticos con los cuales reemplazar los que fueron saqueados y destruidos por el enemigo.

Como las aldeas están diseminadas en una gran extensión, y lleva alrededor de una hora caminar de un extremo a otro de ellas, contamos con un sistema organizado de muchachos elegidos entre los inteligentes de cada una de las casas para hombres. Vienen a comunicarnos todos los hechos de interés, recibiendo una hojita de afeitar como pago de cada informe. El trabajo se complica más aún en estos momentos debido a la crecida de las aguas. Por ello, los mejores caminos están todos sumergidos y es necesario recurrir al transporte en canoa. En cualquier momento esperamos recibir el motor para la canoa. Lo pondremos en una canoa grande. Será entonces mucho más factible seguir a los nativos en sus expediciones de trueque, caza de cerdos y demás actividades, así como

llegar con rapidez a la escena de los acontecimientos cuando éstos se producen.

Cuando llegue el motor podremos realizar, además, expediciones con el fin de recolectar objetos en culturas vecinas. Por ahora, con la crecida incesante del río, los mosquitos son un azote y no resulta aconsejable desplazarse. Todo el trabajo sedentario, se trate de escribir o bien de comunicarse con informantes, debe realizarse en el interior de un gran mosquitero o bien en el cuarto de los mosquitos. Ha sido necesario postergar el trabajo con los niños hasta que disminuya la cantidad de mosquitos, pues resulta casi imposible reunir un grupo de niños bulliciosos en el interior de una frágil jaula de tul y sobre un piso de lona.

Como podrá juzgar por este informe, estoy muy satisfecha con el lugar y, considero que las condiciones de trabajo son las mejores que hemos tenido desde Manus. El tamaño y el carácter relativamente compacto del grupo, el fácil transporte por agua, el hecho de que no exista problema de alimentación de los servidores, nuestras condiciones de vivienda y el número de informantes de que disponemos son óptimos. Los hechos se suceden con tal velocidad que a pesar de ser dos, muchas veces no alcanzamos a manejarlo todo y hay muchos días en que debemos comer de prisa y a las horas más insólitas. El pescado fresco constituye un régimen muy apreciado, después de tantos meses de subsistir con aves y con latas.

Como es habitual en Nueva Guinea, las casas para hombres y los cultos religiosos crean una fuerte división entre los hombres y las mujeres. Por ello es ideal el hecho de que un hombre y una mujer trabajen juntos en el estudio de esta cultura. La lengua es sumamente difícil, la más complicada que hayamos encontrado hasta ahora. Al mismo tiempo es muy interesante, a causa de que sus múltiples géneros siguen un proceso tendente a reunirlos en una clasificación más sencilla basada en dos géneros, con cosas vivas y cosas no vivas como categorías básicas.

Toda esta región, como lo he mencionado ya en las cartas que le dirigí el año pasado, presenta semejanzas notables con los Llanos. En Tchambuli uno de los paralelos más conspicuos es el cruce de grupos de parentesco por sangre con otros tipos de grupos sociales, sean matrilineales o bien constituidos en forma arbitraria. Si bien los tchambuli no se muestran tan explícitos como los omaha, que reconocen que esta variedad de cruces organizados contribuye a cimentar los lazos sociales en un grupo numeroso, la semejanza del grupo social en su funcionamiento resulta obvia.

5. *Bali. Nueva Guinea: Iatmul, 1936-1939*

La expedición Bali-Iatmul fue muy diferente de las que yo había emprendido hasta entonces. Fue la más prolongada y, en cierto modo, tuvo una organización más compleja. Fue planeada para un matrimonio de antropólogos, Gregory Bateson y yo. Una vez más debí realizar sola el largo viaje marítimo a través del Pacífico. Habíamos convenido en reunirnos en Java, pero tuvimos que volar hasta Singapore para casarnos. Desde allí navegamos en un lento crucero a través de las islas hacia Bali.

La elección del tema de estudio y de Bali como sede de nuestras investigaciones fue el resultado de un pedido de informes, enviado por el director del Comité para la Investigación de la Demencia Precoz, de reciente fundación. Se solicitaba a psicólogos, psiquiatras y antropólogos su opinión sobre la manera de enfocar la demencia precoz (en la actualidad llamada esquizofrenia) en relación con sus respectivas disciplinas, si tuviesen la suma de cien mil dólares disponibles para llevar a cabo las investigaciones.

Yo poseía a la sazón algunos conocimientos fragmentados de la cultura balinesa. Muchos años antes había visto algunas películas de bailarinas danzando en trance.

En 1934, Jane Belo, a quien conocía desde nuestra época de estudiantes en Barnard, me trajo material de sumo interés, pues había vivido en Bali. Y ahora se me ocurrió que la cultura balinesa presentaba muchos elementos que la señalaban como apropiada, tal vez, para explotar la presencia, o bien la ausencia, de la conducta esquizofrénica. Gregory hizo una visita a los Estados Unidos y juntos elaboramos un programa de investigación a realizar en Bali, en el cual participarían Jane Belo y su marido, el musicólogo Colin McPhee, que estaba estudiando la música balinesa. Cuando la Comisión para la Investigación de la Demencia Precoz rechazó nuestro complicado plan de investigación, decidimos juntar los fondos que nos fuese posible recolectar y tratar de llevar a cabo todo lo que pudiéramos de nuestro plan.

En Bali, pues, trabajamos juntamente con Jane Belo y Colin McPhee; Walter Spies, el pintor alemán; Beryl de Zoete y Katharane Mershon, una ex bailarina. Conocimos a un inteligente joven balinés, I Madé Kaler, que pasó a ser nuestro utilísimo secretario. Adiestramos a otros dos jóvenes balineses, Góesti Madé Soemoeng y I Moerdah, como secretarios de Jane Belo y de Katharane Mershon. Los setenta y cinco rollos de película Leica que habíamos llevado fueron obviamente insuficientes y muy pronto debimos encargar un enrollador de alta velocidad y rollos de treinta metros de película de 35 mm, con la idea de asumir la ardua y dilatada tarea de cortar y revelar nuestras propias películas.

Al cabo de dos años habíamos perfeccionado un estilo completamente nuevo de registrar, por medio de fotografías, películas y narraciones tomadas textualmente a los balineses. Descubrimos que no contábamos, por otra parte, con material de comparación. Con el fin de obtenerlo viajamos a Iatmul, sobre el río Sepik, donde Gregory había trabajado antes.

Al cabo de ocho meses pasados en Tambunam, en el momento en que nos disponíamos a abandonar esa sede de nuestros estudios, estalló en todo el Pacífico una caza

de brujas contra los homosexuales, cuyos ecos llegaron desde Los Angeles hasta Singapore. Muchos de nuestros amigos y asociados en Bali eran blanco de este ataque. Habíamos pensado encontrarnos con Jane Belo en Sidney para discutir los planes de sus próximas investigaciones, pero en vista de la situación un tanto inestable, no consideramos muy seguro que ella volviese a Bali sola y la acompañamos durante otros seis meses para que llevara a cabo sus estudios. Esto resultó de particular valor porque los niños que habíamos estudiado ya con gran minuciosidad eran ahora casi un año mayores y nos fue posible tomarles nuevas fotografías.

A bordo del barco en que volvíamos a los Estados Unidos durante la primavera de 1939 era ya unánime la opinión de que la guerra era inminente. Nuestros compañeros de viaje británicos hablaban de sus futuros destinos militares. Nuestra hija nació en Nueva York en diciembre de 1939. Gregory, que había partido a Gran Bretaña para presentarse a las autoridades militares, comprobó que no había, por el momento, ninguna función que fuera posible asignar a un antropólogo y, en vista de ello, volvió a los Estados Unidos. Durante los meses anteriores a la guerra, y antes de que las actividades relacionadas con ella reclamasen toda nuestra dedicación, conseguimos completar un gran volumen de trabajo consistente en catalogar y clasificar el material recogido, así como preparar la obra *El carácter balinés* para su publicación.

Volví a Bali sólo en una oportunidad, en 1955-1956, cuando Ken Hayman me acompañó a tomar fotografías de los adultos a quienes habíamos conocido durante su infancia, de los artistas estudiados antes de los cambios registrados en la danza y en las actitudes de trance. Llegamos en un momento tumultuoso desde el punto de vista político, durante la transición hacia el total control político por parte de Indonesia, y no nos pareció aconsejable enviar cartas. A pesar de ello las fotografías y las películas tomadas constituirán, sin duda, una base

para un viaje posterior a Bali, planeado para 1977, durante el cual cuento con trabajar con estudiantes y técnicos de cine radicados ya en Bali.

A bordo del *S. S. Tapanoeli*
2 de febrero de 1936

Se trata de un barquito limpio y tranquilo, con una precisión silenciosa y cálida en todo su funcionamiento que cabe describir como holandesa. Reina la disciplina, sin que sea demasiado estricta. Sirven buena comida, con un menú de platos franceses y un mayordomo blanco que si bien es delgado como un junto, acecha solícito en el fondo del salón comedor y trata de hacer engordar a todos los oficiales.

Se observan cinco clases sociales separadas. En la primera, a mucha distancia, se encuentran el capitán, el primer oficial, el jefe de máquinas y los pasajeros. Los pasajeros son un bien demasiado agradable, porque tenerlos significa gozar de un almuerzo y una cena de platos calientes, y es por ello que los oficiales engordan con exceso, y cuando sus mujeres vuelvan a verles dentro de un año y medio, les reprenderán. Está, a continuación, la sala de los oficiales, reservada a los segundos y terceros oficiales, aprendices de pelo hirsuto y oficiales telegrafistas. Seguidamente está la tripulación, que es blanca. Por fin llegamos a los fogoneros chinos. Y separados de todos, están los camareros malayos. El primer oficial tiene en su camarote una radio de onda corta, al lado del salón, y por ella nos enteramos de la muerte del rey Jorge VI, noticia que se transmitió a todas las colonias cada hora durante veinticuatro horas. El segundo oficial, a quien nadie puede dirigir la palabra, tiene un camarote en el fondo del pasillo y su radio toca toda clase de cosas, en forma extraoficial, durante nuestras comidas...

A pesar de que lo he hecho tres veces —me refiero al largo viaje por mar a mi lugar de estudio, entre gente

que no sabe nada de mi trabajo y que considera que el proyecto de una mujer que parta sola a estudiar nativos es algo fantástico y reprobable—, había olvidado lo extraña y alienante que es la experiencia. Si hubiese dicho que era una maestra en vacaciones que viajaba a visitar a mi hermano en Singapore, no habría habido objeciones. Me hubieran tratado con esa actitud cautelosa y a la vez maliciosa que se dedica a una solterona de unos treinta y tantos años, pero, por otra parte, me hubieran otorgado el beneplácito debido a mi posición en el universo. ¡En cambio, esto! Se enteraron de quién era yo, pues solicité un descuento de la compañía por la carga que llevaba. Quiero decir que no pudieron dejar de enterarse de mis actividades.

Resulta extraordinario que pasemos la mayor parte de nuestra vida entre gente que nos conoce como la sobrina de la señora de Fulano de Tal y nos trata en función de dicho dato, o bien entre gente que sabe que hemos llevado a cabo cierto tipo de trabajo, lo reconoce y lo comprende. La peculiar ambigüedad de la posición de una mujer profesional que viaja no es comparable a nada. Aunque nunca contradigo las interminables inexactitudes que no se cansan de repetir los otros pasajeros, sospechan que sería capaz de hacerlo. Y los tres oficiales me muestran fotografías de sus rechonchas mujeres holandesas, con aspecto de tener suficiente edad para ser mis madres, y de sus hijos adolescentes, afirmando que hay algo valioso en la vida del marino, y es que cuando vuelve a casa siempre le espera una luna de miel. Además, trabajo demasiado, falta en la que no he incurrido en otros viajes...

Por la noche los cuatro hombres juegan al bridge en holandés y hablan de la guerra de los bóers. Yo me siento en la mesa existente en el otro salón y clasifico mis apuntes del día. Sopla tanto viento en cubierta que pierdo mucho tiempo en mantener objetos pesados sobre los papeles y la clasificación resulta imposible allí. Utilizo como pisapapeles dos volúmenes de la *Lengua malaya* de Swettenham, pero no he tenido mucho tiempo para tra-

bajar con ellos. Bajaré, no obstante, de este barco con conocimientos suficientes del malayo para hacer creer a los nativos a quienes conozca que lo hablo con fluidez, con lo cual me responderán y esto es todo lo que necesito. Resulta de una facilidad increíble...

Oeboed, Bali
29 de abril de 1936

Tuve la intención de redactar un boletín después de haber zarpado de Durban, pero al tocar aquel puerto conseguí que me instalaran una iluminación mucho mejor en el barco y pude trabajar por las noches, de manera que tres sesiones de escritura por día me dejaban demasiado cansada para escribir cartas. Después de Durban tocamos varios puertos con cortos intervalos, uno cada dos días, con un tumulto de nuevas sensaciones, combinadas con el calor y el estrépito de las cadenas de los guinches de descarga. Luego fue Batavia, el vuelo a Singapore y el largo viaje por barco hasta Bali. Cualquiera de estos tramos habría suministrado material para una carta, pero están, sin embargo, semienterrados bajo la complejidad de Bali propiamente dicho. Será necesario aceptar, por lo tanto, que estuve en todos esos lugares y que lamento no haber tenido tiempo para escribir.

Nuestro primer contacto con Bali fue Madé, a quien Gregory descubrió en Batavia. Es un individuo diminuto y tímido que me llega al hombro y que se vino a Batavia con la esperanza de encontrar trabajo. Aprendió el inglés en una escuela de Java, inglés enseñado por un javanés, en holandés, a un chico balinés... Por esta razón nos fue posible comenzar de inmediato a trabajar con el idioma.

Para trasladarse desde Batavia a Bali es necesario ir primero a Surabaya, ciudad situada más al este en Java. Fuimos allí por barco y descubrimos entonces que si proseguíamos directamente a Bali llegaríamos para Año Nuevo, *Nyepi*, cuando no se permite encender fuego, co-

cinar alimentos o caminar por las carreteras. Mandamos, pues, a Madé sin hacer escalas —el viaje en barco de Surabaya a Boeleleng lleva una noche—, mientras tomábamos un barco que rodeaba Madura y Lombok; era la manera más sencilla de pasar los dos días subsiguientes. Llegamos a Bali el día que se suponía que había terminado el *Nyepi*, pero nos recibió un Madé cariacontecido que había caminado kilómetros para esperar nuestro barco, y que nos dijo que todavía era Año Nuevo y todo seguía siendo tabú. Por suerte la Oficina Turística de la KPM, la línea de barcos propietaria, o poco menos, de Bali, logró enviarnos a una isla en un autobús y nos detuvieron solamente una vez los miembros de una patrulla, armados con las espadas llamadas *kris* y cuyo aspecto era mucho más feroz de lo que eran en realidad.

En consecuencia vivimos una experiencia que no se repetirá. Recorrimos durante tres horas, en ese autobús, el territorio de Bali, de una aldea a la siguiente, sin ver un alma en los caminos y, en algunas aldeas, ni un solo rostro. Fue una sensación extraordinaria, como viajar en sueños a través de un paisaje que mostraba todas las señales de haber estado recientemente habitado, pero del cual había desaparecido toda alma viviente. Las aldeas tienen altos muros que se levantan a ambos lados del camino, con portones techados y elevados, cada diez o doce metros. Sobre los portones, o bien junto a ellos, colgaban guirnaldas resecas y lo que poco antes habían sido adornos y estandartes fantásticos, tejidos con hojas verdes de palmera. Al no haber gente que nos distrajera, nos fue posible ver detenidamente la región en sí, ya que es difícil lograrlo cuando la carretera está repleta de grupos abigarrados de gente y de animales.

¡Y qué hermosa región es! ¡Esa veintena de paisajes, todos hermosos y todos diferentes, que se repiten una y otra vez con ritmos sorprendentes e inesperados! En este sector poblado de Bali hay pocos árboles, cocoteros en su mayor parte, bambúes y algún enorme árbol aislado, con un diámetro de cuatro o cinco metros si se

incluyen todas sus raíces. Uno de los bellos paisajes es el llano casi despejado de los arrozales, con algunas palmeras y un solo árbol enorme como los señalados, arraigado allí como algo enteramente prehistórico en medio del frágil arroz y los esbeltos troncos de las palmeras. Hay gargantas que seguramente merecerían la calificación de vista panorámica en nuestro país, gargantas increíblemente abruptas y escarpadas, pero con todas sus líneas suavizadas por una hierba clara y áspera.

Después están los cultivos de arroz, que tienen unas cuantas características comunes pero aspectos muy diferentes. Unos son completamente llanos, y su encanto principal reside en la gran variedad de texturas y colores a medida que cada sector madura, una hora o un día después que el otro, pero con diversas tonalidades dentro de la misma gama limitada. Hay campos inundados que reflejan literalmente el cielo y, en fin, las terrazas empinadas, donde las raíces de los tallos sobresalen formando dibujos de gran nitidez en las orillas. Arriba, más allá de los ochocientos metros, el paisaje pierde casi la totalidad de su carácter tropical. Los campos desnudos y parduscos, cubiertos de espinos y bordeados por vallas protectoras contra el viento, formadas por árboles de escaso follaje, le dan más bien el aspecto de algunos sectores de nuestros parques nacionales del oeste.

Los animales y los seres humanos armonizan tanto con este paisaje que cuando se los ha apreciado en conjunto, resulta difícil imaginar el uno sin el otro. Los búfalos acuáticos son de un hermoso color gris, de un tono que recuerda la ceniza de rosas, y los animales jóvenes se ven sonrosados de tan limpios. El ganado, menudo y de color marrón, tiene una tonalidad clara de gacela, y los patos, que los nativos conducen en manadas, son de un color pardo grisáceo. La gente que trabaja en los cultivos usa anchos sombreros aplanados. Al volver de la cosecha, los hombres llevan sobre el hombro un palo con dos grandes haces suspendidos en los extremos, y las mujeres cargan los mismos haces sobre la cabeza. En la oscuridad hacen pensar en prodigiosas

figuras enmascaradas. Normalmente los caminos están siempre llenos de gente que marcha con paso largo y elástico, o bien avanza al trote. Hombres que transportan arroz, y mujeres que a menudo cargan sobre la cabeza hasta veinte recipientes de barro, atados los unos a los otros en un diseño complicado, o bien veinte ladrillos, o mesitas de un metro de longitud y medio metro de ancho cubiertas de platos de comida que se venderán en algún lugar donde se celebra una fiesta.

Las tres horas de viaje en el autobús nos llevaron hasta Den Pasar, la segunda ciudad de Bali y centro de su parte más artista y tradicional. En el hotel de Bali encontramos unas líneas en que Walter Spies nos decía que debíamos proseguir directamente a Oeboed, unos veinticinco kilómetros más adelante. Habíamos escrito a Walter para anunciarle nuestra llegada, o mejor dicho, yo le escribí y Gregory escribió a Beryl de Zoete, una inglesa que está escribiendo un libro sobre las danzas balinesas en colaboración con Walter. Sin embargo, no imaginábamos que pudiese disponer de lugar para alojarnos, ni siquiera que estuviese en su casa. Nos dispensaron una cálida acogida y Walter nos dijo que tenía casa para nosotros y servidumbre requerida, de modo que cinco horas después de nuestro arribo a Bali habíamos recorrido cien kilómetros, pasado por una docena de subculturas y estábamos instalados en nuestra propia casa.

Walter es un hombre encantador, artista y músico, que reside en Bali desde hace unos ocho años y ha recibido y alojado a todas las personalidades interesantes que han visitado el país. Ha contribuido enormemente a estimular la pintura balinesa moderna. Ha pintado él mismo, y en general ha establecido una relación perfecta entre su persona, la isla, sus pobladores y sus tradiciones. Vivimos a unos diez minutos de marcha de la casa de Walter. Casi todos los días él y Beryl nos invitan a presenciar alguna ceremonia, o Walter nos encuentra algún *toekan*, o artesano, para que nos construya una

casa o nos resuelva alguna complicación. Los dos seguirán siendo nuestros vecinos durante unas tres semanas más, hasta que quede acabada nuestra casa en una aldea de montaña. El único otro vecino que tenemos es un apacible artista holandés de buen carácter, serio y a la vez con cierto sentido del humor, que contribuye con su orden y su contabilidad a los esfuerzos de Walter por proteger a los artistas balineses y estimularles a que resistan las tentaciones del mercado de los turistas y creen obras de valor.

Nuestra casa actual fue construida por un noble para su madre y tiene suelo de cemento, puertas con cerraduras, un increíble mobiliaje victoriano con motivos balineses incluidos entre las molduras talladas y dos impresionantes dioses de piedra en la terraza del fondo. Sobre las cabezas de los dioses divisamos la serie interminable de cultivos de arroz que llegan hasta las montañas, a unos setenta kilómetros de distancia. El personal doméstico local contratado por Walter incluye una muchacha de carácter sumiso y muy hermosa, que aparenta unos veinte años pero debe de tener treinta (ha adiestrado a todas las cocineras de Bali, probablemente en un número de sólo tres o cuatro), y que siempre acude a espiar por la barandilla de la galería cada vez que nos ofrece un plato nuevo, para ver si nos agrada. Todos poseen ideas propias. La casa marcha por sí sola y sin conflictos, sin que se levante una voz y con sólo ligeros brotes de conversación en voz baja, como el agitarse de hojas secas, dentro del tono general sereno y sin tensiones. Los movimientos de esta gente no parecen tener principio ni fin, sino que fluyen desde un punto hasta cualquier otro. Cuando un muchacho cuelga la ropa en una cuerda, recoge una prenda, la pasa a la otra mano, la asegura a la cuerda y levanta la prenda siguiente, realiza de hecho un solo movimiento ondulante.

No sé cuál sería la mejor manera de comunicarles los contrastes que hay aquí. Se trata de una extraordinaria combinación de la vida nativa y relativamente poco

cambiada por nuestra civilización, que se desenvuelve sin tropiezos, tranquila, conforme con las viejas costumbres, sobre la que se superpone la civilización extranjera y exterior, como un sistema nervioso adicional colocado fuera del cuerpo. Las carreteras cubiertas de piedra negra suelta atraviesan las aldeas, protegidas siempre por un muro mágico contra los demonios. Sobre la cabeza de los automovilistas las vallas de bambúes bien afilados apuntan hacia los demonios.

A lo largo de algunos de estos caminos, que los nativos utilizan para transportar el arroz, ya que es tabú transportarlo con animales, aunque se observan signos de que dicho tabú comienza a desaparecer, corren líneas telefónicas que conectan todas las sedes del gobierno. Desde rincones sombreados donde unos cuantos hombres vestidos con *sarongs* pueden estar comparando las virtudes de unos gallos de pelea encerrados en sus jaulas, pueden surgir agentes de policía con elegantes uniformes verdosos y sombreros de paja de ala ancha, para pedir a nuestro chófer su permiso de conducir.

En la fiesta celebrada en un templo junto al mar, donde traen a todos los dioses en una magnífica procesión, instalados en sitiales altos protegidos por sombrillas de ceremonia y precedidos por mujeres con pirámides de comida y de flores en forma de ofrendas, veremos vendedores de «velas de hielo». Estas velas son palos sobre los cuales se ha dejado congelar el hielo en forma de velas, y los vendedores las traen en grandes botellas térmicas atadas al manubrio de sus bicicletas. En una función teatral nocturna, mientras se ejecuta una danza que tiene más de quinientos años, la mitad del auditorio está provisto de linternas eléctricas.

Sin embargo, toda esta aparente «civilización» se encuentra sólo en la superficie y Bali parece haber aprendido, en el curso de un milenio de influencias extranjeras, cómo utilizar dichas influencias y cómo ignorarlas también. Acostumbrados a una aristocracia extranjera, acostumbrados a olas sucesivas de hinduismo, budismo

y otras religiones, han dejado que lo que les es extraño flote por encima de sus cabezas. Entretanto, el antropólogo se encuentra frente a una situación sin precedentes: la del transporte rápido y fácil de una versión de la cultura a la siguiente. Un viaje que exigiría tres días en Nueva Guinea y más tiempo aún para recuperarse de él, se realiza aquí en una hora. Cada aldea puede tener tan sólo uno o dos períodos de fiestas durante el año, pero estas festividades se celebran en diferentes épocas. Sólo hace falta tomar un automóvil y recorrer las carreteras para encontrar los penachos de hojas de palmera que, extendidos a través del camino o fijados a todos los portones, proclaman una fiesta, cuando no se hallan los pequeños recintos sin tejado en los que se anuncia una función teatral. O bien podremos mirar por sobre los muros de un templo para apreciar los colores vivos de ofrendas frescas, o quizá conocer a Barong, la gran bestia sobrenatural cuya máscara y cuerpo son llevados por dos hombres.

Todo ello significa que en un mes habremos visto casi todas las formas más importantes del ceremonial —aunque aún no hemos presenciado una cremación— y podremos, por esta razón, encarar el estudio de una aldea con verdadero conocimiento previo de lo que ocurrirá en el futuro. Cuando la gente mencione una ceremonia, sabremos a qué se refieren, en lugar de llevar durante meses y meses imágenes mentales inexactas, hasta que esa ceremonia en particular tenga lugar en la aldea en que vivimos.

Hemos elegido una aldea hermosa, cuadrada, aislada, en la región montañosa, algo apartada. La semana próxima comenzarán a construirnos la casa, tarea inmensamente complicada en este país de expertos artesanos que preferirían no construir techo alguno a construir uno de gran tamaño, pero hacerlo mal...

Bajoeng Gedé
21 de junio de 1936

Después de resolver con toda solemnidad que los domingos serían días en los que haríamos algo diferente, por muy virtuoso e indispensable que fuera, hoy comprobamos que teníamos demasiado quehacer y llegamos a la conclusión de que el domingo deberá ser un día como cualquier otro. Sin embargo, la llegada inesperada del ayudante del sacerdote en jefe me impidió proseguir con mis apuntes. Por ello intentaré redactar, en cambio, una especie de boletín.

La visita de este segundo sacerdote es una manera de sacar provecho de una derrota. Ayer llegó con toda ceremonia para anunciar que tendríamos que pagar una multa, porque en un primer paseo a pie por la aldea yo había visitado el cementerio, y en esta región, aunque no en otras, éste es tabú para las mujeres. En todos los otros lugares que hemos visitado en Bali, el Templo de la Muerte está lleno de estatuas de brujas que parten a los niños en dos con los dientes y Derga, la Diosa de la Muerte, es también la reina de las brujas.

El caso es que Bajoeng se especializa en ser diferente de otras aldeas. Nos llenan de prohibiciones: el hombre con pelo rizado o cuya mujer tiene pelo rizado no puede pertenecer al Concejo de la Aldea, como tampoco puede hacerlo el hombre con dos mujeres o el viudo. No puede entrar en la aldea ningún sacerdote brahmán. Puede entrar aquí un *barong* y bailar, pero los hombres que lleven esa máscara no pueden dormir dentro de la aldea. No se permite tener colchones. Los sacerdotes y sus mujeres no pueden usar seda, etc. De este modo mantenemos la propia identidad. Cuando llegó la delegación, por la gracia de Dios Gregory había estado presente en una reunión de hombres, en un cementerio de la aldea vecina, reunión que más cabría calificar como espectáculo, y se enteró allí de que la multa impuesta a la mujer que visita un cementerio es de cinco mil kapengs. Gregory no preguntó, pues, a cuánto ascendía la multa, sino

que invocó no haberlo sabido y por fin se convino en que pagase la mitad de la vaca que se sacrificará para limpiar la profanación del cementerio. En este momento estamos intentando ganar por la mano al sacerdote al exigir que se nos enseñe toda la ley vigente, pues de lo contrario nos negaremos a asumir ninguna responsabilidad comunal más.

Hace ahora más de una semana que llegamos y todavía buscamos un poco nuestro camino, aunque es obvio que no lo hacemos con demasiada habilidad, a juzgar por el episodio del cementerio. Antes de hacer nada, es necesario considerar los siguientes puntos: cualquiera que visite una casa donde haya un niño de menos de doce días de edad (si no es el primero) o de menos de 42 (si es el primogénito), queda impuro desde el punto de vista ceremonial durante un día. ¿Qué es un día? El tiempo transcurrido desde el momento de haber visto al niño hasta el consecutivo a una noche completa de sueño en la propia casa. (Nota: visitar a los recién nacidos al terminar el día.) ¿Es posible ir de una casa tabú a otra? Sí. (Nota: visitar a los recién nacidos en lotes.) Afortunadamente no esperamos nacimientos en el próximo mes.

La construcción de nuestra casa y nuestro traslado han sido una especie de milagro, si lo juzgamos en términos de comparación con Nueva Guinea. Fue necesario transportar nuestro equipaje desde la carretera, en un trayecto que requirió veinte minutos de marcha por un sendero accidentado, con tres profundas hondonadas. Peloedoe, la aldea sobre la carretera, debía hacer este traslado, pero pidieron siete guilders y medio. Al oír esto los dos *coolies* a cargo del furgón decidieron encargarse de la mudanza. Contrataron a otros seis hombres y lo llevaron todo. Fue así como llegaban con dos mesas y cuatro sillas o tres cajones inmensos suspendidos de un palo y corrían, ni más ni menos, en busca de más carga, con la mayor serenidad, pero también sin el menor entusiasmo. Del mismo modo, esta casa se construyó, sencillamente, mediante la contratación de un car-

pintero jefe a quien se le pagó en dinero. El carpintero pagó a su vez en dinero a otras personas por los baldes de arena, los trozos de bambú, cada pieza de material requerida. La casa fue construida.

La combinación de condiciones tan primitivas con el poder del dinero resulta fantástica. Esta gente visualiza todo en términos de *kapengs*, y un *kapeng* es una moneda china con un agujero en el centro, equivalente a la séptima parte de un centavo holandés. Nuestra contabilidad en la cocina es, más o menos, la siguiente: Llega Madé y me dice: «Entregué a Nang Oera cinco guilders para que vaya al mercado (el de Kitamani). Y Meregeg le entregó cincuenta centavos. La ropa para los muchachos costó exactamente 2,20. Este es el cambio por los pollos y las legumbres. No pude obtener clavos, de modo que este guilder vuelve. Anoche había cincuenta centavos en la cocina y, de este dinero, pagué treinta y cinco centavos por la leña. Necesito cincuenta centavos para entregárselos a Meregeg.» Sobre la mesa veo un guilder, veinte centavos y unos cuarenta *kapengs*, y basándome en el informe de Madé debo calcular cuánto les sobra o les falta del salario de un guilder por día que les corresponde. Me sentí orgullosa cuando por fin descubrí que habían gastado tres centavos del dinero destinado al día siguiente. Y con todos estos cálculos, no saben contar. Caen en interminables confusiones y siempre están organizando clubs con un fondo común cuyo manejo se vuelve tan complicado que es necesario disolver el club.

La casa es algo bien complejo. Los balineses tienen tan pocos materiales de construcción que una casa demasiado grande provoca terror a los obreros. Por ello fue necesario planear la nuestra como una serie de construcciones. De hecho, cualquiera de los recintos cerrados que ellos utilizan contiene, por lo general, más edificios que personas. En primer lugar está la casa de Gregory, con una galería que da casi a la carretera, y tiene vista sobre la aldea. Luego hay un cuarto donde recibimos a los informantes y donde trabajamos por la noche. En este recinto hay un alto diván empotrado, ar-

marios y una gran cantidad de estanterías, además del dictáfono, cajas a prueba de humedad, etc. Sigue a esto un sendero de cemento, cubierto con un techado de bambú, al final del cual están el portón y el comedor, que es una galería cubierta, de forma cuadrada, que se cierra con persianas por la noche. Este es el lugar que reservamos para nuestro uso exclusivo. Tiene bonitos muebles de bambú y por encima del conglomerado de pequeños techos grises hay una agradable vista de la aldea, con los portones del templo y los grandes árboles sombríos que se levantan detrás de él.

En el comedor hay tres puertas. La primera da acceso al corredor, la segunda nos comunica con la cocina y las habitaciones de los muchachos, y la tercera, con mi propia casa. Tengo aquí una gran galería para trabajar, con una mesa amplia con dos juegos de patas, de manera que es posible bajarla al nivel de los niños que se sientan en el suelo. En esta galería hay una cantidad de esteras para las visitas, cajones para que se sienten en ellos los más osados, y estantes donde guardo medicamentos. A un costado está el dormitorio, en el cual los estantes llenos de cajas cuadradas hacen las veces de armarios. Las cocinas resultan algo imponente. Hay una galería para planchar, pero no será posible realizar esta tarea porque no podemos obtener carbón de leña ni cáscaras de coco. En vista de ello tiene solamente un estante para escurrir cacerolas y ollas, el cual es derribado periódicamente por perros vagabundos que entran durante la noche. Después está el cuarto de baño, donde hay un enorme tanque de cemento para el agua, y por fin, la despensa. La cocina propiamente dicha cuenta con un hornillo balinés hecho de arcilla cocida, apoyado sobre una mesa de bambú y cemento. Sigue a esto el cuarto de los muchachos, nuestros servidores, y el de Madé, que posee una mesa y una silla y es una fuente de curiosidad inagotable para todos. No debo olvidar otra galería muy soleada, en la que los muchachos hacen sus regateos y donde la gente suele esperar en las primeras horas de la mañana. A pesar de que tenemos lámparas di-

minutas suspendidas aquí y allí, resulta bastante difícil encontrar el propio camino de noche, una vez cerrada la casa con todas las persianas.

(Ha terminado la conferencia y el sumo sacerdote, agotado, declara que está completa ya la lista de los tabúes.) Ha transcurrido ahora una semana entera, pero no he podido añadir una sola palabra a esto. Tenemos la sensación de pasar el tiempo escribiendo a máquina un número infinito de hojas de papel; incluso llevar la cuenta de ellas se lleva también buena parte de nuestro tiempo.

Me referiré ahora a la aldea. Se encuentra a unos veinte minutos de marcha desde una carretera para automóviles bastante transitable, aunque de pronto se vuelve tan empinada que no es posible ascender por ella con ningún vehículo. Por otra parte, nadie la usa porque hay una ruta más directa a Kintamani. La marcha se efectúa por un sendero sinuoso que sube y baja y que atraviesa el lecho de dos ríos y por fin termina en el muro de la aldea, en el portón occidental. Existen tres de estos portones, guardados durante la noche por dos hombres pertenecientes a una de las tres divisiones a la que pertenece cada portón. Toda la aldea está rodeada por un seto. Según los etnólogos, se trata de una valla de protección contra los espíritus malignos. En cambio, hasta el día de hoy, los habitantes de Bajoeng insisten en que es una pared destinada a impedir la entrada de ladrones y asaltantes.

La aldea consiste en un triángulo con distintos niveles, de unos 350 metros de largo por 250 de ancho, con el templo en uno de los ángulos. Nuestra casa, cuyo terreno tiene un tamaño de unas diez casas nativas, se encuentra asimismo junto al ángulo. Esto nos coloca a una distancia equidistante de los dos extremos de la aldea, el del norte y el del sur. Hay calles y los lotes de las casas son rectángulos muy ordenados, de unos diez metros por veinte, que contienen una media docena de construcciones: una casa con un piso elevado de tierra apisonada y una plataforma de bambú, quizá otra semejante, un de-

pósito para el arroz (en forma de pesebre), dos o tres cobertizos abiertos que incluyen, a veces, uno especial construido para una festividad, y un pequeño jardín cercado, lleno de flores cultivadas, donde se encuentra el altar familiar. Los techos son de tejas de bambú, o bien de troncos de bambú colocados cara arriba y abajo una vez cortados por la mitad. Son de dos aguas y están dispuestos en un ángulo bastante agudo. Cuando observamos uno menos estético, en general tiene un ángulo más abierto, de 80 o 90 grados. La aldea está sobre una pendiente que no es suficientemente escarpada para que ninguna casa quede a mayor altura que otra, pero al mismo tiempo permite que desde todas sea visible el templo, que se levanta a través de una serie de patios amurallados, hasta llegar al patio interior con el extremo elevado y sagrado más próximo al centro de esta especie de isla.

La aldea está llena de cerdos, pollos y vacas. Siempre se oye un grato murmullo de granja, con un leve aroma de granero en el aire. Las vacas llevan campanas de madera que resuenan suavemente de noche. Por otra parte, la honda resonancia producida por alguna de las mujeres que bate el arroz predomina sobre todos los ruidos de la aldea. Comienza al alba y a veces dura hasta bien avanzada la noche. De vez en cuando se oye cantar en la carretera, pero en general es un pueblo silencioso, en contraste con la gente del llano, más abajo, que canta en forma estentórea en los lugares donde toma sus baños. El hecho es que aquí no hay un lugar para bañarse en cinco kilómetros a la redonda. En cambio, si la gente es silenciosa, los perros compensan con creces esta quietud. En una oportunidad pregunté a Madé si los perros balineses trabajan alguna vez, ya que no están adiestrados para la caza o el cuidado del ganado. Madé repuso: «Trabajan de noche.» Creímos que era una broma, pero no lo es. Cada vez que parpadea una luz o se oye un paso en el sendero, cada vez que chisporrotea un trozo de bambú en el fuego, los perros comienzan a ladrar, y basta que comience uno para que esto sea

como la piedra que al caer en el agua provoca ondas cada vez mayores. Lo mejor es arrastrarse sigilosamente de una casa a otra y arriesgar golpearse un dedo del pie antes que exhibir una lamparita y con ello desatar los aullidos de todos los perros de Bajoeng. Me recuerda el verano en nuestra granja, donde teníamos un toro al que le desagradaba oír conversar y todos permanecíamos hablando en susurros en la galería, por temor a irritarlo. Todas las casas cuentan con un látigo de bambú trenzado. De vez en cuando, un aullido horroroso nos indica que algún perro ha incluido en el enojo que los muchachos nunca parecen demostrar en otras situaciones. Hay una manera particular de caminar, furtiva, cautelosa, que se adopta al aproximarse a un perro, con el látigo preparado, escondido detrás de la espalda.

La gente... Bien, algunos son sumamente hermosos, en especial los ancianos. Visten prendas diversas de telas de color apagado, sucio, monótono, que un día cumplen el papel de faldas, al día siguiente de tocado y, al siguiente, de envoltura para el bebé. La tela balinesa del pasado era tan resistente como la lona y soportaba todo el desgaste y uso de una vida transcurrida en medio del barro. En cambio, la ordinaria tela de algodón japonesa que adquieren hoy en día no soporta semejante trato y el espectáculo resulta sumamente melancólico. Nuestro mejor informante nos rogó que le diésemos un pedazo de arpillera gruesa en la cual llegó embalada la mesa de Gregory, y se confeccionó una chaqueta con ella. Ahora se desplaza ostentando el nombre completo de Gregory y el nombre de nuestro barco en grandes letras impresas sobre la espalda. La confección es esmerada y la tela bastante apropiada, pero no sabemos qué hacer en cuanto al rótulo mencionado.

La gente llega hasta nosotros envuelta en sus tristes harapos, se detiene en la galería y nos mira. Si sonreímos a un desconocido nunca recibimos una sonrisa como respuesta, sino una mirada impasible, un tanto hostil. Después, algún hecho nos permite identificar a alguno de los presentes y llamarlo por su nombre. De inmediato la

atmósfera cambia en forma radical. Sonríen, y cuando se retiran dicen que se van, y cuando vuelven dicen: «Soy yo», con gran cortesía. No existe caricatura de un británico que no haya sido presentado a otro, comparable a la actitud de esta gente antes de haber sido identificada.

Fundamentalmente son campesinos, temerosos de todo lo que no comprenden, en un contraste notable con los nativos de Nueva Guinea, que son capaces de enfrentarse a cualquier cosa. Salen de la aldea rodeada de muros para trabajar los campos, precedidos por sus bueyes, y vuelven a casa sin haberse enterado, siquiera, del nombre de los arbustos y árboles hallados en el camino. Aquí en las montañas, en esta aldea aislada de unos 500 habitantes, muy pocos se casan con personas de otro lugar o abandonan Bajoeng, excepto para ir al mercado en Kintamani. A pesar de ello, llevamos una curiosa vida comunal. Hasta hubo una pandilla de delincuentes juveniles, tres adolescentes que se confabularon para robar una caja con dinero de la casa de la alta sacerdotisa, que trabaja como prestamista. Uno de ellos fue a la casa y alejó al niño apostado allí del lugar, por medio de un mensaje falso, y los otros se introdujeron en ella. Tenemos, además, pregoneros que recorren la aldea por la noche anunciando reuniones, trabajo de carretera para el gobierno holandés, fiestas en el templo y otras actividades. Se nombra a estos pregoneros cada mes, y si cometen errores se les impone una multa.

Cada sanción en esta sociedad es negativa. Nunca se elogia a alguien, se le da las gracias o se le dirige un cumplido. Si nos agrada el trabajo de un artista, pagamos bien por él. Si los sirvientes trabajan bien, se les paga sus jornales. Si no trabajan bien, se les rebajan. Al principio no sabíamos cómo aplicar sanciones negativas, pero ahora Gregory ha hallado una solución. Contribuimos con la suma de un *ringet* por mes, aproximadamente dos dólares americanos, a la aldea, y de esta suma deducimos: *a)* el precio de cualquier pequeño objeto que se robe de la casa, y *b)* cualquier suma que

nos hayan pedido. Los jefes de la aldea opinaban que sería mucho mejor negarse a dar este dinero a los mendigos, pero Gregory dijo «No» en términos categóricos. Pensaba dar dinero a cualquiera que se lo pidiese, pero lo deduciría del impuesto que pagaba a la aldea. Desde que hizo este anuncio, no hemos tenido más pordioseros y tampoco robos. Para las fiestas en el templo pagamos un florín, o lo que es lo mismo, un guilder holandés; cuando estas fiestas son mayores, uno y medio, y cuando son de poca importancia, medio. Es la forma más extraña de realizar estudios etnológicos dentro de mi experiencia, pero parece dar resultados.

Hoy hemos tenido otro ejemplo del poder del dinero aquí. Hace unos dos meses, antes de que llegáramos, un muchacho esbelto y simpático vino a ofrecernos en venta dos objetos de pésima manufactura hechos para el turismo. Eran de tan mala calidad y el muchacho era tan encantador que la situación algo patética nos hizo sucumbir. No le compramos, pero contribuimos con un florín al club de tres miembros al que dice pertenecer, gente que hace poco tiempo comenzó a trabajar en tallas. Desde entonces ha vuelto una y otra vez. Le hemos criticado el trabajo, mostrándole los pocos objetos hermosos que hemos encontrado, y hemos adquirido sus trabajos, cada vez mejores. Hasta ahora ha venido dos veces a pie, unos cuarenta kilómetros de trayecto, para vernos y traernos su trabajo más reciente. Y esta vez, como sabe que no podemos obtener aquí huevos de pato, trajo con su tío, trepando por la montaña, ocho patos y muchos huevos. Se sintió muy avergonzado, no obstante, por el ruido que hacían los patos mientras venía por la carretera. Si le pidiéramos que caminase cien kilómetros, probablemente lo haría. Ha adquirido una fuerte fijación, pero no la del comerciante con un «buen» cliente, sino la del niño con el adulto que lo alimenta y lo protege.

Estos nativos nunca han conocido ningún tipo de asistencia médica. El gobierno holandés no hace prácticamente nada en materia de medicina. El puesto sani-

tario más próximo está a doce kilómetros de distancia y funciona cada quince días bajo la dirección de un médico javanés. Como los pacientes tienen que pagar por vendajes o medicamentos, es lógico que no acudan. La medicina es, por consiguiente, una especie de milagro. ¿Es verdad que tenemos medicamentos para hacer oír a los sordos, hacer andar de prisa a los viejos, ver a los ciegos y recobrar el deseo sexual a los decrépitos? Cuando curo alguna llaga, se congrega todo un círculo para observarme.

Debo hacer un comentario aquí respecto a la sorprendente política colonial de los holandeses, quienes hacen muy poco en materia de sanidad, cobran el máximo posible de impuestos y tienen, al mismo tiempo, un pueblo contento, con natalidad creciente, mientras que en el Protectorado de Nueva Guinea, una sanidad de mucho mejor nivel y un sistema impositivo mucho más bajo han dado como resultado una natalidad en descenso. No puedo menos que sospechar que la diferencia reside en el hecho de que aquí no existen las misiones. Con todo, se ha exagerado el mérito de los holandeses en cuanto a haber mantenido alejadas a las misiones en sus territorios. Más exacto sería recordar que la gran masa del territorio colonial holandés es musulmana y, por lo tanto, bastante reacia a acoger la acción misionera. Los balineses se han resistido a las misiones, pero actualmente existe aquí una aldea cristiana donde todos se tratan mutuamente de *toean*. En definitiva, no cabe abrigar muchas esperanzas para Bali, por cuanto su estructura social está basada en la religión y ésta se desintegrará, inevitablemente, ante los musulmanes, cristianos o los escépticos modernos que veneran el industrialismo.

Comprendo que existe una especie de brecha entre el informe anterior y éste. Mientras nos construían las casas dedicamos el tiempo a seleccionar ciertos elementos de la cultura, en especial a presenciar toda clase de ceremonias: las del templo, en las cuales la Bruja libra batalla con el Barong, ayudada por bailarines armados con *kris* que caen en trance y se hacen cortes sin lasti-

marse; las óperas ligeras de corte moderno, que ridiculizan todas las tensiones de la sociedad; las peleas de gallos, en las cuales estos hombres delgados y de una masculinidad apenas visible se sientan, los acarician y los alimentan con especias picantes para exacerbarlos; las danzas en las cuales un hombre en trance, con ojos enardecidos, cabalga un caballo de palo y brinca de un lado a otro sobre las llamas; las largas procesiones en las que cincuenta mujeres con sus largas faldas negras y blusas amarillas, y con flores amarillas en el pelo recorren kilómetros a pie, desplegando con movimientos impecables las colas de flores; las cremaciones con torres cubiertas de brillante papel dorado y telas chillonas, más altas que los árboles más altos, con un cadáver cuidado por uno o dos familiares en lo más alto y transportada por cantidad de hombres jadeantes, sudorosos, salpicados de barro.

Fuimos, asimismo, a tomar fotografías de piezas de tallado de especial importancia en la nueva colección de arte nativo de la asociación de artistas, de reciente creación, muy poco antes de ser enviada dicha colección a Java para su venta. Y todas las mañanas recibíamos a pintores, provenientes de la aldea de Batoean, de modo que tenemos ya una excelente colección de trabajos, incluidos bocetos, cuadros sin terminar y trabajos iniciales de artistas que en este momento son muy buenos.

En conjunto, todos estos aspectos de nuestra vida conforman una especie de marco de referencia en cuanto a las posibilidades de la cultura balinesa. Toda la isla vive en un estado de inquietud creadora, de la cual surge una serie de manifestaciones en apariencia diferentes, pero relacionadas en su fondo. Con la mente llena de todos estos elementos de juicio, nos hemos internado ahora con toda decisión en la capa más baja y poco atrayente de la cultura de Bali. Una vez comprendida esta capa, podremos comenzar a orientar nuestro estudio hacia las capas superiores.

Son las 20,30. Hemos terminado de cenar, una cena especialmente sabrosa, porque nuestro cocinero quería

hacer buen papel ante nuestros artistas visitantes. Falta el diario, que debemos mantener al día, la historia médica que hay que llenar en forma detallada, las cinco úlceras tropicales de uno de nuestros sirvientes que hay que curar y la entrevista con nuestros artistas visitantes.

Tiang-pamit [1].

Bajoeng Gedé
28 de agosto de 1936

Mi última carta terminaba la noche que vinieron los artistas de Bedoeloe. Decidimos hacer un trabajo verdaderamente minucioso, comparando la técnica usada por cada uno de los artistas, mientras trabajaban el uno al lado del otro en tallados sobre un tema único. Al tercer día el tercer miembro del club apareció y debimos incluirlo. A esto siguieron diez días de registro cuidadoso de cada cambio producido en el uso de herramientas, estornudos, escupitajos, movimientos y exclamaciones hechos por cualquiera de los tres. Debimos confeccionar, además, reflectores con papel plateado para aprovechar la luz incierta —casi nunca es posible tomar fotografías aquí después de las dos de la tarde— y nuestras propias técnicas mejoraron a medida que avanzábamos. Cuando por fin se fueron los artistas, lanzamos un hondo suspiro de alivio, pero desde entonces hemos estado prácticamente viviendo con sus espíritus, a medida que regresan de Batavia los lotes de fotografías Leica, o las películas Ciné, o que Madé entrega una página más del texto de sus conversaciones, o que yo, en fin, completo otra página con tres columnas de descripciones sincronizadas. Por fin hemos terminado, no obstante, y considero haberme ganado el derecho de dedicar un poco de tiempo al lujo de enviar otro boletín.

En este momento la fase de la luna no es propicia para que suceda nada de interés, pero se trata de la

1. Con tu permiso.

calma que precede a la tormenta. Dentro de tres días un ancianito delgado y muerto de hambre ascenderá un paso más hacia la santidad. Llevará cuatro días hacerlo, cuatro días durante los cuales los miembros de la orquesta tendrán que dormir en el templo y todos se pintarán el rostro de amarillo. El hombre se cortó la mano hace aproximadamente una semana, lo cual es sumamente afortunado, pues se curó perfectamente y este hecho nos ha lanzado al centro del círculo familiar. Nos ha pedido en préstamo dos tanques destinados a recoger agua para la fiesta y en este momento yo estoy resistiéndome a las importunidades de la hermana de su mujer, que desea que le preste una de mis telas balinesas —que utilizo como mantel— para que la use su hermana como segunda enagua. Si la mujer hubiese pensado exhibir con orgullo el hermoso estampado de mi mantel, quizá habría accedido a prestarlo, pero cuando se trata de una enagua, me niego a hacerlo.

Estas fiestas son el medio que tiene la comunidad para despojar al hombre rico de lo que le sobra, pero la verdad es que están algo confundidos y que pretenden colocar a todo el mundo dentro de este molde de riqueza. Ocurre ahora que la aldea tiene que proporcionar a este hombre, que es pobre, arroz suficiente para agasajar a todos como si fuera rico. Es un sistema insólito. El sumo sacerdote es simplemente el hombre de mayor edad que continúa siendo miembro del templo, o mejor dicho, el hombre entre los miembros del templo de mayor antigüedad. El caso es que si muere su mujer, se casa su hijo menor, sufre de una llaga durante más de un año, pierde la uña del dedo de la mano o tiene un biznieto, debe dejar de ser sacerdote del templo. Si no suceden estas contingencias, asciende sin cesar, sin que tenga ninguna importancia que el candidato sea un hombre sin inteligencia. El sistema es suficientemente rígido y controlado para que funcione sin interferencias. El actual sumo sacerdote es un ancianito cuyo hijo murió en la primera infancia. Como consecuencia, no puede ser un hombre cuyo hijo menor se haya casado y tampoco

puede ser bisabuelo. Su esposa es una mujer gruesa, con un bocio del tamaño de una pelota de baloncesto y dos dientes. Su aspecto general recuerda el de la abuelita de Caperucita Roja después de haberse metido el lobo en la cama. Por su parte al hombre, lejos de faltarle un dedo, le sobra uno.

El ayudante del sumo sacerdote es un individuo alto y con aspecto de pirata, nariz ganchuda, una sonrisa siniestra y una actitud marcadamente hipócrita. Nunca reza cuando lo hacen los otros sacerdotes, sino que elige siempre un espacio vacío para dejar caer majestuosamente los pétalos de flores entre sus dedos. Muy poco después de mi carta anterior intentó una nueva treta. Anunció que teníamos que pagar una vaca a la aldea porque toda persona que estuviese casada tenía que hacerlo. Después de una investigación, reunimos los hechos concretos. Sólo los que viven en Bajoeng y *después* se casan, tienen que pagar una multa a la aldea. Por otra parte nunca nos habían pedido que pagásemos la famosa vaca que era la multa que yo debía por haber ido al cementerio. En una oportunidad, cuando Gregory salió con ellos a buscar el rebaño de vacas de la aldea (ya que estas vacas que no se comen se convierten en propiedad comunal), le señalaron «nuestra» vaca. Y la semana pasada descubrimos que no le está prohibido a una mujer ir al cementerio, salvo durante un funeral. Aquí también existió, como se puede ver, un poco de extorsión.

Sin embargo, los dioses no olvidan y castigan siempre, ya que la ley de la aldea es algo sagrado. Nuestro ayudante del sumo sacerdote tiene en este momento unos forúnculos horribles. Vino dos veces a solicitar medicina, pero como no volvió, los forúnculos le empeoraron. Lo vimos delante del portón del templo, al que no podemos entrar por no haber pagado la correspondiente vaca, y nos dijo que otros se curan muy pronto cuando los cuidamos, pero él no. Al día siguiente la mujer del sumo sacerdote, que no le tiene simpatía, vino a decirme que los sacerdotes no pueden solicitar medicinas de

nadie. Les está permitido tan sólo recoger hierbas en el bosque y atenderse ellos mismos en sus templos. Ahora sabemos, pues, por qué está empeorando. Además, tenemos buen cuidado de contar a todos cuánto nos choca el hecho de que haya venido a pedirnos medicinas.

Estamos todos reunidos —es decir, el médium, los sacerdotes y sus mujeres, todas las niñas y cierto número de adultos— junto a un templo situado a tres arroyos de distancia de Bajoeng. El templo es un pequeño santuario de madera rodeado de un cerco, en medio de los campos. Las niñitas con altas ofrendas sobre la cabeza recorrieron de prisa, subiendo y bajando, las empinadas gargantas, deteniéndose de vez en cuando para dejar unas cuantas cestas de hoja de palmera en los puntos particularmente sagrados. Hemos llegado todos ya y las ofrendas están desplegadas delante del santuario. El médium las ha dedicado y corresponde hacer ahora otra ofrenda, la del Club de Danzas en Trance.

Se disponen pedestales bajos de madera a unos tres metros de distancia entre sí. Un hombre de aspecto tenso ocupa su lugar en cada uno de estos pedestales, en número de cuatro. De unas largas cajas de madera se sacan dos pares de marionetas sagradas, muñecas con tocados enormes y con racimos de cascabeles en los pies. Están asidas a una larga cuerda atada a dos palos coronados por cascabeles. Estos palos se hunden en los agujeros de los pedestales antes de que los aferren con firmeza los jóvenes, que los hacen vibrar, olvidando que los agitan. Tiene la misma base que el juego de la Biblia y la llave: cada uno sabe que no está moviendo el palo. Las muñecas bailan cada vez con mayor frenesí, acercándose, separándose, aproximándose otra vez. Han dejado de ser muñecas y ahora son dioses.

Entretanto se adelantan dos pequeñas bailarinas en trance: Renoe, vivaracha, segura de sí misma, divertida, y Misi, morena, rígida, obediente e infeliz. Renoe espía siempre y nunca se cae ni se lastima. Misi se lo cree todo y siempre tropieza con objetos o cae de los hom-

bros de alguien. Tienen alrededor de nueve años. Cada una se arrodilla delante de un pedestal y toma el palo con ambas manos. A medida que el ritmo les invade el cuerpo, comienzan a balancearse cada vez con mayor velocidad, al son de la música. Cambia la melodía y el palo golpea el pedestal. Las niñas caen hacia atrás, flojas, en un trance. Ahora es necesario vestirlas, ponerles unos petos dorados alrededor del cuello y unas coronas fantásticas sobre la cabeza. A veces los cantores comienzan a cantar antes de que las niñas estén ataviadas y éstas comienzan a bailar en los brazos de quienes están vistiéndolas.

Cuando están en trance, están poseídas por los dioses y sus caprichos son sagrados. Los caprichos, no obstante, pueden tener sus inconvenientes. Ha sucedido a menudo que haya estado lloviendo o que sea muy tarde en la noche y que el sacerdote haya dicho: «Sube al cielo, señor», y Renoe se haya limitado a dar unas pataditas con el pie o bien haya ido a torturar a algún niño pequeño entre la multitud. En vista de ello, la vieja médium se ha precavido contra la posibilidad de pasar la noche a tres arroyos de distancia de la aldea. Mientras las bailarinas danzan y se balancean al son de la música, la médium gime y se lamenta. Pone las manos en el brasero encendido, se retuerce, las lágrimas le bañan la cara, que aparece contraída en una mueca de extática agonía, y grita con la voz infantil que usan los dioses al dirigirse a los mortales a quienes llaman sus padres: «¡Madre! ¡Padre!...» Y hablando como una diosa, dice que todos debemos trasladarnos al Templo Doekoeh, a mitad de camino de nuestras casas. Nos levantamos. Las dos pequeñas bailarinas insisten en que un solo hombre las lleve en brazos. Iniciamos la marcha a través de los campos. Más tarde Renoe decide subirse sobre los hombros de otro hombre y baila en medio del campo arado. Cuando ella desplaza su pesa sobre un pie u otro, el hombre tiene que hacer lo mismo y así la niña lo mantiene brincando sin cesar. Espectáculo fantástico en esa meseta elevada y agreste, el de una niña coronada con un

tocado dorado, de pie sobre los hombros de un hombre y haciendo elegantes movimientos con un abanico en la mano.

Nunca habíamos visto el Doekoeh. Se afirma que su dios cabalga en un tigre que es entre amarillo y verde. El templo mismo se levanta en lo más espeso de la selva y es un pequeño recinto con el suelo cubierto de musgo verde. Los monos saltan entre las ramas de los árboles y distraen a los niños menores de sus plegarias, pero no a las pequeñas bailarinas, que se mecen y se inclinan llenas de solemnidad, sin abrir los ojos aun cuando disparan fuegos de artificio en las esquinas del templo. Más tarde, sin embargo, Renoe espía para asegurarse de que todos se han retirado. Los chicos corren hacia los racimos de cohetes apagados, para buscar alguno que no haya estallado. Si el muchachito es inteligente, obtiene la misión de encender los cohetes y hasta puede arreglárselas para humedecer las mechas de unos cuantos, para poder llevárselos más tarde a su casa.

Comienza a llover y otra vez debemos iniciar el regreso a casa, en dirección al templo local, donde las pequeñas bailarinas bailarán durante una hora más. En este momento están ya bien despiertas, pero les lleva mucho tiempo salir de su trance. Esto se consigue haciéndoles batir palmas y alternativamente apretándoselas contra brasas calientes. Puede que hayan debido caer en trance y salir otra vez. Y en el templo local uno de nuestros pacientes, un sacerdote de otra aldea, que se cortó un dedo del pie partiendo leña en el cementerio, pide una medicina al club de trances. Cuando se le cicatrice la herida que tiene, ¿qué dirá que lo ha curado? Como ha regresado a su propia aldea, nunca lo sabremos.

Sopla un viento cálido sobre la aldea. Vuelan nubes de polvo del piso del templo de casa, que siempre está prolijamente apisonado y barrido, pues allí tienen lugar los bailes por los cuales debemos pagar. Todos circulan con trapos envueltos en la cabeza para protegerse los

ojos. Una y otra vez lleno mi botella con ácido bórico. El fuego en la cocina se aviva y vacila. El calentador «primus», que utilizamos sólo en emergencias, se niega a funcionar. Aseguramos las puertas de la casa poniéndoles cosas pesadas por el interior, ya que dan al este, la dirección de donde proviene el viento, y entramos y salimos por las ventanas. Entretanto, los bambúes de que está construida nuestra casa estallan con un horroroso ruido seco. Es como construir una casa con maíz en grano y luego ponerla al fuego. Las rajaduras se extienden de un nudo al siguiente. ¡Crack! ¡Bang! Son explosiones. ¿Se derrumbará la casa? Nang Oera, nuestro mejor amigo en la aldea, dice que cuando se hayan rajado del todo diez o doce palos, vendrá y ajustará otros nuevos al lado de ellos. No, según Madé la casa no se derrumbará. Los postes se debilitarán, simplemente. Aparte de que, según afirman todos, este viento no es malo. ¡Ya verán el viento que soplará dentro de seis meses! Pero ahora los bambúes han dejado de estallar, el tiempo es más fresco, nos hemos acostumbrado al polvo y por fin podemos creer que existe una estación de tiempo seco.

Una frágil mujer de edad mediana, con rasgos de una delicadeza exquisita, se sienta en cuclillas junto a la galería.

—Djero Baoe (título del segundo sacerdote) está muy enfermo. Está en su casa y no puede venir. Pide medicinas.

Salgo de prisa. Djero Baoe Tekek, que ya no es sacerdote porque su hijo se casó, es el hombre más inteligente de la aldea, experto en calendarios y el único entre los hombres que reflexiona de verdad sobre los ritos. Si muriera, la aldea caería en un vacío intelectual. Es un hombre ágil y bondadoso, orgulloso de su erudición, que no se niega a jugar un poco a los juegos de azar, siempre sonriente y alegre. Lo encuentro tendido, gimiendo sobre la oscura plataforma que usa como cama y que prácticamente llena toda la casita. Es un dolor terrible

que va y viene y se irradia hacia la pierna. Tememos que tenga algo en los riñones, pero carecemos de medicamentos. Le suministro sales, ruibarbo y bicarbonato de sosa e improviso una botella de agua caliente con una botella de ginebra holandesa. El hombre se siente mejor. Tres días más tarde se sienta solo en el borde de la carretera, delante de nuestra casa, a cantar cantos sagrados porque está sano de nuevo.

Moederi, mi mayordomo, está alegre y ágil como siempre y parece más un papúa que un balinés, pero sucede que le falta una de las uñas de un pie y no puede ser nunca miembro del templo. Su cabeza asoma por una ventana y con voz baja y misteriosa me dice:

—¡Hay una pelea de gallos muy cerca de aquí! Es una pelea robada.

En efecto, en ocasiones especiales el gobierno permite riñas de gallos con autorización expresa. Con todo el placer contenido de inocentes transgresores, nos apresuramos a tomar el sendero hasta el primer arroyo entre aquí y Peloedoe. En este momento el arroyo está seco. Nos dirigimos hacia el sur por el lecho del arroyo y al cabo de un par de vueltas llegamos a un espacio abierto bajo una sombra profunda, bien disimulado por una roca. Además, nos dice Moederi que ya han «arreglado» a la policía.

Aquí, debajo de los árboles, hay grupitos de hombres que comparan sus respectivos gallos. En todas partes se ven canastas con gallos de pelea. En unas mesas bajas y cuadradas se apuesta. Nang Djeben, que se ocupa exclusivamente de criar gallos y no trabaja, se pasea de un lado a otro con aire feliz. Su mujer, menuda, suave y ansiosa, tiene un puesto de venta en un lado y vende buñuelos de banana. Todo lo que gana no sería suficiente para pagar una sola de las apuestas que hace su marido. Camino entre la gente y observo a las personas de Bajoeng presentes: Djero Baoe Tekek, que no puede ya aprovechar su erudición en el templo; Belasin Keri, que significa Llorando a un Hijo, quien tuvo una única hija que murió y por ello no puede ser miembro del templo;

Nang Oera, que tiene tres mujeres, entre vecinos que son rígidamente monógamos y contrarios al divorcio; I Sadia, cuyas danzas molestan a sus compañeras de club, por ser mucho más osadas que las de ellas, y por último Den Njoe, cuyo padre era chino. Todos los marginados, los parias, los forasteros.

Entretanto, en Bajoeng los miembros del templo, invenciblemente seguros de sí mismos, invenciblemente aburridos, meten y sacan sus arados de sus casas, cuentas sus cabezas de ganado, se sientan en grupitos solemnes los días de fiesta, y cuentan porciones de arroz, una para cada miembro, dos adicionales para el sumo sacerdote, tres más que serán divididas entre los dos sacerdotes que le siguen, y otra más para quien distribuye el arroz. Ellos no frecuentan las peleas de gallos.

Sólo Nang Nami no está presente en la pelea. Nang Nami es nuestro hombre malo, un pirata alto y brusco que va envuelto en una manta y vocifera. Nang Nami está sumamente pobre en este momento, pues debe pagar las consecuencias de una excursión en la vida de los placeres. Es abuelo y sexto en la línea de sucesión para el sacerdocio. Han terminado ya docenas de sus costosas ceremonias. Si se casaba con la muchacha, tendría dos mujeres. Tendría que ir a vivir a Peloedoe y no podría ya pertenecer al templo. Si no se casaba con ella tendría que pagar una gran multa, descender en la línea de sucesión y comenzar desde el principio todas sus ceremonias de purificación. Debió pagar, entonces, a su tío para que se casara con ella, a su pobre tío senil que nunca se había casado. Pagó, además, por la vaca a la aldea, pagó por los cerdos para la fiesta. Y según reza el texto recogido por Madé: «Fue muy fácil para el Abuelo Kiter (por cortesía) casarse, porque no tuvo que aportar nada, es decir, pagar ninguno de los gastos.» Nang Nami no puede entonces venir, pues no tiene dinero.

Gregory está sumamente atareado en la adptación de su taquigrafía a la escritura balinesa. Después, Madé tendrá que aprender los signos para poder tomar apuntes con mayor rapidez. Madé sigue encantándonos y sorpren-

diéndonos. Ha aprendido a informar sobre el personal que participa en una ceremonia y si ocurre que un perro desempeña un papel social, el texto de Madé reza: «Y llamaron al perro. El nombre del perro es...» No lo desconcierta en lo más mínimo la nueva taquigrafía. La verdad es que nada en el mundo le desconcierta ni altera. Toma notas sincronizadas durante las ceremonias, lleva un registro cronológico de los sucesos próximos, recorta las mechas de las lámparas, cubre los estantes con tela negra, hace traducciones al holandés, al malayo o al balinés de cualquier material que se le dé; su madre es fuente de información cuando se va a su casa de vacaciones; se baña en un arroyo de temperatura glacial a las seis de la mañana, con el fin de estar siempre a nuestra disposición; va a Den Pasar y vuelve con doscientos guilders, y anota conversaciones con todos los errores gramaticales o de otro tipo que puedan incluir. Olvidaba comentar que tan pronto como hemos aprendido la palabra correspondiente a *más que*, o *pero*, o *quizá*, recuerda usar una enteramente distinta en el texto siguiente.

Se dice que nosotros pertenecemos a la casta de aquellos que hacen libros. Comienzan a dolerme los brazos, como si esto fuese literalmente verdad.

Tiang mepamit.

Bajoeng Gedé
28 de octubre de 1936

Todos están ahora escardando el maíz. Nuestros amigos nos mandan arroz dulce y pegajoso con una salsa de azúcar morena, que han dado a las «abejas que cavan con la azada», en lugar del mismo arroz dulce que antes suministraron a las «abejas que trabajan con el arado».

Hemos tenido el día de «mover las casas». Se levantaron casas de sus basamentos de tierra apisonada sobre los hombros de unos cuarenta hombres para trasladar-

las, en medio de un gran alboroto, a la vuelta de la esquina. Tuvimos asimismo el «día de techar casas». Todos los que necesitaban techos nuevos reunieron a sus amigos y parientes que no estaban haciendo el techo de alguien más por el momento, y se cortaron y pegaron tejas nuevas de bambú, de modo que aquí y allá hay un tejado reluciente que se destaca entre el gris uniforme. Tuvimos, en fin, el «día de la matanza», que se refiere a la matanza de cerdos para Galuengan, la Fiesta de Todos los Santos, pero como teníamos que tratar dos heridas ese día, los muchachos de casa hicieron un juego de palabras. Una de las víctimas tenía una herida causada por una riña con cuchillos por un cuchillo. En Bajoeng no se pelea con cuchillos por cualquier otra razón; se pelea con cuchillos por un cuchillo y con alguien contra quien no hay ningún otro motivo para disputar. Se produce una disputa sobre quién es el dueño del cuchillo y de inmediato aparece un hombro desgarrado y un buen trabajo de curación para el Toean y la Njonjah (Gregory y yo).

La fiesta de Galuengan fue pequeña esta vez, porque tuvimos una muerte en la aldea dentro de los cuarenta y dos días anteriores a la fecha. El día antes, en todas las casas la gente estaba cocinando, las mujeres preparando alimentos como ofrendas; los hombres, asando cerdos. Los habitantes de otras aldeas recorrieron las calles comprando lechones. Los de Bajoeng fueron a otras aldeas buscando cerdos desesperadamente. Les encanta hacer las cosas de ese modo. El precio de los cerdos era muy alto. Tuve que ir a ver qué sucedía, pero cada casa que visitaba me dejaba con menos apetito para mi propia cena, pues me obligaron a comer en todas ellas por lo menos un trozo de una golosina sumamente empalagosa, aparte de recibir cantidades de regalos que requerían que volviese a casa a dejarlos antes de la visita siguiente...

Para la fiesta Galuengan es necesario contar con ofrendas para el propio templo familiar. Se trata, primordialmente, de una fiesta por los muertos. Semanas

antes empezaron a preguntarme si desplegaría mis ofrendas para Galuengan; yo replicaba que no sabía cómo preparar estas ofrendas. Entonces Men Oera, la mujer de nuestro mejor informante, Men Singin, la madre de mi niño clasificado como niño A, Men Djeben, la mujer del aficionado a las peleas de gallos Men Leket, a quien acababa de dar un curso sobre tratamiento de los parásitos, y Men Njawi, cuya familia recibe un poco de yodo para agregar a su sal de consumo cada quince días; la sacerdotisa Sani, que recibe una buena cantidad de nuestras latas de manteca salada vacías; la ex sacerdotisa Tekek, a cuya familia entera salvamos de lo que ella consideraba una muerte inminente; Men Karma, cuya prole constituye para nosotros nuestra gran fuente de material para el estudio de la rivalidad entre hermanos; la sacerdotisa Poepoe, cuyo marido fracasó una vez más en el intento de extorsionarnos por dos vacas, trajeron canastas con altísimas pilas de ofrendas. Todo esto quedó en mi poder para ofrecer a los dioses en mi templo familiar, en la sala, en el dormitorio, en la cocina, en el tanque para agua, en el cuarto de Madé. Debí arrodillarme y con un vaso de agua en la mano, un vaso diferente para cada serie de ofrendas, salpicarlas con agua, utilizando para ello una flor sumergida tres veces en el agua. Después debí orar, dejando que la flor se deshiciera con sus pétalos cayendo entre mis dedos.

Cada una de las mujeres que me traía ofrendas tenía una nueva idea. Había que barrer el piso del templo familiar, yo debía ponerme una faja alrededor del talle, aunque vistiese ropa europea, debía lavarme las manos primero, y así sucesivamente. Era necesario dejar los vasos de agua en el centro de las camas, con el inminente peligro de empaparlas, hasta la puesta del sol, hora en que circulé por la casa, pidiéndole a los dioses que me los devolvieran. Todos, salvo los que estaban en la cocina, pues los muchachos codiciaban las golosinas y por esta razón se ocuparon de pedir su devolución a los dioses mientras yo estaba ausente haciendo visitas para responder a las de mis vecinos. Entretanto, para

agasajar a nuestros visitantes les mostramos películas Ciné de un baile Barong y yo aproveché para tomarles fotografías de las expresiones faciales, mientras permanecían inmóviles con un ojo pegado al pequeño proyector, los músculos de la garganta en movimiento y los labios también, como si hablasen consigo mismos.

Después de Galuengan llega el momento de los espectáculos ambulantes. Los Barongs de cada aldea parten, acompañados por un sacerdote, una orquesta y un grupo de bailarines o actores y van de una aldea a otra. Se alojan en el templo, donde se instala con gran solemnidad la máscara Barong en el altar destinado a deidades visitantes. Los sacerdotes locales regatean la cantidad de kapengs que se pagará al grupo. Se golpea el gong de madera para que acuda la gente de los cultivos y la hija mayor de cada familia corre a casa a preparar unas ofrendas. Seguidamente la gente se reúne en el templo, los sacerdotes discuten con tono solemne en los escalones delante del altar, los chicos juegan a perseguirse en la plaza abierta y Gregory, que en general no se oculta para tomarles fotografías, lo hace esta vez, recurriendo a una lente telescópica. Si es ya tarde, todos duermen en el templo y los alimenta la aldea. Si llegan en las primeras horas de la tarde, deben partir hasta la aldea siguiente, cuyas calles no tardarán en resonar con el eco de los gritos de los chicos: «¡Barong! ¡Barong!» que suena bastante como nuestro «¡Fuego!» o el equivalente polinesio de «¡Acorazado!».

Es una escena extraña. El ancho y proporcionado patio del templo está flanqueado por sus plataformas techadas, con patios más elevados al fondo y, sobre todo el conjunto, hay una fronda de árboles verdes. El sol castiga al pequeño grupo de forasteros sentados con sus instrumentos en el centro del patio. En la parte sombreada se despliegan los habitantes de la aldea con sus ropas de todos los días, sucios, cubiertos de harapos, miserables, boquiabiertos. Los visitantes que son miembros de la orquesta no están menos sucios

o harapientos, a pesar de que llevan un simulacro de uniforme. Después aparecen los bailarines, resplandecientes con sus brocados, rasos y sedas bordados en oro, con sus *krises* de puños adornados con gemas y sus tocados de cuero recubierto de oro. Con infinita elegancia, reproducen alguna escena de la vida cortesana entre los dioses, mientras, a ambos lados, esta gente hosca, llena de barro arcilloso se sienta en cuclillas, abre la boca de asombro, mastica betel, escupe y critica los atavíos o los gestos, calificándolos como buenos o malos con inimitable buen gusto. El baile es digno de una corte real y el auditorio que limpia la nariz de sus bebés con los dedos sabe apreciar la sutileza de ese lenguaje y se siente, de alguna manera sutil, lleno de poder por haber adquirido todo ese espectáculo por un total de diecisiete centavos y medio de nuestra moneda. Si lo desean, podrán pedir que se repita el espectáculo por la noche, pero en esta ocasión pagarán tan sólo diez centavos. Sin embargo, las representaciones no pueden prolongarse más de un mes. Pasado ese plazo, si se sorprende a un Barong en la propia aldea, es posible encarcelarlo y cobrarle una multa. Así dicen los holandeses, quienes desean que los nativos permanezcan en sus aldeas y produzcan lo suficiente para pagar los impuestos.

La semana pasada fuimos «allá abajo», nuestra primera excursión fuera de las montañas desde que llegamos aquí hace cuatro meses. Hemos acudido a pie a fiestas celebradas en aldeas cercanas, pero durante todo este periodo nunca hemos puesto el pie en ningún automóvil ni en ninguna ciudad. Hicimos una visita a los Mershon en Sanoer. Fuimos llenos de aprensión. No sabíamos cómo reaccionaríamos ante esta breve exposición al mundo civilizado. ¿Cómo sería beber un cóctel? ¿Haría mucho calor? ¿Nos molestaría mucho la ropa? El hecho era que teníamos que bajar al llano a buscar una casa que pudiésemos utilizar como base cuando estuviesen aquí la madre de Gregory y Nora Barlow y teníamos ganas de ver Sanoer, la aldea sobre

el mar donde viven los Mershon y donde Katharane Mershon sitúa el escenario de su excelente novela balinesa. Habíamos leído el manuscrito y en esta visita nos llevarían a recorrer todo, nos mostrarían los originales de los personajes y tendríamos la oportunidad de ver cómo viven los brahmanes.

En realidad pasamos unos días magníficos. Hace cinco años que Katharane Mershon vive en Bali y ha llegado a dominar el difícil arte de decir no, de pasear en automóvil, sin detenerse, frente a templos que exhiben estandartes y adornos de hojas de palmera, con dioses vestidos con sarongs de cuadros y por cuyos portones se oye una música cautivadora. Es amiga de comer a horas más o menos regulares y no generaliza, como los balineses y la mayoría de los europeos, afirmando que «los Barongs nunca bailan de noche», o que «la fiesta tiene siempre lugar al ponerse el sol», lo cual es la forma más segura de perdérselo todo. En consecuencia, en seis días vimos bailar a Mario y a tres de sus alumnos y lo filmamos dando una primera lección. Es el bailarín más famoso en todo Bali y una persona alegre y encantadora. Vimos asimismo tres clases diferentes de trance y fuimos a una fiesta en una isla, fiesta en la cual aparecen todas las nuevas modas. En el camino encontramos carros en miniatura tirados por caballitos. Iban llenos de hermosas muchachas con flores de oro en el pelo, llevando en las manos recipientes de plata, llenos de ofrendas. Vimos la «Batalla de los dioses», en la que todos los dioses libran batalla contra el dios principal, cada uno de ellos en una especie de litera que sus portadores manejan a manera de catapulta, mientras que otros asistentes caen en trance y se hunden *krises* en el cuerpo. Presenciamos una media docena de bailes, escuchamos las tres mejores orquestas del sur de Bali, visitamos todos los templos descritos en el manuscrito de Katharane y por último, vimos el tejido, el tallado y el arte de hacer máscaras en plena actividad entre ciertas familias brahmanes.

Y además encontramos una casa, el palacio del ex Rajah de Bangli, que en otra época tuvo un palacio de verano en Bajoeng Gedé. Quiero, no obstante, dejar la descripción del palacio para mi próxima carta. El alquiler será de unos nueve dólares por mes y tiene tres puertas de oro.

Entretanto, en las montañas, hemos tenido una boda, suceso que resultó de una gran complejidad. El nombre de la novia es I Sami. Era la menos bonita de las tres hijas solteras de Nang Ringin, el noveno en la jerarquía local, y hermana de Renoe, la pequeña que baila en trance. Cabe señalar aquí que es un poco gruesa y tiene rasgos toscos, pero a pesar de ello, es una muchacha muy exitosa y es amada por dos jóvenes, Wari y Poendoeh. Wari proviene de una familia numerosa y no demasiado próspera. Poendoeh es el séptimo hijo del ex sumo sacerdote, de una familia sumamente rica. Los padres de la muchacha favorecían a Poendoeh. Sami, según se dice, había sonreído en una oportunidad a Wari, pero luego cambió de parecer.

Entonces, una mañana de madrugada, cuando ella y su hermana iban a buscar agua, Wari y sus cuñados raptaron a Sami. Ella se aferró al bambú hasta que éste se partió, pero se apoderaron de ella y se la llevaron a la choza que tiene en el jardín el tío de Wari. Los dos mensajeros establecidos por la costumbre acudieron a ver al padre de Sami y a decirle que no debía preocuparse por su hija, pues estaba sana y salva. Men Ringin se lamentó y se retorció las manos, diciendo que no tenía hijos (tiene diez) y que lamentablemente Sami se había ido ahora, seguramente contra su voluntad. Nang Ringin se negó a recibir al segundo grupo de mensajeros que fue a obtener su consentimiento para la boda. Entretanto, todos los parientes de Wari afirmaban que Sami estaba encantada. Todos los parientes de ella afirmaban que no era verdad. Pero como ninguno de ellos podía acercarse a la muchacha, nadie sabía cómo podían afirmar esto. Su familia se volvió

tabú. Renoe no podía bailar y su padre no podía servir en el templo.

Aproximadamente diez días después de este episodio nuestro sacerdote de calendarios vino a pedirnos prestada una linterna eléctrica, porque pensaba ir a ver a Wari. Estaba emparentado con las dos familias. Al día siguiente nos enteramos de que había persuadido a Wari de que se alejara para que Sami lo quisiera más. Seguidamente hizo aceptar a Nang Ringin la propuesta matrimonial. Pero Sami huyó durante la noche a reunirse con Poendoeh, que la recibió encantado. Desde entonces, por lo menos un millón de párrafos de ceremoniosas conversaciones familiares se han desperdiciado sobre el tema. Nada semejante a esto había ocurrido con anterioridad. (La verdad es que no alcanzo a explicarme por qué no.) El padre de Sami ha cambiado ahora radicalmente de parecer y dice que él deseaba que se casase con Wari. Pidió que se la devolvieran a los mensajeros que son legalmente responsables de ella. Ellos, los pobres, trataron de pedirla «prestada» al hermano de Poendoeh, pero ella se negó a ser prestada. Por fin llegó el día en que debía pagarse a la aldea la vaca correspondiente a ella y la vaca correspondiente a Wari y la llamaron a la aldea, Poendoeh llegó con ella, trayendo dos vacas más para ratificar su matrimonio con la muchacha. Sami se negó a volver a casa, junto a su padre, y volvió con Poendoeh a la casa de éste.

Entonces nuestro bondadoso y alegre Djero Baoe Tekek, experto en fechas, mostró las sutilezas dignas de un latino de que era capaz. Anunció, simplemente, que alguien tenía que ser el antagonista en todo este episodio. Era increíble que pudiese haber sucedido todo esto y que no hubiese enemigos. ALGUIEN TENÍA QUE ACCEDER A SER ENEMIGO. O bien la familia de Wari se ponía de parte de él y se convertían todos en enemigos eternos de la familia de Poendoeh, o bien éstos tendrían que ser enemigos de Wari y de toda su familia. La pobre y acosada familia de Wari, que no había ganado nada, salvo una vaca que debía pagar y además la pérdida

de todo su prestigio, protestó en términos desesperados que no quería ser enemiga de nadie. La hermana de Poendoeh estaba casada con un tío de Wari. No importaba, que se divorciaran o bien se decidieran a ser enemigos, dijo Tekek. Por fin, al cabo de veinticuatro horas de disputa llevada a cabo con una especie de piar débil e ininterrumpido, se convino en que la familia de Wari y la de Ringin seguirían siendo amigas, pero las dos serían enemigas de la familia de Poendoeh. Madé afirma que Djero Baoe Tekek es un hombre malo, muy malo. La verdad es que es solamente irresponsable y que obedeció a uno de los vicios predilectos de los balineses, el de iniciar una discusión partiendo de una generalización: en un caso como éste, tienen que haber enemigos.

Dentro de dos semanas iremos a Boeleleng a consultar a diversas autoridades holandesas en el campo de la arqueología y *adat* (leyes nativas). Además recibiremos a nuestros huéspedes, la madre de Gregory y Nora Barlow y presenciaremos la ceremonia del cumpleaños trimestral en honor del sobrino de Madé. El otro día Madé se nos acercó dándose aires de gran importancia y nos dijo con tono acusador: «Todavía no han hecho ningún estudio sobre las costumbres de Boeleleng.» Boeleleng es una ciudad importante y con grandes contactos con la cultura. Aceptamos el hecho de que lo que decía era verdad. «Mi sobrino celebrará que cumple tres meses el 6 y yo debo ir allá», añadió Madé. En vista de ello, y como debíamos estar allá el 7, hemos contraído el compromiso. Después traeremos a nuestros invitados aquí para que permanezcan tres días con nosotros y vean lo que puede brindarles el lugar. En seguida nos trasladaremos a nuestro palacio Bangli y durante un mes nos relacionaremos exclusivamente con miembros de la casta alta.

Es probable que mañana Gregory haga luchar a uno de sus nuevos gallos de pelea. Tenemos dos y todos los días es necesario prestarles los cuidados del caso. Se los baña en agua de cebollas, se le meten palitos

en los ojos y se le pintan las patas con pimentón. Aquí los tenemos para que cualquier invitado de sexo masculino que llegue pueda jugar con ellos durante horas. Los dos gallos están listos ya para pelear, y, según atestigua todo el mundo, nunca estarán más preparados que en este momento.

Deseábamos levantar un cerco de «poinsettia» para nuestro templo familiar. Se lo dijimos a Madé. Sin hacer el menor aspaviento, Madé indicó a cada persona que venía a pedir medicina y procedía de Peloedoe, donde hay muchas de estas flores rojas, que trajese una parte de nuestro cerco. Ahora ya lo tenemos.

Y bien, ya que estoy practicando mis modales elegantes,
Tiang noenas loegera mepamit (lo cual es mucho más elegante).
Solicito de su generosidad que me permita retirarme.

Bajoeng Gedé
Nochebuena de 1936

Hace dos meses que escribí mi último boletín y me parece que ha transcurrido mucho más tiempo. El 6 de noviembre fuimos a Boeleleng y permanecimos en la casa de reposo holandesa, austera, poco cordial y sumamente cara. Comprobamos asimismo que igualmente podríamos habernos alojado en casa de Madé, quien había preparado una hermosa casita para nosotros, sin decirnos nada. Y allí, en ocasión de la fiesta en honor del niño rubio y gordo de su hermano, presenciamos una ceremonia con muchos elementos que nos eran ya familiares, pero elevados a la enésima potencia. El bebé estaba envuelto en metros y metros de tela de oro, del grueso cuello le colgaban docenas de monedas de oro inglesas y sobre la fontanela, donde los nativos de Bajoeng ponen un manchoncito de saliva teñida de betel y una capa de polvo amarillo, le ataron un

disco adornado con piedras preciosas. (Con todo, se le desprendía sin cesar, hecho que conocíamos ya de Bajoeng.) Salpicaron a la madre y al hijo con unas dieciséis clases distintas de agua bendita, mejor dicho, no los salpicaron, sino que los empaparon. Después, durante dos noches consecutivas hubo representaciones de sombras chinescas y hacia medianoche, terminado el espectáculo, el *dalang* o director de las representaciones de sombras, volvió a bendecir y a salpicar con agua bendita al niño con toda solemnidad.

Fueron las primeras representaciones de sombras para mí *(Wajang Kulit)*. Había tenido en mis manos centenares de las marionetas angulosas y grotescas de cuero pintado en sus incómodas posiciones dentro de cajas en el Museo. También vi una vez un modelo de una representación de sombras en un museo alemán, con las marionetas apretadas contra la parte posterior de una pantalla muy fina y la luz brillando a través de las perforaciones ornamentales de las figuras. Sabía que las manos estaban pegadas a palos para que fuera posible hacerles realizar toda clase de gestos, angulares pero representativos. La verdad es que no estaba preparada para la representación que vi.

La lámpara, en lugar de proyectar el resplandor constante y tenue del modelo del museo, es grande y se agita, colgada muy arriba, y con una alta llama irregular. Para sumarse a esta luz vacilante, el *dalang*, que se sienta detrás de ella, la hace mecerse de vez en cuando. Las marionetas, en lugar de permanecer planas y bien definidas contra la pantalla, se desplazan de un lado a otro, a veces, vagamente definidas, otras, con un solo perfil visible, o bien aparece la parte superior de la nariz, debido a la luz que se balancea y la distancia variable hasta la pantalla. Las figuras caen de pronto desde la parte superior, aparecen temblorosas de las esquinas, retroceden, avanzan y se decapitan, y todo ello ocurre en un mundo de ensueño y de definiciones esbozadas a medias. Entretanto el *dalang* grita, chilla, se queja y canta. La pequeña orquesta de cuatro

miembros tintinea sin cesar y el martillo del *dalang* golpea y golpea contra la caja de las marionetas.

Se trata de un gusto que uno adquiere poco a poco. La primera vez se halla el espectáculo del *Wajang* un poco fatigoso para los ojos, el martillo, molesto, y todo el conjunto, difícil de seguir, o bien se opina que no hay más que luchar en él (ya que un requisito esencial de la trama de un *Wajang* es que incluya una guerra). Sin embargo, a medida que se ve mayor número de ellos, se llega a adquirir una verdadera afición por el género. Hemos comenzado a coleccionar *Wajangs*, en especial, armas, de las cuales existen muchas variedades, a cinco centavos holandeses por cada pieza. Los dioses y los héroes cuestan un guilder cada uno, y los personajes secundarios, cincuenta centavos, de modo que economizamos un poco con los últimos. Un gusto que resulta peligroso es el que se refiere a los *Babats*, el hermoso árbol musical que marca el comienzo, el fin y la magia. Cada *dalang* tiene solamente uno o dos de éstos y habitualmente están encantados, por lo menos, cuando deseamos comprar uno. Las marionetas están exquisitamente pintadas, para que el *dalang*, la orquesta y un gran número de espectadores pueda admirarlas, aunque desde luego, el color no afecta la imagen de sombras lograda en la pantalla. La mitad del auditorio se sienta delante de la pantalla, pero la otra mitad se congrega detrás de ella. Los bailarines no tienen ningún sentido de la necesidad de camarines y preparativos fuera de la vista del público. Así, las tareas de maquillar a bailarines, atar las últimas flores a un tocado, afinar un instrumento musical, disponer los decorados y abrir las cajas de las marionetas forman parte de la función y son objeto de comentarios, críticas y diversión.

El 8 de noviembre llegaron nuestros invitados y pasamos medio día recorriendo en automóvil el norte de Bali. Por la noche asistimos a una función musical especial, con una novedosa orquesta formada en su totalidad por niñas, la mayoría de ocho a diez años, con instrumentos de tamaño elegido según la talla de cada una.

Todas hacían movimientos que recordaban los de una reverencia al tocarlos. Al día siguiente nos dirigimos a Bajoeng y llegamos aquí precisamente cuando comienza la estación de las lluvias.

Habíamos encargado una ópera para el día siguiente. (Es una grata sensación la de ser mecenas de las artes y señor feudal al poder encargar que se represente una ópera.) El presidente del club de ópera llegó una mañana desagradable, fría y lluviosa, a discutir los detalles de la función. Recorrrimos nuestras diversas galerías calculando su longitud y hasta consideramos la posibilidad de suprimir algunas de las barandas, o bien de situar la orquesta de ocho miembros sobre una gran mesa. Por fin se decidió que la ópera se representaría en el comedor, que es un pabellón de unos seis metros. Está rodeado por un borde relativamente angosto, pero allí la concurrencia podría distribuirse en filas de hasta cuatro personas y cobijarse de la lluvia, bajo las persianas levantadas a medias. Llegamos a sentirnos verdaderamente sitiados en nuestra propia casa ya que fue necesario convertir las otras dos galerías en vestuarios y la ópera se prolongó hasta muy entrada la noche. Debimos alejarnos sigilosamente varias veces a algún rincón para comer algo o dormitar un poco. El caso es que resultó muy del agrado de todos y al día siguiente, cuando comenzó a llover en mitad de un baile en trance, las diosas decidieron que les gustaría venir a bailar en nuestro comedor. Repusimos que nos inclinábamos ante los deseos de los dioses y vinieron a bailar. Cuando uno de los «dioses» decidió comenzar a bailar de pie sobre los hombros de un hombre muy alto, pasamos algunos momentos de ansiedad, ya que se ha visto caer a esta pequeña bailarina y nuestro suelo es de cemento. No obstante, la gente se mostró obstinada. Si el dios así lo disponía, no caería y aun si caía, no se lastimaría. A pesar de estas consideraciones todos contuvimos la respiración, mientras la niña, rígida y morena, con un enorme tocado de oro, se do-

blaba y se balanceaba a más de metro y medio del piso de cemento.

Después nos trasladamos a Bangli. Según el concepto balinés, Bangli es una ciudad. Tiene su propio regente, es decir, un vicegobernador balinés nombrado por los holandeses y cuenta con infinidad de palacios y grandes templos, además de un mercado enorme, aunque no tiene, en cambio, musulmanes y sólo unos pocos chinos. En realidad es una ciudad sumamente confortable que de hecho conserva la forma de una aldea. La casa que ocupamos perteneció al último rajah. En los comienzos del contacto con los holandeses todos los miembros ricos de la casta dirigente, la Anak Agoeng, se construyeron casas según el modelo holandés. Fueron hechas con cemento, contenían algunos vidrios, generalmente imitando vidrieras de colores, y los tejados eran de cinc, pero en cambio, toda la parte de madera era tallada y dorada según la antigua tradición. Nuestro palacio, cuyo nombre significaba «palacio de la hermosa experiencia» es uno de éstos. Actualmente el rajah ha muerto, el gobierno ha pasado a un primo, cuyas mujeres e hijas viven en un patio adyacente y están todas encantadas de poder alquilar la gran residencia.

Al dejar una callecita lateral bordeada de puestos de vendedores de alimentos, se atraviesa un largo patio abierto, con muros a ambos lados y lleno de árboles, nefelios, hasta llegar a nuestro portón, un rectángulo angosto y alto dentro de un ancho bloque cuadrado con la cabeza dorada de un demonio en la parte superior. Detrás del portón está el segundo patio, con plataformas elevadas en cada esquina y muros de piedra muy altos alrededor, más árboles como los anteriores y, en la parte superior, el palacio, con sus tres grandes puertas profusamente talladas y pintadas en dorado, rojo y azul. La larga galería es el acceso a los tres cuartos, un dormitorio en cada lado y un recinto central que se utiliza como comedor y cuyas dimensiones permiten a dos grupos conversar cómodamente al mismo tiempo. Katharane Mershon, que ha alquilado la casa a medias con nosotros

para los próximos meses, dispuso en el borde de la galería unas orquídeas que habrían de florecer «mañana» y la verdad es que florecieron. En este patio ofrecimos representaciones de sombras o bien de danzas. También aquí las servidoras de nuestra patrona, una aristócrata menuda y frágil que nunca volvió a casarse porque al hacerlo perdería su pensión holandesa, ponen a secar pulpa de cocos o bien trozos de batatas dulces. Por la noche suelen aparecer luces extrañas y vacilantes delante de nuestros ojos. A las tres y media de la madrugada un grupito de niños del palacio sale con todo sigilo provistos de una lamparita en busca de las nueces de los nefelios caídas durante la noche. Siempre que tiene lugar una de estas cazas de nueces oficialmente aprobada, nos traen como regalo un recipiente de plata lleno de ellas.

Durante nuestra permanencia en Bangli me especialicé en ser exclusivamente una dama balinesa de la casta de Anak Agoeng. Con una guirnalda de flores de *tchampaka* en el pelo y un ramillete de flores para orar, que era, ni más ni menos igual a los ramitos que regalan los enamorados a sus novias el día de San Valentín en nuestro país, me arrodillaba en el templo privado de la familia y dejaba que me empapasen con agua bendita, bebía más agua bendita perfumada y seguía lo mejor que podía las instrucciones que me susurraban: «Ahora roja», «Ahora una blanca», «Ahora al dios del sur» provenientes de la larga fila de gente arrodillada, unas sesenta mujeres y quince hombres, ya que en la casta Anak Agoeng de Bangli tienden a predominar las mujeres.

Durante tres días se dedicaron esta fiesta a ellos mismos, con actores, pero sin auditorio, como si los sacerdotes y el coro actuasen solos en una catedral. La gran orquesta del Regente tocaba sola en un patio apartado, sin nadie que la escuchase. Hubo una representación de sombras, pero sin pantalla y sin lámpara. El *dalang* sentado allí recitaba y agitaba sus marionetas en la oscuridad, pero nadie le prestaba atención.

Y por fin, tarde en la noche, hubo un silencio cargado de expectación. Estaba por llegar el Regente, y el Regente llegó. Dijo «Basta» al *dalang*, con los cual terminó el espectáculo de sombras que nadie había visto y todos rezamos y volvimos a casa. En todas las demás partes en que estuve en Bali el auditorio, de gente del pueblo, es parte esencial de la vida. Las personas más tímidas, más amedrentadas marchan con firmeza cuando oyen el ruido del canto y la danza. Ver esta misma estructura, este mismo tipo de plegarias, de ofrendas y de entretenimiento llevado a la práctica en una casa vacía y dentro de un círculo familiar dedicado a la admiración mutua resultaba muy extraño.

Después tuvimos una solemne cremación de una mujer perteneciente a la casta brahmana, cuyo nivel de santidad es mayor, pero cuyo nivel de riqueza es mucho menor que el de la casta Anak Agoeng. Fui en procesión con unas cuarenta mujeres Anak Agoeng, todas vestidas de seda y brocado, el pecho bien ajustado por bandas y los hombros desnudos, quienes sostenían con elegancia la cola de sus vestidos y llevaban masas de flores en el pelo. Cuando llegamos nos instalaron a todas juntas en una galería desde donde no alcanzábamos a ver casi nada, mientras las damas que nos visitaban se dirigían a nosotras en el idioma más refinado. Entretanto los grupos de mujeres brahmanas permanecían sentadas en otros lugares elevados, los hombres brahmanes se entretenían entre ellos y los sirvientes, sucios y mal vestidos, con pesados rollos de tela en la cintura y el pelo enmarañado, iban de un lado a otro distribuyendo comida y ofrendas. Por fin el cadáver de la mujer muerta hacía quince días fue pasado por encima de la valla y arrojado dentro de un pequeño terreno privado y otra vez fue cremado, con el acompañamiento de la orquesta real, pero a esta ceremonia no concurrió gente del pueblo que no fuesen servidores de la familia. Mucho tiempo antes de encenderse el gran toro de la cremación, las señoras nos levantamos, obedeciendo a una indicación y regresamos a casa. Siete

horas de permanecer sentadas sobre los talones, fumando cigarrillos de canela y bebiendo un refresco hecho con rábano... Invito a cualquiera a que pruebe tal experiencia.

Cuando llegó el Regente, tres servidores se arrastraron por el suelo a su encuentro, el primero, con una bandeja de plata que contenía dos vasos y un sombrerito tejido, el segundo, con un coco cortado en dos, también sobre una bandeja y junto a un sombrero y el tercero, con hojas de betel. El Regente enjuagó los vasos con jugo de coco y en seguida me ofreció de beber en el vaso que estaba decididamente limpio. Seguidamente comenzaron a desplazar el cuerpo de la muerta y todas sacamos los pañuelos y los agitamos. Por fin una gruesa dama Anak Agoeng me pasó la esencia de una flor blanca cuyo aroma es muy intenso, lo cual era una osadía, pues este aroma provoca al Regente dolor de cabeza.

Uno de nuestros principales motivos para ir a Bangli era tener otra vez acceso a algunas carreteras que nos permitiesen realizar varios trabajos de encuesta rápidos en automóvil. Nuestro chófer era Bagoes, uno de los hombres más hermosos de Bali y un músico de primera calidad. Es propietario de una casa en Bali del Sur y de otra en Bali del Norte y en cada una de ellas tiene una mujer. Además, es dueño de una orquesta completa en la cual toca el primer tambor, y de dos grupos de bailarinas. Conduce su propio automóvil para siete pasajeros, que nunca se descompone, con despreocupada elegancia y maldice a los cerdos, pollos, perros y ciclistas sueltos por los caminos con un entusiasmo que nos llena de placer. Es tan simpático, que está acostumbrado a ser el centro de la atención entre los europeos. Al principio la vida resultó un poco complicada porque, como cabía suponer, Madé, discreto, modesto, incurablemente serio y adorable, es el centro balinés dentro de nuestro grupo familiar y por esta razón, Bagoes, cuando no estaba conduciendo el automóvil, se mostraba malhumorado.

Resultó un grupo difícil en general. Nora apenas llegó a estar un mes en Bali, pues debió volar de regreso a Inglaterra. Teníamos mucho trabajo que hacer. El personal consistía en Madé, Bagoes, nuestros dos salvajes montañeses. Ngemboet y Moederi, el pequeño Sambeth, encantador con su flor detrás de la oreja, quien estuvo a punto de perder la sensatez ante el halago de ser tratado como un jovencito hermoso, en lugar de un adulto serio y no muy eficiente, Meregeg, nuestro apuesto camarero de Oeboed, que vino a preparar sopas y postres (dos de los puntos débiles de Ngemboet) y un gigante grande y tonto de Bangli que parecía formar parte de la casa, con su esposa, que preparaba hermosas ofrendas cada vez que las necesitábamos para llevar a algún templo o a alguna sesión de danzas. Además debíamos mantener una activa vida social con todos los Anak Agoeng, el comercio con los vendedores que venían en masa a vender telas y tallas en los escalones de nuestra galería y por fin, aunque menos importante, el contacto periódico con los europeos, siempre lo más molesto en los trópicos. En Bali circulan los chismes como en todas partes, pero todo se expresa en términos artísticos.

Realizamos gran cantidad de trabajo y volvimos a Bajoeng convencidos de que era preferible nuestra montaña, con su clima fresco, sin visitas y sin automóviles, aunque los pobladores fuesen hoscos, viviesen asustados y vistiesen harapos. Por lo menos, los conocemos y podemos proseguir nuestros estudios sin sobresaltos, prisa, *prima donnas* o Medicis.

26 de diciembre
Día después de Navidad

Hace aproximadamente una semana descubrimos lo que quiso decir Madé al hablar de «ocuparse de la Navidad». Había leído acerca de ella. La costumbre aquí es que los extranjeros ofrezcan regalos a los bali-

neses para Galuengan, quienes los retribuyen para Navidad o para el Año Nuevo chino. Descubrimos que nuestro personal había encargado la preparación de una ópera. El día de Nochebuena comenzaron a disponer los decorados. Colocaron junto a nuestros portones grandes estandartes de diez metros de altura con colgantes recortados en forma de campanas. Cada pilar estaba envuelto en hojas de palmera y adornado con flores diversas, malvas y flores de las palmeras de la región. Los muchachos que nos sirven aparecieron a la hora del desayuno, vestidos con su mejor ropa, con flores en los turbantes, y el rostro lleno de sonrisas, para repetir «Feliz Navidad» con distintos grados de aplomo. Madé había escrito un poema en honor de la madre de Gregory. Tiene nueve estrofas, de las cuales la mejor es, quizá, la siguiente:

Njonjah Biang todos te queremos
Mas no sabemos cómo demostrártelo
Sólo Dios lo sabe y probablemente te lo dirá
Si no es durante el día, en uno de tus sueños.

El día de Navidad por la mañana, una vez terminados todos los decorados, hicieron explotar paquetes de cohetes, colocaron un sahumador con incienso en el templo, para mantener alejada a la lluvia, y pusieron ofrendas en el templo de familia. Luego tocamos el fonógrafo. Ayer lo escuchamos por primera vez. Está instalado en nuestro templo familiar y dos hermosos paraguas chinos de papel lo cubren como si fuera un dios. La gente se congregó a escucharlo en el mayor silencio y sin que nadie la llamara. Permaneció concentrada mientras sonaba la música poco familiar, y más tranquila y locuaz cuando tocábamos música balinesa.

La verdad es que llovió, a pesar del incienso, y tuvimos que representar la ópera en el comedor. Era una hermosa historia. Había tres reinos. En uno había una princesa. La madre de la princesa pensó que su hija

tenía edad para casarse. La madre fue, pues, al segundo reino y pidió al joven rey que se casase con su hija. El rey no tenía ganas de casarse con ella. (Estoy citando las palabras textuales de Madé.) No es habitual en Bali que una mujer proponga matrimonio a un hombre. Entonces la madre fue a otro reino. Ese rey accedió a casarse con la princesa. Se casaron siete días más tarde. E hicieron una cometa colocando sus retratos en ella con la siguiente leyenda: «Al Rey (el que se negó a casarse con la muchacha): Este es el retrato de la mujer que se ha convertido en la mujerzuela del Rey Número Dos». Ahora bien, el Rey Número Uno había remontado su cometa que derribó al otro. Vio el retrato de la muchacha. Era muy hermosa. Dijo que no volvería a su palacio hasta que la conquistase para sí. Obtuvo para ello una poción de amor, se casó con ella y regaló su hermana menor al Rey Número Dos. Eso es todo.

Bajoeng Gedé
2 de mayo de 1936

Ha corrido una inmensa cantidad de agua bajo el puente desde mi último boletín. Sucesos más notables, 1) La aldea nos ha acogido en su corazón (¿O es «corazones»?). Ahora formamos parte de ella y nos tratan con una cordialidad suave y sin formalidad, norma que rige entre quienes son miembros de la aldea. 2) Hemos comenzado a tomar fotografías en gran escala, utilizando película sin cortar y revelándola nosotros mismos, de tal manera que la fotografía juega un papel mucho más importante en nuestros estudios y requiere alrededor de un tercio de nuestro tiempo. 3) Volvieron Jane y Colin McPhee y se instalaron en Sajan. Hay comunicación constante con ellos, hecho que añade, por así decir, una dimensión adicional a nuestra vida. 4) Vino la cosecha del arroz y pasó, y con ella Bajoeng se sumergió en una orgía de actividades rituales. Día tras

día tuvimos fiestas aquí, allá y en otros templos hasta ahora desconocidos, hasta que todos caímos extenuados.

Estos festejos febriles se deben, en parte, a un período bendito de cuarenta y dos días en el que nada sucedió por el hecho de que un muchacho hubiese tenido relaciones amorosas con su abuela titular, prima, además, en segundo grado. Ambos fueron desterrados a la «tierra del castigo» y la aldea se consideró «impura» durante cuarenta y dos días, en cuyo período no fue posible recoger ninguna ofrenda, bailar, o aun practicar las danzas. *Nosotros*, en cambio, logramos ponernos un poco al día en nuestro trabajo, pero la aldea se retrasó con su calendario y ha desplegado una actividad intensa desde entonces. El gobernador general de las Indias Holandesas estuvo en Bali hace dos semanas y ofreció una recepción en un día de fiesta importante de los balineses. Antes de partir de Bajoeng presenciamos una ceremonia para la construcción de una nueva casa, una ceremonia para trasladar un templo familiar, una ceremonia para la fiesta de los seis meses de un niño, una boda y otra ceremonia de perforación de orejas. Seguidamente partimos a casa de Jane para embutirnos en nuestras galas saturadas de olor a alcanfor.

En esas circunstancias los dioses de la aldea contigua a la nuestra decidieron venir a visitarnos. Se trata de una aldea fundada recientemente y poblada por inmigrantes de las inmediaciones de Bangli. Estoy segura de que los dioses respectivos no tienen relación alguna entre sí, pero uno de los sacerdotes cayó en estado de trance y fue poseído por una diosa de la aldea vecina que afirmó que su propia madre vivía en esta aldea. En vista de ello todos los dioses de Katoeng, con toda la población y todas las bailarinas vinieron aquí y permanecieron tres días. Por nuestra parte, nos pusimos nuestras mejores ropas, ofrecimos nuestras ofrendas más altas y tratamos de que nuestros niños no jugasen entre los pies de las bailarinas, como suelen

hacerlo cuando bailan las «bailarinas de la guerra». Nuestra vidente también cayó en estado de trance e interpretó a la madre de la diosa, mientras que el sacerdote de los visitantes representó a la hija. Todo resultó de sumo interés y hubo una numerosa concurrencia.

En medio de todo esto, nuestro experto en fechas, Djero Baoe Tekek, decidió que sería un gesto elegante que Bajoeng y Katoeng compartiesen un templo que estaba semicubierto por la maleza en el bosque, tal vez desde hacía siglos, aunque nadie lo sabía. A veces algún muchacho que en busca de una vaca se había alejado hacia el bosque salía corriendo de allí al verse frente a unas estatuas de piedra. Una vez por año se colocaban ofrendas en el borde de la selva. A la mañana siguiente de la partida de Katoeng. Madé nos despertó con la noticia de que se había iniciado la construcción de un nuevo santuario. Nunca habíamos oído hablar de las estatuas de piedra. Lo único que sabíamos era que existía un templo donde hacían ofrendas las gentes que tenían cultivos en el sector oeste y que una vez, un hombre que excavaba en las inmediaciones encontró una chapa perteneciente a un instrumento musical de hierro. Debido a que la placa de nuestra aldea, la número 13, había desaparecido durante el gran terremoto de 1917, ahora guardaron con todo cuidado esta nueva placa en una caverna y no dejaban de golpear solemnemente sobre ella en las ceremonias sagradas.

Fuimos a pie hasta Peloedoe, la pequeñísima aldea hacia el oeste donde está la gente que no puede vivir con el nivel exigido en Bajoeng. Seguimos al grupo reducido de hombres con cuchillos de monte, a un sacerdote con unas pocas ofrendas de menor cuantía y a un número de niños. Avanzábamos con cautela, porque los bosques son enmarañados y están llenos de ortigas. El sacerdote se arrodilló y depositó la pequeña ofrenda sobre el musgo, al pie de un árbol. Los miembros de la partida se instalaron a saborear, llenos de cordialidad, una enorme fruta semejante a la del árbol

del pan. Después de rezar, el sacerdote cortó las primeras enredaderas, y los demás lo imitaron. Yo permanecí sentada con los niños, sin prever ningún acontecimiento especial. Estaban todos limpiando el terreno para levantar un santuario. De pronto, una de las niñitas susurró: «¿Tigres, tigres? Dicen que el dios de este lugar suele cabalgar en ellos...» Esta fue su rápida interpretación de los comentarios de los hombres que habían descubierto la estatua de piedra de un tigre. Después aparecieron figuras humanas esculpidas con gran realismo y una cabeza de piedra, arcaica y tallada muy plana.

Los hombres contemplaban estas figuras de dioses tan antiguos, indiferentes al hecho de que datasen de veinte o de dos mil años. Comentaron el carácter extraño de una cabeza sin cuerpo. Alguien intentó levantar el segundo tigre, pero carecía de patas. Otro dijo que éste debía ser el templo original cuando Peloedoe era una gran aldea, hace mucho tiempo. Sólo Madé mostraba entusiasmo. Había ido al cine. Estaba familiarizado con las excavaciones. Con gran vehemencia me dijo al oído que la cabeza tenía aspecto de ser egipcia. Con aire de estar muy impresionado iba de un lado a otro, al reconocer que se trataba de un momento histórico. La gente de Bajoeng, por el contrario, mostró mayor interés en un panal de avispas que hallaron debajo de una piedra. Estaban de acuerdo en cuanto a la posibilidad de encontrar otras figuras si excavaban en otros lugares y, si Dios se lo indicaba, excavarían. Por ahora, aquello era suficiente. Se sentaron, pues, en la sombra y bebieron una bebida muy picante. Djero Baoe comentó que nadie sabría qué día convendría celebrar la fiesta, hasta establecer quiénes eran los dioses que habían habitado el lugar. Después volvimos a la aldea. Tal vez —nadie lo sabe por ahora— la cabeza tenga mil años, pero de momento es tan sólo otro fragmento sagrado más en un templo cualquiera de Bajoeng.

Hace casi once meses que estamos en esta aldea y

hemos dado una vuelta completa al calendario. Los bebés que vi nacer están caminando. Las muchachas que se casaron durante nuestra permanencia no tardarán en ser madres. Se han levantado nuevos muros, se ha hecho una nueva distribución de tierras del templo, el arroz está guardado en los graneros y el maíz en los silos. La Diosa del Arroz, Batari Seri, es una figura muy antigua, pero la han cortado en dos: Batari Seri con una clase de pelo para el arroz y con otra clase para el maíz, de reciente introducción. Pero nadie está enterado de que una diosa es reciente y la otra antigua.

Lo único que no ha ocurrido es el nacimiento de mellizos y el desmoronamiento del tejado del sumo sacerdote. Nos hacen falta los dos hechos. Aquí el sacerdocio es simplemente la cumbre de la condición de ciudadano. Si alguien vive lo suficiente y si la propia mujer sobrevive y si el hijo menor no se casa y si todavía no se es abuelo, se convierte en sumo sacerdote. Aproximadamente en ese momento hay una gran ceremonia y se invita a un dios «que es peligroso» a vivir en una casa nueva. Más tarde aún, el dios se retira y vive con alguien de menor rango. Entonces, cuando se desmorona el techo, se celebra otra ceremonia y se va a vivir personalmente a la casa abandonada por el dios. Para entonces se es tan sagrado que está permitido vestirse de blanco. (Creo que este párrafo no me ha salido muy claro. El problema que me llevó a usar un estilo impersonal es que los sacerdotes pueden ser de uno u otro sexo.) Por el momento no contamos con nadie tan sagrado en la aldea y no sabemos cómo sería tenerlo. No dan resultado las maquinaciones elucubradas en teoría para que se pudran las sólidas tejas de bambú del tejado del sacerdote.

La casa está tan repleta de niños como pude haberlo deseado alguna vez. He persuadido a las niñitas de que dibujen y Sambeth se ha convertido en una artista notable, cuyos dibujos adornan las paredes cubiertas de musgo, cortadas en relieve, así como prácticamente

todas las casas de la aldea. Todo esto, sin embargo, me deja cada vez menos tiempo libre para escribir.

En la jerga local de Bajoeng y sin recurrir a frases alambicadas: «Dejándote».

Bangli
1 de julio de 1936

Estamos en Bangli, significa que, después de los últimos meses en Bajoeng, es como haberse mudado directamente al cielo. Me refiero, sin duda, a la versión balinesa del cielo, ya que el infierno se encuentra ni más ni menos, en la misma localidad. Así pues, es posible que en cualquier momento debamos meternos en un automóvil y asistir a quince ceremonias a la vez, hacer compras en Den Pasar y por último ver a turistas, o bien reconocer los rastros dejados por los turistas en las casas y en la paciencia de nuestros amigos. Por ahora, no obstante, estamos tranquilos.

Nuestra princesita y a la vez patrona está construyendo una casa para el único miembro masculino de la familia y además entretiene a una sacerdotisa brahmana tocando sin cesar discos de música china que, por suerte, nos llegan bastante atenuados a través de la pared. La luna llena ha pasado ya, y durante una semana o dos no habrá fiestas, a menos, por supuesto, que asistamos esta noche a la representación de hechiceras en Blahbekioe, donde se viste a todas las estatuas de piedra de Rangdas con gorros de dormir y delantales, quedando así los cuerpos de piedra casi ocultos bajo ese aspecto de decoro. Anteayer, cuando volvíamos de Sajan, vimos los Rangdas vestidos de esta manera. La danza de las brujas tendrá lugar esta noche. Puede suceder, no obstante, que no consigamos un automóvil.

Nos dedicamos a redactar y traducir textos con Madé, a catalogar y clasificar fotografías para estar preparados a trasladarnos al hogar de los pintores con los que pensamos convivir dentro de unas tres semanas. De vez en cuando ponemos el fonógrafo para nuestro propio

placer. No tienen una idea de lo divertido que nos resulta. Si estamos en Bajoeng, quince minutos después de apoyar la púa sobre el disco, comienza a congregarse la multitud, con esa expresión firme de «es nuestro derecho divino», parte de la hermosa actitud de los balineses frente a las artes y capaz, por otra parte, de llenarnos la casa hasta el último hueco.

Aquí, en cambio, nadie entra con tanta naturalidad dentro de un palacio. Los Anak Agoeng nunca han apreciado los derechos del hombre común y debemos ocultarnos bajo el manto de sus hábitos aristocráticos. Además, en medio de esta paz, comprobamos el esfuerzo que implica residir con concienzudos fines antropológicos en una aldea nativa de quinientos habitantes, pues cada palabra, gruñido, rasguño, dolor de estómago, cambio de ropas, canto espontáneo en medio del sendero y chiste lanzado a través de una pared divisoria es *pertinente*. No existe un hecho del cual podamos decir: «Bien, no tengo que ir ya a ninguna otra fiesta de nacimiento», o «Ya sé cómo funciona ese género de ceremonia». Cada una es diferente, en cuanto al comportamiento de los participantes se refiere.

A veces creo que lo más difícil es la consabida tarea diaria. En otros términos, saber perfectamente que tenemos que curar esa herida desagradable, que el viejo con disentería deberá ser visitado, que Pindet piensa elevar ofrendas por su bebé mañana temprano, de modo que tiene que estar levantado a tiempo, que ésta es la fase sin luna después de dos meses sin que se haya registrado una sola muerte y por lo tanto, el consejo de la aldea se reunirá en el sur y no en el norte —y debemos registrar el rito hoy mismo, porque puede no volver a repetirse—, que Gregory tiene que cortar película hoy, pase lo que pase, porque se ha usado ya toda la que teníamos cortada y es necesario preparar más solución de argirol y de hexilresorcinol.

Otras veces creo que lo que nos cuesta más trabajo encarar es lo *inesperado*. La herida seria que aparece inmediatamente después del almuerzo, cuando dar me-

dicina es tabú. O bien, cuando estamos por dormir la siesta y viene una vieja que, por ser demasiado santa para pisar nuestra galería con sus desagües de bambú que gotearían sobre su cabeza, se siente con derecho a entreabrir una de las persianas de nuestro dormitorio y pasarnos por allí su regalo, un ananá, o bien pedirnos una banda elástica para su nieto. O la ceremonia sobre la cual nadie nos avisó, pero a la que hay que asistir, o el llamado de una madre con su hijo que no hemos observado desde hace un mes y por lo tanto, exigen media hora de observación y de fotografías, o bien los muchachos que comienzan apenas a tallar y sienten tanta timidez que llegan sigilosamente a la casa, como un par de asesinos, rascando la puerta para que los dejemos entrar, hasta que aceptamos sus trabajos, o, en fin, la mujer que llega y se apoya en mi mesa cuando estoy tratando de dar sentido a una serie de notas escritas con tanta prisa que si no las paso perderán significado. Mas ella es una informante tan buena que tampoco *puedo* ignorarla.

De todos modos, siempre llega un momento en Bajoeng en que postergamos el acto de levantarnos por la mañana, corremos a acostarnos a dormir la siesta después del almuerzo y hasta sentimos cierta aprensión en cuanto al riesgo de permanecer levantados más tarde de las diez de la noche. La cama es nuestro único refugio. Pero es un refugio a medias, ya que hemos dado orden a todos de que nos despierten si llega a ocurrir algo importante.

4 de julio de 1937

Bangli sigue apacible.

Asistimos a la representación de brujas. Contábamos con presenciar una función larga, que debía terminar con los hombres en trance atacando a Rangda, la bruja enmascarada, con sus *krises*, pero, comenzó a llover. La multitud, con sus delgadas vestimentas, se amontona

y se estremece bajo una llovizna fina, resistiéndose a retirarse de la función. La orquesta no puede soportar tener que dejar de tocar mientras haya gente allí y mientras la orquesta sigue tocando, las bailarinas, con sus magníficos atavíos, siguen bailando. Por fin la lluvia pasa a ser un aguacero torrencial, todos corren a protegerse, las bailarinas se cobijan bajo paraguas que bordean el escenario y la orquesta se detiene. Al cabo de tres minutos alguien grita, esperanzado: «¡Endang!» el buen tiempo que sigue a la lluvia. Todos volvemos entonces y permanecemos contemplando la función unos quince minutos más, bajo la llovizna, mientras las danzas se realizan cada vez con mayor cantidad de barro. Vuelve a llover fuerte, repetimos el proceso de retirarnos y de volver. Esto se prolonga durante una hora y media, hasta que por fin vemos a las bailarinas, agitando sus tocados de oro bajo la luz débil, alejándose hacia sus casas bajo los paraguas y bajo la lluvia. Sólo entonces nos convencemos de que es inútil, y también volvemos a casa.

Fui a visitar a la Sacerdotisa que está de visita en la casa de al lado. Me ofreció un trozo de carne de búfalo seca y me preguntó si en mi país hay rinocerontes, porque tiene mucha necesidad de un trozo de este animal, si es posible, carne, aunque un colmillo también serviría. Nuestra princesita intervino, preguntando: «¿Cuándo vuelves a Bajoeng?» Le dije que dentro de siete días y ella señaló: «No puedes, porque habrá una gran fiesta de cumpleaños aquí, en el Palacio del Oeste, y no tendremos otra en un año porque no hay más niños.»

Le expliqué a mi vez: «Pero hay una fiesta especial de muertos en Bajoeng, que yo nunca he visto.» Con aire muy firme, la princesa me dijo. «Bien, debes elegir.» Imagínense tener que decirle al duque que prefieren ir a la fiesta del pastor de cabras, y podrán comprender la situación. Así, después de haber estudiado bien las fechas, mostrando el grado de ansiedad requerido, decidimos por fin que enviaríamos a Madé

a una fiesta de muertos más próxima para que hiciera buena parte del trabajo preliminar, permitiéndonos estar preparados para los demás acontecimientos, además enviaríamos a Ngemboet delante de nosotros con el camión, para que arreglara lo referente a su huida para casarse, que debía tener lugar apenas terminada la fiesta de muertos por la abuela materna de su novia; después de oscurecer viajaríamos allá y dormiríamos en Kintamani (por ser nuestra carretera demasiado peligrosa para circular por ella en automóvil de noche), al día siguiente, nos levantaríamos al amanecer y podríamos complacer tanto a la princesa como a nosotros mismos.

Cuando tengamos que asistir a tres acontecimientos —en Bajoeng, en Bangli y en Batoean— las cosas resultarán peores aún. Claro es que siempre podremos separarnos en tres grupos, como debimos hacerlo el día antes de partir de Bajoeng, cuando hubo tres casamientos importantes, además del de Moederi, en dos de los cuales la novia sollozó y en el tercero, lloró el novio. La teoría general, es, sin embargo, que un hecho observado en forma simultánea por tres personas es mucho más revelador que tres hechos observados respectivamente por una sola persona. Para observar una ceremonia en Bali del Sur que nunca se haya presenciado, aun cuando se conozca a todos los presentes se requiere un mínimo de cinco personas, ya que suele haber un pequeño rito desarrollándose detrás del portón, mientras otro tiene lugar debajo de la cama, otro en el templo familiar, y así sucesivamente.

Sea como fuere, hemos terminado el año ceremonial en Bajoeng. Esta fiesta de muerto es la misma que presenciamos el día siguiente de nuestro arribo a Bajoeng, antes de que conociéramos a nadie. Ahora tenemos intención de volver periódicamente para seguir observando cómo crecen los niños, los nuevos nacimientos y matrimonios, revelando nuestras películas con la fresca agua local y relacionando trozos de información que hayan quedado desconectados. Con Bangli como base, donde es posible lograr que nos laven la ropa y vivir

en relativa paz, pensamos ir y venir a Batoean, donde está situada nuestra nueva casa, en el centro mismo de un patio rodeado por un muro y habitado por una familia brahmana. Batoean en una ciudad grande, de unos tres mil habitantes, si bien los pobladores están diseminados a lo largo de angostos senderos. No hay mercado, ni tampoco grandes palacios, recinto de danzas o pistas para peleas de gallos como en Bangli. Allí trabajaremos, en primer término, con la docena, aproximadamente, de artistas cuya obra hemos estado coleccionando.

Batoean
1 de setiembre de 1937

En este momento vivimos en tres lugares y todo lo que necesitamos en materia de papel carbón, apuntes, y demás, está invariablemente en una de las casas en que no estamos, o tenemos sólo película supersensible cuando la que necesitamos es de otra clase, o bien todo nuestro polvo de salicilato está en Bajoeng. Es una vida complicada, desconcertante y tal vez agitada en grado excesivo. Lo único que la hace posible es que algunas de las cosas que deberíamos hacer o presenciar en uno u otro de nuestros puntos de residencia no tienen lugar.

En Bajoeng la casa está fielmente guardada por un extraño hombre de casta elevada, muy introvertido, que abandonó su aldea y vino a vivir con nosotros. Tiene un caballo que le hace compañía. De pronto, pocas horas después de haber llegado a Bajoeng, advertimos ese caballo en el patio frente a nuestra casa, junto al cobertizo donde se guardan los xilofones de bambú. Ahora nos es posible prepararnos para salir de Bajoeng en media hora; durante una visita de tres días, allí sacamos 600 fotografías, revelamos 1.500, cubrimos tres ceremonias importantes, tomamos más fotografías a quince bebés para registrar su desarrollo actual y cura-

mos a la mayoría de estos mismos bebés de serias afecciones oculares, sarna o disentería. Después vamos a Batoean.

Bangli —el palacio, como recordarán— proporciona un refugio para los trabajos que requieren espacio y tranquilidad tales como catalogar y fotografiar un gran número de pinturas o bien desplegar un centenar de marionetas para estudiarlas. Resulta, asimismo, un lugar confortable cuando se está enfermo. Uno de los muchachos acude allí a ocuparse del lavado y del planchado, ya que las condiciones de nuestra vida en Batoean no ofrecen el mínimo de espacio indispensable. Trasladarse de Batoean a Bajoeng lleva unas dos horas y a Bangli, una. Mandamos a la mayor parte de nuestros servidores en autobús y nosotros llevamos los elementos esenciales en automóvil. Aun sin trasladar provisiones o ropa extra, lo que debemos llevar llena el automóvil: tres máquinas de escribir, tres lámparas, una caja a prueba de humedad con todo nuestro material fotográfico, un trípode, abrigos e impermeables, un pequeño botiquín y un filtro. Aparte de esto debo estar al corriente de los días en que hay mercado, pues de lo contrario, puedo llegar a destino y encontrarme sin alimentos. A veces no es necesario llevar patos y gallinas y legumbres de un punto a otro. Además, las comunicaciones por autobús entre los diversos poblados son posible sólo en determinados días y también debo tenerlo presente. Un error en las fechas y nuestros servidores no aparecen, o bien no hay comida, o bien hay que gastar dos o tres dólares más en un viaje adicional en automóvil.

Hablaré ahora de Batoean. Nuestra casa es un pabellón con una serie de cortinas de paja enrollables, que permiten protegerse del sol o del viento proveniente de cualquier punto y que nos confieren bastante aislamiento de la vista de los demás. Como todo está abierto alrededor, los balineses pueden aproximarse desde cualquiera de los lados y es posible fingir no reparar en ellos. La casa tiene acceso por un escalón relativamente alto sobre el suelo y el interior es amplio y con

techo bien alto. Tenemos allí una enorme mesa alta en cuyo borde yo escribo a máquina y Sambeth coloca sus utensilios para servir nuestras comidas. Después tenemos una mesa más baja, que durante el día nos sirve como sofá y también donde los niños se instalan el uno junto al otro a dibujar. Por la noche, los sirvientes sacan un colchón del depósito y la mesa baja se transforma en cama. Entre la mesa alta y la baja hay un archivo muy alto de metal, lleno de carpetas con la colección de pinturas balinesas, que requiere toda la fuerza de Gregory para cambiarlo de lugar. Siempre estamos metiendo y sacando carpetas de este archivo para estudiar las obras de algún artista, guardar una obra nueva o bien compararla con el trabajo hecho antes por un artista en ciernes o por un artista en potencia, y así sucesivamente. Tenemos, en fin, cinco cajones, en los cuales se sienta la gente, dos sillas con respaldo recto y dos sillones de lona. En éstos nos sentamos, quedando un poco más bajos, pero más confortables que nuestros invitados de alto rango.

Por el momento —estamos a media mañana— Gregory está tomando dictado de un miembro sumamente elegante y lánguido de la casta Kesatrya que acaba de traer una serie de pinturas en diferentes fases de su ejecución, para que las fotografiemos, y una terminada para vender, cuya historia está registrando Gregory en la máquina de escribir. El hombre está sentado en un banquito de campamento, como corresponde a su rango. A sus pies hay tres muchachos más jóvenes y nuestro Sambeth, quien escucha la historia. Sobre la «cama» están distribuidos seis niñitos, mi club de dibujo infantil, con un trozo de madera delante para dibujar en ella. Hay un niño de casta inferior, un Brahmana, un Kesatrya, dos Brahmanas más y otro Kesatrya, todos sentados en hilera porque cuando se trata de arte, todo trabajo se ejecuta en un mismo nivel. Unos siete niños más, de diversas castas y edades, están sentados en el lado opuesto, mirando desde lejos a los que dibujan,

ya que se les ha prohibido que se acerquen y molesten a éstos.

En la otra casa, a medias cuarto oscuro y a medias almacén, Madé está en la pequeña galería, sentado ante una gran mesa, escribiendo a máquina. Hay cinco personas sentadas sobre la mesa, por ser todos de casta superior, mientras que él mismo está sentado en un taburete. Con mucha autoridad obliga a estos miembros de casta superior a que le digan lo que necesita saber para el texto que está escribiendo. En un rincón, entre la Casa Grande y la cocina familiar, nuestros muchachos tienen un cobertizo abierto de unos dos metros por tres. Allí el cocinero cocina, Madé escribe a máquina cuando nosotros dormimos y merodean unas veinte personas, sin que nadie moleste a nadie y sin que nuestro té tenga sabor de cebollas, nuestra sopa olor a queroseno o la salsa a aceite de máquinas. Cómo se logra, no lo sé.

La familia en cuyo patio vivimos consiste en el padre, de unos cincuenta años, un brahmán, y en su mujer de casta inferior, quien todos los días sale a trabajar en la cosecha y vuelve a casa con un manojo de arroz. (Sumamente útil, tener una mujer de casta inferior.) Tienen cinco hijos. El mayor tiene la intención de ser sacerdote brahmán, o *Pidanda* y para ello se ha casado con una mujer brahmana. Tienen un hijito de unos cinco años. Después vienen los hijos menores, un hijo de unos veinte años y otro de catorce que pintan, una hija de unos dieciséis cuya ocupación principal es llevar ofrendas y un varoncito de seis, presidente de mi club de niños dibujantes. Papá encabeza el Club de Danzas Clásicas, que comenzará a ensayar aquí muy pronto. El hijo mayor, cuyo nombre es Dice y que es inquieto e inteligente, un equivalente algo menos feliz de Nang Oera, nuestro informante más fidedigno en Bajoeng, es secretario del *Proebakel*, jefe de la aldea y por este motivo la gente va y viene todo el día a tratar asuntos locales.

Dentro de tres semanas debemos celebrar una cremación aquí y el templo familiar está ya ocupado por una

pila de leña, mientras las mujeres permanecen despiertas por la noche, confeccionando toda clase de siluetas recortadas de hojas de palma duras. En el centro del patio hay una pila de quinientos cocos. Detrás de nuestro cuarto de baño hay un muro y detrás de él otro patio donde están los cerdos. Todos ellos fueron rociados con dos clases de agua bendita el día de la fiesta de los cerdos. El patio está, además, sembrado de lugares en los cuales se efectúan las ofrendas. Después de cada comida se llevan cuadraditos de hoja de banana con porciones de arroz y se los deja en estos puntos, junto al portón, junto a la casa donde se entierran las placentas de los recién nacidos, en la entrada del templo familiar, junto a las dos cocinas. Son todas ofrendas propiciatorias a los espíritus malignos.

Si miro directamente hacia adelante en dirección a la Casa Grande, alcanzo a ver a Papá, sentado en cuclillas, escribiendo con un instrumento de hierro sobre una fina hoja de palmera que sostiene en una mano. Está confeccionando una lista de multas para el club del arroz al que pertenece su mujer. Tales son los servicios prestados por los brahmanes, educados y eruditos, a la jactanciosa casta gobernante, los Kesatryas y a las humildes y despreciadas castas inferiores.

Esta familia pertenece a un grupo extraño y anómalo, el Brahmana Boda (Buda). En una época existió el budismo en Bali y unos pocos de sus preceptos —fragmentos de oraciones— han sobrevivido en ciertas familias de la casta de los sacerdotes, situación sumamente contradictoria, si la juzgamos dentro del sistema de castas hindú. Existen dieciocho familias Brahmana Boda en Batoean y forman nuestra pequeña comunidad, a la que seguimos como si fuese una pequeña aldea en sí misma. No es, desde luego, tan autónoma como una verdadera aldea. Los miembros se casan con Brahmanes comunes —Brahmana Shiva— y también con miembros de las otras castas y todos sus familiares y amigos entran y salen de nuestro patio. Lo importante es que nos proporcionan un núcleo de personas conocidas.

En la casa contigua a la nuestra viven dos artistas, uno de ellos, un hombre cuya obra hemos estudiado en forma intensiva, Ida Bagoes Togog (Ida Bagoes es el título con que nos dirigimos a los hombres brahmanes) y en la casa siguiente, hay tres artistas más, hermanos. Es posible ver cada una de las etapas de su trabajo, seguir sus accesos de petulancia o de inspiración, fotografiar sus primeros bocetos, quedarse con uno de estos bocetos con trazado especialmente bueno que no tardará en desaparecer bajo el lineado meticuloso en tinta de la técnica final. Tienden a trabajar en pequeños grupos y los principiantes piden a un buen artista que haga el boceto, que ellos llenan después. Quien termina una pintura es quien la vende como propia y es necesario saber quién dibujó el boceto para poder seguir la evolución, primero, del dibujante, quien puede trabajar para media docena de principiantes, y segundo, identificar el estilo del discípulo. Hace dieciocho meses que estamos coleccionando pinturas, de modo que contamos con un muestrario bastante completo de la evolución de la pintura Batoean y con una selección de pintura individual realizada durante ese período.

Acabamos de presenciar una importante cremación, en la cual participan todas las castas. Sin duda habíamos visto cremaciones antes, pues son uno de los espectáculos de Bali y en su conjunto, resultan bastante fatigosas. Se llega a una aldea desconocida en automóvil, aproximadamente a mediodía. Las carreteras están ya repletas de una multitud de concurrentes, que contribuyen a su vez a transformar estas carreteras en lodazales. Unas diez o doce orquestas diferentes están ejecutando música. Y por fin, por el camino que lleva al cementerio, las altas torres y los ataúdes en forma de animales son llevados por gente que grita, suda, se exalta, se detiene en los arroyos para echarse agua y echársela a los peregrinos. Hay quien se deleita en inclinar en forma peligrosa las torres de seis metros de altura en las cuales viajan el cadáver, o los huesos,

y algún infortunado pariente del muerto. Todo ello se lleva al cementerio, el cual por lo general, exhala un hedor de barro, gente, carne en descomposición, y a veces, cadáveres recientes, y se quema en una serie de hogueras. Las ofrendas están todas pasadas y podridas, pues se las preparó hace días ya. Los pordioseros con sus canastas se congregan allí, tratando de robar lo que pueden del dinero que se destina a las ofrendas. Cada familia se hace cargo de sus propios funerales y es imposible descubrir qué está ocurriendo. Salimos con un olor especial pegado a las narices, extenuados, jurando que nunca volveremos a otra cremación.

Pero estar al corriente de los pormenores íntimos de una cremación es algo muy diferente. En estas circunstancias la cremación del cadáver en sí pasa a ser algo secundario, un simple episodio y de importancia menor. La mayor parte del tiempo transcurre en ritos mínimos y repetitivos, consistentes en bendecir y cubrir los huesos y más tarde las cenizas, en colocar los huesos o las cenizas en hermosas muñecas con grandes tocados en forma de abanico y en trasladar a las muñecas de un lado a otro, como si fueran bebés, en angarillas blancas. Pues los dioses son, en realidad, los hijos de los vivos, y los antepasados y los vástagos una misma cosa. Y peinan el pelo de las muñecas, les dan alimentos, y las adornan con una flor en la cabeza para demostrar que ellas han orado ya. Esto se desarrolla sin interrupción y en distintas versiones. Desplegamos un juego completo de prendas de vestir en una tumba, abrimos ésta y ponemos los huesos dentro de un paquete, mientras la muñeca va a casa a hacer una visita. Después vuelve y la desvisten y la guardan con los huesos. Después la ponen en una sillita y vuelven a cubrirla con los huesos. Más tarde llevamos las muñecas a una casita de imitación en una aldea de imitación en el centro del cementerio y más tarde aún, volvemos a retirarlas y las lavamos con toda la ceremonia acordada a quienes acaban de morir. Vuelven a empaquetarlas, a colocarlas en sillas y a cubrirlas con tapas en forma de canasta,

para que el conjunto tenga el tamaño de una tumba y todo ello vuelve a ser cubierto con ropas. Es un interminable desmembramiento del cuerpo, un continuo reducirlo a espíritu y materia y volver a combinar sus elementos. El último día las cenizas están otra vez en las muñecas, junto con los huesos, que por fin han sido machacados hasta ser convertidos también en cenizas. Entonces las muñecas, vestidas con sus ropas, son llevadas al mar en pequeños palanquines decorados en colores vivos y al llegar allí, cuando aparece la luna, los portadores se lanzan corriendo hacia el mar y las arrojan en él.

Más tarde. Es de noche y hay sólo dos personas aquí. El principal de nuestros artistas está dictando sus sueños en el otro extremo de la casa, sueños de los cuales nos ha dibujado ya imágenes fascinantes.

Pasamos el poco tiempo libre de que disponemos preguntándonos si cometimos un error al subir a las montañas, donde los pobladores padecen de hipotiroidismo y además de ser hoscos, se muestran asustados y donde la cultura es tan primitiva e inarticulada. Con todo, el año pasado en las montañas nos ha proporcionado un plan básico sobre el cual trabajar y el conocimiento de la lengua y del estado de salud de la gente, en lugar de la languidez que nos hubiera embargado en un año transcurrido en Bangli. Nos ha dado, además, los antecedentes de fondo que nos permiten juzgar a estos nativos como seres simpáticos e inteligentes y aceptar de buen grado la calidez y el aplomo que despliegan los miembros de las castas superiores. Para Madé ha significado una formación de incalculable valor. Hace un año nunca se habría atrevido a encarar una ceremonia cuya descripción por escrito se extendiese unas cincuenta páginas. Es tan tímido y tan bondadoso que le llevó un año de contacto con la gente de las montañas afirmar su propia personalidad. Sin embargo, cuando pienso en el trabajo realizado allá, en la eterna lucha contra el recelo y el temor, en el proceso de atraer imperceptiblemente a cada uno de los niños, mientras

que aquí acuden en tal número que, en definitiva, sentimos el impulso de dispersarlos, el destino nos parece a veces algo duro con nosotros.

La realidad es que aquí nunca habríamos podido desarrollar nuevas técnicas de estudio. La cultura es demasiado rica y variada. Por otra parte, habría sido comparable a una indigestión por haber comido una cantidad excesiva de pasteles. Hablando de pasteles, para la cremación preparamos 600 unidades de cada clase. Existe un total de 75 clases diferentes, en su mayoría. representaciones en masa coloreada de caras, manos, pies, cebollas, cordones umbilicales, antorchas, escobas, caballos, cangrejos, perros, hojas, armas, y así sucesivamente. Fueron colocadas, en surtidos de 20 a 50 clases, en las diferentes ofrendas. El conjunto era como un arco iris, de colores tomados al azar. No obstante, debo señalar que el número de cada grupo de material incomible pero coloreado era fijo.

Así pues, *Titiang mepamit.*

Pasaje de una carta a Franz Boas
A bordo del *S. S. Maatsuycker*
Durante el paso por el Estrecho de Torres
29 de marzo de 1938

Cuando dije que pensaba ir a Bali usted me dijo: «Si yo fuese a Bali, haría un estudio de los gestos.» Esto es, pues, una de las cosas que tratamos de llevar a cabo. Hemos coleccionado una gran cantidad de material fotográfico, y también cinematográfico, relativo a las actividades cotidianas y también a las más estilizadas, como la danza, la pelea de gallos, la plegaria y las posturas del estado de trance. Tenemos aproximadamente, un millar de tallas pequeñas algo grotestas, que ofrecen infinidad de elementos de juicio sobre la postura y el equilibrio. Tenemos niños, adolescentes y adultos que realizan las mismas tareas. Se trata de un tipo de investigación que requerirá

un profundo estudio analítico cuando volvamos a los Estados Unidos y también mucho tiempo para proyectar y estudiar el material cinematográfico. Jane Belo McPhee y la señora Mershon (quien vive aquí desde hace ocho años) han trabajado extensamente en estudios especiales para nosotros. Con tres secretarios nativos, esto significa que contamos con un registro minucioso, realizado por siete personas, de los hechos significativos. No tengo aún una idea clara sobre la manera de encarar el problema de estas culturas complejas, ni tampoco sobre la validez de diferentes tipos de muestreo. Hemos tratado, no obstante, de hacer este muestreo tan variado como ha sido posible y tenemos, por consiguiente, material que nos permite estudiar una misma ceremonia en distintos puntos geográficos, la serie completa de ceremonias correspondiente a un solo punto o sector y el estudio de actividades como el trance, el teatro y la pintura, que pueden trascender los límites de un tema determinado. Todo el material, películas, pinturas, tallas y notas ha sido enviado al Museo...

Sé bien que usted considera que actúo demasiado tiempo *in situ*, en proporción con el tiempo que dedico a escribir mis observaciones, pero el material Arapesh está ya todo escrito y a juzgar por la velocidad con que se trabaja el Museo, no será publicado antes de 1950... Entretanto, hemos podido aplicar técnicas mucho más depuradas en Bali que las utilizadas con anterioridad, con la consecuencia de que me encuentro bastante desorientada frente a la posibilidad de interpretar los resultados obtenidos sin contar con otro material reunido con el mismo cuidado como elemento comparativo. Nunca comprobé con tanta claridad hasta qué punto mis conceptos dependen del hecho de contar con material de buena calidad para la comparación, material siempre presente en mis reflexiones. El hecho es que no puedo comprar 40 observaciones de un bebé Manu, registradas tan sólo en forma oral, con las 400 hechas sobre un bebé balinés, buena parte de las cuales

son material fotográfico, o bien material combinado de fotografía y discos grabados. Los niveles son diametralmente distintos. Mientras que antes me limitaba a tomar de vez en cuando una muestra de conducta durante un período que alcanzaba para registrar dos páginas escritas a máquina para una hora de observación, actualmente contamos, para un período de tiempo igual, con registros de quince páginas escritas a máquina, doscientas fotografías Leica y unos sesenta metros de película cinematográfica. El registro está tanto más perfeccionado que tengo la sensación de estar trabajando en un nivel distinto a cualquier otro en que me haya desenvuelto con anterioridad. Además, cada vez que he intentado reflexionar en términos de comparación sobre el material balinés, me he quedado atascada.

No disponemos de los fondos ni de las energías necesarias, como tampoco del tiempo, para emprender el estudio en profundidad de una cultura enteramente nueva. Sin embargo, mediante nuestro viaje de estudio a Iatmul, obtendremos el material comparativo en un tiempo mucho menor que el que requeriría una nueva cultura. Conozco bien la región y bastante la cultura. Gregory está enseñándome el idioma en este viaje y desde luego siempre podemos contar con el pidgin, la versión nativa del inglés. El material podrá ser estrechamente relacionado con el de Tchambuli y el de Mundugumor...

Recuerdo haberle preguntado en una oportunidad si consideraba posible trabajar en Indonesia, sin tener un profundo conocimiento de las religiones de la India, las más evolucionadas, y usted dio una respuesta afirmativa. Decididamente esto significa un enfoque enteramente distinto al de los estudiosos en Bali, que todo lo encaran desde el punto de vista del conocimiento del hinduismo y el budismo y ven cada forma religiosa balinesa como una degradación, actitud que les hace perder de vista toda la esencia del problema.

Se suele afirmar que las aldeas de la región montañosa de Bali son casi enteramente diferentes de las culturas más evolucionadas del Llano, pero el análisis revela que

las estructuras básicas son casi idénticas. Nuestros registros de conversaciones entre un sacerdote brahmán y un hombre que quiere casarse con la hija de éste son casi textualmente idénticos a los de conversaciones entre dos nativos de una aldea. Los príncipes reales, tíos y tías, dicen las mismas cosas al hijo de un rajah que los campesinos a sus hijos. En vista de este hecho, una de la tareas que esperamos cumplir es la de establecer pautas básicas sobre la cultura balinesa, en sus líneas fundamentales, sobre las que sea posible incorporar las características variadas en cuanto a castas, nivel económico y diferencias locales.

Apenas nos ocupamos de la literatura, que consiste casi en su totalidad en textos en antiguo javanés y es comprendida sólo en forma parcial por los eruditos balineses. Hemos rozado, sin embargo, los límites de este aspecto cultural en el curso de nuestros estudios sobre los sectores totalmente analfabetos, los parcialmente analfabetos y los aspirantes a un cierto nivel de educación, capaces de captar el significado de una oración en los antiguos libros hechos con hojas de palmera, aunque no puedan traducir literalmente más de la mitad de las palabras que componen dicha oración. Creo que será útil contar con material como éste referente a los aledaños de una vieja y fragmentaria alfabetización, que nos ayude a definir con mayor claridad la diferencia entre pueblos con auténtico lenguaje escrito y pueblos totalmente analfabetos. Resulta evidente que en Bali la literatura ha servido primordialmene para paralizar el pensamiento y para dar una sensación generalizada de inferioridad intelectual.

Hemos compilado ciertas unidades de material que nos permitirán analizar en qué medida puede ser útil tomar como datos culturales el material artístico tradicional y el material artístico moderno y semiestilizado. Para el primer grupo, tenemos una colección muy completa de marionetas para las representaciones de sombras, subdividida en figuras tradicionales, que durante siglos se han copiado sin que se les cambie el menor

detalle, y los personajes de comedia, cuya reproducción es mucho más libre y cuya composición sufre cambios más pasajeros. Tenemos luego una gran colección de pinturas modernas, realizadas en los últimos dos años en un estudio bien difinido, moderno y local, dentro del cual, no obstante, la individualidad del artista juega un papel importante. Además, nos será posible llevar a cabo un estudio de las pinturas sobre tela —Jane Belo tiene una importante colección de ellas y también las tienen los museos holandeses—, las cuales son casi tan estilizadas, sin llegar a serlo del todo, como las marionetas utilizadas en las representaciones con sombras. Yo he reunido una serie de dibujos de niños de la región de montaña, donde no existen formas de arte, del Llano, donde no existe el arte moderno y de nuestra comunidad de artistas, donde existe una floreciente escuela de arte moderno. Con este material esperamos estudiar con éxito la relación entre los símbolos artísticos y los puntos fundamentales de la cultura...

Espero que mi carta no le resulte demasiado extensa. Por lo menos tengo, a través de ella, la sensación de haberle presentado un informe, aunque parcial, de mis actividades.

Aldea de Tambunam
13 de mayo de 1938

Estamos de regreso en Nueva Guinea y sumamente contentos de ello.

La partida de Bali se desenvolvió con toda la organización y protocolo característicos de todo lo balinés. Madé hizo pintar a un artista de Batoean un cuadro de despedida. Arriba, las costas de Bali, con los balineses en actitudes teatrales de pesar y el volcán balinés eructando leyendas de «Adiós y buena suerte» en un elegante trazado de letra cursiva y... ¡en inglés! En el centro del cuadro, un barquito diminuto con nos-

otros dentro de él, todo correctamente dibujado a escala en cuanto a nuestras respectivas alturas (escala que, al extenderse a nuestras respectivas anchuras, me dio a mí el aspecto de una especie de juguete de madera). Yo miro hacia Bali y Gregory mira, lleno de entusiasmo, a los nativos de Papúa que ocupan la parte central e inferior de la composición y quienes nos reciben agitando arcos y flechas y lanzas y proclaman su salvajismo al llevar tan sólo taparrabos y usar peinados inmensos. En una esquina inferior aparece el volcán Rabaul, también eructando la palabra «Bienvenidos». Goesti Madé, secretario de Jane, encargó a su padre una serie de pinturas cuyo tema debía ser el de los bailarines en trance que estudiamos con Jane, pero nos explicó luego con aire melancólico que todos tenían aspecto demasiado juvenil. La verdad es que las caras eran idénticas a todas las dibujadas con anterioridad por el padre de Goesti Madé, el muy dotado Goesti Nojman Lempad.

En Bajoeng, la sacerdotisa preparó una serie de ofrendas de adiós y visitamos todos los templos, mientras que en nuestro nombre el sacerdote principal de la aldea solicitaba permiso a los dioses locales para nuestra partida. Terminamos, por fin, en nuestro propio templo familiar, donde pedimos, a nuestra vez, permiso para partir a nuestros antepasados. (Como, según se afirmaba, ellos estaban en nuestro país natal, toda esta parte resultó un tanto misteriosa.) Finalizada esta pequeña ceremonia, pregunté a Madé: «¿Qué sucederá con este santuario? ¿Dejarán que se pudra?» Madé repuso: «Nang Oera (nuestro mejor amigo en Bajoeng) dice que se lo llevará a su granja», y añadió (al ver que yo mostraba la debida emoción): «Dice que piensa hacer un palomar con él.»

Todo lo que pensábamos dejar en Bali fue clasificado según su utilidad, y confeccionamos al mismo tiempo otra lista de grados de merecimiento referida a los pobladores de Bajoeng. La mañana de nuestra partida, todos quienes habían recibido la notificación

de que debían venir —además de numerosos espectadores y posibles porteadores— se congregaron en nuestro patio. Yo desplegué los objetos de mediano valor en el comedor y di prioridad de elección entre estos objetos a las madres de niños que habían sido fotografiados mucho, según el número de fotografías que se hubiese sacado a cada uno de ellos, más bien que según el número de hijos que tenían. Cada una de ellas entró y se quedó titubeando un poco delante de las almohadas, lámparas, ropas, frascos de vidrio y demás artículos, mientras una multitud de gente con buena voluntad les daba consejos a gritos desde la barandilla de la galería. No se permitió la entrada a ninguna de las mujeres destacadas de la aldea que durante nuestros dos años de residencia se dedicaron a ahuyentarnos de este y de aquel recinto sagrado. Este reparto fue destinado a las mujeres más jóvenes y en estado de impureza. Las otras me dirigían sonrisas amargas, pero a pesar de ellas, me mostré muy firme. Después los regalos más grandes e importantes, los cuatro grandes bidones para agua, los dos colchones, las lámparas de mayor tamaño, fueron entregados a los funcionarios de mayor categoría que nos prestaron siempre colaboración. En último término surgió el tema de la casa, que desde hacía días mantenía a todo el mundo en un estado de gran efervescencia. Constituimos un club integrado por nuestros tres mejores informadores, a cada uno de los cuales le tocó una cuarta parte de la casa y el otro cuarto les correspondió a nuestros servidores, sugiriendo que entre todos la alquilasen a algún artista, si lo hallaban, o bien la derribasen y dividiesen los materiales entre ellos. Esperaba oír, por lo menos de ciertos sectores, algunos murmullos, súplicas, reproches por la ayuda prestada que a su juicio no había sido debidamente recompensada, pero no se pronunció una sola palabra ni se hizo el menor comentario envidioso o malévolo contra nosotros. Los porteadores me instalaron en mi silla-palanquín, pues todavía estaba un poco inválida después de la vacuna contra el paludismo. Todos perma-

necieron cerca, sonrientes, sin mostrar enojo, frustración, ni tampoco profundo pesar, sino de pie allí, en aquella límpida atmósfera de montaña, como podría haberlo hecho un grupo de conocidos que hubiesen compartido la alegría de un picnic y comenzasen a dispersarse. Nang Oera dijo: «Si sólo Karba fuese un poquito mayor, le permitiría ir con ustedes a su país. Njonjah, pero es tan pequeño. Recuérdelo como el niño que siempre se atrevió a acercarse a usted y al Toean. ¡Es un chico único en Bali!» Salimos, pues, de la aldea en medio de una atmósfera, sin lágrimas, pero también sin regocijarnos por el hecho de dejarla, no obstante haber sido esta aldea tan sombría, poco comunicativa y terca que nunca llegamos a formar parte de ella.

En Bangli, el suelo del palacio estaba tapizado de tallas y dibujos que había que contar y embalar —y en medio de todo ello, dos suizos, que sólo hablaban francés, llegaron a pedir informes sobre nuestras tres casas y a discutir, también en francés, el costo de la vida en Bali. Y Gregory, cuya adquisición del balinés había desplazado sus conocimientos de francés, les habló con una inocente fluidez en una jerga que incluía verbos y sustantivos franceses, pero cuyos morfemas eran en su totalidad balineses. Los suizos se quedaron un poco perplejos y con mayores dudas que antes en cuanto a lo que deberían pagar por un automóvil, o cuál de nuestras tres casas convendría alquilar.

Nuestra princesa y patrona me regaló un corte de tela espléndida, con hilos de oro, tejida dentro del palacio y una botella de esencia de flores que pasé a la mujer de Madé, ya que nadie osaría nunca usarla fuera de Bali. En Batoean construyeron un recinto de danza decorado delante de la casa donde habíamos vivido y el Barong bailó en nuestro honor. Por último, Ida Bagoes Teroewe nos regaló un pedazo de un «batik» balinés muy poco común, que fue realizado alguna vez en la aldea de Batoean...

En Boeleleng nos alojamos con la familia de Madé, junto con nuestros servidores y un número de nuestros

informantes de Bajoeng y de Batoean, a quienes Madé tenía obligación de agasajar. Madé ofreció una representación de teatro de sombras, según un estilo que estuvo de moda hace diez años, para que nosotros pudiésemos así partir con una experiencia directa de todas las etapas recorridas por la danza, desde el estilo conservador del sur de Bali hasta el más moderno del norte. Goris, experto en lingüística holandés encargado de los archivos locales de literatura balinesa, nos ofreció un copioso almuerzo, con claveles dispuestos en guirnaldas sobre un mantel blanco, como una tarjeta de cumpleaños, y palomas cantoras, una por persona, como plato principal. Al día siguiente todo el mundo subió a bordo, formando una larga fila para despedirse de nosotros. Como eran casi como miembros de nuestra familia, se mostraron algo más emocionados y tristes que los pobladores de la aldea. Y por último, cuando el barco soltó amarras, Gregory se inclinó sobre un cajón, del cual sacó un libro de notas sobre Iatmul y comenzamos, así, Iatmul.

Madé, quien se había mostrado, cuando lo conocimos, profundamente desinteresado por todo lo que fuese balinés y cuya única ambición era llegar a ser un empleado administrativo en Java, había decidido quedarse en Bali y había contraído matrimonio con una muchacha balinesa, una chica de las montañas a quien conoció en Bajoeng, muy bonita, pero analfabeta y en modo alguno un miembro de la nueva Bali. Para Navidad nos mandó una carta en la que nos decía que había madurado al trabajar para nosotros y que había llegado a apreciar las costumbres y la religión de su propio pueblo. Esto era muchísimo más de lo que habíamos esperado. Siempre supusimos que la educación holandesa había sido demasiado eficaz en el caso de Madé. Espera trabajar como intérprete profesional con viajeros especializados que tengan interés en tener un buen intérprete y en realizar estudios especiales.

Pasamos siete días en Surabaya para hacer reparar todo nuestro material, desde muelas hasta cámaras foto-

gráficas. Era el Año Nuevo Javanés en el distrito, la misma festividad que nos recibió con carreteras desiertas y casas cerradas el día en que llegamos a Bali y tuvimos oportunidad de ver una representación de teatro de sombras que se ofrece sólo una vez por año. Yo había reservado unos papeles como pretexto para ir al Consulado de los Estados Unidos a hacerlos firmar y así obtener tres compatriotas como testigos, pero cuando fui comprobé que todo el personal era chino, o bien armenio, con nombres que indudablemente no eran norteamericanos. El cónsul sugirió entonces que asistiera a un «cocktail party» en honor del tenista William Tilden, en el cual sería posible reunir unos cuantos testi gos. Me presentaron a uno de ellos como el vendedor de cierto producto de belleza cuyo lema es «La piel que adoras tocar». Todos los hombres estaban en un costado de la sala y todas las mujeres en el otro. Bill Tilden estaba, simplemente.

Por fin, con nuestras máquinas de escribir remozadas, nuevos accesorios para nuestros trípodes, calzado nuevo, relojes limpios, resortes de cámaras aceitados, zarpamos desde Surabaya en el *Maatsuycker*, encantados con la perspectiva de diez días de comida holandesa y cordiales oficiales holandeses, que hablan inglés. Desgraciadamente, el barco estaba lleno de turistas australianos y neozelandeses de ínfima categoría... En vista de ello me dediqué a revisar mi monografía sobre Arapesh para su publicación y Gregory me dio lecciones de Iatmul.

Rabaul está casi recuperado de los efectos del terremoto. Hay una gran montaña, muy fea, en forma de pan de azúcar y de color marrón en el medio de la bahía, que no volverá a reverdecer en varias generaciones. Aquí y allá en la población hay altos montones de polvo volcánico. Las carreteras siguen en malas condiciones, porque la superficie de la tierra se cubrió de materia dura y resistente al agua y las aguas desde las cimas irrumpieron en grandes torrentes y llenaron los caminos de surcos. Pero a pesar de que la yerba está verde y los jardines otra vez cultivados, las casas, fre-

gadas y pintadas, los techos, de los cuales fue necesario despegar capas de materia dura caída sobre ellos, nuevamente limpios, como para proporcionar agua para los depósitos, Rabaul en sí no se ha recuperado. El más leve temblor de tierra, la menor ráfaga de vapor inexplicado que brota de un caño de escape en el jardín de cualquiera pone a todos nerviosos, y todos beben otro trago. Reina un ambiente de guerra, nadie sabe dónde situarán la capital dentro de dos meses. y a nadie le agrada atender a sus propios pensamientos...

Entretanto buscamos barco. Nuestro viejo amigo el pirata Bill Mason nos recibió en el *Maatsuycker* con la noticia de que tenía un barquito que nos llevaría directamente desde Rabaul, remontando el Sepik, y que lo único que necesitaba era unos días para repararle el casco. Antes de iniciar el trabajo, sacaron el barquito del dique seco para que un barco que estaba detrás pudiese entrar en el puerto. De inmediato nuestro barquito se hundió sin pronunciar la menor queja. Así murió la primera de nuestras esperanzas. Estaba, después, el *Gnair*, otro barquito diminuto, no más que un bote de motor, en realidad, pero con un motor veloz que habría marchado muy bien Sepik arriba, de haber llegado hasta allí. Ocurría, no obstante, que el dueño tenía un contrato para trasladar madera y no llegaba a decidirse sobre si abandonar Rabaul antes de Pascua, o bien esperar para llevar a un grupo de nativos en vacaciones hasta Nueva Irlanda, a donde acudirían además todos los europeos a presenciar un partido de cricket. Después se habló de otro barco que debía traer casas nuevas para la delegación del gobierno, emplazada río arriba, pero al investigar esta posibilidad, comprobamos que no partiría hasta mayo o junio. Esperamos, durante este tiempo, el barco de la BP (Burns Philp) y enviamos radiogramas a los dos puertos próximos a la desembocadura del Sepik. Por fin nos dijeron que el comerciante chino Tcheu Leong viajaría probablemente desde Madang y que además otro barco más grande, llamado el *Manuan*, estaría dispuesto a lle-

varnos. Mandamos, pues, un radiograma al *Manuan* y tomamos el *Montoro* hasta Madang... Bastante tranquilos ya, confiados en encontrar el *Manuan* en Madang, pasamos cinco días a bordo del *Montoro* y tuvimos una experiencia más de la vida en una estación tropical. Rabaul es muy civilizado y lleno de *cocktails* en este momento. En el *Montoro* viajaban dos religiosas en viaje de inspección de su orden, dos misioneros metodistas que no bebían, un inmenso sacerdote australiano que se parecía a sus hermanos alemanes y cuyo acento regional de Queensland era como un latigazo, por lo insólito, un grupo de mineros que le hablaban a uno de los imaginarios y costosos internados para varones donde se educaron y de la resistencia de sus padres a dejarlos ir a Africa con Cecil Rhodes porque esto era equivalente a «dedicarse al comercio», y quienes discutían con toda solemnidad los atractivos de Budapest, que seguramente no conocían, y un muchacho de expresión seria, que pensaba pasar dos años en una solitaria estación de intercambio comercial en Papúa. (La región Arapesh ha sido devastada por un terremoto que cambió de posición montañas enteras. En todo ese sector se ha encontrado oro y hay un aeródromo en la playa de Butte, que hace cinco años era una pequeña sede misionera.) En Salamaua conocimos al padre Kirschbaum, el sacerdote que vive junto al río desde hace veinte años, quien dijo que seguramente la mejor aldea para nuestro trabajo sería Tambunam. También nos había dicho Bill Mason que Tambunam había resistido a la obra misionera, que es la única aldea Iatmul que carece de catequista y que algunas de ellas tienen sacerdote o hermanos religiosos. Es, además, la más grande, de unos novecientos habitantes.

Cuando llegamos a Madang no había señales del *Manuan* y un reclutador del río nos dijo que el delegado de Distrito (el mismo que me costó la suma de setenta libras en 1933 al no cumplir su promesa relativa a mi transporte) había dicho que nosotros llegaríamos en mayo, aunque en mayo no viajaba el *Mon-*

toro. Sin embargo, podríamos viajar con Tcheu Leong. Sin duda, el barco estaría muy lleno, con él, sus mercaderías, Fred Eichorn y su padre y los miembros de la patrulla con sus respectivos equipos y una cantidad de *tiempos cumplidos*, o sea trabajadores que habían terminado sus contratos. Con todo, era probable que nos llevasen. El hecho era que Tcheu Leong no estaba allí, sino trabajando en un asunto de copra en alguna otra parte. Al día siguiente por la mañana apareció el *Manuan*, que había sufrido un accidente cuando armaban su caldera después de una limpieza y por ello se había retrasado. Para entonces Gregory había hablado ya con Tcheu Leong, de modo que decidimos librar al azar cuál de los dos medios elegiríamos. La moneda decidió que sería el *Manuan*, aunque nunca lo habíamos visto. La verdad era que Tcheu Leong llevaba ya carga completa, sin contarnos a nosotros con nuestras seis toneladas. Tcheu Leong tiene sólo un bote con motor mientras que nosotros viajamos en un hermoso velero de dos mástiles, con sus velas desplegadas durante casi todo el trayecto. Es verdad que le entró bastante agua del Sepik y que encallamos en un par de bancos de arena, aparte de que mientras estábamos sobre uno de estos bancos tembló la tierra, aunque no con intensidad suficiente para hacernos desencallar. A pesar de todo, hallamos al capitán muy simpático, como todos los balineses, y el viaje resultó un placer, en vez de la dura prueba que esperábamos y que habría sido inevitable en la repleta barquita de Tcheu Leong.

Llegamos al río con mejor suerte aún. Este año no hay crecida. De haber estado crecido el río, hubiéramos tenido que esperar dos meses o más para construir, con todas las interrupciones que surgen al construir tardíamente. En las circunstancias actuales, estamos levantando dos casas en terreno seco, con suelas de cemento, pues no pensamos estar ya cuando vengan las crecidas. Decidimos hacer construir las casas sobre tierra después de haber pasado dos días en la residencia de reposo del gobierno, donde estamos acampando

en este momento. El suelo de esta casa está hecho de trozos sueltos de corteza de palmera aplanada, colocados en forma irregular y sin fijar con nada. Las sillas se meten en los resquicios, los bordes se astillan, las mesas bailan cada vez que nos movemos por el cuarto, las linternas y los vasos caen al suelo en un extremo de la casa cada vez que un cerdo se frota contra un poste en el otro. El consumo de tiempo y de energía necesarios para acostumbrarse a un suelo de esta clase resulta enorme.

Entretanto, nos vemos obligados a pisar sobre él y la situación no cambiará en dos semanas, por lo menos. Tenemos un gran mosquitero desplegado en el centro, dentro del agua guardamos nuestros artículos más esenciales: leche, azúcar, mostaza, la cámara fotográfica, engrudo, tinta, sujetapapeles, municiones, un recipiente lleno de hojas de afeitar, anzuelos de pesca, fósforos y cuentas de colores para el trueque de productos menores como papaya. bananas y pescado. También guardo allí mi caja de costura, un gran queso de Holanda, la bomba de Flit, una serie de libretas de notas alineadas en el suelo, una caja con dinero, conchas especiales y el revólver. El suelo está cubierto por una gruesa lona que se arruga y se mete dentro de los resquicios. Para dormir trajimos de Bali un colchón de gran tamaño, relleno con «kapok». Lo hemos colocado en otro rincón debajo de otro mosquitero y también guardamos debajo de éste, en una canasta balinesa con tapa, todas las cosas que cuesta ir a buscar saliendo del mosquitero durante la noche, como pañuelos limpios, aspirina, quinita, agua para beber, un libro para leer, etc. En otro rincón hay una especie de lavabo, o *house-wash-wash*, en pidgin cerrado por nuestra otra lona para el suelo y tres esteras. A lo largo de las paredes del recinto y en hileras de tres o cuatro unidades de profundidad, tenemos nuestros cajones de carga, la mayoría de los cuales hemos abierto y revisado, el ventilador alto y muy moderno que funciona con una lamparita de queroseno, el nuevo motor para la lancha,

bolsas de arroz y de sal, y junto a las vigas, en fin, están metidos los libros. Entre todo esto, los mosquitos encuentran un buen refugio pero no son tan malos como los recordaba. Zumban y reparamos en ellos cuando nos pican, pero las picaduras no son muy tóxicas.

Esta región del Sepik es asimismo más hermosa de lo que la recordaba. Siempre tuve la tendencia a conferirle el monopolio de la belleza a las «*round-waters*», las aguas redondas, como llaman localmente a los lagos como el de Tchambuli, y el de la fealdad, al río Yuat, donde viven los miembros de la tribu de Mundugumor, y al Sepik mismo. La verdad es que por debajo de la entrada del Yuat —estamos a unos treinta kilómetros más arriba de su desembocadura aquí— el panorama no es interesante, pero cada vez resulta más pintoresco cuando se remonta en dirección de Tchambuli. El paisaje amplio y despejado, con una semiesfera de cielo arriba y los penachos siempre en movimiento de «la hierba de elefante» en los altos pastos de las llanuras, armonizando con las nubes, resulta encantador. Realmente se tiene la sensación de estar al aire libre. Sobre este fondo, las angostas canoas con sus remos en una sola fila se dibujan con gran nitidez, muy pequeñas. La aldea misma se encuentra en una margen elevada y las casas se distribuyen en barracones poco profundos, entre montículos artificiales en los cuales se han plantado cocoteros. Los caminos de acceso a la aldea también discurren profundos entre estos montículos. En esta época del año la gente vive debajo de sus viviendas y uno las ve, en general, como siluetas, como parte del diseño formado por los pilotes, las plataformas, las redes de pesca y los arpones delineados contra el Sepik, que se alcanza a ver al final de los caminos, tal como vemos el río Hudson a través de las calles transversales de Manhattan en Nueva York, pero sin que la margen opuesta lo encierre y malogre el fondo. La gente es sumamente amigable y alegre y puedo ya caminar por la aldea y responder a las preguntas más sencillas que

me dirigen a gritos a mi paso. Una pandilla de chicos me sigue y me corrige la gramática.

El *tultul* local, conocido entre los europeos como Tomi, es el hombre cuya numerosa genealogía anotó Gregory cuando visitó su aldea durante cinco días en 1929. La gente todavía puede decirle los pájaros que mató y quién le preparaba la comida y Tomi señala al chico de diez años, un bebé entonces, entre cuyos parientes Gregory identificó el sistema de parentesco *iai*. Será muy útil en la tarea de poner fecha a las edades de la gente, porque en general sólo las conocen en forma aproximada. Tomi fue educado por la señora Parkinson —fue el ayo de Paul Parkinson— y es de una bondad increíble. Se ocupa de dirigir la construcción de nuestra casa, caza para nosotros, y se dempeñó como cocinero suplente hasta que conseguimos uno. En medio de todo este trabajo actúa como nuestro informante. Tenemos un personal completo: Washoe, alto, orgulloso, confiado y un poco intimidador para mí, porque nunca tuve hasta ahora un sirviente que supiese nada que yo no le hubiese enseñado. Washoe era cocinero del joven Macdonald, quien era funcionario de distrito en Wewak cuando yo estaba en Arapesh y más tarde fue muerto por uno de sus policías nativos. Washoe es el cocinero, y un allegado suyo, cuyo nombre es el mismo que el de un pez pequeño muy utilizado aquí como alimento, Mangen, es el lavandero. Para servir la mesa tengo un *monito* nuevo, sumamente inteligente, llamado Mbetnda, todo ojos, orejas, entusiasmo y buena voluntad, una delicia después de la apatía mostrada por los balineses frente a todo lo que les resulta nuevo.

Desde que llegamos aquí, hace once días, hemos soportado una verdadera plaga de blancos: siete barcas diferentes o barcos de vela y siete noches malogradas, por haber tenido que alimentar a europeos y darles conversación. Esto es, no obstante, casual, y muy pronto tendremos suerte si llega una barca una vez por mes y nos trae provisiones. El motivo de esta larga carta reside en el hecho de que la invasión de

cinco funcionarios del gobierno, incluido el administrador, nos ha dejado tanto a nosotros como a la aldea tan extenuados que nos falta ánimo para ponernos a trabajar.

Es una nueva experiencia, esta de volver a una aldea donde soy virtualmente una principiante, trabajando al lado de alguien que habla el idioma y conoce la cultura. Había visto aldeas Iatmul con anterioridad y presenciado una o dos ceremonias y, sin duda, Tchambuli tiene una cultura relacionada con la Iatmul, aparte de que he leído todos los trabajos de Gregory. Con todo, debo aprender el idioma y puedo dedicarme a esta tarea y a organizar la casa mientras acumulo impresiones exclusivamente visuales, sin que sienta una urgencia desesperada por saber si existen clanes o no, y sin consignar por escrito los términos para nuestros «padre» y «madre». Es muy agradable. En nuestro primer paseo por la aldea conseguí decir: «No, no entraré en esa casa Tambaran. Es la casa de los hombres. Yo soy mujer». Esto encantó hasta tal punto a los ancianos que lo repitieron a gritos por toda la aldea.

Tambunam
24 de junio de 1938

Estamos instalados en nuestra nueva casa, construida con una extraña variedad de elementos, pero muy confortable... Es como una serie de casetas de un circo ambulante, todas con la fachada bien abierta como para desplegar el contenido o los espectáculos que se ofrecen en el interior. En el centro de la casa de Gregory está el gran cuarto contra los mosquitos, de cuatro por tres, con una mesa grande y otra más pequeña, un estante para libros, una caja de madera con herramientas, que trajimos de Bali, dos sillas y dos cajones. La verdad es que no está excesivamente lleno, salvo cuando le añadimos cuatro o cinco informantes y los correspondientes cajones para que se sienten. Dentro

de esta especie de jaula se guardan elementos para el trueque menor, como fósforos, anzuelos, hojas de afeitar, cuentas y demás, así como las municiones que debemos dar cada vez a nuestros dos cazadores, grandes frascos de vidrio holandés, de los usados para guardar caramelos, donde conservamos sustancias químicas para el secado, cámaras, lentes, películas, el queso de Holanda cortado, una pequeña cantidad de medicinas, leche y azúcar... De los postes laterales de la casa cuelgan mapas, salchichas, trípodes adicionales, herramientas para arrancar clavos, serruchos, prismáticos, etc. Hay un buen estante alto a lo largo de todo un lado de la casa, con libros y una variedad de latas que nunca contienen lo que rezan... Una de duraznos llena de clavos, una de cigarrillos Camel con algodón hidrófilo, una de galletitas llena de estuches vacíos de película, a veces, unos pocos huevos, regalo de una barca que pasó por el río, alcohol metílico para encender las lámparas, la bomba para el Shelltox, hilo que los chicos cogen para coser sus prendas. Sobre la mesa hay un mantel de batik destinado en su origen a un tocado y en el suelo una estera de color rojo y verde vivo, combinación que da al decorado un ambiente que recuerda un poco al de relatos de la esposa mestiza del plantador rico y que es, en conjunto, un triste descenso social, después de las bonitas esteras y telas que teníamos en Bali. Cuando están encendidas las lámparas dentro de nuestra jaula, no vemos mucho el exterior y olvidamos que nosotros mismos estamos, sencillamente, bañados de luz. Los zócalos de madera del cuarto contra los mosquitos no se adaptaban del todo al suelo de cemento, alto desigual, y se llenaron los intersticios con arcilla sacada de las márgenes del río. Es una sustancia de fina contextura y de color grisáceo. Tomi comenzó a meter esta arcilla desde el exterior, pero muy pronto tenía ocho o diez mujeres trabajando para él, motivo por el cual dejó de hacerlo, aparte de que ellas trabajan con mayor regularidad y eficacia que él. Tomi modeló entonces un bonito cocodrilo en miniatura en la parte exterior

del zócalo, con una pata levantada y la otra apoyada. Este pequeño episodio resume, en cierto modo, la posición respectiva de los sexos en esta cultura: los hombres dirigen y decoran. Las mujeres hacen el trabajo de rutina del cual depende la vida cotidiana...

Esta obra de construir una casa en el pueblo que debemos estudiar resulta extraña. Estamos limitados en cuanto a tiempo, materiales disponibles, habilidad de los nativos, dimensiones, trazado y condiciones del terreno. Queremos contar con una vivienda en la cual sea posible vivir con un máximo de comodidad y un mínimo de esfuerzo. La comodidad es cuestión de dar unos cuantos pasos, porque tenemos dentro del cuarto contra los mosquitos casi todo lo que podemos necesitar en el interior, y fuera de él, todo lo que utilizamos en el exterior, ya que cada vez que abrimos la puerta de tela metálica corremos el riesgo de que entren mosquitos...

Bajo nuestro techo hay cinco islas: el gran cuarto contra los mosquitos, en el cual recibo a las mujeres y los niños y donde Gregory trabaja a veces con informantes individuales, la cama, sobre una plataforma cuadrada de dos metros y medio de lado, encima de la cual reposa el colchón de un metro ochenta de largo, rodeado en su totalidad por un gran tul, siempre metido debajo de los bordes del colchón, y el tul cubierto, a su vez, por una tela blanca para mantener alejados el polvo y algunos de los demás insectos. Con todo pasamos cinco minutos recogiendo orugas, arañitas, piojos, con cola bifurcada, mosquitos, moscas, taladros, etc., que invariablemente descubrimos sobre la cama cuando nos acostamos. En el depósito Tomi ha dispuesto en hileras todos los alimentos en latas, se trate de latas únicas, o bien de productos de una misma clase. En el cuarto de baño, que es nuestro gran orgullo, tiene un suelo inclinado de cemento y un ancho estante hecho de tablones auténticos (la parte superior de los cajones de queroseno), en el cual es posible disponer botellas, y un tanque de agua, de estilo holandés, hecho con un barril

de petróleo que pedimos a un barco de vela cortado por la mitad con un hacha.

Pero aparte del problema de la comodidad y de la rapidez en cuanto a bañarse, vestirse y comer, debemos considerar nuestra casa, en primer término, como una combinación de laboratorio, puesto de observación, fuerte, puesto avanzado, dispensario y centro de reunión. Es necesario disponer de espacio para que la gente se congregue sin romper, estropear ni robar nada. Debemos tener un lugar donde practicar la medicina, en el cual haya una pared que separe al público del teatro de operaciones. Necesitamos superficies despejadas donde los niños puedan extender sus papeles para dibujar y un estante donde podamos exhibir su modelado en arcilla. Desde cualquier punto se debe divisar un sendero de acceso, un sector de playa o bien otra casa, para poderlo observar con el largavista. Es indispensable contar con medios para separar a los visitantes de los informantes y de los simples «mirones», disponer de asientos para que los utilicen los visitantes de verdad y, por último, de tabaco y papel de diario para que puedan liar cigarrillos y fumar. En todo momento hay que estar preparado para un pequeño trueque de un pescadito o un coco traído por algún osado niño de tres años. En conjunto, es como planear vivir con comodidad dentro de un escaparate, realizando, al mismo tiempo, constantes observaciones entre la multitud que se congrega afuera.

Estamos, sin embargo, en una situación excelente. Nuestra galería está donde antes estaba la carretera principal, que ahora se desvía en una curva rodeándola, y todo el mundo se detiene a mirar por encima del cerco. Se trata del camino principal de las mujeres. El camino de los hombres pasa junto al lado de nuestra casa que da a la playa y las importantes precesiones de hombres conscientes de ser observados, con sus caracoles de cierto valor o con sus curanderos en estado de trance, a la caza de sombras de pecado que inspiren sospechas, se destacan siempre en nítidas siluetas. La casa

de Baangwin está a algo más de un metro del límite de la nuestra, y la de su hermano, en un extremo de la pequeña depresión de terreno en la cual estamos nosotros. Hay un amplio espacio despejado donde los chicos juegan y hacen dibujos en la tierra. La cocina da, asimismo, al camino principal y desde su frágil protección puedo observar lo que sucede afuera y pedir a uno de mis servidores que me dicte los insultos que se cambian allá, sin que éste se sienta demasiado avergonzado. Baangwin es el dueño de nuestra casa y también el vecino más próximo. Es un hombre encantador, elegante, de mucho carácter, siempre acicalado, con infinitos estilos diferentes de peinado y una oratoria violenta y vehemente para las cinco y media de la mañana, cuando descubre que alguien le ha robado los huevos de sus nidos de gallinas. Cree en su propia cultura, acepta sus exageraciones como una realidad y también sus reglas, cuyo objeto es simplemente agraviar al prójimo, las tiene por igualmente aplicables a su persona. Por todos estos motivos desempeña sus propios papeles con un convencimiento rara vez observado en la mayoría de los otros Iatmules...

En este momento contamos con cinco servidores y con Tomi, quien es, además, cazador e informante. Los tres muchachos mayores se turnan, haciendo acto de presencia aquí, o bien dirigiéndose a sus propios lugares de trabajo. Los dos más jóvenes, Mbetnda y Ashavi, están siempre aquí y son los únicos que no tienen pretextos para no cumplir sus obligaciones. En estas condiciones en que dicen que al tener tantos cocineros el cocido nunca está listo, nos llevó muchísimo tiempo elaborar un plan capaz de lograr que el pan subiese, el tocino no tuviese demasiada sal, el té se preparase con una concentración aceptable y la ropa se guardase, más o menos, en el lugar apropiado. Diría que el orden comienza a rodearnos poco a poco más bien a pesar de ellos, que gracias a ellos.

Escribo estas líneas mientras Gregory se dedica a cortar película dentro de una red de algodón negro col-

gada dentro del otro cuarto contra los mosquitos. No hay luz, salvo la de dos pequeñas linternas con pie, situadas a la altura de mi codo pero fuera de la red, protegidas por un cajón de queroseno y que me proporcionan luz apenas suficiente para permitirme ver el teclado de la máquina de escribir. Tenía las linternas dentro, pero las saqué al comprobar que me entraban en la boca demasiados insectos diminutos.

Dicho sea de paso, no he mencionado nuestro sustituto del automóvil, una pequeña canoa con motor fuera borda en la popa, en la que circulamos rápidamente de un lado al otro de esta playa de un kilómetro y medio de longitud sin tener que preocuparnos sobre quién habrá de cargar nuestras cámaras y trípodes. Cuando vivíamos en la residencia del gobierno tuvimos una ceremonia diaria durante diez días consecutivos en el extremo más distante de la aldea. El río era un horroroso resplandor que enceguecía cada vez, que partíamos a las cuatro de la tarde, pero hermoso cuando volvíamos a casa al atardecer. Para transportar nuestras cosas hasta la casa terminada, transformamos dos grandes canoas en una balsa y Gregory metió la proa de su canoa bajo la popa de una de ellas y así empujó toda la balsa con sus tres toneladas de carga por viaje. Todo marchó bien hasta el último viaje, cuando uno de los muchachos se quejó con aire dolorido de que no habíamos traído las «espinacas» de río que había arrastrado hasta la orilla para obsequiarnos. En vista de ello, debimos añadir esta carga a las canoas cargadas ya con el gran cuarto contra los mosquitos, y resultó ser horrorosamente pesada. ¡Había más tierra de la que habíamos sospechado debajo de las florecientes «espinacas»!

Los Iatmules son gente alegre e irresponsable, que está siempre riendo a carcajadas, o bien gritando de rabia. Los dos tipos de conducta se alternan, más o menos, y parecen darles satisfacción por igual. Los niños aprenden a gritar cada vez que están contentos y más tarde descubren que el hecho de gritar en sí es lo que les provoca placer. Cuando cualquiera de uno u otro

sexo pierde los estribos, los que lo rodean lo contemplan sonrientes, seguros de vivir en un mundo donde está permitido perder los estribos *con ganas*. Disfrutan del despliegue de furia más que ningún otro pueblo que yo conozca. No son, sin embargo, crueles ni codiciosos. No existe entre ellos el infanticidio, cuidan de sus pobres y de sus huérfanos, comparten los alimentos, el betel y el tabaco con una generosidad injustificada, si consideramos la escasez de las tres cosas, y pierden los estribos en cualquier situación sin sentir culpa ni vergüenza por ello. Es un mundo en el cual es necesario hablar cada vez más fuerte con el fin de hacerse oír.

Tambunam
12 de agosto de 1938

Por primera vez en dos meses estoy casi al día con mis notas, lo que significa que estoy, asimismo, en el punto de mi vida más próximo a la opulencia. Casi nunca es posible llegar a tener del todo actualizada la tarea de pasar en limpio el material, pero el solo hecho de saber que ya no me esperan páginas y páginas de notas escritas a vuelapluma casi equivale a la opulencia para mí, opulencia que debo festejar enviando un boletín.

El ritmo entero de nuestra vida, de la vida de todos en la aldea, incluidos los fantasmas y los espíritus, depende en este momento de la altura del río, lo que puede significar que sea o no posible matar cocodrilos. Tenemos el nivel más bajo registrado en los últimos cinco años y es la primera vez que los nativos gozan de favor suficiente de sus caprichosos hechiceros como para permitirse contar con carne en abundancia para las fiestas que se celebrarán cuando suban las aguas. En centenares de kilómetros a la redonda el terreno que habitualmente está lleno de lagos y surcado por *barets* y es, en sí, una ciénaga blanda, se ha secado del todo

y sólo muestra patéticos charquitos en los cuales se refugian los cocodrilos, las tortugas y los peces. En estas circunstancias, todo el grupo responsable de la caza participa en ella. Durante días se ausentan de la aldea y acampan en los lugares de caza y vuelven sólo cuando se produce una muerte, o surge una disputa, o se les agota la provisión de sagú.

La aldea está casi desierta. Las mujeres con niños pequeños y el resto de su prole, los ancianos, los enfermos, los incapacitados y uno que otro disconforme son los únicos seres que vemos, a veces en varias semanas. Después las aguas suben menos de un metro, lo prados vuelven a convertirse en ciénaga y todos regresan a casa, para volver a salir cuando las aguas bajan otra vez.

El mes pasado acompañamos a una de estas partidas de caza. Atamos una canoa chica, de unos cuatro metros de largo, a la nuestra con su motor fuera borda, y con tres muchachos de nuestra servidumbre y provisiones para cuatro días iniciamos el viaje de cuatro horas río abajo que por fin nos lleva, después de haber remontado un largo *baret*, a un punto que, observado desde la aldea, se encuentra río arriba.

Este viaje me proporcionó mi primera visión de las aguas negras, pero si bien hay algo muy hermoso en la amplitud del paisaje del Sepik, con el cielo sin límites y el agua sobre la cual los hombres son apenas unos puntos negros, las aguas negras tienen un encanto distinto y más íntimo. Pasar de pronto de las proporciones realmente increíbles del Sepik a un angosto arroyo que corre entre márgenes elevadas, cuyos árboles de fino follaje se despliegan como diseños esfumados contra el cielo, donde las hojas de loto son verdes cuando aparecen aplanadas sobre el agua y rosadas cuando el viento las agita y las separa de la superficie, donde el agua misma es de un tono rosado con reflejos variados de rosa y de verde dentro de su negrura, todo esto es equivalente a encontrarse en un paraje al cual uno podría integrarse en forma definitiva.

Tan pronto como nos internamos en el *baret*, encontramos canoas. El *baret* era como una concurrida calle de aldea, mientras que el Sepik es una ancha avenida desierta, la cual ni un ejército de canoas podría llenar. Primero vimos una canoa llena de hombres con lanzas de caza y sin otra carga que trozos de leña para lumbre, luego canoas llenas de niños que recogían flores de loto y masticaban llenos de alegría los rizomas de esta planta, mientras las niñas habían trenzado estos mismos rizomas largos y blancos formando cinturones, de los cuales arrancaban de vez en cuando pedacitos que masticaban...

Encontramos a nuestro grupo acampado en un pequeño saliente de terreno seco de unos dos metros de ancho, a unos cuatro metros sobre el río, con una pendiente gradual hacia las praderas ahora secas y su paisaje abierto en kilómetros a la redonda. No habían levantado ningún tipo de cobertizo, sino instalado, simplemente, sus enormes canastos cilíndricos contra los mosquitos, dentro de los cuales duermen, a lo largo del río, utilizando los árboles para colgar otros canastos con alimentos, capas de lluvia, y otros artículos de uso personal. Había diecisiete hombres, unos diez de los cuales llevaban consigo a sus mujeres e hijos, todos en un campamento sobre otro saliente de unos cuarenta metros de longitud, tan juntos los unos a los otros que la fogata encendida por un hombre tocaba prácticamente la cama del siguiente. Habían traído, además, trozos de corteza de sagú, muy resistente, con los cuales proteger sus pertenencias más preciosas, como los pedazos de sagú para comer, pero no habían intentado construir cobertizos. No había llovido en las cinco noches que habían pasado allí. La atmósfera estaba saturada de humo, pues en todos los sectores estaban ahumando el pescado y la carne de los cocodrilos que habían tenido la inoportuna ocurrencia de morirse. Casi lo primero que debí hacer fue lavar unos cuantos ojos inflamados. Los de todos los niños se veían enrojecidos e inflamados por el humo. Pasamos la primera

tarde tomando fotografías en el borde de un lago pequeño, que en realidad no era ya más que una serie de charcos cenagosos, en los cuales los pescadores se metían hasta la cintura, primero lanzando cuchilladas al azar con la esperanza de atrapar un pez y después, buscando a tientas, con el lodo hasta las axilas, para localizar a sus víctimas. Cuando atrapaban alguna pieza, la arrojaban a los niños en la orilla, quienes, con el barro hasta el cuello, las atrapaban en el aire y las ensartaban en una cuerda.

Nuestro propio campamento consistía en un gran pedazo de lona, dispuesta como una tienda sobre una pequeña extensión cubierta de «hierba de elefante», con un mosquitero debajo. Mas tan pronto como nos hubimos instalado cómodamente en el interior para pasar la noche, se alzaron unos gritos y alaridos extraños. Eran los hombres más importantes, de pie y ordenando a la luna que apareciera para que no hubiese lluvia. Seguidamente dos hechiceros cayeron en estado de trance y comenzaron a bailar y a gesticular entre las hogueras y el humo, canastos contra los mosquitos, banquillos de madera y mujeres que terminaban en ese momento de cocinar, o bien trataban de alejarse y guardar el pescado. Los hechiceros deben fingir siempre estar *non compos mentis* y por este motivo se desplazaban saltando, golpeándose la cabeza de vez en cuando contra las canastas colgadas, pero causando mucho menos daño que yo, cargada como iba con linterna eléctrica, cuaderno de apuntes, desorientada por el desconocimiento del terreno y un insólito intérprete enganchado a último momento para que me dictase la jerga incomprensible del hechicero. El humo nos hacía arder los ojos, los mosquitos nos picaban sin cesar, el intérprete se cansó, tropezábamos contra las colas de los cocodrilos y metíamos el pie dentro de las canastas abiertas. Teníamos la total seguridad de que el registro escrito de todo esto resultaría ilegible. Por fin, después de una hora de trabajo en estas condiciones,

decidimos acostarnos. Y durante la noche llovió a cántaros.

Al día siguiente el grupo que estaba juntando sus pertenencias y preparándose para trasladar el campamento a otro punto daba muestras de tener frío y de sentirse frustrado. Debían dirigirse a un mercado elegido con anticipación, donde la venta de pescado y tortugas ahumadas les habría proporcionado la ganancia necesaria para adquirir hidratos de carbono y nuez de betel en cantidad suficiente para diez días. Desgraciadamente, en el momento en que estaban levantando el campamento, un anciano y una anciana, quienes tenían intención de celebrar las fiestas fúnebres para las cuales el clan estaba cazando en este estilo comunal, se enzarzaron en una riña y la anciana arrojó lejos el cocodrilo que le habían dado. Alguien lo llevó río abajo y lo depositó en la orilla, y después algunos de los cazadores fueron a cantarle cantos totémicos muy tristes, ya que era el tótem de ellos, un elemento del agua que habían dejado en forma tan inapropiada, sobre tierra. Y todos estaban tan desalentados y enojados por la riña y la lluvia, que renunciaron a ir al mercado al día siguiente y a seguir cazando y volvieron a la aldea. Nosotros también.

Era un lugar ideal para la fotografía. No había casas altas que proyectasen sombras profundas, no existía la vida privada y además se veía a los hombres en compañía de toda su familia, como nunca ocurría en la aldea. Decidimos acompañarlos otra vez cuando volvieran a salir de caza, pero la mojadura les había deprimido el ánimo y no han vuelto a ir allá. En lugar de ello visitan los jardines de otros y acampan en un par de casas. Por ello se han malogrado todos nuestros planes de tomar fotografías.

Gregory hizo dos viajes más antes de verlos matar a un cocodrilo, pero yo no lo había acompañado porque se esperaba un nacimiento en cualquier instante en casa de mis vecinos. El niño estaba a punto de nacer desde hacía tanto tiempo que el marido llegaba a reprochar

a su mujer por su lentitud en dar a luz. A esto ella replicaba que las mujeres no son como los cerdos y los perros, que tienen a sus hijos con rapidez, sino que hay un momento apropiado para estas cosas. Tenía yo muy bien estudiada a esta familia. Conocía a los otros hijos, la relación entre las dos esposas, la conducta de la futura madre hacía dos meses, cuando comenzó un falso parto. Sería un nacimiento ideal para mis observaciones, en la casa de al lado, de modo que aunque durase diez horas, siempre podría darme tiempo para volver a casa a tomar una taza de té. Después, mucho después de haber hecho Gregory sus expediciones y haber visto una caza de cocodrilos, la mujer tuvo su bebé... mientras estaba pescando. Lo trajo a casa, la del padre del marido de su hermana, en lugar de traerlo a la propia, de modo, pues, que me ha resultado tan difícil mantenerme informada sobre este recién nacido como sobre cualquier otro niño.

Llegamos incluso a oír un rumor, que resultó una falsa alarma, de que le habían dado su primer baño auténtico sin que nos avisaran a nosotros. Ante esta noticia, reaccionamos conforme al estilo Iatmul. Yo rompí un vaso y Gregory salió con un recipiente de concha Ceram y lo destrozó contra un poste de la casa del padre del niño. Después descubrimos que el rumor era infundado y que cuando bañen al niño por primera vez, seguramente nos lo anunciarán. El hecho es que yo sentí tanto alivio al enterarme de que no era verdad que en lugar de enojarme me reí a carcajadas. Descubro que personalmente no disfruto de mis propios despliegues de enojo tanto como los Iatmules, pero es el único lenguaje que comprenden. Cada manifestación de buena conducta está explícitamente motivada por un «Fulano de Tal se enojará». Nunca lo está, en cambio, por el temor de que se destruya la propiedad, se atente contra la moral o se destroce un corazón.

Hemos tenido tres muertes desde que nos mudamos a esta casa, la de un recién nacido que nunca aprendió a amamantarse, la de un niño de dos años y la de un

hombre adulto muerto por un áspid venenoso cuando estaba cazando cocodrilos. La gente encara la muerte con gran sencillez y un sentimiento tan sincero que hasta los niños de corta edad se impresionan y observan una conducta espontáneamente tranquila, comportándose mejor que de costumbre. No existe el menor sentimiento de repulsión ni de horror frente a un cadáver. La madre sostiene en brazos a su bebé muerto, lo acaricia y lo mima como lo hacía cuando vivía, y la viuda se inclina sobre el cuerpo de su marido, llena de amor y de ternura.

El duelo es responsabilidad casi exclusiva de las mujeres. El padre de un niño puede sentarse apartado a vivir su pesar. El hermano de una madre joven puede aproximarse y sentarse entre las mujeres, llorando al hijo de su hermana. En su mayor parte, sin embargo, son mujeres. El grupo principal de duelo, los familiares más próximos, se sienta cerca del cuerpo y llora a gritos, si ésa es su costumbre, y si no lo es, llora en voz baja, mientras los parientes más lejanos vienen y se sientan un momento en los rincones más oscuros de la gran casa, de la cual se han retirado todos los canastos contra los mosquitos. Hay una melodía cadenciosa a la cual se adaptan palabras, declaraciones extemporáneas y casi siempre simples, relativas a algún hecho pasado: «Fuimos juntos a pescar, todos pensábamos de la misma manera, no estábamos en desacuerdo, diciendo hay que dar esto, no hay que dar esto otro. Teníamos el mismo pensamiento. ¿Por qué me has dejado?» O bien se repiten los hechos que llevaron a la muerte: «Te llevé a casa de mi hermano. Mintieron y dijeron que vivirías, pero has muerto.»

El niño de dos años tenía un aspecto especialmente hermoso, con su cuerpo pintado con arcilla roja, la cara pintada de blanco y la región pubiana cubierta de hojas de *ti*. En el pecho tenía conchas decorativas, en una mano, un trozo de torta de sagú, en la otra, una serie de flautitas de niño. Junto a la tumba, la madre cuyo hijo se había negado a mamar acercó su pecho

a la boca de su hijo y le dejó caer unas gotas de leche.

Hay una sola nota discordante. No saben apreciar la incapacidad ajena de lamentarse ruidosamente. La madre del niño de dos años no podía llorar en voz alta. Le caían las lágrimas lentamente, las lágrimas que suelen brotar de ojos tensos de dolor y ruedan sin sentirlo por las mejillas, pero no podía llorar en voz alta. Una vieja horrible, con la enorme cabeza aumentada aún más por sus mechones largos de viuda cubiertos de arcilla amarilla y su capa puntiaguda y también manchada de arcilla, la reprendió sin piedad: «¿Crees que volverá, que volverás a verlo, y por eso no lloras? ¡Te equivocas, se fue para siempre!» Y el padre, que había permanecido sentado fuera, en la escalera de la casa y que se lamentó a gritos durante dos horas, se fue con un reclutador de mano de obra a trabajar para los blancos, para no tener que permanecer allí y presenciar la falta de sentimientos de su mujer.

Seguramente resulta obvia la frecuencia con que menciono la arcilla al describir esta cultura. De barro, en realidad, estamos hechos todos. Cuando baja el río, ambas orillas muestran grandes depósitos de barro espeso, con el cual los niños modelan complicadas figuras, formando peces, pájaros y cabezas grotescas, a veces, sostenidas por palos, a veces, volcadas en tamaño natural sobre la orilla del río. Cuando se cansan, no tienen más que aplastar el barro y transformarlo en un tobogán por el que se deslizan felices. En la aldea, cambiamos el barro por el polvo y las mujeres y los niños se sientan en el suelo y dibujan, aunque sin desplegar mayor entusiasmo, figuras lineales con ayuda de un palo o del dedo. Otras veces colaboran en grupos de cinco o seis para dibujar figuras de cocodrilos de tres metros de largo, cuyas escamas se representan agitando todo el cuerpo a medida que se dibuja. Quitar el polvo de las nalgas de los bebés es una de las tareas frecuentes de las madres, cuando los levantan del suelo. Por otra parte, los cosméticos locales son la arcilla, de color rojo vivo, que da un aspecto sorprendente a los rostros de

los niños cuyos cuerpos están pintados de blanco o de amarillo. La arcilla rosada se emplea en especial para pintar a los bebés, lo cual les da la apariencia de grandes rosas rosadas contra la piel más oscura de la madre. Los chicos se pintan para divertirse y seguidamente trazan complicados diseños geométricos en el cuerpo del otro. Cuando el bebé tiene calor y está inquieto, se le da un baño y se lo cubre con pintura mojada. Para las danzas, se pinta los rostros de los personajes principales con los hermosos diseños curvilíneos que se suelen observar en los cráneos modelados de la región del Sepik. Y todo este revolcarse alegremente en el barro, jugar con barro, cubrirse de barro, no significa que no sean excepcionalmente limpios, aunque no en grado obsesivo. Los chicos que acaban de jugar, deslizándose sobre el vientre en el barro, nunca olvidan meterse en el río y lavarse bien cuando terminan su juego. Todo esto marca un contraste con Bali, donde la gente mantenía a sus niños siempre aislados del suelo, pero jamás lograba mantenerlos limpios.

La verdad es que estamos consiguiendo mucho en todo sentido. Contamos con alimentos frescos la mayor parte del tiempo y con un personal de cocina suficientemente organizado ahora, de modo que si alguien se va, los que quedan pueden adiestrar al sucesor. El pan sube sin falta, y el café sale bastante negro. Como sustituto de Madé, en un nivel algo menos pretencioso, tuve la suerte de descubrir a Tjavi, un muchacho que perdió una pierna cuando estaba trabajando para los blancos. Es prácticamente asexuado, se incorpora al grupo de las mujeres y los niños sin sentirse incómodo y se muestra encantado de tener un empleo que le permita ganar dinero. Para seguir las disputas y sesiones que jalonan nuestra vida aquí, es necesario contar con alguien que nos dicte lo que sucede en el momento mismo, y hasta que conseguí a Tjavi tenía que recurrir a muchachos más jóvenes, de unos quince años, cuando casi tienen demasiada edad para estar junto a un grupo de mujeres y están llenos de susceptibilidad y timidez.

Tengo dos mujeres a las que puedo utilizar para los grupos exclusivamente femeninos, pero se vuelven demasiado tímidas cuando aparecen hombres. Este muchacho es, pues, un enviado del cielo.

La última comunicación de Madé era una joya:

«De todos modos, con esta carta le hago un pedido, pero si usted cree que será malo para su libro sobre Bali, no lo haré. ¿Cree que puedo escribir un artículo corto sobre la riña de gallos? Me gustaría poner esto en alguna colección oficial. Como muchos de los guías han escrito ya cosas, no quiero ser el único que no escriba. Pero le digo que si cree que esta acción será un poco mala para su libro, no escribiré. No quiero ganar nada con el material que reunimos juntos. Todo es de usted. Mis cariños para los dos. M. Kaler.»

Con esta carta uno comprende una vez más que nunca habrá nadie que reemplace a Madé. Una de las cosas que me fatigan es tratar de hacer el trabajo que hacía él, más el mío. En Bali, en cambio, llevábamos a medias el registro de observaciones.

Por el momento, tenemos intención de permanecer aquí hasta diciembre. El itinerario que seguiremos para volver a los Estados Unidos no está todavía decidido. Tenemos que aguardar la crecida para llegar a Tchambuli. El lago está casi seco. Además, debemos esperar la crecida para que la aldea empiece sus ceremonias. Por ahora se limita a comer, beber, dormir y mantener sesiones sobre los cocodrilos.

6. *Regreso a Manus, 1953*

En 1952 los estudios sobre el carácter nacional que nos habían interesado profundamente desde los comienzos de la Segunda Guerra Mundial tocaban ya a su fin y empecé a contemplar la posibilidad de volver a realizar investigaciones de campo. Hice un breve viaje a Australia dando conferencias, para explorar las posibilidades, y mis colegas australianos me convencieron de que lo más útil sería volver a estudiar Manus, donde, según se afirmaba, estaban operándose los fenómenos más extraordinarios.

En vista de ello, hice mis planes con un año de anticipación para volver a Manus. Recorrí los departamentos de Antropología de varias universidades en busca de un estudiante graduado con buena base de lingüística, electrónica teórica y aplicada y fotografía, y que estuviese interesado en realizar estudios sobre cultura y personalidad. Apareció un solo estudiante con estas condiciones, Ted Schwartz, cuya mujer, Lenora, especializada en bellas artes, también deseaba realizar estudios de campo. Con un año de plazo, yo podría preparar a ambos para sus investigaciones, y Ted probar sus cámaras y los nuevos tipos de equipo, como grabadores

magnetofónicos, generadores e iluminación especial. Teníamos la intención de realizar el trabajo que Gregory Bateson y yo habíamos hecho en Bali, pero añadiendo la grabación de sonido.

El plan de investigación que presenté a la Fundación Rockefeller al solicitar fondos a través del Museo Americano de Historia Natural consistía en un nuevo estudio de Manus que proporcionase datos sobre los cambios registrados a través de dos o tres generaciones, que nos eran más familiares.

Volví a Peré. Ted y Leonora se instalaron en Bunai, a sólo 45 minutos de distancia cuando reinaba buen tiempo, porque cuando éste era malo, la distancia se extendía hasta tres días. Me preocupaba su falta de experiencia. Nunca habían visto una herida abierta, un alumbramiento o una muerte. Sin embargo, la forma tranquila y experta en que encararon todas las dificultades acarreadas por la actividad del volcán, durante los primeros días de su permanencia allá, hizo que olvidara toda mi ansiedad.

Partí del lugar en diciembre de 1953. Ted y Lenora permanecieron seis meses y tomaron contacto con otra expedición en Nueva Bretaña antes de volver a los Estados Unidos. Nuestro material de campo, buena parte del cual no ha sido organizado aún, es inagotablemente rico y ha dado las bases para todas las expediciones a Manus realizadas posteriormente, durante las décadas de 1960 y 1970.

Aldea Peré, Manus
2 de julio de 1953
Escrita en el puesto de patrulla de Patusi

Escribo desde un campamento provisional en la cima de una montaña sobre la antigua aldea de Patusi y con vista a la antigua aldea de Peré. Están los islotes altos, en los cuales en otra época las mujeres secaban sus faldas de paja y los niños colgaban sus columpios,

y los islotes aplanados, donde antes se celebraban reuniones y ceremonias, todos ellos desiertos y desnudos, con lo cual se establece el hecho de que esta forma de vida desapareció. En este momento comparto una casa abandonada y bastante desmoronada, de estilo semieuropeo, tejado de sagú trenzado y suelo de madera (restos de la ocupación norteamericana), con unos setenta nativos. El resto de los pobladores están diseminados en unas cuantas casas semidestruidas, destinadas en otro tiempo a miembros de la policía y al personal del puesto. Unos pocos duermen en canoas al pie de la colina y algunos de los enfermos están en la aldea de Patusi, que ahora se encuentra sobre tierra firme, a unos tres kilómetros de aquí.

Estamos en este lugar porque repentinamente surgió un volcán entre las islas de Lou y Balawan, a unos treinta kilómetros, y comenzó a vomitar un hermoso humo blanco, preludio en estas regiones de las cenizas y la lava, que se levanta hacia un cielo inocente y límpido. El humo forma bellos cúmulos y a veces disminuye, otras se desplaza un poco y, cuando no sopla el viento, da la impresión de haber disminuido. Hace tres días que estamos aquí.

Hacía una semana que me había instalado en Peré y estaba muy tranquila escribiendo mis notas. Una noche, aproximadamente a las once, mientras toda la aldea dormía, con la excepción de los que habían encendido sus grandes lámparas Tilly (rescatadas del ejército) y habían partido a pescar, un policía apareció en mi puerta con una carta del Comisionado de Distrito, Malcolm English, uno de los funcionarios más inteligente, intelectualmente curioso, moralmente responsable y encantador de cuantos he conocido. La carta comenzaba con varios comentarios sociales y pasaba luego a señalar la conveniencia de una evacuación inmediata de todas las aldeas costeras que no contaban con puntos elevados. Sugería asimismo que los nativos construyesen refugios provisionales en el bosque y que por mi parte me tras-

ladase a Bunai, donde Ted y Lenora están en una eminencia de la costa. Los nativos de Peré, no obstante, tenían un plan diferente. Querían que los residentes de Peré nos trasladásemos a ese puesto de patrulla abandonado, que cuenta con algunas construcciones y está emplazado en una buena colina alta. Este puesto no se encontraría tan lleno de gente como Bunai lo estaría si los 250 habitantes de Peré llegasen a unirse a los 600 de Bunai en refugios de emergencia y en un espacio pequeño e inadecuado.

Mandé, pues, al policía a que ayudase a Ted y Lenora a iniciar la evacuación de su aldea, comencé a embalar los artículos de primera necesidad e hice llenar de queroseno todas las lámparas. Una hora después de haber llegado el policía, la canoa grande partía lentamente, cargada con mi material más valioso: cámaras, grabador, máquina de escribir, medicinas, unas pocas latas, tabaco, dinero, arroz, carne envasada para la servidumbre y papel de diario para los cigarrillos de los indígenas. Todos los demás, excepto Manoi, jefe del Concejo (al cual volveré a referirme) y el viejo Pokenau, principal informante de Reo y el hombre más importante entre los sobrevivientes del viejo régimen, con varios solteros jóvenes y un viudo con dos hijos, habían partido con anterioridad en canoas pequeñas. La gran canoa se desplazó con ayuda de una pértiga a través de la marea baja, en medio de una noche de luna, dejando atrás la sede de la vieja aldea donde los pilotes señalan aún la situación de nuestras casas de entonces. Kilipak, convertido hoy en un individuo alto y delgado, muy apuesto y además alegre, curioso y simpático como siempre, manejaba la pértiga. Había evacuado ya a su mujer y a sus hijos, pero permaneció conmigo para guiar la canoa.

El viaje duró más de una hora, en el transcurso de la cual Kilipak contó anécdotas de la guerra y todos reían a gritos al oír cómo un bromista consiguió asustar a la gente que acababa de ser evacuada agitando

una caja de municiones que los demás eran demasiado ignorantes todavía para reconocer como vacía. Ahora la gente dice: «Sabemos de la guerra, de los bombarderos y de los cartuchos y las bombas. Supongamos que haya guerra. Sabremos qué hacer. No tememos la guerra. Sabemos cómo mandar a las mujeres y los niños al bosque y nosotros, hombres grandes y fuertes, podemos recorrer el lugar y pescar y obtener comida, sin tener miedo de la guerra. En cambio, sobre este nuevo volcán... Todavía no sabemos nada. Hasta que lo comprendamos, le tendremos miedo. Algunos de nosotros estábamos en Rabaul cuando hubo el terremoto. Todos hemos oído hablar de Rabaul. Oímos algo acerca de la erupción del Monte Leamington»... donde los europeos subestimaron el peligro y estaban muy alegres, tomando fotografías, cuando toda la ladera de la montaña estalló, matando a muchos. «Nunca vimos aguas tan altas como las que usted menciona.» Se refieren al maremoto, en realidad, el único peligro para las aldeas de la costa y el motivo por el cual nos hemos trasladado a tierras más altas. «Por eso esperamos. Nos movemos lo menos posible. Esperamos hasta que podamos comprender esa cosa nueva para nosotros.»

Tengo a mi cargo, entonces, a unas 250 personas, un bebé de tres días, dos mujeres embarazadas que pueden dar a luz en cualquier momento, dos casos de neumonía y otros problemas. Todo el grupo se desplazó a la vez, sin griterío ni pánico, y no lloró un solo niño, a pesar de que lo habitual es que rasguen el aire los insistentes alaridos de los niños menores, quienes expresan así, con proclamas rítmicas y estilizadas, sus derechos y deseos. En el momento de actuar, por el contrario, arrancados del sueño y arrebujados en las canoas, se mostraron tranquilos y serios. Ahora se han instalado cómodamente en espacios pequeños, comparables a la plataforma de una canoa en alta mar, con sus fogatas, cuidadosamente vigiladas, sobre trozos de hierro galvanizado o sobre fragmentos de cerámica

y permanecen sentados en pequeños grupos, duermen, cocinan, fuman, charlan, juegan con sus niños y esperan.

Todos los días envío a algunos a un mercado próximo y al interior de la selva a buscar sagú y taro, para completar la comida que han traído y todas las noches, ahora, hay más gente dispuesta a pescar y a hacer trueques. Entretanto, les explico que no prestaré tabaco ni dinero a ningún individuo que aproveche sus relaciones con la gente de tierra firme para beneficiar solamente a su propia familia, sino que guardaré todo para el grupo. Tampoco daré arroz a nadie, salvo a los muy enfermos, sino que lo reservo para una verdadera emergencia, cuando quizá debamos alimentar a todos los niños de corta edad. En realidad, tengo en la aldea adonde van algunos hombres casi todos los días, provisiones de alimento europeo para seis semanas, aunque los melocotones en lata y las diminutas latitas de anchoas significarían bien poco para este grupo en particular.

Mientras tanto esperamos instrucciones. Los mensajeros van y vienen de Bungai, donde Ted y Lenora se han instalado en tierras altas. Viene un nativo de Lorengau, a unas dieciséis horas de marcha de aquí y nos informa que el CD (Comisionado de Distrito) fue en el barco de la estación a observar el volcán. Desde Lorengau va un avión hasta Wewak, pero no parece interesarle el volcán. En Balowan hay un miembro de la patrulla que administra la nueva cooperativa indígena local y tiene un aparato de radio. Las noticias pasan de Balowan a Lorengau por radio y poco después nos llegan a nosotros en tierra firme. Hay un gerente de plantación australiano, muy alegre y despreocupado, llamado Gus Dodderidge, en Drova, una isla a seis o siete kilómetros de Bunai, pero la marea está tan alta que no puede pasar los bancos de coral con su barca. Drova es un atolón pequeño, pero llano, que no cuenta con ninguna elevación.

No he decidido aún si éste es un terremoto bene-

ficioso, llegado oportunamente para satisfacer mis propias conveniencias, como lo fueron siempre otros para mí... Sin duda, si no hubiese estado yo aquí, la noticia no habría llegado con tanta rapidez a las aldeas, los nativos podrían haber perdido el tiempo decidiendo la evacuación y, de haber sido arrasada la aldea por un maremoto, todo el mundo se habría ahogado, quedando el lugar completamente destruido, sin que quedase el más mínimo recuerdo registrado de un pueblo que he vuelto a visitar desde tan lejos. El fenómeno ha contribuido a hacer que los niños menores se acostumbren a mí con mucha mayor rapidez, y me ha dado la oportunidad de observar la conducta relacionada con el sueño, la cual siempre es difícil de estudiar en conjunto y cosa que podría resultar imposible, ahora que los grandes velatorios durante los cuales la gente dormía junto a los muertos no se celebran ya. También he podido ver cómo responden a una situación de emergencia. En conjunto, pues, en especial si no llega a producirse un maremoto que nos destruya el generador (demasiado pesado y complicado para trasladar) y todas las casas construidas con tanto amor en el «nuevo estilo», con calles bien trazadas entre ellas y las mismas medidas para todas, consideraré haber tenido buena suerte, y no mala.

El huracán de Samoa, que destruyó la aldea pocas semanas después de haber llegado yo fue un hecho de total mala suerte. Los huracanes y las erupciones volcánicas, sin embargo, deben considerarse dentro de distintas categorías. Recuerdo que a la sazón mi madre me escribió, en términos de gran reproche: «Me imagino que sabías que iba a registrarse un huracán. Hay un huracán cada diez años, según dices, y elegiste este año a propósito.»

El comienzo de esta carta es muy diferente del que habría tenido de haber sido escrita hace tres días. Entonces habría empezado por la aldea y por la revolución social radical que ha tenido lugar en ella. Esta

revolución comenzó en 1946, cuando Paliau, nativo de Balowan que había sido policía en Rabaul bajo la ocupación japonesa, volvió a la Costa Sur, y comenzó a insistir en que los indígenas eran capaces de organizar una nueva forma de vida sin ayuda de nadie. Existen aún muchos puntos oscuros que no han sido aclarados. A juzgar por los distintos documentos que he visto y por los informes redactados por funcionarios individuales dentro del gobierno, parece obvio que en determinado momento existieron elementos de lo que podría clasificarse como «culto del cargo».

Estos cultos son la forma adoptada en Nueva Guinea y Melanesia del culto nativista, en cuyo fondo existe una promesa de que los antepasados volverán y, después de haber expulsado a los blancos o haberlos convertido en servidores, traerán todos los bienes de éstos, el «cargo». A menudo estos cultos contienen un elemento apocalíptico. Sólo si los creyentes destruyen toda su propiedad actual, matan sus cerdos y sus perros, etc., pueden aspirar a recibir el «cargo». A veces se propaga dentro del grupo una especie de manifestación histérica con temblores.

Los cultos nativistas han sido comunes en la zona durante años. Existió uno entre los Arapesh a poco de llegar nosotros allí, durante el cual los nativos inventaron una nueva forma de vivienda, capaz de soportar las inundaciones y la oscuridad vaticinadas y adquirieron todas las lámparas que ofrecían los comerciantes de la región. A veces llegan a la atención del gobierno, cuando los excesos dan lugar a la destrucción de alimentos de consumo del pueblo, pero en general surgen y cesan sin que a nadie le importen mucho. Se han denunciado varios en este momento en el interior de Nueva Guinea, donde los elementos anormales nacidos del contacto con culturas diferentes son acogidos —por los nativos que aún no han experimentado dichos contactos culturales— como simples formas nuevas de ritual.

Cuando estuve en Australia en 1951, me contaron que los Manus tenían un nuevo culto del «cargo», en el que se mezclaba el deseo de adquirir maquinaria europea, tal como la que habían visto durante la guerra, como motoniveladoras, por ejemplo, con el de aprender el inglés, entre otras cosas. En cierto modo, costaba mucho dar crédito a tal historia. Yo podía concebir un retorno de los Manus a parte de su antigua religión de espíritus de sus antepasados muertos, pero no lograba, en cambio, imaginar las condiciones en las cuales su nivel realmente elevado de realismo pudiese hundirse convirtiéndose en la expectativa inmediata de un paraíso organizado de modo sobrenatural.

No tengo todavía elementos de juicio suficientes para saber con certeza qué sucedió en realidad. Para los ojos de los observadores europeos, toda la empresa, clasificada, por desgracia, como culto del «cargo», que merced a la complejidad de la antropología actual ha llegado a formar parte del conjunto de conceptos oficiales, fue obra de un líder no nativo de Manus, considerado como persona desaprensiva y subversiva, que aprovechó un inesperado brote del culto del «cargo» para favorecer sus propios fines, como el de establecer un pequeño imperio de corte totalitario del cual él mismo sería dictador.

El cuadro, tal como me lo presentan las gentes de Peré, es muy diferente. Ellos aluden, con expresión nostálgica en los ojos, al año «1946» con la unción de auténticos revolucionarios. En 1946 comenzó el nuevo orden. ¿De dónde provenía? Vino como un terremoto, nadie sabe de dónde. ¿Quién lo inició? «Nadie, nosotros mismos lo iniciamos todos juntos. Decidimos adoptar un nuevo género de vida, desechar todas las malas costumbres del pasado e instituir una forma nueva de vida.»

Y así lo hicieron. Echaron por la ventana, no a los cerdos y los huertos que se destruyen en los míticos cultos del «cargo» sino todos los atributos de la antigua cultura: los adornos, que tenían un valor económico de

uno u otro tipo, los dientes de perro y la moneda de conchas, que habían persistido a pesar de la conversión al cristianismo, los matrimonios arreglados, el tabú entre los parientes cercanos, los tabúes relacionados con el propio nombre, las costumbres relacionadas con el alumbramiento, la pubertad, el matrimonio. Algunos objetos fueron vendidos a los brujos del interior de la selva. Por fin, los que restaban aún fueron metidos dentro de un tambor y arrojados al mar. Todas las aldeas Manus se trasladaron a tierra firme y se construyeron nuevas casas, planeadas como las europeas, con cocinas y ventanas. Con el gran volumen de materiales rescatados de la guerra, instalaron tambores vacíos como cisternas de hierro galvanizado para recolectar agua. Todas las vestimentas nativas, todos los adornos, desaparecieron.

Sin duda, todo este proceso es resultado, en muchos casos, de la acción de las misiones. Se destruyeron las casas ceremoniales o Tambarans y se desecharon todos los atributos de lo sobrenatural según la vieja usanza para reemplazarlos por otros, según el nuevo estilo. Lo curioso, no obstante, es que no se trata en modo alguno del culto a lo natural, sino más bien de una afirmación colectiva en cuanto a la dignidad del hombre. Las premisas fundamentales son que todas las costumbres que antes impedían una buena relación personal o la autonomía moral del individuo deben ser abolidas. Los hombres y las mujeres deben elegir a sus propios cónyuges. Cada hombre debe decidir si debe irse lejos a trabajar para los europeos o no. Sus mayores no pueden opinar sobre ello. Los costosos intercambios entre parientes próximos que llevaban a una esclavitud también deben ser abolidos.

Al mismo tiempo, se aceleró el proceso de la organización comunal. Cada aldea o sector de aldea más importante tiene un «Concejo», un líder elegido y un «Comité» que colabora con él. La aldea cuenta con una plaza central que, según se manifiesta, combina todos

los islotes aislados donde cada clan hace sus discursos y un lugar en el centro para las reuniones. Hay un gong para despertar a los pobladores, otro para ir a la iglesia, otro para convocar diariamente a todos, para la distribución de tareas comunales. Se ha establecido una estricta separación entre los malos *pensamientos,* que son responsabilidad moral de cada individuo y que pueden llevar a la muerte, y las malas *acciones,* responsabilidad de las autoridades del pueblo o bien, cuando son demasiado graves, de las autoridades del gobierno.

La magia de la gente de tierra firme puede perjudicar sólo a quienes la temen. Existe una gran nómina de «Harás» y de «No harás», dispuestos en forma rítmica: «Desecha la costumbre de ponerte de parte de miembros del clan cuando están equivocados. Adopta la costumbre de no ponerte de parte de quienes están equivocados». Es una especie de manifiesto que se cita con su fecha, el 6 de noviembre de 1946. Se considera la enfermedad como causada por factores naturales, como mala alimentación, falta de trabajo que espesa la sangre, etc. Por otra parte, los malos pensamientos impiden que las medicinas surtan su efecto y terminan por provocar la muerte. A pesar de ello, los malos pensamientos conciernen sólo a cada individuo. La vida sexual de los solteros es asunto privado. Un padre no puede ya intervenir en los asuntos de su hija. En su origen, este movimiento no tenía elementos antagónicos a las misiones, pero (según los datos actuales, en los cuales coinciden fuentes nativas y oficiales), las misiones se oponían a las nuevas ideas. En vista de ello, los Manus decidieron: «Bien, manejaremos nuestras propias iglesias.» En efecto, así lo han hecho y hoy se ofrecen dos servicios religiosos por día, de origen católico, pero de espíritu protestante.

Lo sorprendente en todo esto es que parece dar resultados. En las dos semanas transcurridas desde que llegué no ha rasgado el aire ni una riña, un aire que antes estaba cargado de ira. Durante todo este período

difícil en la región montañosa no ha habido disputas ni acusaciones. La reunión dedicada a considerar si la población debía permanecer aquí, o bien volver, fue un modelo que ni un grupo de concejales de la vieja tradición en nuestra Nueva Inglaterra podría haber superado. Recordarán que en mi obra *Growing Up in New Guinea* describí a los niños como generosos, cordiales y con espíritu de colaboración, bajo un sistema económico coercitivo de los adultos, que se imponía sobre ellos. La supresión de este sistema de intercambios entre familiares, de tipo autoritario, explotador y con implicaciones de oprobio para quien no se ajustase a él, parece haber permitido realmente que surjan a la superficie esta generosidad y este carácter cálido.

Muestran una seriedad asombrosa. El Concejo para este sector de la aldea suele recordarme a menudo el de un régimen bolchevique, por su empecinada subordinación a la «Línea». Asimismo todo resulta de una gran monotonía si lo comparamos con la complejidad de la vieja cultura. Se atisba una incipiente tragedia, por cuanto el nuevo sistema se apoya, en gran parte, en los elementos desechados por el ejército de los Estados Unidos, como madera para los suelos, lona para toldos, sillas y mesas y lámparas de gas. La forma imaginativa en que han captado las posibilidades de la vida moderna es muy superior a sus propios recursos. Saben decir la hora y fijan una reunión para «la una de la tarde», pero no hay más que dos relojes y uno de pulsera en la aldea y hay menos probabilidades de que la reunión comience en hora que cuando se fijaba ésta por el sol. Han aprendido a reconocer las fechas, pero no cuentan con calendarios, de modo que saber qué día es es cuestión de largas discusiones, o por lo menos lo era hasta mi arribo. Aspiran a contar con buenos materiales y con buenos instrumentos, pero no pueden escribir para encargarlos, ni cuentan con medio alguno para enviar el dinero necesario.

Hoy Manoi, fanático, testarudo y serio, me trajo su

cuaderno de trabajo, en el cual enumera, en un pidgin escrito con gran trabajo y minuciosidad, una serie de reglas de puericultura, basadas en sus observaciones sobre la manera de cuidar a los bebés de los europeos. En ellas establece que el niño debe tener su propia cama, su propia ropa de vestir, ser bañado dos veces por día, no ser alimentado jamás con alimentos ya masticados, etc. Han llegado a la conclusión de que el hábito de masticar tabaco o nuez de betel practicado por los jóvenes puede impedir la lucidez cerebral y por este motivo, se lo han prohibido a los niños. Todo el proceso resulta apasionante y un poco conmovedor al mismo tiempo, pero en su conjunto inspira orgullo frente a la raza humana. Creo que podré presentar una exposición de este proceso en términos comprensibles para los norteamericanos, así como comunicarles un nuevo sentido de todo lo nuevo que se agita en la mente de los pueblos atrasados de todas partes.

Aldea Peré
6 de julio de 1953

El sábado recibimos la noticia del Comisionado de Distrito de que el experto en volcanes a quien habían traído en avión desde Rabaul había analizado la situación del nuestro y lo consideraba un volcán benigno. ¡La verdad es que ambos términos parecen contradecirse!

Pasamos una velada conversando con locuacidad en la cima de nuestra colina con las cincuenta personas, apoximadamente, que quedaban aún conmigo en la casa grande, cambiando anécdotas sobre la guerra y sobre la llegada de «todo Estados Unidos» y hablando del traslado desde la antigua sede de la aldea. Por fin Pokanau se dignó recordar que su abuelo le había hablado de un maremoto que se produjo cuando éste era niño. Seguidamente Manuwai, que en una época fue uno

de nuestros muchachos servidores, el que interrumpió sus quehaceres para que le agujerearan las orejas, vino a decirnos que habían decidido celebrar tres casamientos al día siguiente. Kilipak trajo entonces cartas de Bunai, de parte del Comisionado de Distrito, quien manifestaba que el estado de alerta había terminado y que podíamos volver.

Toda la noche la gente se estuvo despertando para encender lámparas, y ver si había amanecido, y muy poco después del alba la flota de canoas nos llevó de regreso a la aldea, que, a pesar de lo que temíamos, no estaba destruida. No habían robado ni un solo objeto. Todo se encontraba como en las casas sepultadas en las cenizas de Pompeya, aunque no estaba sepultado en nuestro caso, sino intacto y a salvo entre esta gente disciplinada y cuidadosa. Hubo, pues, tres bodas en la iglesia y ahora cada una de las jóvenes parejas, con libertad para hablar y comer juntas, se pasean en público, liberadas de los antiguos tabúes restrictivos y de la explotación, y pueden sentarse cómodamente en una sección de la casa, que les pertenece por entero.

Mi casa es «la segunda de la hilera» y da directamente a la plaza de ceremonias, donde en este momento se celebra una reunión de Concejo en un lugar llamado el «anillo», un cuadrado de troncos sobre los cuales se sienta la gente. Desde mi galería cubierta veo las montañas y me lleva dos minutos de marcha ver el mar abierto. Hay casas en tres de mis costados, a unos dos metros de distancia, de modo que la gente puede mirar prácticamente por mis ventanas desde las propias. Esto resulta excelente para mi trabajo de campo y después de haber pasado esos cinco días en la montaña, han dejado de desesperarme los gritos de los niños durante la noche. Se trata de una conducta aprendida, una afirmación agresiva de su resistencia a que los despierten o de un deseo de dormir con un progenitor diferente, etc. Todos los días los niños juegan en la arena

blanca de la plaza, que presenta por la mañana temprano las huellas dejadas por cangrejos grandes.

Si bien las casas carecen del estilo característico de la antigua aldea, en resumen diría yo que el conjunto es más hermoso. En el viejo Peré había hermosos atardeceres y noches de luna, pero las voces enojadas, los tambores estridentes, los gritos y el tumulto malograban, en cierto modo, el paisaje tropical. Ahora, durante las tardes de domingo, el ambiente resuena con el sonido de los ukeleles que tocan con gran suavidad y de los niños que cantan mientras juegan. Me traen a los bebés inmaculadamente limpios a que les lave los ojos con ácido bórico.

Cholai, el joven maestro que apenas sabe escribir, pero trabaja con empeño para mantener las mentes de los niños «claras» hasta que el gobierno pueda enviar a un maestro de verdad, viene a pedirme que elija una canción del libro de canciones religiosas que le dieron las fuerzas norteamericanas. No resulta difícil explicar a este hombre que está descalzo en el mar mientras quema los costados de su canoa con una antorcha hecha de hojas de cocotero, qué significa el Seminario Internacional para la Salud Mental y el Desarrollo del Niño celebrado el verano pasado. Mientras estábamos en la montaña, adquirí todo el sagú que era posible comprar por medio de tabaco, hasta que la gente de tierra firme clausuró sus mercados por temor a la playa y al volcán. Ahora todos los días la gente me trae pescado y el hombre de la canoa grande que trasladó mis pertenencias más valiosas desde la aldea vuelve para asegurarse de que he comprendido que no me cobrará nada por dicho traslado. Y todos los días la gente presta o pide prestado, consistiendo los préstamos en barritas de tabaco, desde dos hasta diez, o sea el equivalente de quince o setenta y cinco centavos de dólar, sumas que yo registro con gran solemnidad en un gran libro y cancelo con igual solemnidad cuando me pagan. Su amor al canje, a trabajar a crédito, no ha disminuido.

Sin duda hay demasiadas cosas que hacer. Comprendo ahora que parte de la sensación de exceso de trabajo que tenía en Tambunam en 1938 se debía a que tenía un considerable dominio del idioma pidgin y una comprensión general de la cultura, con rudimentos, además, del idioma local. Todo ello significó un torrente inmediato de actividad, que se combinó con el intento de reproducir el trabajo realizado por Madé Kaler (nuestro secretario balinés) conmigo, lo cual resultó sumamente agotador. Lo mismo, si bien peor, ha sucedido aquí. Conozco tanto el pidgin como el Manus y conozco, por otra parte, a la mayoría de los adultos. De inmediato me es posible identificar a cualquiera y no tengo que perder tiempo en que se me expliquen los grados de parentesco. Esto significa, por otra parte, que el volumen de la información, combinado con las reminiscencias interminables sobre todo lo sucedido en los últimos 25 años, adquiere proporciones un tanto alarmantes y por ello me atraso muchísimo en la tarea de escribir a máquina. No me atrevo a utilizar el grabador, porque no hay posibilidad de revisar el material recogido, o bien, exigiría la misma cantidad de tiempo que escribir. Esto me recuerda una reunión de familia con primos a quienes uno no ha visto en 25 años, con horas de conversación sobre las rarezas de viejos miembros de la familia que uno apenas conoce, combinado con «¿Recuerdas la vez que nos caímos todos en el arroyo?» Es curioso ver cómo ha disminuido el llanto atemorizado de los niños de uno a dos o tres años de edad, aun entre los que no permanecieron cerca de mí en la montaña. El tono de voz con que los mayores les dicen «*Ndro wiyan*», o sea «Está bien, no importa», ha cambiado. En realidad, este pequeño trastorno originado por la amenaza del volcán ha sido, como siempre, útil, en lugar de ser un obstáculo.

Hoy he hecho un plano de la aldea y de las playas próximas, ajustándome a una escala, tarea agotadora bajo el sol ardiente, pero todo el mundo está satisfe-

cho e impresionado y ahora los dos Concejos y el Comité celebran reunión para decidir si darán números o no a los terrenos para construir viviendas no distribuidos aún. Yo sabía que al encarar esta empresa de estudiar el cambio, estaba, en cierto modo, protegiéndome contra el choque que implicaría comprobar la desaparición de la antigua complejidad cultural en cuanto a la pérdida de la artesanía nativa, de los trajes y de todo el ritual y el despliegue que pueden dar tanta riqueza estética a una cultura primitiva. Lo que nunca preví es que se registraría en este pueblo un cambio espiritual tan apacible y tan conmovedor. Tiene el mismo atractivo que el de las primeras canciones con que se inicia una revolución, pero aquí se trata de una revolución sin derramamiento de sangre, sin violencia de ninguna clase y dentro de la legalidad, sin cambios de gobierno, en el sentido más amplio, pero con este asombroso aumento de la organización y la autonomía locales.

Los niños se muestran más alegres y simpáticos que hace 25 años. Hay un enjambre de niños de primera edad. Todo es magnífico.

No he visto a Ted y a Lenora desde el aviso de alerta, pero vendrán mañana. Tuvimos una introducción a la vida nativa bastante violenta, con cinco bebés, inclusive mellizos, nacidos el día anterior a la evacuación. Con todo, creo que esta evacuación hará que cualquier dificultad que surja en el proceso de instalarse normalmente en la aldea sea algo parecido a un juego de niños.

Balowan
14 de agosto de 1953

Estoy escribiendo en la pequeña «*casa-viento*» construida como albergue de huéspedes en la isla de Balowan, donde el movimiento al que hemos dado el nombre

de MHN, o Movimiento del Hombre Nuevo, ha progresado más. En este sitio se ha destinado a un delegado del gobierno para ayudar a los nativos a cumplir sus aspiraciones y por suerte hay aquí un matrimonio enteramente capacitado para la tarea, ya que ambos disfrutan de vida aislada y contribuyen a la solución de los interminables problemas con que se enfrenta un pueblo casi analfabeto al manejar sus propios asuntos.

Balowan es la isla natal de Paliau, donde creció, entre la gente alegre y despreocupada que antes vivía presa del temor y la aprensión frente a los Manus, más marinos, más audaces, más oscuros de tez y más morales. Aquí, cuando era joven, o por lo menos, así lo cree hoy, ya que en este caso observamos el mito de la infancia del líder, mito tejido día tras día casi sin hilo con qué tejerlo, soñó que las guerras y la sospecha mutua y el desprecio entre los grandes grupos de pueblos de las Islas del Almirantazgo podía terminar, que los calificativos llenos de desprecio que se dirigían los unos a los otros podían ser abolidos y que era posible, en fin, que todos se amalgamasen en un solo pueblo que actuase como unidad política. Bajo las tensiones registradas al comienzo del nuevo movimiento, los Manus habitantes de la costa cerca de Balowan, la gente de Mok, se trasladaron a tierra firme y se construyeron una nueva aldea, con senderos bordeados de caracoles y plantas ornamentales de la familia del ricino, una iglesia con techo de tres pisos y balcón, y todas las casas diseñadas con gran esmero.

Sin embargo, se requirieron dos años, después de terminada la aldea, para poner en marcha en ella el soñado gobierno local; ya hace cinco años que la gente de Peré construyó su pequeña aldea modelo, completa con su muelle, iglesia, caminos y señales indicadoras. El hecho real es que la duración de un techado hecho de sagú es de unos cinco años. Tenemos hoy, pues, una carrera entre la velocidad con que se destruye lo que

es, para ellos, la materialización física del nuevo sueño político y la eficiencia de una burocracia bienintencionada pero lenta, cargada de complicaciones políticas de dos tipos: las del gobierno australiano y las de las Naciones Unidas, que le impide moverse. Las goteras en el techado de la iglesia, las fachadas de las casas que comienzan a hundirse en estas cuidadas aldeas expresan por sí mismos la necesidad de activar la acción. Me refiero a Bunai, Peré y Patusi, nuestras tres pequeñas aldeas sobre la Costa Sur.

En cambio aquí, en Balowan, hay una escuela de tres aulas, un dispensario, una gran casa para el concejo y un almacén construido con mano de obra nativa y con fondos también nativos. He venido, pues, a ver cómo funciona, observar el cuadro de lo que cabría esperar que suceda en Peré y obtener algo más de material sobre la historia inicial del lugar, ya que el actual delegado estuvo aquí inmediatamente después del primer brote del culto del «cargo». Me acompañó un periodista australiano que hizo un alto en Peré en su camino a Balowan, lo cual me dio la oportunidad de observarlo entrevistando a los funcionarios locales para la prensa internacional.

Fue una gran oportunidad, pues el periodista quería formular infinidad de preguntas sobre lo que puede implicar para Nueva Guinea un movimiento como el MHN, preguntas que volverán a formularse en Australia y en las Naciones Unidas. Mi primera oportunidad surgió hace unas dos semanas, cuando me llamaron a Lorengau a responder a una llamada telefónica desde Nueva York. Estaba segura de que sería todo un disparate, y tenía razón. ¡Se trataba de una estratagema de publicidad de una compañía que quería saber si yo fumaba! Y para esto tuve que hacer un viaje de un día en una pequeña lancha, en un mar picado, y pasar cuatro días lejos de la aldea. En cambio, significó llegar a Lorengau y presenciar un juicio que estaba segura de

querer ver pero al que nunca pensé que me sería posible asistir; el de un hombre que había intentado asesinar a Paliau hace unos cuatro meses. Esto me dio la oportunidad de estudiar de cerca a Paliau y después, Paliau volvió de Lorengau y permaneció en Bunai casi una semana. Nos fue posible registrar su visión de lo que sucedió en 1964, filmar películas, grabar reuniones dirigidas por él y realizar, en general, lo que nunca habríamos podido hacer de otra manera.

Paliau es un hombre de unos cuarenta y cinco años, o tal vez menos, delgado, simpático, con el aplomo de quien siempre ha tenido la posibilidad de pensar en cuanto se le ocurría pensar y con una actitud que sólo cabe describir con un término: la de un virrey. He llegado a la conclusión de que la esencia de su genio radica en el carácter integral de sus conceptos. Todos los pobladores de la Costa Sur y, en definitiva, de todas las Islas del Almirantazgo, deben unirse en una sola nación y todos los cambios que les permitirán integrarse al mundo moderno deben llevarse a cabo en forma simultánea. Un nuevo tipo de vivienda, de ropa, de calendario, de organización social, de iglesia, de ética, con todas las instituciones necesarias para sostener estos cambios, como tesoro, impuestos, escuela, aduana, hospital. Todo ello debe crearse al mismo tiempo. Paliau llevó a cabo las negociaciones para hallar sedes donde establecer las aldeas en la costa y proporcionó un proyecto según el cual habría de reconstruirse la vida de los suyos en la costa, mientras los Usiai (gente de las selvas de la isla grande) bajaban a dicha costa y aprendían a vivir con los Manus y a hacer uso de embarcaciones.

Sospecho que uno de los procedimientos que nos llevó a la derrota frente al cambio social de corte comunista en Oriente, fue el de actuar no sólo con lentitud, sino asimismo el de seleccionar sólo partes de nuestra estructura social que deseábamos transmitirles. Nunca aceptamos sin reservas, y en totalidad, todo lo que los distintos

reformadores, como misioneros, autoridades oficiales, educadores, consideraban como deseable para los pueblos primitivos. Tenemos aquí, en cambio, un pueblo primitivo que ha optado por una estructura entera de vida que hallan adecuada en sus menores detalles. Japón, sin duda, hizo algo semejante cuando el pueblo japonés importó de repente toda una cultura occidental en su forma más completa. Cuando se adquieren en forma aislada aspectos individuales de una nueva estructura cultural, quedan todas las partes recalcitrantes de la antigua cultura para desarrollarse, borrar, oscurecer y distorsionar lo nuevo, disminuyendo inevitablemente el ritmo del cambio.

De cualquier manera, ésta es la situación por el momento.

La vida en Peré es ideal para trabajar y un poco más dura para el cuerpo que para el espíritu. Mi casa tiene una situación soberbia para hacer mis observaciones, pero es sumamente calurosa. Rara vez la temperatura baja de los 32 grados centígrados y a veces llega a los 37, sin que sople una brisa. Para compensar esto, en la playa frente al banco de coral y al mar abierto, en el tramo de costa donde construyen sus canoas (pero donde no se permite construir casas, porque la tierra pertenece a una compañía de cultivo de cocos), me han levantado una casita pequeña de las llamadas «*casas viento*». Aquí éste sopla con tanta intensidad que trabajar con papeles en un problema, aunque da cierta ilusión de frescura.

Los días que prometen ser soleados y límpidos, nos dirigimos a la playa con máquina de escribir, cuadernos de apuntes, prismáticos, cámara, agua potable con cal y una variedad de pequeños objetos como pinzas, gafas de sol, trípode y la radio portátil en la cual captamos programas en inglés pidgin. En todo esto me asemejo a los nativos, que suelen ir a menudo con una prenda de vestir muy rudimentaria, pero llevando

una linterna, un encendedor, un llavero lleno de llaves y una tabaquera impermeable con cierre de cremallera. Como ellos, uso un mínimo de prendas sencillas, como poco y llevo una proporción exagerada de equipo moderno.

Aquí padecemos de un exceso de riqueza de material: media docena de grupos de niños, cada grupo dedicado a un juego complejo e intrincado, gente que va y viene de Bunai, canoas que llegan y parten, gente que se baña, teje redes para los peces y apaga cal viva y cada grupo está acompañado por un séquito de niños de corta edad que se dedican a un juego de imitación, sufren accesos de enojo y despliegan toda clase de actividades relacionadas con el juego.

¿Cómo tomar una cantidad tan reducida de apuntes que sea posible pasarlos en limpio más tarde? ¿Cómo manejar este espacio lleno de gente, sin límites fijos, en el cual un hecho se desarrolla a continuación del anterior en una corriente sin interrupción, aunque una y otra vez surgen temas individuales que es necesario registrar a medida que se producen? Por ejemplo, vemos a una mujer caminando con lo que parece ser una espiral de calidad inferior atada a la punta de un palo, que hace girar sin mayor ritmo con la mano y sólo podemos explicar el hecho, cuando recordamos que se trata de los restos de una serie de modelos de aviones construidos hace dos días por varones de 12 a 14 años, restos cuyas partes ahora desintegradas, son llevadas con aire despreocupado por gente mayor, o bien heredadas por los más pequeños, quienes las desparraman entre todo el grupo.

Es necesario observar el tiempo suficiente para comprobar que una serie considerable de lo que se presenta como actividades diferentes, realizadas por grupos distintos de niños de diversas edades, se encuentran ligadas por un complicado conjunto de ecos, acciones idénticas, fracciones de acciones que forman asonancia y

contrapunto, con niños en un mismo punto, o bien materiales como astillas de una canoa nueva o cualquier otro objeto, como un avión de juguete hundido en el suelo y dejado allí con la hélice girando, para que los descubra un grupo de niños menores, como los hilos que unen toda una trama.

De tales observaciones (cuando logro obtener las unidades correctas) tienen que surgir los elementos que muestran cómo funciona esta sociedad fluida y orientada en el tiempo. Me refiero a la forma en que una persona se relaciona con otra mediante una serie de repeticiones y paralelos en los cuales cada individuo se considera el iniciador, el actor autónomo y espontáneo, y sin embargo, el total se ajusta a un orden y a un diseño. Hace veinticuatro años no hallé hermosa a esta gente. Ahora, la adaptación perfecta, aunque en cierto modo indefinible, maquinal, de sus cuerpos a los de los otros y al mundo que los rodea, que queda definida para cada individuo por su propia posición, resulta estéticamente satisfactoria y de un inmenso interés.

¿Qué efecto tiene sobre un bebé que lo ayuden a cerrar la mandíbula inferior cuando bosteza? ¿Por qué un hombre verbaliza su empecinamiento de la época pasada como si se tratara de algo existente en este momento, diciendo «Soy perezoso, no quiero trabajar para la comunidad» y cosas por el estilo, para agregar después: «No es lo que siento ahora, sino lo que sentía. Lo digo ahora para poder verlo y oírlo y el de quedarse perfectamente inmóvil y contemplar a otro hacer algo, una misma cosa? ¿Y cómo puede el propio ego identificarse tanto con la acción que el que la haga uno o no la haga, no tiene, en cierto sentido, importancia?

De ese modo intentamos comprender esta pequeña revolución, como un microcosmos de lo que está sucediendo en todo el mundo, así como seleccionar pormenores de la vida para un estudio microscópico.

Nunca vi a un recién nacido tan a sus anchas en el

mundo como a estos bebés, nacidos con gran rapidez, con la madre en el suelo, sostenidos delante de ella hasta que sale la placenta, recogidos luego en la áspera blandura de una falda de paja que estimula a la vez que protege, lavados en minutos con vasos de agua fría que les vierten encima y cobijados tibia y humanamente en los brazos de una anciana, mientras ésta les canta una canción de cuna, versión repetida de los vagidos del niño y con la cual lo harán dormir durante el resto de su infancia. Ojos muy abiertos, gritos acallados, cabeza y manos y pies en un movimiento que disimula su falta de coordinación, estos niños miran alrededor y cuesta creer que no vean bastantes cosas.

19 de agosto de 1953
De regreso en Peré

Cada semana el material da la sensación de organizarse alrededor de un tema diferente. En este momento, la insensatez de la controversia sobre qué tiene mayor importancia, el hombre dotado, o bien la situación mundial. La verdad es que esto es un pequeño microcosmos de gran belleza, en el cual las cuestiones como la señalada se presentan en términos claros y explícitos.

La forma de cerrar una carta en pidgin es *Em tasol.*

Peré
2 de octubre de 1953

Las últimas seis semanas han sido tormentosas. Dos tentativas de suicidio. Nacimiento de un niño anencefálico a los padres más hermosos, bondadosos y humildes de la aldea. Continuas demoras en la esperada aprobación de su Concejo, es como aferrarse, sostenido a los bordes de un sueño que se derrumba por medio de uñas que carecen del calcio necesario.

Me fascina la forma en que me siento comprometida, según he descubierto, con la realización de sus aspiraciones. No estoy muy segura de lo que es: un reflejo del cambio registrado en todo el clima de la opinión mundial, o bien un accidental acuerdo con mi temperamento, pero me siento más próxima a un pueblo que se siente capaz de rehacer su propia cultura poniendo su voluntad en lograrlo, o, tal vez se trate de la simpatía humana que sentimos hacia gente que hemos conocido durante toda la vida. No cabe duda de que los tres factores intervienen en ello. En 1953, estamos abocados a conocer una gran movilidad dentro de una generación, y a la construcción de un mundo donde la unidad de valor es el ser humano y no simplemente el hecho de pertenecer a una cultura determinada más bien que a otra. Por último, esto significa que no podemos permitirnos esa nostalgia estética de una «cultura total» y de una «profundidad cultural», ya que sólo podemos ganar esta batalla con el tiempo si defendemos las aspiraciones humanas despertadas por los conceptos de la medicina, la ciencia, la cultura y la dignidad humana y si reconocemos que las primeras expresiones de dichas aspiraciones adolecerán muchas veces, en apariencia, de una grosera falta de armonía —porque nosotros mismos hemos roto tan recientemente con un pasado que concebimos como más armonioso— y más aún, como baratas, feas, aburridas y sin contenido.

Decididamente, es más fácil para mí sentirme comprometida a una empresa de abrumadora dificultad, que al simple deseo de mantener el *status quo*, por equilibrada y grata que aparezca la cultura en cuestión, como en el caso de Bali. Asimismo, el grado de afecto y calidez que surge de una larga amistad nunca será sobreestimado. Solía creer antes que conocía a muchas de las personas con quienes trabajaba y a menudo conocía, en realidad, a gente como Fa'amotu en Samoa y como nuestros servidores Arapesh y como Madé Kaler en Bali. Pero esto es diferente, posiblemente porque

estos seres —desde nuestro propio punto de vista— no están demasiado dotados para expresarse en sus relaciones personales y porque el largo y detallado conocimiento adquirido en el pasado reemplaza a la capacidad de introspección.

Cuando Karol Matawai, alto, violento y rebelde, llega con ojos llameantes, empeñado en imponer su parecer en una cuestión de amor propio, todo lo cual terminará con diez personas encarceladas por cargos que en realidad nadie tiene interés en hacer valer —ni las autoridades ni los nativos— descubro que mis esfuerzos por razonar con él están tan teñidos por el recuerdo de la sensación que tenía yo al tenerlo en mis brazos cuando era un bebé, de la forma en que arrancaba a su padre de una ceremonia para pedirle que le diera un globo rojo, que no hay irritación en mi tono y mis ruegos tienen éxito. Y después, por el hecho de conocer a Kilipak, su hermano mayor, sé qué argumento apaciguará su orgullo herido y que si consigo hacerle ver que la reputación de su hermano menor se verá perjudicada, también este argumento prevalecerá sobre su empeño arrogante en salirse con la suya.

Los problemas de la participación, sobre dónde cabe intervenir y dónde no, toman un cariz distinto cuando la gente misma tiene tantos deseos de orientación en cuanto a las *Reglas de Administración* de Robert, como en cuanto al uso de la quinina para tratar el paludismo. La tendencia al suicidio y a la depresión, proveniente de una creciente internalización de la conciencia y de un complejo de culpa por los propios pensamientos, además de los propios actos, inducen, asimismo, en el antropólogo, un nuevo tipo de participación terapéutica.

Desde luego, todos quienes hemos trabajado en Nueva Guinea siempre hicimos el máximo posible por salvar vidas y cuerpos, pero antes de los antibióticos, nuestras posibilidades como personas no especializadas eran mucho más restringidas. Y ahora, la solicitud de ayuda en la escuela, ayuda en las reuniones y ayuda en la

tarea de «lograr una idea más clara del camino que nos aguarda» nos es hecha con el mismo tono de voz con que en una época nos pedían que les curásemos una herida.

Todo esto da como resultado que pensemos sin cesar: «¿Qué será necesario decir al muchacho más destacado y de mayor porvenir de la aldea, todavía vivo porque cuando trató de ahorcarse con un trozo de goma de neumático que sobró de la guerra, éste, por suerte, se rompió?» Cómo combinar el «Eres descendiente de Korotan, eres miembro de la tribu que es la *lapan* (aristócrata) entre todas las de tu pueblo. Eres el que vivió cerca de Pokenau, el hombre que aún recuerda las viejas genealogías, y tú también aprendiste a conocerlas, tú, que comprendes mejor que nadie lo nuevo, que escribes mejor que nadie en la aldea, que tienes la energía para organizar y mantener la escuela funcionando sin ayuda y sin material de nadie. Eres el lazo que ata el pasado y el futuro. Sin ti las esperanzas de esta aldea se derrumbarán, dispersas y destrozadas.» ¿Cómo unificar todas estas cosas para que él pueda vencer su orgullo autodestructivo y herido y decida vivir? Todo ello requiere una dedicación total —esta dedicación total suele medirse siempre, quizá, según la capacidad relativa de actuar y de comprender—, tal como la que desplegué yo alguna vez, cuando intenté revivir a un niño medio ahogado, o disminuir la fiebre de un bebé cuyos dientes comenzaban a aparecer. Con todo, es curioso y, a la vez, maravilloso observar la forma en que una ética en proceso de cambio significa asimismo un cambio en el tipo de participación.

Debo detenerme aquí para enviar a Sidney un pedido de ropas que desea obtener la aldea para Navidad, cuando todos los Manus irán a Balowan durante cinco días para participar en fiestas y reuniones. Pedí precios y muestras a Sidney, pues quieren prendas bien confeccionadas, en lugar de los artículos de pacotilla que por

tradición se han considerado como apropiados para los indígenas. Obtuve muestras de tela para las mujeres, quienes se levantan y hacen una primera selección. Entonces les pregunto: «¿Y si no queda ya de ésta?» y sólo las más inteligentes serán capaces de elegir por segunda vez. Las otras se limitan a decir: «Cualquiera de las que hay en ese montón», o bien «No importa, cualquier cosa nos vendrá bien», índice de la limitada perspectiva del tiempo en que viven aún, y dicen: «Cuando los niños hayan ido a la escuela, entonces aprenderán y serán capaces de desenvolverse en la nueva forma de vida.»

Debo combinar la ayuda que presto en la escuela con la tarea de mi propio trabajo. En este momento estamos estudiando mapas. Hice un plano de la aldea y lo pegué en la pared de mi casa, con las casas numeradas y una lista de nombres escritos a máquina. Los niños lo estudiaban sin detenerse mucho cuando entraban o salían. Después se les indicó en la escuela que dibujaran el «interior de la aldea». Todos los niños sin excepción habían captado el diseño general de mi diagrama, pero añadieron detalles omitidos por mí, comenzaron a numerar las cosas de manera diferente, etc. Ahora están por dibujar un plano en la arena y seguidamente treparán a los cocoteros para ver desde lo alto cómo es un mapa, en realidad.

Y tenemos una escala para fijar fechas, en la cual se ve el tiempo evolucionario, el tiempo transcurrido desde el nacimiento de Jesucristo, el descubrimiento de América, de Australia y de Nueva Guinea, las dos guerras mundiales y el comienzo de su propia era nueva, 1946, para que les sea posible aprender, a medida que se alfabetizan, a adoptar la escala de tiempo de quienes se alfabetizaron antes que ellos. Y para que ello cobre mayor realidad, todas las décadas desde 1890 aparecen identificadas por el nacimiento de alguien en la aldea. Entre estas actividades los niños hacen pruebas con los rompecabezas de Stewart Ring, pruebas Ges-

talt de Bender y pruebas de mosaicos y así sucesivamente.

El tiempo, el temor de que el equipo se destruya y la posibilidad de que algún desastre en gran escala llegue a destruir la aldea... he aquí los tres jinetes apocalípticos que corren detrás de mis talones, pero ya ha pasado el momento crítico de mi investigación de campo, *SI ACASO* tuviese que detenerme en este punto. Es algo parecido al punto del cual no es posible retroceder...

7. *Trabajo de campo en un mundo en proceso de cambio, 1964-1975*

Las investigaciones de campo, todas de una relativa brevedad, son una innovación que resulta posible hoy merced al transporte aéreo rápido en aviones cuyo tamaño y velocidad varían desde los inmensos 747, en los cuales atravesamos el Pacífico en cuestión de horas, y los pequeños Cessnas que saltan en minutos por el espacio desde un lugar casi inaccesible hasta el siguiente en la Nueva Guinea Papúa. Las largas semanas de viaje por mar daban al antropólogo un período de tranquilidad en la transición entre su casa y el campo de estudio con su total aislamiento. Hoy en día, en cambio podemos recorrer la mitad del mundo en dos días, en lugar de dos meses.

El transporte aéreo me ha permitido seguir la dirección de los cambios operados entre los Manus durante un cuarto de siglo. Me permitió, además, participar en la planificación y visitar a los investigadores que realizan gran parte del trabajo de campo, disfrutar de los progresos incesantes observados y adquirir una nueva comprensión de los resultados obtenidos por ellos en sus estudios. El viaje de campo entre los Manus realizado en 1953 fue el último en el que tuve participación im-

portante, desde el punto de vista personal, en las investigaciones.

En su mayor parte, las investigaciones de campo señalan los puntos decisivos de una colaboración que viene extendiéndose desde hace muchos años. En 1953 Rhoda Metraux, que estaba trabajando en Montserrat, en las Indias Occidentales, cambió correspondencia con nosotros en Manus sobre problemas de investigación de campo que ambas compartíamos. Desde la década de 1960 ha realizado tres viajes de estudio a Tambunam, en un estudio ininterrumpido del pueblo Iatmul. Ted Schwartz fue el iniciador de un proyecto de gran envergadura para el estudio completo de todas las lenguas de las Islas del Almirantazgo y allí se reunió con él su segunda mujer, Lola Romanucci-Schwartz, con el hijito de ambos Adan. Ted pasó tres años, de 1963 a 1966, en el campo. En 1964, Ted y Lola estaban en Peré cuando llegué yo. En 1965, estaba sola en Peré cuando Ted se reunió conmigo allí para las fiestas de Navidad.

En la década de 1960 Barbara Heath, quien había estado trabajando con las fotografías somatotipo que nosotros tomamos en 1953, fue varias veces a Manus para trabajar junto a su marido oftalmólogo. Scott Heath, hoy fallecido. En 1973 invitamos asimismo a Lawrence Malcolm, que había estado trabajando en problemas de crecimiento, a pasar una temporada en Peré. Y en 1975, fecha de mi viaje más reciente a Manus, Ted Schwartz me precedió para controlar el trabajo realizado en 1973 por un equipo de discípulos. Barbara llegó a tiempo para instalar el campamento y por fin Fred Roll, quien se ha convertido en nuestro gran colaborador como fotógrafo, llegó antes de mi partida.

El transporte aéreo hizo posible, como nunca antes, que compartiésemos nuestros lugares de estudio con otros investigadores y de este modo, ampliar considerablemente el valor de los datos ya conocidos. Los demás, por otra parte, pudieron compartir conmigo alguna etapa de sus propias investigaciones de campo.

En 1966 visité Montserrat, donde Rhoda Metraux estaba llevando a cabo un breve estudio de control. Por fin, en un mes lleno de actividad, en 1971, cuando volví a visitar a los Mundugumor en Kenakatem, pude también visitar a Don Tuzin en medio de su grupo de Arapesh de las llanuras y a Joyce y Bill Mitchell, quienes estaban trabajando con los Wake, un grupo de las montañas, para volver a reunirse con Rhoda para las deliberaciones que continuaban aún entre los especialistas en Iatmul, en Tambunam.

Una prolongada familiaridad con las costumbres de Nueva Guinea, mi conocimiento fluido del inglés pidgin, mi amistad con las familias de cada una de las aldeas que estudié en el pasado y en el presente, un sentido de lo que sucede entre las gentes de Nueva Guinea que disfrutaron de su colaboración con los antropólogos residentes en sus comunidades, todo ello me ha permitido comprender con rapidez lo que en una época me habría llevado semanas empezar a vislumbrar, siquiera.

La antropología cambia con los cambios del mundo.

Aldea Peré
23 de octubre de 1964

Vivo hundida hasta el cuello en el pasado.

Hoy Lokus, quien fue uno de mis pequeños servidores en 1928 y cocinero de Ted en 1953, y quien ha vuelto a ser ahora nuestro cocinero y factótum —un hombrecito bondadoso, tímido y menudo, de unos cincuenta años— ha venido a decirme que su mujer había partido para Mok a llorar al marido de su hermana y... «Recordará, Piyap, la vez que volvimos en canoa desde Lou en 1929. Era la canoa de Litauer, quien era el padre de mi mujer.»

Cada hecho está firmemente atado al pasado compartido y se pretende de mí que recuerde tan bien como ellos cada pormenor de ese lejano pasado. Esta vez

me resulta más difícil reconocer las caras, en especial la de los hombres que eran adolescentes en 1953. Los más viejos vuelven a recordarme los rostros de su infancia y puedo identificarlos pasando sin detenerme por 1953 y volviendo hasta 1928. Las ancianas me abrazan y gimen porque son viejas y porque pronto habrán de morir y mis muchachitos, hoy hombres de cincuenta años, me tratan más como una contemporánea y hablan con solemnidad de los muchos, muchos años que hemos vivido todos, tanto, tanto tiempo. El tipo de envejecimiento que nosotros nunca vemos me rodea aquí por todas partes, como la falta de dientes que lleva al hundimiento de las mejillas y a hablar en forma ininteligible, y la gente que parece esqueletos vivientes.

La otra impresión es la de enjambres, ni más ni menos, de niños. La aldea ha vuelto a aumentar de tamaño, pues la aldea próxima a Patusi se ha incorporado a ésta y sus habitantes han situado sus casas en los pequeños terrenos que quedaban libres, así como a lo largo de la costa, de tal manera que toda la aldea tiene un aspecto sobrepoblado y desordenado. Se ha vuelto a la cría del cerdo y otra vez los chiqueros se elevan sobre pilotes en el agua. La aldea mira ahora hacia el mar abierto y por ello todo el día, desde el alba hasta el crepúsculo, se ven siluetas cambiantes de figuras dibujadas a lo lejos, en el banco de coral.

Aquí en tierra firme, la vida es más confortable que en mis visitas anteriores. Tenemos dos casas. Ted y Lola tienen la que se había construido para sí el antiguo maestro, Peranis Cholai, con espacio para el niño, Adan, quien camina y baila y balbucea y chilla en el estilo Manus, y para sus dos ayas —Mesiang, de la aldea de Bunai, donde vivió Ted en 1953 y Pwepwe, de la Isla Sori, donde pasó Lola sus primeros meses en Manus, aislada en la tormentosa costa del norte, mientras Ted estaba en Nueva Guinea propiamente dicha—. Pwepwe es una solterona decidida y que desdeña casi todo en el mundo y Mesiang, una muchachita suave que ha completado su escuela primaria y habla buen inglés,

pero ha sufrido la suerte de la mayoría de las muchachas Manus que adquieren una educación más completa: ha tenido un hijo ilegítimo.

Mi casa es también comedor familiar, centro de fotografía y lugar de reunión general. Tiene suelo de madera, paredes de la misma madera en el dormitorio y una navera de verdad, de petróleo, en la cocina. Tenemos, además, una ducha nueva en el estilo local, un cilindro que se llena por arriba y salpica con suavidad cuando se tira de una cadena. Por mi parte, prefiero echarme agua con un jarro, sistema perteneciente al pasado y que resulta tan inapropiado en un cuarto de baño norteamericano. Se accede a nuestra letrina, situada sobre el agua, por medio de un hermoso puente hecho con grandes tablones viejos los «huesos del gran Manus», la canoa que estaban construyendo en 1953. En forma intermitente, cuando las diversas partes, batería, generador, lámparas y demás funcionan, tenemos luz eléctrica, la suficiente como para que la luz de la antigua lámpara con bomba de presión nos resulte de una debilidad insoportable. Yo diría que mi propia intolerancia frente a esta lámpara se debe a mi edad, aunque debo añadir que también Ted y Lola hallan imposible trabajar con ella.

Hacía un mes que estaban aquí cuando yo llegué y por ello para mí fue como volver a adoptar un estilo de vida que tenía la impresión de no haber dejado nunca. La gente de aldea muestra una gran serenidad y es muy activa, entre la pesca, el corte de madera y la preparación de tejados de paja para la nueva aldea que están construyendo en el otro lado de esta islita, en tierras que adquirieron por unas 6.000 libras. Por el momento, han desaparecido los juegos de azar. Los únicos hechos negativos registrados desde mi llegada han sido el desmayo de una vieja cuyo hijo le dio unas bofetadas y unos juicios legales por minucias, como una llave estropeada, o los cocos verdes que les dan de comer a los niños en la escuela.

El verdadero drama se desenvuelve lejos de aquí,

con los 33 muchachos y niñas que están en Lorengau, Rabaul, Lae, Port Moresby y Australia en calidad de estudiantes, maestros y enfermeras, todos ellos oriundos de esta aldea, donde en 1933 no había escuela alguna, salvo la rudimentaria que Peranis, con sus dos años de educación, creó para «mantener clara la mente de los niños». La nueva educación les ha abierto las puertas al mundo, pero para las mujeres ha significado, hasta ahora, una catástrofe casi total. Las muchachas Manus acudieron a la escuela con el mismo entusismo que los varones. Son valientes, emprendedoras y, por proceder de una sociedad en la que se repudia la vergüenza, tienden a caer con facilidad en ambientes poco recomendables cuando se alejan de sus familias. En los últimos 18 meses nacieron solamente tres bebés de madres primíparas en la aldea. Las muchachas están aún en la escuela, donde provocan la confusión de los maestros, o bien, ausentes en otras escuelas. Unas pocas que volvieron a la aldea son tratadas con desprecio y nadie quiere casarse con ellas. Entretanto la gente empieza a exigir que se construya en Manus una escuela vocacional con diferentes oficios, para que las mujeres no tengan necesidad de ir a vivir entre extraños.

La última vez, cuando me aproximaba ya a Manus, debí abrirme camino entre el gran volumen de elementos reales y ficticios relacionados con Paliau. Esta vez hallé en Australia un enorme interés, conocimiento y orgullo en cuanto a Nueva Guinea. Algunas organizaciones femeninas contemplaban la posibilidad de costear estudios universitarios a muchachas de Papúa y se hablaba de fundar una universidad en la misma Nueva Guinea. En Port Moresby, el parlamento local estaba «en sesión» y los pobladores cenaban temprano para acudir a las galerías reservadas al público en dicho parlamento y escuchar los discursos de los miembros nativos recientemente elegidos. Paliau mismo estaba alojado en casa del director de asuntos nativos, el señor McCarthy. Toda la sociedad experimenta ese sen-

tido de entusiasmo, surgido de los primeros triunfos en la lucha por derribar algunas de las barreras raciales y culturales más extremas. Imagino que algo semejante debió suceder al principio, en nuestro propio sur de los Estados Unidos, cuando algunos dueños de plantaciones comenzaron a liberar y a educar a algunos de sus ex esclavos. Surgió esta ola de esperanza y de libertad, después de las tensiones inherentes al mantenimiento de un rígido control de castas. Considero que se trata de un período semejante al de la luna de miel, que puede desmoronarse cuando se haya disipado la emoción de ocasiones tales como la de que Paliau y su mujer participen en un banquete oficial de las fuerzas navales.

Debajo de este regocijo oficial en las altas esferas debido a la nueva condición de igualdad, subsisten los viejos antagonismos y las acusaciones contra Paliau. La presión ejercida por las Naciones Unidas se manifiesta en términos altamente contradictorios. Por una parte, existe la exigencia de que la población de la Nueva Guinea Papúa sea educada hasta un nivel superior, tarea que sólo puede lograr un grupo de australianos idealistas en calidad de maestros, instructores y modelos, y por otra, la de que los nativos avancen con rapidez hasta asumir posiciones de autoridad y poder, no solamente en el campo político, sino también en el técnico. El ascenso de un maestro nativo al cargo de supervisor implica que el maestro australiano de raza blanca, que estuvo enseñando voluntariamente en una escuela de aldea, se encuentra forzado a irse con sus calificaciones profesionales a otra parte, por ejemplo, una escuela secundaria en la ciudad. Igualmente infortunada resulta la coincidencia de un personal médico mal adiestrado con los esfuerzos por erradicar el paludismo y por lograr un control de la tuberculosis. En lugar de alojar a todos los maestros en buenas viviendas construidas con materiales nativos, se ha importado, a un costo elevado, casas prefabricadas, a lo cual sigue la insistencia en que los maestros

y empleados nativos cuenten con viviendas de un costo parecido. Por otra parte, esto se ve contrarrestado por la nueva escala de salarios, mucho más elevada para los «europeos», con el pretexto de que, cuando llegue la independencia, la economía de la Nueva Guinea Papúa no permitirá sueldos altos.

Resulta muy claro, no obstante, el efecto diferencial de haber abierto una sociedad desde arriba. Se establecen escuelas con la expectativa de que los niños pasen de la escuela primaria a la secundaria y desde ésta al nivel superior, pero el nivel de la escuela primaria es tan bajo, que nadie podrá surgir de ella. Se reclutó a todo un grupo de maestros improvisados, en número de 75 entre 1.800 solicitantes y se les dictó un curso acelerado de seis meses antes de enviarlos a las aldeas. En la Costa Sur hay seis de estos maestros. El nuestro, en esta aldea, fue en una época actor y posteriormente, secretario de protocolo de un diplomático australiano. Observarlo enseñando a estos niños y luego observar a los maestros nativos ha añadido una nueva dimensión a mi comprensión de los problemas de educar a grupos con carencias culturales, se deban estas carencias al trabajo como braceros, la esclavitud, la vida como campesinos o la vida primitiva y aislada. Para el maestro nativo, es de vital importancia que todo el material que se enseña está ligado a la realidad local, que los árboles en este lugar son cocoteros y no especies desconocidas, que los animales son cocodrilos y canguros, no leones y tigres. En cambio, para el maestro que habla un idioma mundial y forma parte de una civilización más amplia, no es éste el caso. Es importante que actúe como personalidad total con referencia a todo lo que conforma el mundo en todas partes: los juegos olímpicos en un momento, la Torre de Londres en el siguiente, ya que un maestro con estas características puede compartir con sus alumnos, como un ente total, el sentido de toda una lengua y toda una cultura...

Otro proceso registrado mil veces en la historia de la humanidad adquiere particular relieve aquí, en pe-

queña escala. Me refiero a la necesidad de clarificar nombres personales. Los nativos han captado la noción de que los europeos adoptan el nombre paterno, de manera que algunos de los nombres que recibe un individuo al nacer son elegidos al azar para que sean el apellido de dicho individuo. Sin embargo prevalece todavía la costumbre de dar al gobierno un nombre falso. Además, los escolares eligen nombres al azar y los que figuran en el famoso padrón electoral elaborado para toda Nueva Guinea son irreconocibles y además, impronunciables. Así, de súbito, los hombres cuya identidad estaba firmemente grabada en los más pequeños recuerdos de sus compañeros de la aldea y de sus familiares descubren que tienen una relación extraña, irracional y fragmentada con el mundo más extenso, al despacharse cartas que nunca llegan, quedar libretas de depósitos bancarios sin reclamar durante años, desaparecer radiografías y perder los niños su identidad al pasar de una escuela a otra. Pensamos ensayar dos experimentos tendentes a racionalizar los nombres en esta aldea, para que todo el mundo tenga nombres de linaje paterno, que los Manus tienen ya, de tal manera que los grupos de primos por línea paterna, en primero o segundo grado, tengan el mismo apellido. Seguidamente, esperamos crear un procedimiento único, mediante el cual esto sea aplicable a todas las islas del grupo del Almirantazgo y cabe esperar que esta medida será un estímulo brotado desde las capas nativas inferiores. Entretanto, intentaré recomendar a la Unidad de Investigación para Nueva Guinea de la Universidad Nacional Australiana que tomen medidas en este sentido. Si tan sólo pudiéramos establecer un método en todo el mundo, mediante el cual fuese posible aplicar al pueblo las mejores iniciativas surgidas arriba y establecer un círculo que permitiese a la gente pasar de la aldea al distrito y de éste a la ciudad, y que hiciese que las mejores ideas llegasen hasta la aldea por vía directa...

Durante las últimas seis semanas he estado en la

aldea, pero sin formar parte de ella, ya que la vida no está tan organizada como para que la gente pueda ir y venir con toda libertad, como sucede cuando trabajo sola. Ted y Lola están trabajando con informantes aislados, aplicando «tests» y registrando cintas magnetofónicas, en situaciones en las que una cantidad de observadores resulta realmente negativa. Por ello no se favorecen los contactos extraoficiales con la aldea. La gente viene a traernos mensajes, nos invitan a reuniones, nos traen pescado o tallas, pero en cambio no hay niños que entren y salgan de nuestra casa, y las mujeres se mantienen alejadas y están, para usar un término introducido en fecha reciente al inglés pidgin, «preocupadas». El año próximo pasaré sola aquí unas cuantas semanas, en una casa reducida a los elementos más esenciales, de tal modo que un gran número de gente pueda causar destrozos, y estableceré una serie de contactos estrechos en lo que bien puede ser mi última visita. Ocurre que ahora es tan fácil partir y prometerse volver otra vez, que no puedo decir que será mi última visita, en realidad. Dentro de la aldea ampliada, de unas 400 personas, los que eran niños en 1928 siguen siendo los seres más conocidos por mí y las amistades forjadas con otros recién llegados en 1953 me parecen frágiles comparadas con las primeras.

Acabo de salir a investigar una pelea a gritos que ha alterado el rumor, por lo general moderado, de una reunión comunal. Los probladores habían decidido que cada clan debía limpiar un sector de la nueva aldea y ahora se acusan unos a otros de desidia. Por la radio llegan noticias de una disputa entre Nueva Gales y el Gobierno Central por el control de unas líneas aéreas y en la Voz de América, la de la reacción frente a la explosión de una bomba nuclear por parte de los chinos. Cabe formularse preguntas en cuanto a la diferencia de escala.

De una cosa estoy segura, y es que el trabajo en

cualquier nivel, salvo el detalle minucioso de la conducta en personas identificadas, me resulta aburrido... He dedicado una parte considerable de mi tiempo a planear inventarios basados en la antigua investigación intensiva y los cambios ocurridos con el transcurso del tiempo, a medida que un pueblo olvida, aparentemente, fracciones enteras de su cultura y luego vuelve a reincorporarlas. En 1928, los matrimonios con pobladores de tierra firme no eran motivo de jactancia, ni mucho menos, y ocurrían muy de vez en cuando. Hoy, la tierra tiene valor y todo el mundo está empeñado en sacar a relucir alguna antepasada Usiai. Las anécdotas del origen histórico pueden desplazarse desde un «folklore» general lleno de elementos míticos, hacia otras bien concretas sobre la vida cotidiana, donde es necesario reclamar tierras a las autoridades legales europeas. La verdad es que nunca me agradó el trabajo de informante y nunca me agradará, tampoco, ya que se trata de formas descarnadas, por muchas ilustraciones y fotografías que las acompañen. Sigo afirmando lo mismo que afirmé en la carta que dirigí a Ruth Benedict sobre mi trabajo entre los indios Omahas.

A pesar de todo, algunas cosas perduran. Es un placer vivir tan próxima a las mareas y a los vientos, aunque esta vez contamos con el almanaque para las Islas del Almirantazgo y realmente podemos determinar si habrá pleamar el martes a mediodía y si nuestra canoa grande podrá atravesar el banco de coral. Hay un águila domesticada, con un ala rota, que se pasea por la aldea y también una zarigüeya mansa para divertir los niños de corta edad. Los perros alimentados en forma heterogénea, pero abundante, por los europeos y que sienten la influencia de sus antecedentes mezclados ladran a coro. Los niños pequeños siguen gritando sin cesar cuando se los contraría. ¡Y nadie se cansa nunca de pescar!

Aldea Peré
19 de dieciembre de 1965

Este año vivo en una casa flamante, en medio del entusiasmo que me produce ser anfitriona para la última Navidad que todo el movimiento de Paliau celebrará en forma autónoma e independiente. El sueño de Paliau de que todos los pueblos Manus lleguen a integrarse dentro de una sola unidad política se ha hecho realidad, por lo menos, en el aspecto formal. Los viejos antagonismos, en especial los existentes entre aldeas vecinas siguen en pie, prontos a estallar en diatribas furiosas y golpes por una lesión sufrida durante un partido de fútbol. Además, las misiones y las aldeas de las misiones no están seguras todavía de que Paliau sea el líder que poco a poco acerca sus conceptos y su pueblo hacia ellos, o bien no es más, después de todo, que una combinación de Enrique VIII con John Wesley.

La aldea es nueva. Reluce la pintura sobre las casas de aquellos que consiguieron de alguna manera pedir, adquirir en préstamo, sonsacar o como último recurso, comprar un poco de cinc ondulado, o bien están decoradas con diseños entretejidos en el bambú con materiales tradicionales. Después de dos meses apacibles, durante los cuales los niños jugaron a empujar aros hasta que se los confiscó el comité escolar, la aldea bulle de sonidos provenientes de los adolescentes que han vuelto: ukeleles y radios y tocadiscos con baterías nuevas. En todas partes vemos pasearse a jóvenes bien vestidos, o bien, cuando se quitan sus prendas escolares, juegan a pelear entre ellos. En algunas casas han construido habitaciones para los hijos que llegan de visita. Algunas contienen cama, silla y banco, todo ello hecho a mano, dispuestos de manera de constituir un perfecto cuarto de estudiante, con la cama bien hecha, ilustraciones de los Beatles en la pared, libros escolares en la mesa y cartapacio colgado en la ventana, otras son tan sólo un rincón habilitado en un cuarto grande semejante a un establo, en el cual la maleta

con unos libros encima denota el retorno de un escolar.

La aldea está llena de nueva vida con la dicha de tener en su seno visitantes, estudiantes y maestros que enseñan en puntos lejanos de Nueva Guinea, muchas veces solos en una pequeña escuela de la selva, entre gentes extrañas, distantes apenas unos años del canibalismo o la caza de cabezas. Las historias que traen son variadas, historias de los internados, exámenes y premios obtenidos por excelencia escolar o deportiva, o bien historias de las costumbres extraordinarias de la gente que habita el interior de Nueva Guinea. ¿Y cuáles de ellas les cuesta más asimilar, la vida salvaje que en muchos aspectos era la de sus abuelos, hoy abandonada con tanto entusiasmo, o bien la forma de vida propia del mundo moderno, el mundo de los aviones que vuelan sobre sus cabezas y de las noticias que llegan por la radio? Además, llegan también por la radio noticias sobre ellos mismos. Ayer por la mañana llegó el anuncio siguiente: «En la primera reunión del nuevo Concejo en Manus, el señor Paliau Moluat, miembro de nuestro Parlamento, fue elegido presidente.»

Es una especie de paradigma de lo que sucede en el resto del mundo, ya que los abuelos y los padres deciden qué parte son capaces de desempeñar y cuál debe ser librada a la comprensión de sus hijos.

Existe asimismo preocupación. Si se van los jóvenes, ¿quién cuidará de los viejos? Hemos tenido una prolongada lucha entre la aldea, como cuerpo comunal, y los miembros de familias que incluyen ancianos: ¿Quién iba a construirles las casas, la aldea o los parientes? Por fin Pokanau, nuestro sabio genealogista, el último de su género, con su amigo más antiguo entre los viejos, representaron una escena que rayó casi en la muerte. Cuando los trajeron rápidamente de regreso a la aldea, les sermonearon por su enojo, que seguramente había sido causa de sus males, y el armazón de sus casas comenzó a levantarse, encargándose los parientes de la mitad del trabajo y la fuerza laboral de

la aldea, de la otra mitad. A pesar de ello, los familiares políticos deberán alojarlos hasta pasada la Navidad.

También están preocupados porque tres días después del retorno de Posalak, nuestro único estudiante en Australia, orgullo de su familia y de toda la aldea, llegó un mensaje por radio en el que se lo llamaba a Port Moresby para participar en una entrevista. Esto no puede significar otra cosa que una nueva beca, otra oportunidad, seguramente para las vacaciones. Esto resulta difícil de comprender para su padre, cuyos hijos destacan todos en la escuela, y para su tío, quien le había preparado un cuarto perfecto...

Tal vez a causa de mis tres veranos pasados en Delos, en el Simposio sobre Ejidos Rurales, considero todo esto en términos de centenares de millones de habitantes de poblaciones pequeñas en todo el mundo, que siguen viviendo en comunidad, ligados por lazos de parentesco y de costumbres arraigadas, bajo los árboles plantados por sus antepasados, pero cuyos hijos se preparan para vivir en un mundo urbanizado. Para la próxima generación, y quizá para las dos consecutivas, éste será el caso. Las aldeas deberán educar a sus jóvenes y verlos alejarse. Es una aventura tan audaz como la de Enrique el Navegante, cuando envió desde Portugal sus barcos.

Aquí se los deja partir con entusiasmo y los jóvenes vuelven con facilidad a la aldea, donde se absorben de inmediato y reanudan su baloncesto y su fútbol, moviéndose con el mismo ritmo que los que aún no han partido y con los que han vuelto definitivamente. Se muestran tímidos con sus padres y más espontáneos con sus tíos y con sus primos. Y el orgullo resulta útil. El representante de las Naciones Unidas, quien llegó aquí de visita, les comenta la fama de la aldea de Peré (por dirigirme un cumplido). Paliau aprovecha el comentario para instar a todos a lograr más objetivos. Y los de mayor edad dicen con aire sereno: «Por qué no. Después de todo, todo comenzó en Peré. ¿Por qué no habría de ser la aldea original de los Manus famosa en

todo el mundo?» En cambio, se ofenden un poco cuando consigno casos legales que los hacen aparecer bajo una luz desfavorable. La investigación de campo se vuelve algo más difícil cuando el investigador es al mismo tiempo el cronista del éxito de una comunidad.

La mayor parte del tiempo, mi pensamiento se ha concentrado en la investigación de campo en sí, en lo extraordinario que es tener vocación para ella, en lo mucho que exige del joven investigador, completamente solo en una aldea extraña, que encuentra una serie de categorías, y ha de intentar ordenarlas... He podido reflexionar sobre todo ello con mayor profundidad porque esta vez, la primera desde aquella permanencia en Samoa, estoy completamente sola. Sola, es verdad, en una cultura familiar, entre gente que me trata como si fuera una de ellos, cuyo pasado conozco mejor que ellos mismos, sola y con todas las garantías de que esta vez podré llevar a cabo la tarea que vine a cumplir. Peso todos los factores que han hecho de este viaje algo sumamente sencillo para mí: una casa construida por gente que sabe que tengo facilidad para fracturarme un tobillo, con el equipo que dejaron instalado los Schwartz después de su visita, la nevera de petróleo, gran lujo aquí, las medicinas para tratar enfermedades que no hace mucho tiempo eran incurables, el conocimiento del idioma y el conocimiento profundo de la gente, con sus relaciones recíprocas, inclinaciones y aptitudes. Comprendo, no obstante, que a pesar de todas estas ventajas, que no posee el principiante, la investigación de campo es una empresa sobrecogedora. En ningún otro lugar se exige de un científico estar tan confrontado y, a la vez, formar parte, de una sociedad humana total, o llevar a cabo sus estudios *in vivo*, constantemente alerta frente a una totalidad tan compleja.

Quizá la tarea del psiquiatra puede ser comparable, por lo difícil, ya que el psiquiatra debe abarcar, comprender y responder a un individuo en su totalidad, a la vez que normalmente están ocultos a ojos ajenos. La psiquiatría practicada a fondo es otra de las extraor-

dinarias exigencias que imponemos a los jóvenes estudiosos de hoy, tan extraordinaria como el vuelo espacial, la exploración submarina, cualquiera de las situaciones en las cuales la personalidad entera es «nuestro instrumento más importante», incluso cuando un individuo se encuentra conectado con todo el complicado mecanismo computadorizado de Cape Kennedy.

La verdad es que damos a los jóvenes antropólogos muchos elementos de ayuda, categorías dentro de las cuales clasificar la conducta que observan, como «desapego frente a la madre política», o «parentesco ambilateral», o «agricultura de arrasar y quemar», o «nucleanismo». Sin embargo, para que sean eficaces como investigadores de campo, deben saber que estos instrumentos son tan preliminares como las cámaras que llevan, y carecen de significado, a menos que se ilustren mediante un vivo sentido de lo que está ocurriendo aquí, ahora, en esta cultura en particular.

En la actualidad proporcionamos al trabajador de campo un arsenal de métodos, técnicas, instrumentos y teorías entre las que puede elegir. Su número supera el que cualquiera podría llegar a utilizar, así como la vida cotidiana y viviente de un pueblo es más de lo que nadie puede abarcar con igual detalle, igual atención, igual espíritu de observación. El investigador de campo debe, pues, elegir, moldear, podar, descartar esto y recolectar mayores detalles sobre esto otro, como lo hace el novelista cuando descubre que algún personaje menor amenaza devorar el tema principal, o bien que el héroe está llevándolo rápidamente por caminos que no tenía previstos. Pero en contraste con el novelista —salvo cuando éste se siente, como suele ocurrir a veces, poseído por personajes con una vida propia— el trabajador de campo depende en forma total e impotente de lo que está sucediendo, nacimientos, muertes, casamientos, riñas, intrigas y reconciliaciones, depresiones y regocijos en una pequeña comunidad...

De noche uno se sienta con 300 o 400 personas dormidas a su alrededor, toda la aldea sumida en el silen-

cio, y se pregunta qué sucederá: ¿Morirá el bebé que está por nacer, o nacerá deformado por causas inexplicables? ¿Morirá la madre, precipitando con su muerte una serie de venganzas y recriminaciones? ¿Morirá un hombre adulto? ¿Dividirá una disputa en dos a la comunidad? ¿Se ahogará algún niño, o se destruirá una canoa en el mar? Tan entretejidas están las vidas de todos, que cualquier hecho afectará al todo, una ausencia imprevista, o una enfermedad, o un visitante inesperado, cambiando todo el equilibrio. Hay que estar constantemente preparado para cualquier cosa, para todo, y lo que es quizá más sobrecogedor, para nada. Son, en efecto, los hechos los que revelan las formas que le interesan a uno y de cuya descripción es responsable. Esta existencia frente a toda una comunidad perteneciente a una cultura enteramente extraña a la propia, donde ni el mejor gesto, como levantar una ceja, o curvar un labio, tiene el significado que tendría en la nuestra, es la experiencia central del trabajo de campo en una cultura viva. Y cuando contemplamos dicha cultura con la experiencia adquirida a través de cuarenta años de trabajo y del estudio de ocho culturas diferentes, creo que exigimos mucho. Para mí el milagro no es que los antropólogos jóvenes fracasen, sino que tantos de ellos tengan éxito.

Me he dedicado, asimismo, a establecer la diferencia entre el alimento espiritual que recibe el joven antropólogo a través del carácter, tan único y tan fundamental desde el punto de vista histórico, de su trabajo en medio de un pueblo primitivo nunca estudiado antes, y el impacto de la situación de contacto con una cultura en un trabajador de campo de hoy que trabaja con igual dedicación e intensidad. El antropólogo tradicional tiene la maravillosa convicción de que todo lo que registra tendrá valor, la forma de una flauta, el diseño de un soporte de canoa, la trama de un mito, los nombres del sol y la luna y las estrellas, un gesto de asentimiento o de saludo, una receta para cocinar el sagú, el método de contar nueces de betel. Todo ello es único.

Todo ello desaparecerá. Todo era, y será, material para el estudio de algún antropólogo. Nada se desperdicia. No tiene más que registrar con exactitud y organizar sus notas en forma legible. Hecho esto, ya sea que muera, o que viva, su obra habrá significado una contribución. A ella, sin duda, ha estado unida la responsabilidad de registrar muchos datos que no le interesan personalmente. La recompensa es, sin embargo, enorme. En cierto modo, no hay fracaso posible.

Cuando nos internamos en el campo de investigación llevando un problema a resolver, también llevamos el desafío implicado en un posible fracaso, como contrapunto a la seguridad de la utilidad o éxito de la empresa. Cualquier campo de estudio elegido puede resultar poco indicado para investigar el problema que nos llevó allí. Existe por otra parte, la certeza de que si nos entregamos totalmente a la cultura en cuestión, este hecho en sí servirá para sustentar nuestras futuras elecciones y nos proporcionará nuevos problemas, surgidos allí mismo para la percepción del investigador.

Existen recompensas para el investigador aficionado a trabajar solo. Se requiere una sola mentalidad para captar una cultura cuya evolución llevó milenios y aparece ahora incorporada a la comunidad bajo estudio, con sus individuos de ambos sexos, de todas las edades y temperamentos. Todas las aptitudes que pueda desplegar como científico y todas las que posea como artista serán necesarias aquí y no deberá rendir cuentas a nadie, salvo al problema concreto que se le presenta. Al mismo tiempo, aquellos entre nosotros a quienes nos agrada más trabajar en estrecha colaboración con otros, podemos experimentar el entusiasmo de trabajar en un equipo de dos, tres o cuatro miembros, o tal vez de integrarnos dentro del grupo de cerebros que nos precedieron o que nos sucederán, en una especie de comprensión orquestada de la complejidad del material bajo estudio. Tales fueron y son todavía las recompensas especiales del investigador de campo tradicional.

Mi trabajo en esta expedición no sólo hace evidentes todas estas recompensas, sino que subraya, asimismo, las diferencias entre el trabajo antropológico tradicional y el trabajo junto a cualquiera de las personas que han vivido bajo la influencia continuada de la cultura mundial de hoy. El carácter de único no es ya propiedad de lo que estudiamos, de modo que el investigador de campo puede confiar en ciertos resultados, simplemente desplegando sinceridad y laboriosidad. Lo que tiene de único, un estudio como el que nos ocupa, es la relación entre el investigador y su material. Tengo todavía hoy la responsabilidad y los incentivos surgidos del hecho de que mis largos años de amistad con esta aldea me permiten percibir y registrar aspectos de su vida que no resultan aparentes a otros. Pero aun en este caso, el conocimiento tiene un doble aspecto. El material tendrá valor siempre que pueda organizarlo yo misma. Es el trabajo de campo tradicional, otro antropólogo familiarizado con la región puede tomar las notas de uno y darles significado. En mi caso, en cambio, es el conocimiento individual el que proporciona el fondo sobre el cual se desenvuelve la vida de estas personas. El hecho me hace sentir más que nunca que siempre he trabajado movida por un doble incentivo, el de escribir todas mis observaciones en forma cuidadosa y legible (lo cual significaba hacerlo casi siempre a máquina) cuando trabajaba en el campo, para que tuviesen validez en el caso de morir yo, y también el de no correr riesgos que interfiriesen con esta tarea de redactar yo misma mis observaciones, lo cual, en definitiva, soy capaz de hacer mejor que cualquier otra persona.

Cuánto se diferencia todo esto de los problemas encarados por el joven científico que debe partir, aceptando todos los riesgos físicos y psicológicos del trabajo de campo, a estudiar *otra* aldea del Caribe, u *otra* aldea de los Estados Unidos, pero que no está aún en posesión exclusiva de la vida de un grupo, carece de percepciones concretas provenientes de una cultura integrada y primitiva y debe, en fin, tratar de delimitar las dimensiones

de un problema sin el cual no habría contado con los fondos para realizar su estudio, siempre temiendo que el resultado de sus esfuerzos sea sólo «un estudio comunal más». Además, puede verse envuelto en la completa red moderna de informaciones contradictorias y en conflictos de lealtades frente a los datos obtenidos, aparte de deber encarar dificultades como aguas insalubres, falta de cloacas o de luz, todos los cuales resultaban mucho menos dolorosos para una generación como la mía, más familiarizada con dichos problemas.

Por último, cuando se trabaja en medio de una cultura cuyos miembros están alfabetizándose, nuestro propio trabajo puede llegar a formar parte del sentido que tiene este pueblo de su propia historia. En su mayoría los antropólogos han encarado esto en forma negativa, insistiendo, ya sea en la obligación del antropólogo de proteger a la gente misma o a las posibilidades de investigadores futuros, o en otros casos, deplorando los efectos que la publicación de secretos religiosos ha tenido sobre las relaciones entre una tribu y sus antropólogos. Muy pocos investigadores han escrito para ser leídos por las gentes que han estudiado. Hoy en día, con todo, los libros que yo escribí comienzan a formar parte de la conciencia del pueblo Manus, en particular, los pobladores de esta aldea. Los nombres de los ancianos que murieron antes de haber nacido ellos pueden ser acompañados por imágenes visuales. Los cambios vividos por sus padres se encuentran allí, delante de sus propios ojos. Después de la experiencia única en la que, bajo el liderazgo de Paliau, la aldea entera, viejos y jóvenes, pasó a un nuevo modo de vida, todos tienen ahora la ocasión única de conservar su pasado en forma visible y detallada, una forma que goza del respeto del mundo al cual sus hijos están incorporándose como estudiantes y maestros y personal civil...

Ahora, después de los dos meses que he pasado aquí, Ted Schwartz, al comprobar que la gente que tenía intención de estudiar se encuentra diseminada en un sector anegado e inaccesible en el curso superior del Sepik

con su red de afluentes, ha vuelto a Manus a tiempo de ocupar de nuevo esta base para proseguir sus estudios sobre esta cultura. ¡Con cuánta frecuencia ha sucedido esto a los mejores investigadores y a los planes de trabajo elaborados con el mayor de los cuidados! Es un riesgo común a todas las expectativas antropológicas que cabe abrigar sobre una investigación. Y dentro de una semana me encontraré en Rabaul, en el camino de regreso a los Estados Unidos.

Montserrat, Indias Occidentales
2 de setiembre de 1966

Estoy escribiendo desde un hotel nuevo en Montserrat, donde unas veinte casitas hexagonales con tejados grises se aferran a la ladera de la colina, seguras, o por lo menos, algo más seguras que otras formas de construcción, cuando se producen los huracanes. Vistas desde la curva que forma la playa abajo, parecen objetos de ciencia ficción que han cobrado vida y marchan cuesta abajo. El interior es sumamente simpático, con dos lados casi sólidos, para las camas y los armarios, un segmento triangular para la ducha y dos lados que miran hacia la montaña y hacia el mar, enteramente formados por celosías de vidrio. El techo consiste en vigas blancas colocadas como rayos partiendo de un centro, clavadas sobre unos limpios tablones, como en la cabina de un viejo barco. Cuando uno se acuesta y mira hacia arriba, parece la base de una planta con raíces radiales perfectamente simétricas. Los vientos, que juegan en forma enteramente caprichosa alrededor y sobre los pequeños jardines individuales, alejan el rumor de las voces hacia el mar, o bien hacia las montañas, de modo que cada casita da la impresión de estar del todo aislada de las otras. Desde la pequeña galería se ven varios kilómetros de terreno ascendente, hasta la aldea donde Rhoda Metraux y Daniel, con su niñera haitiana Tulia, vivieron durante un año, entre 1953 y

1954, y Daniel, de cuatro años a la sazón, adquirió sus nociones de tiempo calculando qué hora del día o de la noche era donde estaba yo en Manus, en el extremo opuesto del mundo, pero también haciendo investigación de campo.

Nuestras relaciones con el «campo» de otros colegas son algo que no ha sido objeto del análisis que merece en nuestras reflexiones sobre la Antropología. Se recrimina a los antropólogos y también éstos se recriminan mutuamente, por el hecho de ser tan posesivos frente al grupo que estudian, pero nadie piensa nunca en el problema de lograr ver un poco el campo de estudio de otros, o bien de que otros vengan a conocer el nuestro. Como los antropólogos trabajan en puntos tan apartados del mundo y viajar resulta tan difícil, visitar un campo de estudios ajeno es costoso en cuanto a tiempo y a gasto. Al principio de un viaje de estudios deseamos iniciar de inmediato nuestro propio trabajo y cuando ponemos fin a éste, queremos volver a nuestro país lo más pronto posible. Es muy frecuente que no dispongamos de tiempo. Claro es que esto tiene dos vertientes, una en favor de realizar visitas y otra, en contra. A pesar de ello, es un aspecto que hemos descuidado. Debemos trabajar con el material de campo recogido por otros, y uno de los factores que dificulta esta tarea es que hallamos el nuestro lleno de vida y de realidad, mientras que el ajeno no es más que una serie de palabras complementadas por algunas fotografías y muchas vagas fantasías. Sé que los Trobriands, e igualmente todo lo que escribió Malinowski sobre ellos, son tanto más reales para mí por cuanto en una oportunidad vi una canoa cargada de nativos de Trobriand en el puerto de Saramai y comprobé qué despreocupados y alegres parecían, comparados con las otras gentes locales.

El hecho es, no obstante, que por haber trabajado yo durante una época en que el transporte era difícil, no tuve oportunidad de visitar muy a menudo los campos de investigación de otros colegas. Cora Dubois consideró la posibilidad de visitarnos en Bali y pasar,

quizás, un mes con nosotros, e hicimos renovar una hermosa casita para alojarla en el patio del palacio. Finalmente pudo venir por sólo tres días, en los cuales tratamos de incluir todas las experiencias de posible utilidad para ella: fiestas, trances, cómo hacer celosías que cerrasen, cómo hacer frascos de bambú para guardar medicinas. En cierto modo, todo resultó demasiado utilitario para que nos causara placer.

Posteriormente, en 1959, cuando se reunió la Asociación de Antropología de los Estados Unidos en la ciudad de México, tuve oportunidad de ver la aldea donde estaban trabajando Ted y Lola Schwartz. Era poco antes de Navidad y todas las noches había procesiones. Una vez hicimos una excursión de un día a Tepoztlan, donde habían trabajado Robert Redfield y Oscar Lewis, y Ken Hayman y yo nos dimos un atracón de tomar fotografías durante tres días en una aldea cercana, nunca visitada antes por un antropólogo. De regreso en la ciudad de México, Oscar Lewis me llevó a visitar algunos de los arrabales de la capital. Ninguna de estas visitas requirió mucho tiempo, pero ahora puedo leer o escuchar lo que dicen Ted y Lola acerca de México con un sentido de comprensión mucho más cabal.

Desde luego, he tenido la ocasión de instalarme en un campo de estudio con otras personas que lo conocían ya bien. En Bali, en 1936, Jane Belo y Colin McPhee y Walter Spies estaban ya profundamente arraigados y en Iatmul, en 1938, viví entre los pueblos Sepik, sobre los cuales Gregory Bateson había escrito ya y para quienes me prepararon con cuidadosas frases en Iatmul, como la siguiente: «No, la verdad es que no entraré en la casa de los hombres, pues es algo que pertenece a los hombres.» Pero ésas eran otras experiencias. Incorporarse al propio campo de investigaciones implica saber que cada instante está cargado de responsabilidad y comprender que las primeras impresiones son preciosas, a la vez que fugaces.

Cuando visitamos campos ajenos, en cambio, la única responsabilidad que tenemos es la de no ponernos en

el camino de nadie, ni romper el delicado equilibrio entre el investigador y la aldea al hacer un regalo carente de tacto, formular una pregunta indiscreta o mostrar un interés exagerado. Dado que el antropólogo ha explicado su presencia allí como la de «un solo trabajador», como decían en neomelanesio, la responsabilidad de adoptar la conducta adecuada es mucho mayor. Pero en cambio, tenemos total libertad de mirar y de escuchar y de captarlo todo por los propios sentidos, de modo que más tarde todo lo que se haya escrito, o bien se escriba, acerca de dicho campo tendrá muchísimo mayor significado.

Tuve otros encuentros breves en campos de estudio ajenos a los míos. La visita a una población del desierto en Arabia Saudita con el antropólogo destacado allí me dio una noción superficial de una vida en la cual los niños varones de corta edad alternaban con hombres adultos y no había ninguna mujer visible. Dos semanas de consultas intensivas en Israel sobre temas de salud mental me dieron el género de comprensión que me permitiría después leer y continuar leyendo las descripciones de la vida en el kibbutz. Hace treinta años una visita a una reserva aborigen en Australia, en compañía de Caroline Kelly, me dio la base de comparación de las condiciones de una reserva con las de los indios norteamericanos que estudié en Nebraska en 1930.

El viaje realizado el año pasado a Irán me permitió observar a los pueblos nómadas, tanto en los mercados, como acampando entre sus rebaños y tropillas y con ello, comprender mejor lo que significaba para Warren y Nina Swidler vivir en medio de una población nómada en Beluchistán. La visita de un día a un estudiante graduado de la Universidad de Washington que estaba estudiando una aldea iraní me hizo palpable la organización interior, de aquel conjunto moldeado de viviendas de barro. Hasta una excursión de un día a una aldea nativa, hecha desde un puesto sudafricano, con el descubrimiento casual de una ofrenda dejada en un santuario oculto en la selva, cuando estaba de vacacio-

nes en Java, contribuyó a informarme. En el Japón, en 1958, un día pasado en una aldea japonesa con un investigador de campo japonés tuvo mayor valor que semanas de viajes en los que no hubiese contado con un guía tan informado. La idea, el oído y el tacto tienen importancia, pero en verdad, lo más importante para el trabajo antropológico es el nexo establecido entre el investigador residente y el visitante.

Es contra este fondo de nostalgia y esta escasa experiencia de visitas a campos de estudio de otros que cabe apreciar la situación ideal en este momento. En 1953 planeamos muchos de los métodos aplicados en Montserrat y Manus para que resultasen paralelos. Los «tests» proyectivos, algunos de los cuales Tao Abel dio en Montserrat y que todos utilizamos en Manus, los métodos de planificación comunal en la aldea y los de elaborar censos, así como el agobiante problema de encarar el número cada vez mayor de apuntes, cuyo volumen llegaba a ser tal que no era posible redactarlos, fueron todos considerados por Ted, Rhoda y yo, separados como estábamos por distancias que abarcaban la mitad del mundo. Recientemente decidimos utilizar parte del material de Manus y Montserrat de 1953, en un estudio piloto para un nuevo programa de campo que se iniciará el año próximo en Nueva Guinea, donde Rhoda comenzará en el punto donde dejamos la labor Gregory y yo en 1938, en Tambunam, sobre el río Sepik. Por ello era más urgente que nunca, que tuviese yo la oportunidad de visitar la aldea Danio en Montserrat.

Al principio se presentaron dificultades. Mucho de lo que había hecho difícil el trabajo de campo en 1953, cuando Rhoda contaba con una casa completamente equipada en la aldea, hacía que éste fuese ahora prohibitivo. En la aldea no hay lugar para que se aloje un extranjero, obtenga algo para comer o se cobije cuando llueve. En el trabajo que realizaba antes de mi llegada, Rhoda partía de Plymouth, la ciudad, en automóvil, ya que era demasiado caro instalarse en la aldea por poco tiempo y ahora haía una buena carretera hasta

el centro de Danio. Iba cargada con un volumen increíble de cosas: cuadernos, cámaras y películas de repuesto, grabador y cintas magnetofónicas, impermeable, sombrero para el sol, caramelos para los niños, sandwiches y un termo lleno de limonada. Si todo marchaba conforme con lo planeado, pasaba, tal vez, varias horas en un cultivo de zanahorias, u observando la tarea de cocer pan para la semana, o visitando la casa de alguien. Era necesario improvisar con frecuencia y era obvio que allí no había lugar para un visitante.

Posteriormente, descubrió un hotel de turismo realmente simpático, recientemente inaugurado, ya que en este momento se intenta convertir a Montserrat en un centro de turismo y de retiro tranquilo para ingleses, norteamericanos y canadienses. Y aquí, desde nuestra casita hexagonal, nos es posible mirar directamente hacia el alto risco donde está la aldea Danio y casi vemos a sus pobladores, aunque la marcha hacia allí es sumamente difícil y para llegar a la aldea en automóvil hay que recorrer unos diez kilómetros de caminos sinuosos. Y en la costa los pescadores arrojan sus redes y uno de ellos tiene familia en Danio.

Estoy, pues, ocupando una posición insólita, arriba, más allá, fuera y a la vez en plena vista del campo de estudio. Desde aquí es fácil trasladarse a la iglesia, al almacén de la aldea, al mercado semanal en la ciudad. Rhoda transcribe sus apuntes de campo y sus cintas magnetofónicas, con el sonido de una anciana cantando o de la gente conversando en un dialecto del cual lo poco que logro oír es como un líquido en el que estoy sumergida mientras yo misma trabajo. Y, poco a poco, algunos de los personajes cobran vida. Me presenta al señor Bramble, pastor principal, en la oficina de correos. Conversamos con el señor Osborne, el comerciante que construyó esto y nos cuenta cómo por fin dejó de recurrir a los servicios de un arquitecto y diseñó todo personalmente, característica de Montserrat que se extiende a toda la gente del medio rural.

Mi propio trabajo progresa, pero siempre dentro de

Montserrat... También tuve oportunidad de experimentar algunos de los extraordinarios aspectos físicos de esta isla que, por mucho que nos sean explicados por alguien, son difíciles de comprender. Necesité tres semanas para habituarme a un clima en el que la temperatura cambia cada cinco minutos, en el que podemos contar con nuestra propia tormenta, mientras que a medio kilómetro se alcanza a ver el más azul de los cielos y el más sereno de los mares, con el sol brillando sobre las cimas. La forma de las montañas cambia todo el tiempo, a medida que las nubes en movimiento destacan diversas partes y nadie sabe nunca si lloverá aquí, o allá, o bien en ninguna parte en los próximos diez minutos, cuando el mar adquiere de pronto una tonalidad de vino tinto, amenazadora desde nuestro puesto de observación, que flota por toda su superficie. Nunca viví en una isla donde haya existido tal multiplicidad de microclimas, todos visibles al mismo tiempo.

Hacemos conjeturas sobre el posible efecto de las características de la isla sobre la gente que vino a habitarla y comentamos la forma tan distinta en que fragmentan sus recuerdos en comparación con la mayoría de los individuos. Rhoda, sin duda, puede compararlos con los nativos de Haití y yo hallo que en muchos sentidos la cultura Arapesh se presta mejor a la comparación que la Manus, en parte, quizá, porque estamos concentrando nuestro estudio en las relaciones de la gente de las regiones montañosas.

En cambio, en ningún punto de Nueva Guinea reina este tipo de quietud. De noche, aquí, en esta costa aislada donde no hay gallos que canten y donde las pocas ovejas, cabras o asnos atados en los terrenos con hierba son llevados a las casas durante la noche, es imposible decir qué hora es si uno despierta durante la noche. Hay sólo el rumor del mar y de las ranitas que comienzan su croar al anochecer y prosiguen sin cesar hasta el alba. Las hermosas iguanas, con su aspecto de sabiduría y a la vez de vetustez, trepan a las galerías llenas de sol de las casas desocupadas en este momento. La

playa cambia de la noche a la mañana. Cuando el huracán Fait decidió perdonarnos y seguir hacia el norte hasta Antigua, los mares se agitaron durante dos días, las plantas verdes a lo largo del agua murieron en algunos lugares que ahora aparecen secos y parduscos, y la arena volcánica y negra, en una época bellísima (llamada de «azabache» en los prospectos de la Compañía de Fomento Turístico de Montserrat) quedó enterrada bajo montañas de algas marinas marrones y malolientes. Ahora, una semana más tarde, sólo quedan los manchones amarillentos sobre el follaje. Es un mundo en el cual en cualquier momento puede resultarnos imposible saber qué hora es, qué día es, qué estación es y, por supuesto, si la casa donde vivimos estará aquí mañana. Cuando la gente se refiere a una casa, una de las cosas que suelen decir es que soportó los huracanes de 1924 y de 1928, pero se desmoronó con el terremoto de 1935.

Considero que visitar otros campos de estudio y que otros visiten el nuestro debería ser una parte aceptada de la vida profesional del antropólogo. Es verdad que las películas como *Aves muertas* y los registros de sonido como los que trajo Colin Turnbull de su estancia entre los pigmeos de Africa son de enorme utilidad. Cabe esperar que con el tiempo sea posible registrar material en el campo, tan repleto de imágenes y sonidos, por lo menos, que perdure largo tiempo una vez extinguidas las culturas registradas por él. Entretanto, este tipo de visita ofrece extraordinarias recompensas.

Me aparto de la contemplación, a través de las colinas, de la aldea Danio —aquí no llueve, sino que llueve a cántaros— para leer mi material misceláneo: *Encounter, Counterpart, Transaction, The High Valley*, la maravillosa descripción de las investigaciones de campo de Kenneth Read en las mesetas de Nueva Guinea, y *Social Movility in China*, de Chow. Ambas dejamos de trabajar para discutir un capítulo que debemos redactar sobre actitudes del estudiante norteamericano frente al conocimiento. O bien yo leo una parte de *Slave Society in*

the British Leeward Islands at the End of the Eighteen Century, de Goveia, y levantamos los ojos para ver fuera de nuestra ventana el primer colibrí que vio Rhoda en Montserrat. Sospechamos que las iguanas y el colibrí han sido especialmente provistos por el emprendedor e imaginativo propietario del hotel para los visitantes que permanecen aquí más de dos semanas.

«¡Y ahora, me voy!»

Tambunam
13 de junio al 13 de julio de 1967

Por fin, una mañana temprano en junio de 1967, me encontré remontando el Sepik, en Nueva Guinea. Había pasado más de cuatro años planeando este viaje. Ahora, en una pequeña lancha de motor, recorrimos unos cien kilómetros del río, en la etapa final del viaje desde la estación del gobierno en Angoram hasta la aldea de Tambunam. El sol comenzaba apenas a disolver los bancos de niebla. En ambas orillas la tierra se extendía llana, verde y dorada, hasta donde alcanzaban a ver los ojos. En cierto momento veíamos un huerto nuevo, con espirales de follaje de batatas trepando por finos palos, en otro un largo banco de hierba llamada de elefante, sus penachos plateados agitándose en la brisa, más lejos, una garza blanca, flotando hacia una playa oscura. Y en el río mismo, islas flotantes de hierba, arrancada río arriba, bajaban velozmente con la corriente. La lancha viraba entre ellas, dejando una ancha estela sobre el agua lisa y parda. Una vez ahuyentamos a un cocodrilo... ¿O fue sólo un tronco llevado por la corriente?

Era mi primer viaje Sepik arriba desde 1938, cuando viví ocho meses en Tambunam. Esta vez permanecería sólo un mes, pero me acompañaba otra antropóloga, Rhoda Metraux, quien permanecería allí cerca de un año, para reanudar el estudio de los pobladores de la

aldea. ¿Qué cambios había en Tambunam desde la última vez que la vi, y qué había permanecido igual?

Veintinueve años es mucho tiempo, en especial en la vida de quienes mueren jóvenes. Meses antes había enviado una lista de los hombres y mujeres a quienes conocí mejor entonces, y por el informe que me devolvieron sabía que muchos de ellos habían muerto. Sabía asimismo que los japoneses recorrieron ese río durante la Segunda Guerra Mundial y que desde la guerra, muchos hombres se dedicaban a cazar cocodrilos para el comercio. En 1938 hubo una iglesia misionera en Timbunke, río arriba. Después de la guerra se estableció una iglesia y una misión en Tambunam. Esto significaba que la antigua actividad ceremonial habría desaparecido. El caso era que sabía muy poco acerca de la aldea y de sus pobladores.

Imaginaba Tambunam tal como era años atrás, la aldea más floreciente y hermosa sobre el río, con grandes casas de veinte metros de largo y diez de altura, a lo largo de la orilla del río, protegidas por una fresca sombra. Cada casa estaba sostenida por inmensos pilotes tallados y tenía un techo de dos aguas en ángulo muy agudo, ambas vertientes tejidas en diseños complicados, con efigies gigantescas de paja tejida, acechando desde el ángulo superior a quienes pasaban. Los cocoteros estaban emplazados en altos montículos para evitar que fuesen barridos durante los meses de la inundación causada por la crecida del río, y en torno de dichos montículos el camino de las mujeres serpenteaba por la aldea. Los hombres tenían su propio sendero, más próximo al río y el cual llevaba a las casas de hombres, o sea, sus clubes, donde se sentaban a sus anchas con sus parientes y comían cuencos llenos de sagú hervido y de pescado traídos allí por sus esposas sumisas y trabajadoras.

La vieja tradición de la aldea estaba basada en la caza de cabezas. Era necesario cazarlas cuando se construía una casa y cuando un muchacho se convertía en hombre. En 1938 aún había hombres en Tambunam

que usaban la piel de zorro volador, permitida tan sólo al hombre que ha cazado una cabeza. Un muchachito que trabajaba para nosotros perdió a su tío en una incursión de caza de cabezas.

Siempre en viaje río arriba, las aguas bruñidas por el sol de media mañana, me preguntaba cuál sería ahora el destino de Tambunam, treinta años más tarde. ¿Qué habría hecho esta gente, el doble en número de la existente en 1938, con un mundo en el cual la caza de cabezas es sólo un recuerdo y del cual han desaparecido los espíritus que antes poseían a quienes caían en «trance» y los hacían brincar de un lado a otro, instando al resto a cazar o a pelear? ¿Cómo se desenvolvía Tambunam en un mundo en el cual la palabra «negocio» era tan importante?

Los cazadores de objetos curiosos habían minado ya todo el sector vecino al río, adquiriendo máscaras, tambores y tallas. Y los cocodrilos comenzaban a escasear además de mostrarse cautelosos ante los cazadores que, respondiendo a la demanda del «negocio», los perseguían por los tributarios del río y por los *barets* que conectan éste con las aguas del interior. Me habían dicho en Angoram que en los últimos dos años las crecidas, las más grandes que nadie recordara, habían destruido innumerables cocoteros y cultivos de patatas dulces y que un incendio devorador barrió los de sagú. ¿Cómo, entonces, se alimentaba la gente y ganaba el dinero para adquirir alimentos y pagar los impuestos? ¿Y los escolares? ¿Estaban ahora enteramente separados del pasado, sin raíces, como los islotes de hierba que flotan en el río? Tuve la sensación de estar en camino a un lecho de muerte, para registrar los últimos estertores del pueblo de Tambunam, los seres más feroces, más orgullosos y más llamativos entre todos los que habitan el Sepik.

Mis temores resultaron infundados. A medida que fue apareciendo la aldea ante mis ojos, vi las grandes casas, viejas y nuevas, siempre hermosamente construidas y con bellos motivos ornamentales. El orgullo

del pueblo Tambunam no ha sido aplastado. En la mayoría de las otras aldeas donde se habla el mismo idioma, los hombres mostraron a las mujeres todas las cosas sagradas y secretas que antes les pertenecían en forma exclusiva, antes de quemarlas y aceptar a la nueva misión cristiana, que acababa de llegar. En cambio, por uno de los azares de la guerra, a Tambunam se le ahorró este golpe contra su propia estima. La aldea fue bombardeada y la gran casa de los hombres, con todos sus elementos ceremoniales secretos, quedó reducida a un montón de cenizas. Y después de la guerra, los hombres declararon, simplemente: «Terminó.» No se *desechó* nada y la escuela para los niños y el trabajo lejos de la aldea han reemplazado la antigua iniciación como proceso de evolución natural, en lugar de ser una respuesta a una pérdida irreparable y humillante.

Al caminar por la aldea, descubrí que todavía existían las casas para hombres, pero las de menor tamaño. Se las ha convertido, simplemente, en «talleres de carpintería». Y allí siguen reuniéndose los hombres mayores, como lo hicieron siempre, y conversan y tallan objetos nuevos, diseños nuevos y formas nuevas para vender en el extranjero. El viejo entusiasmo de la guerra y de la caza de cabezas, celebrado por un despliegue menor de arte, ha sido reemplazado por un tremendo estallido de actividad en el tallado, lleno de imaginación. Los hombres han hallado una manera, basada en la vieja tradición, de establecer lazos con el mundo de hoy.

Es imposible, sin duda, saber cuánto tiempo durará esta actividad. La destrucción de los cultivos de sagú ha disminuido la autonomía de la aldea en la empresa de procurarse el propio alimento. Por otra parte, los hombres han respondido con gran entusiasmo a una serie considerable de elementos de la civilización moderna. Les gustan los motores fuera borda para lanchas, preferiblemente potentes, de unos cincuenta caballos, que les permiten correr a gran velocidad por el río que sus antepasados recorrían con gran trabajo en canoas. Les

gustan también las radios de transistores por las cuales pueden oír la música y los cantos de todos los pueblos de Nueva Guinea que hasta ahora estuvieron aislados a través de miles de años, y llegan a descubrir relaciones entre estos diferentes estilos de cantar y el propio.

Si bien siguen fumando el propio tabaco de cultivo local, les gusta tener encendedores que permanecen secos en el tiempo más húmedo junto al río. Les gustan asimismo los relojes que dan la hora con exactitud y las linternas que reemplacen la luz débil de las antorchas de hoja de palmera. Todos estos artículos son caros. Además, es necesario vestir a los niños para ir a la escuela y los adultos también deben vestir en forma apropiada cuando se trasladan de un punto a otro. Por ello, a pesar de que siguen construyendo casas y canoas con los antiguos materiales, pescando como lo hacían antes y prefiriendo las comidas más tradicionales, necesitan ganar dinero para vivir en un mundo que evoluciona, y para satisfacer nuevas aspiraciones.

Sin embargo, los lazos que unen pasado y presente son vigorosos. Esto se reflejó en la cuidadosa previsión con que la aldea se preparó para recibirme otra vez. Nos habían elegido una vieja casa rodeada de casas de viejos amigos. Nginambun, mi mejor informante, ahora una viuda que lleva una vida muy apacible con dos ex esposas de su marido, quien murió hace mucho tiempo, vive en la casa al lado de la nuestra. En su primera visita, me trajo los restos ennegrecidos por el humo y casi irreconocibles de la bolsa de viaje en avión que le regalé cuando partí hace ya tantos años. Mbaan, quien fue ni informante lingüístico y es ahora un viejo bondadoso, venerado por ser el hombre más sabio en cuanto a las viejas tradiciones, viene a presenciar la construcción de la casa y a diario se sienta cerca de la sección protegida por tela metálica y responde a nuestras preguntas. Kami Ashavi, que fue uno de nuestros servidores, es hoy el líder aceptado de su clan y ha asumido la responsabilidad de organizarnos la nueva casa, con Mbetnda, nuestro otro ex camarero, hacién-

dose eco de todo lo que decía. Estos son nuestros vecinos y han traído a sus hijos para que nos ayuden, cocinen y traigan agua, mientras charlan alegremente sobre temas nuevos. Estamos retomando los hilos de nuestra vida tal como la dejamos en 1938, cuando Kami Ashavi y Mbetnda me acompañaron río abajo a Wewak a ver lo que había allí y a despedirme.

El primer día en Tambunam expliqué que había venido a ver qué era diferente y qué era igual que antes, a saber quiénes vivían aún y quiénes habían muerto y cuándo, y a establecer las relaciones iniciales con la aldea para mi colega más joven que yo, quien permanecería más tiempo y llegaría a conocerlos como yo los conocí en una época.

Una de las primeras preguntas de los pobladores fue inesperada: ¿Teníamos grabador? Sí, lo teníamos. Esto les encantó, pues querían que otros oyeran sus cantos. Así como en otros tiempos llegaban ansiosos y rebosantes de noticias de dificultades y riñas, para dictar los pormenores de todo esto a mi máquina de escribir, ahora venían todas las noches a cantar, a tocar temas en un arpa primitiva que sostienen con los dientes, a tocar canciones totémicas con trompetas de bambú y, por último, a escuchar los registros grabados y criticar los efectos obtenidos.

Siempre fueron gente muy teatral, que hace sus tallas con el fin de exhibirlas con orgullo y prepara complicadas funciones dramáticas, cuyo único auditorio era antes las mujeres, las madres y los niños no iniciados. Ahora, así como los motores de lancha han traído la velocidad y las linternas han aportado nueva luminosidad a la noche y el mercado para las tallas nuevas alas a su imaginación, la radio y el grabador del antropólogo proporcionan un nuevo escenario para su alegre sentido de lo dramático. Sin la menor timidez, un hombre anuncia:

«Ahora cantaré la canción que solíamos cantar cuando las cabezas de nuestros enemigos estaban en fila en el suelo de la casa de los hombres.» Y pocos minu-

tos después, me dice: «Sí, mi hijo menor está estudiando lejos de aquí. Estudia para ser médico.»

Por la noche, con los rostros iluminados por el tibio resplandor de las lámparas a prueba de viento, los hombres se sientan en cajones ante la casa y hablan del pasado. Una y otra vez repiten lo que sucedió durante mi permanencia anterior entre ellos. Describen la noche que llovió durante una caza de cocodrilos, cuando todos enrollaron sus esteras en forma de canastos contra los mosquitos y se acurrucaron en las tinieblas. Recuerdan que Komankowi tuvo un bebé con «cola» (un poco de membrana adherida a la espalda, que yo le corté) y me dicen que hoy es un hombre casado y tiene dos hijos propios. Recuerdan la ocasión en que un bebé no quería nacer y el médium a quien llamaron para ayudar no podía hacer nada, porque el espíritu que lo poseía se había metido en otro hombre. Con una sonrisa recuerdan cómo respetaba yo los tabúes que separaban a los hombres de las mujeres, y que siempre me sentaba con gran recato fuera de los lugares sagrados. Y en parte porque creen en la reencarnación, han aceptado mi explicación de que otra antropóloga se hará cargo ahora de mi trabajo aquí.

Kami Ashavi, con esta nueva oportunidad para aplicar su considerable capacidad ejecutiva, anuncia que mandará a esta nueva «señora», ya que a las señoras sin hombre hay que mandarlas. Y descubro que la dura palabra «boss», o patrón, llegada al inglés pidgin de las cuadrillas de trabajo, ahora se refiere al hombre que cuida de las mujeres y los niños. Así se dice, al referirse a una viuda, que su hermano la «manda» ahora, es decir, la cuida, cuida a sus hijos y se ocupa de sus alimentos, vivienda y bienestar.

En esta sociedad las mujeres han seguido los pasos de las hermanas del padre de su padre y los nombres del padre de su padre, contando siempre anécdotas sobre sus hazañas como si fueran propias. Por este motivo, si bien es positivo que yo haya vuelto aquí, resulta altamente comprensible para ellos que otra mujer asuma las

mismas tareas y se siente entre las mujeres cuando durante las ceremonias baila la serpiente emplumada, como lo hará una vez más cuando un hombre de Tambunam que actualmente está preso vuelva a celebrar la fiesta fúnebre por su hermano muerto.

Me sorprendió comprobar lo detallado de sus recuerdos, pues no son personas profundamente interesadas en los hechos concretos. Las tramas complejas, con versiones antagónicas, los inventos grandilocuentes del pasado son típicas en ellos. La narración exacta de un hecho, en cambio, no lo es. Sin embargo, cuando repasamos todos esos hechos ocurridos hace tanto tiempo (registrados y vivientes en su totalidad en mis cuadernos de notas), la narración adquirió un significado renovado.

Lo que comprendo hoy con mucha mayor claridad que antes, es de qué manera la experiencia del antropólogo que estudia una cultura, y la experiencia de un grupo de individuos para quienes los hechos que se suceden forman la totalidad de la vida, se unen en la intensidad y la importancia de cada detalle de dicho hecho cuando tiene lugar. Para un pueblo cuya vida está restringida a unos pocos kilómetros cuadrados y cuyas relaciones no se extienden fuera de unos pocos centenares de hombres, mujeres y niños, cada nacimiento, cada defunción, cada matrimonio y cada riña tiene una tremenda carga significativa. Cada hecho es descrito infinidad de veces, Sólo de esta manera aprenderán los niños lo que es la vida y cómo debe vivirse. Y los jóvenes dicen: «No había nacido cuando tú vivías aquí, pero los mayores nos contaron que...»

Entretanto, en el otro extremo del mundo, también yo volví a vivir los mismos momentos. Sentí el mismo horror al pensar en un niño que naciera con rabo y recordé la humedad de la noche de lluvia en Kangleme durante la caza de cocodrilos. Todas estas experiencias volvieron a mi memoria una y otra vez, a medida que escribía y dictaba clases y analizaba películas y fotografías, extrayendo de cada hecho intensamente obser-

vado y cuidadosamente registrado algún significado que ampliase nuestra comprensión de la cultura humana. Si bien el marco de referencia da la impresión de ser distinto (me refiero a una aldea primitiva de cazadores de cabezas hasta fecha reciente y a un aula de la Universidad de Columbia) hay una coincidencia en la intensidad de mi observación y en el cuidado de los Tambunam al consignar cada uno de los detalles.

En este nuevo viaje a Tambunam he adquirido la profunda convicción de que solamente por medio de esta experiencia de vivir profundamente involucrada en relaciones personales es posible experimentar la cultura y la vida de todo un pueblo. Mediante estos anales de la vida de individuos estrechamente relacionados cabe esperar que comprendamos, asimismo, la necesidad de continuidad del hombre, de experiencia repetitiva y de intimidad. La intimidad, en efecto, tiene su origen, ni más ni menos, en estas repeticiones familiares de hilaridad ante chistes conocidos ya, en el enojo recordado de viejas reyertas, las comidas compartidas en una misma penumbra, con los niños escuchando la relación de cosas que acontecieron antes de haber nacido sus padres, todas ellas, historias contadas y vueltas a contar. Y aquí en Tambunam, donde el cambio es todavía un proceso incipiente, la petición liga el presente con el pasado y con el futuro, atando los hechos que todos recordamos con los hechos que habrán de ser registrados a partir de este momento.

De mis apuntes para una carta
desde Nueva Guinea, durante un mes
sobrecargado de tarea.
Octubre de 1971

4 de octubre. De Sidney, Australia, a Port Moresby, territorio de Nueva Guinea Papúa.

Clasifiqué y embalé todas las cosas que había dejado aquí en Sidney en agosto último. El cúmulo de papeles

es realmente abrumador. Tomé el avión para Port Moresby.

5 de octubre. De Port Moresby a Wewak.

Me recibió en el aeródromo de Wewak Steve Seymour, administrador del hospital. Cena con Steve, su familia y el mayor Williams, jefe de la base militar aquí. Como ya no lo hacen los *kiaps*, el ejército patrulla la zona con intensidad y es el único que explora nuevas regiones...

6 de octubre. De Wewak a Maprik, distrito de Sepik Occidental, a visitar los pueblos de habla Arapesh en Ilahita.

Me recibió en el aeródromo de Hayfield Don Tuzin, quien me llevó en su camioneta. El camino es sumamente accidentado y peligroso después de las lluvias y el vehículo se detenía todo el tiempo en los tramos a través de la selva. Habían prometido una nueva carretera a Ilahita, pero el miembro local de la Cámara de Representantes se la hizo construir a través de *su* aldea. En casa de Don nos esperaba su mujer, Beverly.

En el instante en que entramos en Ilahita, verifiqué que eran verdaderos Arapesh. La enorme aldea tiene forma estrellada y se extiende sobre eminencias, como si varias aldeas se hubiesen unido. Hay 93 plazas con nombre y las casas se agrupan alrededor de ellas, formando pequeños círculos. (Con esto comprobamos la rigidez del trazado de Tambunam, la formalidad básica de su construcción.) Al volar por sobre la zona de Maprik vi desde el aire, por primera vez en mi vida, las altas casas ceremoniales o Tambarans y las viviendas con techos de dos aguas muy inclinados, que daban la impresión de estar arrodilladas, todas ellas muy juntas. Ilahita cuenta con casas modernas, cuadradas y apoyadas sobre pilotes, con paredes de *pangal*, o tallos de palmera sagú, y la mayoría de los espacios formados por dichos pilotes sirven como ornamento o bien son usados como depósitos. La gente duerme y guarda sus patatas dulces en las casas oscuras e inclinadas, cubiertas de hojas sin trabajar.

Hablamos y hablamos. Observamos a la gente. Don es un verdadero antropólogo, muy interesado en los problemas de esta disciplina, muchos de ellos de aparición reciente. Me refiero, por ejemplo, al interés de Don por el gusto y el olfato como categorías, aunque a la vez no deja de dedicarse profundamente a los problemas tradicionales. Había ido a visitar a Reo, quien le prestó su propio manuscrito sobre el idioma Arapesh, el que estaba en la Universidad de California. Ha trabajado muy bien con películas, fotografías, cintas magnetofónicas, todo ello perfectamente planeado y organizado. Beverly es dietóloga diplomada. Muy menuda, muy apacible, disfruta de la vida de la aldea y sus pobladores. Ambos pueden moverse por toda la aldea y nadie interrumpe sus tareas al verlos.

8 de octubre. De Maprik a Lumi, distrito de Sepik Occidental.

El avión hizo un rodeo para recogerme en el aeródromo de Banlip y llevarme, en diez minutos, a Lumi. El piloto esperó y luego voló sobre la carretera para situarnos. Don halló que esto era un homenaje a mi persona, pero yo considero que debemos atribuirlo a su gran sentido de responsabilidad. En Lumi me recibió Joyce Mitchell, pero Bill había debido quedarse en las montañas, en el punto de estudio de Taute. El grupo que está estudiando debía celebrar su festividad más importante de «curas», con máscaras de «pez diablo» este fin de semana. Con esto terminará el trabajo que realiza Bill en la actualidad con los Wape.

Joyce y los chicos, Ned y Elizabeth, viven ahora en Lumi, en una cuidada casita diseñada por Bill, con agua corriente y otros detalles modernos. Primero Joyce me llevó a observar la enseñanza en una *Kisim Save*, o «casa de conocimientos», en la cual los pobladores sin mayor instrucción escolar aprenden a enseñar a leer y escribir en pidgin. Se les da, así, la experiencia de ser alumnos, pero de inmediato asumirán tareas como maestros, lo cual hallo muy positivo y digno de tener pre-

sente. Se trata de un programa auspiciado por un grupo protestante, las Misiones Cristianas para Muchos Países.

Por la tarde llegaron dos grupos de misioneros, Don McGregor y su mujer Aileen, misioneros de una congregación protestante que tienen formación lingüística y han estudiado el idioma Olo, y la hermana María Magdalena y el padre Tom, ambos misioneros franciscanos australianos. Nos sentamos todos a hablar de la obra misionera, como grandes amigos. McGregor conoce el concepto del respeto a la cultura autóctona y se inclina a buscar paralelos entre las creencias cristianas y las nativas. Le preocupa mucho el problema de utilizar ciertos mitos nativos, etc. Descubrí que personalmente era capaz de formular mis propias opiniones sobre esto con mayor claridad que nunca. Podemos tomar una creencia menor, o bien una situación humana y llegar a un concepto sobre Dios, pero no es posible realizar el proceso inverso sin menoscabar una religión que es más compleja. Podemos comenzar por la paternidad humana y llegar hasta Dios, pero no podemos comenzar por Dios para explicar la paternidad humana. Lo que no tienen, aparentemente, estos misioneros, es la noción de que están expandiendo el universo espiritual de esta gente. No estaba muy segura de haber logrado expresar con claridad esta idea, pero el domingo, en la iglesia, me resultó obvio que Don McGregor lo había comprendido. Don predicó un sermón en el que se refirió a que tanto él como la congregación estaban «cortos» del sentido de universalidad y fraternidad, un sentido que se extendiese más allá de la aldea, hacia la nación y hacia el mundo.

El sábado fuimos hasta el hospital y vimos las historias clínicas del consultorio de puericultura. Realmente hermoso: peso, vacunas, enfermedades, etc. Este material será utilizado por Joyce para su estudio sobre quiénes llegan y quiénes permanecen, en la escuela. El grupo de población bajo estudio no ha llegado, en realidad, a la etapa en que sea posible determinar si hay quienes abandonan sus estudios. De hecho, esta gente no ha

avanzado mucho más lejos del nivel de los Arapesh de hace cuarenta años. Usan ropa europea vieja, tienen relaciones nominales con las misiones, hay pocos niños en la escuela, alguno muy excepcional que continúa sus estudios en un nivel superior. La mayoría, no obstante, viven entre el trabajo en las plantaciones y la aldea. En Taute, la aldea de Bill, las aldeas menores que la componen parecen trabajar por turno. Un grupo entero de hombres parte y, desde luego, deben entregar todo lo que ganan a los que cuidan a sus mujeres y sus hijos...

El domingo Bill llegó a mediodía y estaba tan pálido que me alarmó, pero al cabo de unas cuantas horas, volvió a vérsele el bronceado. No había dormido nada y la festividad con cantos le había exigido muchas horas de trabajo agotador. Se siente feliz con su trabajo. Taute ha sido una buena elección, Joyce está muy adaptada a él y el lugar siguiente al que irán sobre el río Amarillo, también parece ser bueno...

11 de octubre. Volví a Wewak en avión.

12 de octubre. De Wewak a la Misión en Biwat, sobre el río Yuat, distrito de Sepik Oriental. Volé en un avión privado pequeño, propiedad de la misión. Aterrizamos con toda facilidad en la pista de Biwat. La misión se encuentra donde estaba antes la antigua aldea de Biwat, y las cuatro aldeas Mundugumor siguen donde estaban en 1932. La población es importante y cuenta con una escuela con internado, sufragada por el gobierno. Jan Fouary, la única maestra extranjera, enseña en las dos clases superiores. El sector superior del río no cuenta con ninguna misión, según dicen, y aquí mismo la actividad misionera parece ser escasa. Un hombre tiene siete mujeres, pero esto parece ser poco frecuente.

Afima murió y dicen que Omblean está senil. Yeshima y su hermano vinieron a saludarme. Yeshima es un anciano menudo y vivaz, pero no habla el pidgin. Su hermano se fue a vivir a Branda y era *luluai* allí. Vino un hombre a decirnos que él había hecho el modelo de cocodrilo que nos regalaron en 1932...

13 de octubre. El padre Wand me llevó a Kenakatem en su lancha de motor. Me esperaba en el muelle una cantidad de personas para darme la bienvenida. Me decían «Ven a sentarte en la casa de los servidores». Descubrí que aludían a una casita abierta, con una plataforma donde sentarse, construida por tres lados, una chimenea abierta en el centro y un buen techo de paja cubriendo el todo. La aldea está llena de estas casitas...

Todo el mundo esperaba, más o menos, a Omblean, quien, según me enteré antes, había sufrido un ataque cerebral y había estado internado en un hospital de misión. Omblean se aproximó muy despacio, caminando con un bastón, y si bien tenía la cara más llena, era imposible no reconocerlo y su mirada era tan límpida como siempre. Sin embargo, le era casi imposible hablar y su atención divagó al cabo de uno o dos minutos. Me habían instalado en mi silla plegable y colocaron un taburete para él. Es obvio que nunca han tenido que ocuparse de nadie en su estado. Omblean era un hombre importante, tiene aún una casa grande y las casas de sus hijos varones alrededor de ella. Todos aludían a él como *longlong finis*, terminado ya y enteramente desorientado, pero con todo, era evidente que lo respetaban. Después de permanecer un rato conmigo, Omblean se retiró. Yo lo había recibido con gran afecto y él pareció responder, pero seguidamente no participó en la conversación.

Tanto hombres como mujeres se sentaron a mi alrededor. Recordaban el primer nombre de Reo como Leo pero no recordaban ningún nombre para mí. Tampoco lo recordaba yo. Seguramente debió ser tan sólo «Misis». ¿Dónde estaba Reo y por qué no había vuelto? Revisé las viejas listas de hombres y mujeres y aún con mi mala pronunciación, reconocieron muchos de ellos. Afima fue muerto cuando era policía.

Todos sabían que Afima había trabajado para nosotros. La verdad es que la memoria de esta gente es tan buena como la de otros grupos. Recordaban un viaje que hicimos para visitar a un hombre moribundo

y que habíamos salido a los jardines. Tuve la sensación de que habrían sido capaces de hablar durante horas. Cuando les mostré mi trabajo sobre «Tamberans y Tumuans de Nueva Guinea», admiraron la ilustración de la flauta y manifestaron que no tenían ya ninguna. Lo único que les quedaba era un *yakat*, o máscara de madera, en Akerang, que muchos habían deseado adquirir, pero que ellos conservan. Todo lo demás desapareció. Sólo celebran reuniones para cantar —canciones de otros pueblos— para Navidad o bien ocasiones especiales en Angoram. Por otra parte, el sistema de herencia por cordones familiares parece haberse mantenido intacto...

Pedí a Mrangfoh que me guiase por la aldea. Fuimos a la colina cerca de Akerang. Las cuatro aldeas están ahora muy juntas y forman casi una sola. Tomé nota de nombres y de detalles de casas nuevas. El efecto general es de una serie de grupos de población pequeños... Les hice registrar la pronunciación de los nombres en el grabador. La aldea en general tiene buen aspecto: casas limpias y bien construidas, con poco decorado, paneles aserrados bajo los aleros, una máscara, espíritu general de orgullo por la propia casa. Hay *garamuts*, o sea gongs calados, situados exactamente donde estaban antes, cuando estuve yo allí, ¡inclusive uno al cual le había cortado la lengua! Siguen usando, pues, estos gongs.

La conducta no parece haber cambiado. Son alegres, rebeldes y con poco espíritu de colaboración. Están siempre haciendo bromas. Las mujeres y los niños, siempre repartiéndose golpes, los niños, ocupados en trabajar fragmentos de hoja dura o de madera, cuando no están dándose de bofetadas o amenazándose y las mujeres dan de bofetadas a los niños y los amenazan. Los hombres ordenan a los niños que se alejen. Los niños se quedan. Las mujeres son vigorosas y carentes de toda modestia. Carcajadas estruendosas...

16 de octubre. Me desperté después de haber tenido una serie de sueños muy vívidos, en los cuales cada

vez me convencía más de que la iglesia debe incorporar más actividad artística, más festividades, a la vida de esta gente. Las misiones solicitan trabajo de ellos, pero no les proporcionan ocasiones de expresión ritual. El padre Wand afirma que se ha dicho a los sacerdotes que no destruyan el arte nativo. Pero podrían utilizarlo como ornamentos, como gárgolas, estandartes y en las procesiones. Mencioné que Bipi, en Manus, había preservado las artes del tallado. Aquí la iglesia tiene un hermoso altar, buenas vestiduras, una imagen de Nuestra Señora, todo lo necesario para que los misioneros se sientan como en casa. Lo único que permite adivinar que estamos en un templo nativo es la poca altura de los bancos y el misal en inglés pidgin. Con palabras, tan sólo, cuando serían necesarios elementos de arte gráfico y plástico. A los protestantes me limité a sugerirles que hiciesen hincapié en ideales universales de fraternidad. En cambio los católicos podrían desplegar todo su boato. Y por otra parte, el trabajo de dibujo que realizan los niños en las aulas es del peor gusto. ¡Horroroso!

Es extraño, pero los niños son voraces lectores. Por ello lo mejor que puede hacer Jan es fomentar este interés de los niños por la lectura y dar a los más inteligentes una oportunidad de partir. Discutí con ella las desventajas del anterior sistema de misiones cerradas, así como la necesidad de crear un espíritu de fe en el futuro. Es obvio, sin embargo, que no hay un punto del cual partir en estas aldeas, por ahora, aparte de la inteligencia innata del pueblo...

17 de octubre. De la Misión de Biwat a la aldea de Tambunam.

A la iglesia temprano, a la segunda misa. Había una congregación bastante num osa que cantaba bien. El padre Wand se mostró tímido. Después de la misa me retiré, atravesando la pista de aterrizaje y un pequeño grupo llegó hasta mi puerta con un antiguo cayado y una máscara. Uno de ellos hizo una alocución para expresar que el cayado era el último objeto que

quedaba de la vieja casa de Alemi. Prometí guardar cuidadosamente el cayado en el Museo y le di unas cuantas porciones de tabaco. Son los menos mercenarios entre toda la gente que he conocido y, por otra parte, los más sentimentales.

Viajé en la lanchita del padre Wand hasta la boca del Yuat y remontamos el Sepik hasta Tambunam. En 1932 hicimos el mismo viaje, con una escala durante la noche, o sea en dos jornadas. El padre Wand insistió en llevarme hasta el punto más alto de la aldea, pasando delante de la casa donde me esperaban Rhoda Metraux y los miembros de su casa, con sus *lauas* —hijos de sus hermanas— todos con sus presentes. La aldea entera, que estaba observándome, expresó intenso pesar, como si pensáramos irnos para siempre. Nos habían adornado la casa, la hierba estaba recién cortada y en la orilla del río se levantaba una arcada hecha de hojas de sagú, como para una ceremonia. Mi impresión general fue que todo estaba muy verde y que había muchas casas nuevas muy hermosas.

18 de octubre. Cumpleaños de Rhoda Metraux. Ceremonia durante la tarde, para celebrar la terminación de la nueva casa de Meriagut. Las mujeres se congregaron a esperar en la casa de Nginambun y nosotras nos sentamos en la casa de los hombres, la de Taviereman, con ellos. Cinta magnetofónica y Leicas. Por fin, al anochecer, cuando todos los hombres se habían alejado ya, llegó la procesión, encabezada por el *wau*, el hermano de la madre, con el rostro pintado de negro, vestido con hojas verdes y con un flequillo de helechos rodeándole la cara. Las mujeres llevaban faldas de hierba sobre los vestidos. El *wau* bailó en primer lugar, rodeando la casa y acercándose hasta entrar en ella, con una gran bolsa de viaje de mujer que más tarde pidió a su esposa que le sostuviera. Esto no era más que una insinuación para incitar al dueño de casa a comprar un cerdo para la fiesta. Pienso que las indirectas de este tipo han reemplazado las viejas sesiones de trance, como formas de inducir a la acción a otros...

21 de octubre. Visité la antigua escuela en la margen opuesta del río, en tierras pertenecientes a un clan llamado Malangai. Dibujos en las paredes del cuarto curso de primaria de un «gorila» en la selva que es virtualmente un *tumbuan*, o figura enmascarada, y de lechuzas que se transforman en máscaras. Conocí a los maestros, ambos jóvenes y no muy seguros de sí mismos. Muy pocas facilidades dondequiera que se trate de gente Tambunam. Y, sin embargo, los Tambunam han ofrecido una gran cantidad de tallas para vender y equipar las aulas con el importe de las ventas...

Entrevista con Andaramai a propósito de la disputa por tierras de los Masendenai. Recorrimos toda la historia de su clan, el Wingolimbit. El objetivo era aclarar afirmaciones relativas a la composición de la aldea, así como probar métodos de obtener este tipo de material. Tal como él lo describió, Tsuamali, la aldea situada río arriba, era a un mismo tiempo tres lugares: 1) El lugar de origen de todo el pueblo Iatmul; 2) el lugar donde se detuvieron sus antepasados durante su camino aquí, y 3) una población reciente habitada por gente de la aldea de Malangal. También dio a entender que Ingal, el antepasado que emigró a Kangaleme, lugar en disputa con los Masendenai situado a orillas del *baret* al que fuimos durante la caza de cocodrilos en 1938, vivió hace sólo cinco generaciones...

Conversación durante la noche con Rhoda Metraux sobre las diferentes formas en que Gregory y yo trabajamos y sobre las razones por las cuales nunca teníamos tiempo de consultarnos en cuanto a detalles, de tal manera que nunca volví a revisar los de las fiestas de canto de la aldea de Wampun en 1938. A pesar de ello logramos señalar algunos puntos coincidentes con la misma fiesta celebrada este año, en la cual los Tambunam bailaron y regalaron a la pequeña casa ceremonial, o Tambaran de Wampun, una «silla ceremonial» con un intrincado tallado. El único problema que nos queda es recordar si se talló en realidad otra «silla» para la fiesta de Wampun de 1938...

A partir de entonces, los acontecimientos se desarrollaron en tan rápida sucesión y las conversaciones con los expertos en Tambunam tomaron un cariz tan técnico que registramos todo en grabadora para escribir más tarde y utilizar el material en nuestras deliberaciones. Así fue como dejé de escribir la carta que proyectaba enviar desde el campo de investigación.

El 29 de octubre navegué río arriba a la misión situada en Timbunke, donde en diciembre de 1932 pasamos la noche en camino a Ambunti, a bordo de la barcaza del gobierno. Esta vez conversé largamente con la hermana Mary Anthide, encargada del hospital del puesto avanzado y con la hermana Mertia, quienes fundaron la escuela de la aldea en 1953 y después, con las otras religiosas, sobre escuelas, asistencia médica en la aldea y proyectos para el futuro.

A la mañana siguiente, el avión de la misión me recogió en la pista de Timbunke y emprendí el largo viaje que me llevó de regreso a Samoa.

Aldea de Peré
23 de julio de 1975

Esta vez, si bien tendré cosas interesantes que contar acerca del cambio, y a pesar de que estos Manus continúan condensando siglos en décadas y décadas en años, tengo una profunda conciencia del enorme sentido de continuidad, cuando observo los ancianos a quienes conocí cuando eran niños y veo reflejadas las caras de los abuelos en sus descendientes. Los recuerdos y las experiencias compartidas los unen a todos en una sola estructura, más sólida que los fantasmas ancestrales a quienes temen si dejan de mandar dinero y regalos a casa y a los padres que trabajaron duramente para educarlos.

Es una aldea apacible. Ni una vez he oído voces airadas, gallos riñendo, perros peleando, cerdos acosados y chillones. En la alta marea, las canoas amarra-

das chocan con suavidad entre ellas y los techados de paja susurran y crujen. Todas las mañanas, una procesión de gallos aparece en la plaza y canta al unísono sin muestras de antagonismo. La gente ha vuelto a dispersarse, cada familia vive segura dentro del espacio dispuesto para su propio clan, cada clan con su trozo de playa donde pueden quemar las canoas con antorchas, remendar los aparejos exteriores, secar las redes sin las rencillas que solían aparecer en el muelle en Nueva Peré Uno, cuando el plan de la aldea estaba basado en la categoría social y en los cargos oficiales, más bien que en el parentesco. Después, cuando los tesoreros de la aldea no pudieron resistir el asedio de sus parientes, y los fondos que les habían sido confiados comenzaron a disminuir hasta que desaparecieron, se dividió el dinero entre los clanes. Cada clan asumió la responsabilidad de custodiar sus propios fondos y de cuidar su propia parte.

Luego, cuando se diseñó Nueva Peré Tres, se restableció la distribución en clanes, con Patusi, la aldea que se incorporó a Nueva Peré Dos hasta dominarla, en un extremo lejano y con una pequeña plaza propia. Más tarde, aún, surgió la costumbre de que cada clan tuviese una cantina o más, un pequeño almacén en el cual hay tabaco, carne envasada, pescado en conserva, baterías, galletitas, etc. Estos almacenes suelen fracasar en Nueva Guinea porque el encargado suele acordar demasiado crédito a sus parientes y al final acaba en bancarrota. Ahora un grupo de parientes invierte en una cantina, y si otorgan excesivos préstamos, no es ningún descalabro, sino que podría decirse, más bien, que se ha producido una redistribución de capital. Por otra parte, los préstamos se reducen porque hay una tienda donde es posible adquirir artículos.

En 1953 comprendí que tan pronto como el dinero —que es posible utilizar en forma intercambiable para adquirir muchas cosas y en muchas cantidades diferentes— se introdujese aquí, sería necesario contar con comercios y con bancos. En cuanto a las antiguas garan-

tías relativas al trueque entre ciertos objetos, como pescado por taro o por patatas dulces, el cuál servía para mantener las existencias de ciertos artículos, ha desaparecido, así como también se perdieron muchas otras protecciones tradicionales que permitían a un hombre que planease una fiesta acumular reservas que nadie tocase. Por ello era necesario contar con un almacén. Al principio se nombró como «banco» a un individuo que gozaba de la confianza de todos. La gente solía acudir a él y solicitar que les mostrase su dinero periódicamente y el hombre que actuaba como banco debía permanecer siempre en casa. Por ello pensé al principio que seguramente debía sufrir una depresión.

Actualmente cada organización que tiene un fondo dispone de una cuenta de ahorros y una libreta, y son necesarias varias firmas para retirar dinero. Y hace poco tiempo una muchacha sumamente competente, con diploma en sociología y estudios realizados en Australia y que actúa como asesora del gobierno provincial en la preparación de un proyecto de constitución propuso algo muy novedoso, un banco móvil, es decir, un empleado bancario que recorra periódicamente un círculo de aldeas para aceptar depósitos y proveer dinero en efectivo, disminuyendo con ello parte de los gastos de viaje excesivos. La verdad es que desde la introducción de las lanchas con motor fuera borda y de los camiones, el transporte, antes tan barato, se ha vuelto sumamente caro.

Así van desarrollándose los cambios y adaptaciones, con experimentación en un nivel local y más recientemente, la aparición de jóvenes con cierta educación que han comprendido que el mundo ha tomado conciencia de los peligros de una escuela que atribuya exagerado valor al aprendizaje basado en libros y a la vida urbana, o a los de excluir a las mujeres de las decisiones sobre alimentación, a medida que tales decisiones se toman en niveles administrativos cada vez más altos. Las deliberaciones celebradas en Roma en 1974 sobre la importancia de autoabastecimiento en la alimentación y el

papel esencial de las mujeres en la población rural, importancia que debería reconocerse mediante la formación en materias agrícolas de las mujeres tanto como de los hombres, han llegado ya a Nueva Guinea en la persona de una joven neozelandesa que representa a la FAO y trabaja en la nueva colonia para el cultivo de palmeras aceiteras que visité en Nueva Bretaña hace dos años, donde vive hoy la gente de Alitoa. Esta joven ha logrado la admisión de mujeres en el único colegio de agricultura de Nueva Guinea Papúa. Todas estas jóvenes tienen conciencia aguda de los problemas de relacionar la tradición local con el «sistema mundial», dado que se ven enfrentadas a la presencia visible de la Edad de Piedra y a la vez de la Era Electrónica, y a las inmediatas repercusiones que puede tener la crisis mundial de energía.

Estoy sola en esta aldea, por primera vez en una aldea de Nueva Guinea, desde 1966, cuando pasé muchas semanas aquí mientras los pobladores estaban totalmente absorbidos por la preparación de una gran fiesta de Navidad que festejaría la fusión del viejo Concejo de la Costa Sur, comenzando por Paliau, con el nuevo. Todos estaban agotados por la noche, y preocupados durante el día. Mi lámpara se me apagaba y me indignaba la idea de estar perdiendo el tiempo, o bien trataba de leer en la cama con ayuda de una linterna. Este año nos hemos acostado habitualmente temprano y a menudo he permanecido despierta durante horas, pero por algún motivo no sentía rebelión, sino que reflexionaba. De vez en cuando enciendo la linterna y escribo algo que, según creo, vale la pena conservar. A pesar de ello duermo lo suficiente, realizo el trabajo del día y me siento a salvo de la serie de dilemas y decisiones que me abrumarán tan pronto como llegue a Nueva York. Cuatro o cinco horas diarias de trabajo es más o menos el que puedo realizar bien con una máquina de escribir manual y muy dura. Pasado este tiempo, comienzo a poner mal el papel carbón, o bien cometo más errores de máquina.

Estar tan descansada, ya que duermo una larga siesta en plena mitad del día, significa tener sueños largos, interesantes, novelados, que resulta grato recordar por la mañana. Las grandes dificultades del trabajo de campo, la presión que siempre implica estar retrasada en la tarea de pasar notas a máquina y el temor a caer enferma e interrumpir la investigación en marcha no figuran en mi vida esta vez. Ted inició un censo y la elaboración de un mapa somero. Barbara irá retocando ambos mientras mide la talla y toma fotografías a los escolares. Lo principal de todo lo que quería ver ha sido visto. Si tuviera que partir hoy en lugar de la semana que viene, no tendría importancia. Sabemos muchísimo sobre esta cultura, tanto en el aspecto general como en el particular.

Hace mucho tiempo me apasionaba la idea de componer un paisaje del espíritu, construyendo con escenas recordadas y fragmentos de poesía, rememoradas no sé cómo ni por qué, un paisaje en el cual uno pudiese vivir más tarde los últimos años de la vida. Algunas eran expresiones que no tenían paralelo inmediato, como

Mas la estrella sin raíces
flota hacia aquí y hacia allí
como un loto en el cielo.

La imagen nunca cobró vida del todo para mí hasta que vi los nenúfares flotando en el lago Chambri y también a alguna persona enteramente sin raíces flotar por la vida.

Manus, la continuidad de la aldea Peré, es una especia de paraíso para el investigador, totalmente fiable, en el sentido de que siempre encuentro aquí el próximo elemento de información que buscaba. La abundancia del material hace que se acumule: el sentido que adquiere Barbara de sus cualidades físicas y de la continuidad física de la herencia biológica, las pruebas periódicas de Ted y la explicación precisa de su manera de pensar,

la aguda conciencia de Lenora de la forma en que se mueven y ahora, los sofisticados comentarios de la generación informada y joven. El mundo ha cambiado, la antropología ha cambiado y la aldea ha cambiado. La población se ha multiplicado y diseminado hasta los confines de Nueva Guinea y aún más lejos, y todos contribuyen a que florezcan las nuevas instituciones.

Nahau, la hija de Kampo, líder de la aldea Usiai de Lahan, que vino a la costa al comienzo del movimiento encabezado por Paliau, me pidió que escribiera un artículo para ella y para otros jóvenes con una educación semejante a la suya. El agrimensor auxiliar de Nueva Guinea Papúa estaba en la oficina de esta muchacha. El muchacho proviene de Patusi. Tomé, entonces, todo lo que hemos visto y aprendido, discutido y comparado por medio de nuestras notas en los últimos 47 años, todo lo que debimos someter a toda suerte de crítica internacional y de comentario, elementos que fueron adaptados para libros infantiles e incorporados a películas exhibidas en todo el mundo y traté de expresar en diez páginas unos conceptos fundamentales y rectores para la muchacha, en su empresa de individualizar la constitución provincial. Esto, en 45 minutos. Es, sin embargo, este proceso, precisamente, de destilar algo importante y sencillo, despojado de detalles inútiles y al mismo tiempo con todo su carácter específico, que necesitamos efectuar.

Intenté demostrar el hecho de que este proceso ha fracasado en los informes de las Naciones Unidas que reproduje como apéndice a mi obra *New Lives for Old*, pero la diferencia realmente importante es que aquí he estado escribiendo a Nahau y para Nahau, Nahau, que creció en este lugar, para quien cada sitio, cada alusión a una ceremonia o un hecho tiene significado. No escribía para alguna misión de las Naciones Unidas que terminará redactando un informe, como uno que leí en 1973, con una serie de generalizaciones que podrían ser aplicables a cualquier lugar del mundo no desarrollado. En lugar de ello, se trata aquí de devol-

ver el poder de decisión a quienes les pertenece, de aplicar la experiencia en el lugar donde se adquirió el conocimiento sobre el cual se basa dicha experiencia. Nahau sabe, por haber vivido la experiencia desde dentro y yo también, por haber aplicado todos los instrumentos desarrollados por la Antropología, exactamente qué quiero significar cuando afirmo que el pueblo Manus ve la aldea como una asociación voluntaria de clanes y, a veces, individuos aislados, y que considera cualquier límite geográfico como algo que hay que salvar y trascender. Tal debería ser el estado de cosas en el mundo: un vocabulario mundial dentro del cual las ideas pudieran difundirse con rapidez y las soluciones propuestas divulgarse, aunque conservando siempre cada localidad la responsabilidad de tomar decisiones individuales y detalladas.

Sin duda no es eso lo único importante. Puedo asimismo tomar lo aprendido en Manus e insertarlo dentro del sistema de las Naciones Unidas. Es necesario que exista una relación recíproca e íntima entre lo altamente generalizado y lo altamente concreto, cuando existen tantos cambios. Ted pasó mucho tiempo entre los hombres jóvenes, hablando de política, y me dijo que van a formar divisiones provinciales electorales de corte netamente artificial, con lo cual muchas aldeas fundamentalmente incompatibles se encontrarán bajo una misma jurisdicción.

La mañana fue tormentosa y fue necesario cerrar y abrir los postigos de las ventanas una y otra vez a causa del viento. Revisé ya cuidadosamente las cajas, para verificar cuáles guardan nuestras cámaras, cintas grabadas, película usada. Barbara había organizado todo aquí, cuando llegué, según la pauta que establecí hace 20 años y que ella vio por primera vez en 1966. Estas son las cajas a prueba de humedad —hechas de espuma sintética muy ligera y conteniendo gelatina de silicona en lugar de hielo seco—, que habría que recuperar si la lámpara explotase e incendiase la casa con su techo de paja, o bien si un maremoto amenazase arrasarlo todo.

De noche uno se acuesta temprano, con todo el material protegido y ordenado cerca de uno, linterna eléctrica, cuaderno de notas y lápiz, gafas, todo listo para una emergencia. Y cuando en mitad de la noche ayer, guardé, las gafas, vi que les faltaba uno de los cristales. Por suerte me lo encontró Peranis esta mañana, metido en una rendija del piso. La armazón se había torcido al golpearme yo el dedo gordo y caer sobre la grava. Los rituales, la forma en que uno indica a la aldea —y también a Peranis, quien querría servir el desayuno a las 5.30, el almuerzo a las 11.00 y la cena a las 5.00 de la tarde si yo cediese a su impaciencia— que estamos despiertos, o bien dormidos, las botellas de agua hervida en la nevera, aparato que permite guardar el pescado fresco dos o tres días y comer el delicioso ananá bien frío, aunque su llama de queroseno se apague cuando sopla el viento en cierta dirección, el lugar de la sal, la pimienta y la cloroquinina sobre la mesa, todos estos rituales son necesarios porque Peranis, quien no los comprende del todo, no puede alterarlos.

Ted solía quejarse de lo negligente y olvidadiza que era la gente, cuando dejaba en la orilla algo esencial para el motor fuera borda. Ocurre que estaban acostumbrados a confeccionarlo todo con los materiales de que disponían y que no habían comprendido el número de piezas que requiere un motor. Por ello, como en un ritual, desmontan uno, vuelven a montarlo y lo hacen funcionar para probarlo en un tanque de agua, pero no saben lo que hacen. La verdad es que sólo es posible variar un procedimiento cuando se lo domina del todo y sabemos cuáles pasos del proceso son esenciales y cuáles no. Cuando no lo sabemos, omitimos lo esencial, o bien seguimos los procedimientos con gran rigidez. ¿Y no es, acaso, un rito religioso, el cual tiene eficacia en sí y, por lo tanto, es un misterio, ni más ni menos que un procedimiento que se debe seguir estrictamente ya que por su naturaleza misma no es posible comprenderlo? Deberé ahora incrementar el número de mis

propios rituales, dejar siempre las gafas sobre algo donde sea posible encontrar el cristal flojo, si se me cae, como suelen hacerlo quienes usan lentes de contacto. Peranis me oyó explicarle a Barbara que perdí el cristal durante la noche y que podría estar en cualquier lugar entre aquí y el retrete, con su largo puentecito sobre el agua. Peranis preguntó, entonces, por lo que había comprendido del inglés, si había perdido uno, o bien los dos cristales. Cuando respondí que uno, pudo completar su percepción, se inclinó y levantó el cristal, el cual reflejó la luz.

En cierto modo este tipo de trabajo de campo continuado es un símbolo de la desaparición de la visión de la investigación científica como algo definitivo. No solamente el enfoque lineal ha sido reemplazado por la circularidad y la simultaneidad, simples relaciones de causa y efecto por los sistemas múltiples de «feedback», sino, además, la idea misma de que uno haya podido «dominar» un sistema de parentesco, o bien la gramática de una lengua ha desaparecido. Debo volver a estudiar el trabajo que hizo Larry hace mucho tiempo sobre «Estructura, Función y Crecimiento», que envié a Gregory durante el verano de 1935, el verano en que ocupó una casa con Wad y ambos mostraron su desaprobación del trabajo en cuestión. Y también las antiguas proposiciones —dado que la modernización marcha en un solo sentido con la ocasional aparición de «restos» o bien la reaparición de lo reprimido—, adolecen de demasiado mecanismo, además de ser excesivamente lineales.

Por otra parte, el problema del tipo constitucional, que me preocupó sin cesar desde nuestros encuentros científicos en 1924, cuando todos habíamos leído a Jung, hoy, a mi juicio, se está perfilando bien. La somatotipificación es una manera de describir a un individuo o a una población según los componentes identificables de grasa, falta de ella, o musculatura. No existen conformaciones como leptosomas o mesomorfos, sólo individuos con determinadas proporciones. En lugar de ello,

es necesario estudiar las mediciones obtenidas, como los elementos de un «test» de cociente intelecual, en los cuales es posible describir al individuo mediante un C.I. general, pero también diferenciarlos según la forma en que hayan obtenido dicha puntuación de C.I., por ejemplo, más o menos memoria retentiva, más o menos facultad de razonamiento, mejor o peor vocabulario. Ello no significa que no tenga importancia afirmar que los Manus tienen una proporción de mesomorfos mucho mayor que otros pueblos estudiados, como tampoco dejaría de tener significado afirmar que los Manus obtienen altos resultados en los «tests» de coordinación entre la vista y la mano.

Quiere decir, en cambio, que nuestros conceptos fueron prematuros cuando contemplamos la posibilidad de establecer una relación entre la conformación física y un temperamento innato, que variase según las poblaciones estudiadas y las culturas individuales, como fue nuestro objetivo hacerlo en Chambrí en 1933. En el mejor de los casos, las mediciones efectuadas por Sheldon pueden ser tan sólo una parte de lo que podría resultar, en definitiva, la descripción de una conformación genética. ¿Será necesario contemplar un centenar de variables, una diferencia tan grande como la comprobada entre el primer y el segundo informe del Club de Roma? Esto, no obstante, es cuestión de tres o cuatro años, solamente. Si es verdad que el ritmo del cambio es equivalente al ritmo del transporte (léase *comunicación*), no tendría por qué llevar tanto tiempo.

El caso es que las cosas aparecen hoy más claras. Reconozco, asimismo, que el nudo de las diferencias entre Ruth Benedict y yo —y al principio entre Reo y yo— no era la cuestión sobre si existía un número limitado de tipos psicológicos, o bien un número ilimitado de posibilidades, sino más bien, sobre si cabe considerar a la totalidad de la raza humana al elaborar un sistema, de tal manera que al describir una parte en forma detallada y apta para la comparación, sería posible deducir el resto en términos de propiedades

posibles. Lo desconocido debe contar con atributos relacionados con lo conocido, porque ésta es la manera en que está establecido. Sin embargo, cualquier medición que no contemple a toda la humanidad dará un lecho cultural o biológico profundamente conformista, tal como ocurre con la escala arbitraria creada por Sheldon.

Existe luego otro problema, surgido de las condiciones actuales de Manus. La antigua forma de vida de los Manus llevaba, según es posible demostrar, al desarrollo de características más útiles en el mundo moderno que las de los Usiai, tales como las observamos en 1928 y cuando bajaron a la costa en 1953. Los Usiai eran torpes, mientras que los Manus eran ágiles, y aquéllos carecían de la capacidad de éstos para realizar un trabajo en equipo bien coordinado. Aprendieron, en cambio, a vivir en la playa, a manejar canoas y a pescar, mientras que los Manus apenas intentaron aprender a sacar provecho de la tierra, a plantar o desplazarse con facilidad en la selva. Así, los Usiai tenían que ser más adaptables. Actualmente, si bien los maestros siguen afirmando que los Manus propiamente dichos tienen facilidad en cuanto al aprendizaje, los Usiai dan muestras de mayor progreso, así como los Matankor de la Costa Norte.

Nos vemos, pues, frente a una aparente paradoja. ¿Fue la velocidad y la unanimidad mismas del salto dado por los Manus una limitación, en realidad? Sus mayores éxitos hoy se refieren a las actividades de ingeniería de diversos tipos, pero no a los campos más abstractos. El hijo de Paliau, que deseaba ser médico, se ha establecido, por lo menos por ahora, sin diploma, en un puesto administrativo. El hijo de Lokus estuvo en el Japón para seguir un adiestramiento avanzado en mecánica. En contraste con él, Gabriel Gris, oriundo de Matankor, es presidente de la Universidad de Nueva Guinea Papúa, y entre los Usiai, Nahau tiene intención de obtener un doctorado en filosofía, sobre... ¡el movimiento de Paliau!, y Bernard Mino de Drano irá a los Estados Unidos a estudiar literatura.

Quisiera que alguien pudiese observar hoy a los nativos de Sumatra en Indonesia y a los Ibas en Nigeria, grupos que llevaron la delantera en el proceso de modernización dentro de sus propias áreas porque, no habiéndose convertido al islamismo, fue más fácil adoctrinarles. ¿Será cierto el antiguo principio de que el precio de la innovación es la obsolescencia? ¿O bien hay algo dentro de un grupo que avanza con uniformidad que mantiene a cada uno en el mismo paso y quizás, en cierto modo, impide el avance de uno en particular?

He tomado el té a las diez. ¿Por qué té? ¿Por qué a las diez de la mañana? Es parte del ritual. Antes significaba, por lo menos, una breve pausa de quince minutos en medio de una mañana que se extendía desde el alba hasta el mediodía, en la época en que por mucho que se filtrara e hirviese el agua no resultaba bebible, salvo en una infusión fuerte de té. Hoy usamos el agua de lluvia recogida del tejado de cinc de la «Casa de Reuniones» que les regalé hace muchos años, agua pura, blanda, exquisita, que todos pueden beber directamente del tanque.

Comentario sobre la ortografía y mi propio uso de las lenguas nativas

Durante los últimos cincuenta años la ortografía de los nombres de lugares en el Pacífico ha cambiado muchas veces y con frecuencia los mismos nombres son otros. En general, he utilizado la ortografía aceptada en el momento de escribir cada carta. Por ejemplo, aquí, así como en otras publicaciones sobre nuestro trabajo en Bali, mantuve el sistema holandés de ortografía y las versiones de nombres usadas en la década de 1930, con fines de mantener cierta consistencia.

Algunos nombres aparecen con distinta ortografía, o con sus denominaciones alternativas, que permitirán situar, por lo menos, algunos lugares que no están ya tan distantes como en otra época. Quienes tienen interés en seguir la evolución de los nombres podrán identificar a ciertos individuos a través del tiempo y de diferentes publicaciones. Por ejemplo, el muchacho Manus llamado Kilipak en 1928, fue más tarde Johanis Kilipak, después John Kilipak y hoy ha adoptado el nombre de John Gizikau.

En cada cultura estudiada aprendí la lengua mediante un trabajo intensivo con los hablantes locales, hubiese o no material lingüístico, como en el caso del samoano, el manus y el balinés. La única excepción fue nuestro

breve período de estudio en la reserva indígena Omaha. En Nueva Guinea utilizaba el idioma nativo con las mujeres, los niños o los hombres que no hablaban suficiente inglés pidgin. Es estas cartas se ha tratado de presentar los términos nativos, generalmente, en bastardilla y traducidos.

Con respecto al inglés pidgin surgen problemas especiales. A pesar de ser la «lingua franca» de la Nueva Guinea Melanesia, en 1928 no existía un diccionario de ella. Al escribir mis cartas, usé siempre una ortografía inglesa para las palabras derivadas del inglés, en lugar de intentar versiones fonéticas en el dialecto local, con el fin de que resultasen más inteligibles a los lectores las palabras y los giros. Otros términos, como *kiap* o *luluai*, que no resultarían familiares, aparecen con breves traducciones al inglés pidgin y, como otras palabras aisladas en lengua nativa, figuran en bastardilla.

Sin embargo, existen otros términos que, a pesar de no aparecer en los diccionarios comunes, se han convertido en términos técnicos aceptados, como por ejemplo, «casa Tambaran», la casa para el culto de los hombres que encontramos en toda Nueva Guinea. Otras palabras se incorporaron hace mucho tiempo al vocabulario de los residentes que hablan inglés en la zona, como por ejemplo, las palabras para designar una amplia gama de roles masculinos, como los equivalentes ingleses de camarero, cocinero, policía, etc. Estas palabras no aparecen en bastardilla.

Hoy existen excelentes diccionarios, así como una ortografía unificada para el idioma conocido como pidgin melanesio, o neo-melanesio, una de las lenguas oficialmente reconocidas en Nueva Guinea Papúa. Había en el pasado, y sigue habiéndola hoy en día, una gran ventaja en el uso de este idioma, el hecho de que nivela las respectivas aptitudes lingüísticas de hablante nativo y hablante extranjero, o bien entre hablantes de distintas lenguas nativas, ya que todos saben hablar igualmente bien esta «lingua franca».

Sobre la autora

Margaret Mead fue conservador emérito del Departamento de Etnología del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, profesora adjunta de Antropología en la Universidad de Columbia y profesora invitada de Antropología en el Departamento de Psiquiatria de la Escuela de Medicina de la Universidad de Cincinnati.

Inició sus investigaciones de campo en 1925 con un estudio sobre las adolescentes en Samoa y durante los últimos cincuenta años estudió sin interrupción algunas culturas de Oceanía. La doctora Mead consideró el trabajo de campo en medio de culturas vivas y dentro de colectividades reducidas y aisladas como una preparación esencial para toda participación en la tarea de planear y desarrollar organismos con nuevos alcances de dimensión planetaria.

Entre sus obras más conocidas se encuentran *Adolescencia y cultura, Sexo y temperamento (en tres sociedades primitivas), La continuidad en la evolución cultural, Cultura y compromiso* e *Invierno de zarzamoras.*

Indice

Introducción 5

1. Samoa, 1925-1926 29
2. Manus: Aldea Peré.
   Islas del Almirantazgo, 1928-1929 81
3. Reserva de los indios Omaha. Verano, 1930 115
4. Nueva Guinea:
   Arapesh, Mundugumor y Tchambuli, 1931-1933 123
5. Bali. Nueva Guinea: Iatmul, 1936-1939 181
6. Regreso a Manus, 1953 285
7. Trabajo de campo
   en un mundo en proceso de cambio, 1964-1975 317

Apéndice 377

Comentario sobre la ortografía
y mi propio uso de las lenguas nativas 379

Sobre la autora 381

Margaret Mead
CARTAS DE UNA ANTROPOLOGA

Margaret Mead (1901-1978) nació en Philadelphia (USA) y estudió antropología en la Universidad de Columbia, donde fue discípula de Franz Boas, uno de los fundadores de la antropología moderna. Impulsada por su maestro, que despreciaba la ampulosidad darwiniana y prefería la observación minuciosa, realizó extensivos trabajos de campo. Viajó a Samoa, Manus-Islas del Almirantazgo, Nueva Guinea, Bali. Desde 1926 fue conservadora emérito del Departamento de Etnología del Museo Americano de Historia Natural y, desde 1954, profesora adjunta en la Universidad de Columbia. En sus investigaciones, prestó especial atención a los detalles de la vida cotidiana. Vio en las culturas de Polinesia, en contraposición a la norteamericana, una transición armoniosa entre la adolescencia y la edad adulta. Entre sus obras destacan: *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas* (1935), *El hombre y la mujer* (1949), *La antropología una ciencia humana* (1965).

Cartas de una antropóloga es la recopilación de las cartas que Margaret Mead envió a familiares y amigos desde los diversos lugares donde llevó a cabo sus investigaciones. Representa pues una admirable introducción al estudio de la antropología, ya que además de aportar abundante material sobre las diversas sociedades investigadas, no deja de lado a las personas que realizan la investigación y sus problemas, es decir los elementos cotidianos que desaparecen en el estudio científico propiamente dicho, mostrándonos con gran vitalidad, una antropología que no es una descripción fría, sino el encuentro de varias culturas.

9 788402 092885

Portada:
El caballo blanco
PAUL GAUGUIN

IMPRESO EN ESPAÑA.

PRECIO EN ESPAÑA 450 PTAS.